

Aquel último verano



Susanna
Herrero

Aquel último Verano

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

1ª edición, junio de 2019

Ilustración de portada: Judit Mallol.

Diseño de cubierta: Adyma Desing.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Vanessa.

*Por nuestros veranos en el Mediterráneo. Por nuestras
escapadas diarias para hacer esnórquel.*

*Por los paseos y el Peñón. Por las conversaciones. Por el
apoyo.*

Por estar siempre a mi lado.

Por ser tú.

Índice

PRÓLOGO

VERANO DE 1995

EL REGRESO AL PUEBLO NATAL

VERANO DE 1996

(RE) CONOCIENDO EL PUEBLO Y A LOS PUEBLERINOS

VERANO DE 1997

EL PASTEL PARA LA BODA... Y LOS MARTINIS

VERANO DE 2002

AY, LA MEDUSA. LA CULPA ES DE LA MEDUSA

VERANO DE 2004

EL ÚNICO PUB DEL PUEBLO ES ESTE

VERANO DE 2005

HOY TOCA SALVAMENTO

VERANO DE 2006

Y EN SOLO UNA NOCHE...

VERANO DE 2007

EL DESPERTAR NO ES TAN BONITO

VERANO DE 2008

SOMOS COMO DOS IMANES QUE SE ATRAEN Y REPELEN A LA VEZ

VERANO DE 2009

¿UNA TREGUA EN ALTA MAR?

VERANO DE 2011

LA HERMANA DE LA PELIRROJA, QUE TAMBIÉN ES PELIRROJA

VERANO DE 2012

SEXO SIN COMPROMISO Y SEXO CON COMPROMISO

VERANO DE 2012 (SEGUNDA PARTE)

¿CON ÉL? ¿CON ÉL?

SEPTIEMBRE DE 2012

¿NOS LO JUGAMOS... A LOS DARDOS?

DICIEMBRE DE 2012

UN TE QUIERO

ENERO DE 2013

TODA LA VERDAD Y NADA MÁS QUE LA VERDAD

AQUEL ÚLTIMO VERANO

DIVORCIO

LA BODA DEL AÑO

IB8391

¿OTRA VEZ PENSABAS LARGARTE SIN MÍ? ¿EH?

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SUSANNA HERRERO

Prólogo

Y los meses fueron mudando; se sucedieron los unos a los otros y el verano llegó. El verano que no tuvo color. Ni canciones.

Lo único que marchaba bien en la vida de Priscila Cabana era el trabajo, que, a pesar del comienzo desastroso, mejoró con rapidez. Poder esconderse del mundo a través del humor, del ingenio y de la risa fácil le había salvado la mitad de la vida. Y lo había hecho en más de un sentido, no solo en el laboral.

Celebró su nuevo contrato con Jaime, con el que había entablado una buena amistad, una amistad que cada día se tornaba más sólida. Una amistad que le había salvado la otra mitad de su vida.

Y así había sobrevivido.

Es cierto que la mente de Priscila se derrumbaba cada vez que recordaba aquello que sucedió. Por eso dejó de recordar. Dejó de recordar aquel último verano.

En el otro lado del océano, en un pueblo alicantino, Alexander St. Claire vivía el final del verano de otra manera. Se encontraba sentado, vestido con un bañador de rayas blanco y azul y una camiseta blanca, en unos maderos que se levantaban desde el agua en los muelles, a la orilla del mar; con la vista dirigida a la masa de agua salada mientras la rabia y el odio lo dominaban y se lo llevaban todo: el sentido común, la tranquilidad, el amor y los buenos recuerdos.

Sobre todo, los buenos recuerdos.

Los recuerdos de aquellos veranos que habían decidido su destino. Los enterró, los ahogó en el agua, junto a la imagen de ella. A ella, a la que odiaba por encima de todo. A Priscila.

La odiaba por lo que le había arrebatado. Por no dejarle nada.

Los buenos momentos, los felices, se borraron de su mente. Y se juró que la odiaría durante el resto de su vida.

Y aquello sería todo lo que recordaría. Solo lo malo, solo aquel último verano.

Verano de 1995

En un pueblo alicantino...

Alex y Priscila se conocieron el verano de 1995. Un verano en el que sonaban canciones como *Scatman's World*, *Wonderwall* o *Boombastic*, aunque las que más le gustaban a ella eran las que retumbaban en la cocina cuando su madre escuchaba la radio, y no sus hermanos: *Back for Good*, de Take That, o *Ironic*, de Alanis Morissette.

Ese verano coincidió con el hecho de que la familia materna (el abuelo, por concretar más) de Alexander St. Claire cediera la dirección del diario más leído de toda la Costa Blanca a su padre —casado con la hija primogénita y heredera del imperio periodístico—, y que se trasladaran al lugar desde Londres, que era donde vivían hasta ese momento.

Un diario que empezó siendo un pequeño periódico de pueblo y que se convirtió en un noticiero monstruoso con el transcurso de los años. Pero el corazón y el origen seguían estando en ese pueblo, donde los abuelos de Alex, ya retirados, vivían tranquilos en una casita en la montaña, hecho que enorgullecía a cada lugareño.

La abuela de Alex no quería que su hija viviera a tantísima distancia, para ella Londres era muy muy lejos, y persuadió a su marido para la toma de decisión. Determinaron darle el puesto al padre del muchacho, y no a la madre, porque consideraban que así le dejaban tiempo a ella para criar y disfrutar de sus hijos.

Pero el amor de ella por su trabajo fue más fuerte que el amor por sus hijos, por lo que no sirvió de mucho. No hubo cambios en la vida de Alex en ese sentido.

Priscila tan solo tenía cinco años —el treinta y uno de diciembre cumpliría los seis—, pero algo le palpitó en el pecho, algo a lo que jamás sabría darle nombre, cuando descubrió a su nuevo vecino.

La niña vivía en una urbanización privada compuesta por veinte viviendas unifamiliares y por varias zonas comunes para cada vecino; entre ellas, la piscina.

Aquella mañana despejada (como casi todas) de julio, Priscila se encontraba jugando dentro del agua de la piscina pequeña con sus cuatro hermanos mayores: River, Marcos, Hugo y Adrián, de mayor a menor, cuando escucharon el sonido inconfundible de una furgoneta que se acercaba; de cuatro, en realidad.

Ellos cinco eran los únicos habitantes de la zona común; a las diez de la mañana pocos bañistas se acercaban por allí a causa de la precaria fuerza del sol, pero los padres de los cinco hermanos se habían rendido tiempo atrás: sus hijos eran acuáticos, lloviera, tronara o nevara.

Salieron de la piscina —Priscila la última—, dejaron un reguero de agua a su paso y se asomaron por uno de los huecos que había entre los tablones de madera situados en posición vertical y que delimitaban la zona de la piscina de las viviendas; el ruido venía de esa parte.

River, de pie, metió la cabeza por el agujero y sus hermanos lo fueron imitando cada cual más abajo. Para cuando llegó Priscila, tuvo que ponerse de rodillas porque apenas había espacio. Se empujaron los unos a los otros hasta que encontraron una posición cómoda para todos. Priscila se estremeció a causa del contacto con la piel fría de Adrián y la nariz se le colmó del olor a madera y cloro al apoyarla en uno de los tablones.

—Son los vecinos nuevos —dijo el mayor, que, con trece años, estaba bastante al corriente de las novedades de la urbanización. Puede que también influyera el hecho de que su medionovia antes viviera en esa casa, la que estaba enfrente de la suya, y tuviera información de primera mano.

—Parece que tienen dos hijos, no veo a ninguna chica —afirmó el segundo, de once años.

—¡Toma! —gritaron los cuatro hermanos al unísono.

Priscila, como hermana pequeña de cuatro chicos, estaba bastante harta de hombres, como los llamaba ella a su tierna edad, pero aquel chiquillo de pelo castaño despeinado y aspecto desgarrado que estaba al otro lado de la carretera le pareció un ángel. Y eso que ella siempre había pensado que los ángeles eran rubios.

El corazón le hizo bum, y sonrió, aunque tampoco supo el motivo.

Alex, de ocho años y con un hermano diez años mayor que él, estaba acostumbrado a hacerse el interesante e ir de sobrado por la vida; la excusa era que lo había aprendido de John, el hermano, pero, en realidad, no era más que una coraza, así que, cuando sus miradas se encontraron por primera vez —no fue complicado para el muchacho descubrir las cabezas de los cinco

hermanos a través de los tablones—, miró a Priscila por encima del hombro sin devolverle la sonrisa y adoptó una postura chulesca; si algo había aprendido en la vida era a pavonearse delante de los chicos y, más aún, de las chicas.

Ese fue el primer año de su vida que Priscila comenzó a ver el verano de diferentes colores. Aquel fue verde. Qué curioso. Igual que la camiseta de Alex.

Tardaron otro año en cruzar la segunda mirada de sus vidas, a pesar de ser vecinos y de que el destino quiso que estudiaran en el mismo colegio.

El regreso al pueblo natal

En la actualidad. Verano de 2016. En el mismo pueblo alicantino.

Tras pagarle la carrera al conductor, abro la portezuela del viejo y destartalado taxi que hemos tomado a la salida del aeropuerto y enfilo rumbo hacia Cala Medusa, hacia *mi* cala, sin molestarme en coger las maletas ni en decir adiós. El ansia me puede. Han pasado casi cuatro años desde que me fui para no volver.

Y aquí estoy.

Atravieso el camino de tierra del bosque sempiterno habitado por árboles de colores y abundantes matas desordenadas. El movimiento de mis pies al andar es ligero, ágil, y, para cuando llego a mi destino, me he desprendido de casi cada prenda de ropa que llevaba encima; han ido cayendo a la tierra, primero, y a la arena, después, dejando una estela de vestuario que marca la ruta para que Jaime me encuentre una vez haya puesto a salvo nuestro equipaje.

Cierro los ojos e inhalo con fuerza el aire que me rodea en cuanto apoyo las plantas de los pies en la arena humedecida por el agua de la orilla de la cala: huele a salitre, a clorofila, a calor y a... hogar.

Necesitaba venir aquí en primer lugar, antes que a ningún otro sitio. Antes que a casa de mis padres. Y si hubieran venido a recogernos al aeropuerto, no habría sido posible, por eso los he disuadido para no ir y he quedado aquí con mi hermano Adrián. *Mi* Adrián.

—Bienvenida a casa, Priscila —pronuncio en voz baja. Muy baja.

Sin pensarlo, me meto en el agua a todo correr y me lanzo de cabeza contra la primera ola que me recibe. Había olvidado lo calientes que son estas aguas y la sensación de verme las manos debajo de ellas, reflejadas por el sol de junio; de agarrar la arena a puñados y soltarla poco a poco; de sentir el sabor del mar en los labios y en cada célula de mi ser. Y el silencio.

Había olvidado tantas cosas...

Pero aquí dentro se siente como si nunca me hubiera marchado, como si no hubieran pasado los años. En verdad, mis manos son idénticas ahora, con veintiséis años, que con veintidós, y las aguas cristalinas y el propio sol

también son los mismos. Entonces, ¿qué ha significado este lapso de cuatro años?

—¡Pris! ¿Qué cojones haces ahí dentro? —Escucho la voz de mi compañero de trabajo, de piso, y mejor amigo, cuando emergo en busca de aire para respirar.

Me giro y lo saludo con la mano.

—¡Vamos, Jaime! ¡Métete!

Jaime es de Valladolid, pero lleva años viviendo y trabajando en Estados Unidos. Y mentiría si no dijera que se me antoja extrañísimo estar aquí con él. Es como si mis dos mundos se alinearan en paralelo de repente. Como si estuvieran a punto de fusionarse. Mi pasado y mi presente.

—¿Estás loca? ¡Estamos en tu pueblo y no parece muy grande! ¡No es como bañarse en pelotas en el lago Tahoe!

—¡Aquí casi nunca viene nadie! ¡Hay muchas medusas!

Por algo se llama Cala Medusa, aunque no es su nombre oficial. Tan solo el que le pusimos mi familia y yo, y que luego adoptó... él.

Desecho la imagen que, muy valiente, se proponía cruzar el muro de contención que levanté para todo aquello que sucedió a finales del verano de 2012 y continuo disfrutando de mi cala.

—¿Medusas? Joder, ahora sí que no me meto ni de coña.

Dejo la quietud y el sosiego del agua y me acerco a Jaime para obligarlo a bañarse conmigo; necesito compartir esto con él, pero, en cuanto intuye mis intenciones, sale corriendo en dirección contraria. Voy detrás de él y siento la ropa interior pegada a mi cuerpo y como la arena se queda adherida a mis pies mojados. Por suerte para mí, Jaime tropieza con un leño del suelo y lo alcanzo. Tardo un minuto en dejarlo solo con el bóxer puesto y convencerlo para que me acompañe a la orilla. Y un minuto más en empujarlo y empaparle de pies a cabeza.

—¡Joder! Está buenísima —me dice con asombro.

—Lo sé.

—¿Y las medusas?

—No te preocupes por ellas, enseguida las veo venir; conozco esta cala como la palma de mi mano. Además, son pequeñas y tampoco hacen gran cosa. Yo te protejo, chico del interior.

Nos reímos y jugamos a sumergirnos la cabeza el uno al otro mientras el sol de las dos del mediodía nos abrasa la espalda y nos obliga a permanecer dentro del agua hasta que...

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡¡Eh!! ¡¡Salid del agua con efecto inmediato!!

El pulso se me detiene al instante, se me hiela igual que si congeláramos un líquido en un segundo por arte de magia. ¡Oh, madre mía! Esa voz... es su voz. A pesar del tiempo transcurrido, la reconocería aunque escuchara miles de sonidos al unísono. ¡Es él!

El corazón comienza a latirme tan deprisa que temo no poder controlarlo. Y los temblores que lo acompañan son aún peores porque saltan a la vista de cualquiera. Podría disimular y decir que son a causa del baño, pero no colaría; hace demasiado calor como para estremecerse por el frío.

Me vuelvo hacia el grito y coloco la mano en la frente para tapar los reflejos del sol, y, así, poder distinguir la figura que nos habla desde la orilla con un megáfono en la mano, a pesar de que estoy segura de que es él. No puedo creerme que tenga tanta mala suerte. De los casi diez mil habitantes de este pueblo, tenía que ser precisamente él el primero al que me encuentro tras mi vuelta. Pero ¡si acabo de llegar! ¡Apenas llevo cinco malditos minutos!

—¿Quién es ese? —me pregunta Jaime con la frente arrugada y el pelo chorreando a causa de las zambullidas—. ¿Nos está gritando a nosotros?

—Sí. ¡Escóndete!

—¿Qué? ¿Dónde?

Empujo su cabeza hacia las profundidades, hasta que quedamos de rodillas, y me coloco el dedo índice en la boca, indicándole a Jaime que guarde silencio y que aguante la respiración y no salga. Me concentro en controlar los temblores y el movimiento frenético de mi corazón sin éxito. Los ojos me escuecen a causa de la exposición al agua salada y veo a Jaime borroso, a pesar de lo cristalinas que son estas aguas. Intuyo que me mira como si estuviera chiflada con cara de: «No sé cuánto tiempo pretendes estar aquí abajo, pero mi capacidad pulmonar no aguanta ni para un minuto».

Yo resisto más, bastante más, y todo gracias al chico que nos espera impaciente en la orilla, pero cuando mi amigo sale a la superficie tengo que hacerlo con él.

—¡He dicho que salgáis del agua! —Es obvio que mi plan de escondernos no ha dado resultado porque el del megáfono continúa gritándonos—. ¡No me obliguéis a entrar por vosotros! ¡Está prohibido bañarse aquí!

—Parece un socorrista... —me dice mi amigo una vez fuera del agua.

Sí que lo parece. No sabía que ahora se dedicaba a eso. Lo de que está prohibido el baño, sí, quizá haya atenuado el tema de las medusas..., pero es algo que nunca me había frenado. Y tampoco a él. Al socorrista.

Reacia, acompaño a Jaime hasta la orilla, y veo el momento, el momento preciso, en que nuestro visitante me reconoce; distingo como le muda la expresión de su rostro de cabreado con indiferencia a... atónito, incrédulo. Afectado. Aunque lo disimula bien; siempre ha sido bastante bueno en el arte de esconder sus emociones.

—Disculpa —le dice Jaime, ignorando el torrente de sentimientos que nos rodea al del bañador rojo y a mí—, no sabíamos que estaba prohibido el baño aquí.

—Ella —contesta el otro a la vez que me señala con el megáfono con indolencia y adopta una de sus posturas más chulescas— sí lo sabía. Me consta.

—Ya, verás —comienza a explicarle Jaime—, mi amiga no venía por aquí desde años atrás y...

—Cuatro años —lo interrumpe, cortante, con la voz distante y fría. Como todo él.

Yo no puedo dejar de observarlo al detalle. Mi cerebro registra, palmo a palmo, los cambios que se han dado en su apariencia. El cabello castaño algo más largo, el reflejo de una brecha antigua a la altura de la ceja derecha, justo encima de otra que sí conozco, la manera en que me mira, que no es, ni de lejos, la de cuatro años atrás. Mi cerebro también reconoce las semejanzas: los ojos oscuros, casi negros, brillantes y expresivos, el bronceado de su piel, los músculos definidos de su cuerpo, el pelo alborotado y desordenado.

—Eh, sí..., creo que sí —responde mi amigo, confundido.

—¿Y qué te ha traído de vuelta?

Se dirige a mí por primera vez, y, cuando nuestros ojos se encuentran..., cuando lo hacen, los cuatro años desaparecen y los mismos sentimientos que padecí la última vez que lo vi me arrasan: dolor, decepción, miedo, furia. Y yo pensando que los había enterrado en lo más profundo, que me encontraría segura en este regreso a mi ciudad de origen porque no siento nada, porque no recuerdo nada.

Como colofón a esta ojeada retrospectiva hacia el pasado acuden también a mí otras sensaciones, aquellas que inundaban mi ser antes de que llegara el tormento y todo lo demás. Por suerte —o por práctica, no lo tengo claro—, reacciono a tiempo y las mantengo en prisión tal y como llevo haciendo tantos años.

Y me doy cuenta de que estoy en ropa interior, mojada por completo desde la punta del pie hasta el último pelo de la cabeza y expuesta ante él. Me cubro

los pechos con las manos por inercia en el mismo instante en que Jaime se coloca delante de mí en un intento de protegerme con su cuerpo.

—No te molestes —le dice el socorrista con sorna—, no hay nada que no haya visto antes infinidad de veces.

—¿Qué? —me pregunta mi amigo, girándose hacia mí.

—¿Es cosa mía o las tienes más pequeñas? —persiste el otro sin darme tregua—. Las tetas, digo.

No tengo ocasión de responder, casi ni de reaccionar ante su último comentario, porque, antes de que se me ocurra algo ingenioso que contestar, se aleja de camino al bosque.

—Bienvenida a casa, Reina del Desierto. ¡Y no volváis a meteros en el agua! —grita desde la distancia sin darse la vuelta.

Me quedo ensimismada, contemplando como se distancia de nosotros. Intentando que me venga a la boca esa réplica que necesito, pero me temo que ya está demasiado lejos como para escucharme. Desisto.

En mi cabeza este encuentro no sucedía así. He fantaseado durante meses con la posibilidad de que no nos tropezáramos nunca, pero el hecho de que fuéramos a vivir en la misma localidad durante trece semanas y media —como en la película de Kim Basinger— me hizo recapacitar y prepararme mentalmente para cuando sucediera.

Aún hoy, subida en el avión, tenía dudas de cuál iba a ser mi proceder; no sabía si me mostraría indignada, impasible, o si me escondería, una vez más, bajo el manto protector del chiste fácil que me proporciona mi trabajo a diario y que he aprendido a utilizar en mi vida privada. Pensé que disponía de días para decidirme, o incluso de semanas, pero no ha sido así, y, como me ha pillado por sorpresa, no he hecho ni lo uno ni lo otro: solo me he quedado ahí parada, absorbiendo sus disparos cargados de mala hostia de la buena sin rechistar.

Parecía enfadado. Enfadado conmigo. No lo entiendo. Después de lo que sucedió, resulta que, ahora, ¿él se muestra molesto? Debería haber sido al revés.

—Ey —me dice Jaime, frotándome los brazos con cariño—, estás temblando. ¿Tienes frío?

—Sí —miento. O tal vez no es una mentira absoluta, porque estoy helada, aunque no tenga nada que ver con la temperatura de mi cuerpo. Al menos el martilleo del corazón se ha relajado una vez él se ha marchado—. Vámonos.

Todavía bufó a causa de la sorpresa y la indignación cuando llegamos a la

entrada del bosque donde se encuentran nuestras maletas tiradas de cualquier manera en la arena. Me siento en una de ellas mientras me visto y esperamos a que venga mi hermano a buscarnos.

—Mmm... el socorrista buenorro y tú os conocéis, ¿no? —me pregunta Jaime. Demasiado estaba tardando.

—Algo —suspiro y me sujeto el pelo con la goma negra que llevo en la muñeca—. Es un rollo del pasado.

No quiero entrar en detalles.

—Mmm...

Pero él sí quiere entrar en detalles.

—Fue mi primer beso sin lengua a los siete años —confieso a la vez que me cruzo de brazos. Se me ha empapado la ropa en cuanto me la he puesto, pero hace tanto calor que incluso lo agradezco.

—Mmm...

¿Más detalles?

—Y mi primer beso con lengua a los doce.

—¿Mmm? —insiste.

—¡Está bien! —acepto, elevando las manos al cielo—. ¡También fue mi primera vez y mi primer novio!

—¡Hasta que lo sueltas! —me dice, imitando mi gesto de elevar las manos al cielo—. Era imposible que supiera el tamaño de tus tetas por unos simples y castos besos.

«Depende de los besos», estoy a punto de rebatirle, pero nuestra conversación se ve interrumpida por el sonido de las hojas y las ramas caídas de los árboles al ser pisadas: alguien se acerca por el bosque.

—¡Adrián! —Me levanto de la maleta y voy corriendo a recibir a mi hermano.

—Hola, hermanita.

Me acoge con los brazos abiertos y escondo la cabeza en su cuello una vez los cierne sobre mí. Lo que más he echado en falta desde que me marché es a él, a pesar de que ha venido a verme siempre que ha podido; la última vez hace poco menos de un mes. Estar ahora aquí con Adrián es como regresar al pasado. A un pasado dichoso, a cuando no éramos más que unos críos.

He sido una niña feliz, he tenido una infancia buena rodeada de mis cuatro hermanos, pero sobre todo de Adrián; solo nos llevamos trescientos sesenta y cuatro días y siempre hemos ido juntos a todas partes, incluso a clase, desde el aula de los dos años hasta la universidad, donde nos separamos. Hoy en día, él

es mi mayor apoyo.

—Ejem —mi amigo imita un carraspeo a propósito—, ¿a mí no me dices hola, rubio?

Nos desenredamos el uno del otro y dejo que Adrián y Jaime se saluden.

—Adrián, hacía muchísimo tiempo que no coincidías con Jaime —le digo a mi hermano, señalando a mi mejor amigo.

—Unos tres años —nos dice Adrián a ambos, ofreciéndole la mano a él.

Mi hermano y Jaime vivieron juntos durante una semana cuando yo me mudé al apartamento de mi amigo, pero no habían vuelto a encontrarse. Siempre que mi familia iba a Boston a pasar las navidades conmigo, Jaime estaba en Valladolid con su familia. Y en alguna otra ocasión en que Adrián ha venido a visitarme fuera de esas fechas, como la última vez, por azares de la vida —o a causa de una semana de trabajo de Jaime fuera de la ciudad—, no se han encontrado.

—Tres años y ocho meses, día arriba, día abajo —nos especifica Jaime en cuanto suelta la mano de Adrián—. Imposible no llevar la cuenta del tiempo que llevo sin ver esa cara tan bonita.

Mi hermano lo mira sin mutar la expresión de su rostro y emprende el camino hacia su coche con un par de maletas en la mano, instándonos a que lo sigamos. Siempre ha sido bastante inmune a lo que opinan los demás de él, tanto de lo malo como de lo bueno. De hecho, su mayor lema es: «Chúpame un cojón»; vamos, que se la suda todo.

Una vez montados en el coche y de camino a casa de mis progenitores, Jaime continúa con el tema.

—Joder, tu hermano es guapo de pelotas. No lo recordaba tan bien como yo creía. Hasta hace daño a la vista. El resto de vuestra estirpe no lo es tanto.

Me giro desde el asiento del copiloto para enfrentarlo.

—Todos mis hermanos son guapos —declaro con seguridad. Y no lo digo porque sean mi familia, es la verdad. Los cuatro son rubios, unos más que otros. Adrián, por ejemplo, tiene el pelo rubio muy muy rubio, pero a River, con el transcurso de los años, se le ha oscurecido hasta convertirse en un castaño claro con reflejos rubios. Hugo tira más a rubiales como Adrián. Y Marcos lo tiene algo más oscuro, como River.

—Este los supera, Pris. Y, además, tiene esa pinta de protagonista de película de acción hollywoodense que lo hace aún más atractivo.

—¡Coño, que os estoy escuchando, estamos dentro de un coche!

El grito de mi hermano nos corta la conversación. Todos tenemos un límite.

Charlo con Jaime y le proporciono mil datos del paisaje que vamos viendo por las ventanillas hasta que comienza a sonar una canción en la radio. En cuanto me doy cuenta de cuál es, *Here Comes The Sun*, de los Beatles, comienzo a moverme al ritmo de los acordes de guitarra de los primeros compases y Adrián lo hace conmigo; los dos nos la sabemos de memoria, somos *chicos Beatles* total.

—«Here comes the sun (doo doo doo doo). Here comes the sun, and I say. It's all right» —cantamos al unísono, incluido el «doo doo doo doo», e imitamos el movimiento de guitarra de después.

—«Little darling, it's been a long cold lonely winter. Little darling, it feels like years since it's been here».

—Parecéis sacados de un documental de «visite nuestro pueblo y recuerde los veranos de su infancia» —nos dice Jaime.

—«Here comes the sun!». —Subimos el volumen de nuestras voces ignorando su comentario—. «Here comes the sun, and I say. It's all right!!».

—La hostia..., de modo que así es como os comportáis los pueblerinos...

—Y todavía no has visto nada —le digo yo.

Apoyo el brazo en la ventanilla del Peugeot 308 descapotable de mi hermano y disfruto del aire que me revuelve el cabello y me lo seca a la vez. Me deleito del momento y me estremezco con el paisaje, con los recuerdos y la familiaridad. Contemplo el cielo y recuerdo la última vez que lo vi: era igual de azul, igual de extraordinario, pero yo lo veía negro, triste y decepcionante. Es increíble lo que puede cambiar la percepción de una misma imagen, o una misma idea, según nuestro estado de ánimo.

Veinte minutos después, subimos la estrecha cuesta que nos lleva a la urbanización de mis padres, donde hemos vivido toda la vida, y poco más tarde:

—Ya hemos llegado —le anuncio a Jaime saliendo del coche, extasiada, y abriéndole la puerta.

—Así que aquí es donde se crio mi pequeña Pris —me dice Jaime, observándolo todo con atención.

—Aquí es.

Veo sus ojos detenerse en la vivienda unifamiliar del color del sol con una sonrisa en la boca. Y yo hago lo mismo. Siempre me ha gustado mi casa, es bonita y acogedora, aunque reconozco que en ocasiones se quedaba algo pequeña para un matrimonio con cinco hijos muy revoltosos y con tendencia a guardar sus trastos como si fueran tesoros.

Mis padres y mis otros tres hermanos salen a recibirnos por la puerta principal que da al pequeño jardín delantero; han debido de oír el motor del coche. Nos abrazamos todos con todos y nos damos besos en la cara. Muchos besos. Así somos los Cabana: besucones y empalagosos. No los veía desde las navidades pasadas, sin embargo, al mantener contacto diario mediante llamadas por Skype y demás redes sociales, se hace un poquito menos doloroso.

A mis padres y a mis tres hermanos mayores siempre les ha gustado Jaime (a Adrián no); tuvieron un flechazo mutuo al conocerlo en su primera visita a Boston poco después de que yo aterrizara allí para comenzar como becaria en el periódico en el que sigo colaborando en la actualidad.

Me encanta mi trabajo allí, soy la creadora de la tira cómica más leída de la ciudad y parte de los alrededores. Se publica cada semana y Jaime es el dibujante estrella del periódico, además de colaborador en varias secciones más. Yo creo las viñetas en mi imaginación y él les da forma sobre el papel. Somos un equipo que encajó desde el primer minuto. En cuestión de meses, pasé de ser la becaria graciosa que hacía chuladas con su ardilla imaginaria, Pristy, a ser la responsable de una de las secciones más buscadas por los lectores. Con el paso del tiempo, comencé también a escribir artículos de actualidad en el periódico, y con ambas facetas me da para vivir.

El trato que hemos hecho Jaime y yo con nuestro jefe para poder venir a España durante todo el verano consiste en que le mandemos «sin demora y con puntualidad», valga la redundancia, las tiras cómicas desde aquí. Nada de artículos, así que hemos tenido que tirar de los ahorros para sobrevivir estos tres meses con tan solo la compensación económica de una parte de nuestro trabajo.

En cuanto cruzamos el umbral de mi casa, el olor a café invade mis sentidos. Mi madre tiene una especie de obsesión por él, por lo que he crecido con su esencia en la cocina, en el salón y hasta en el jardín.

Jaime y yo subimos las anchas escaleras de madera oscura con las maletas a pulso mientras mis padres y hermanos terminan de preparar el aperitivo de bienvenida. En mi familia somos muy de aperitivos para todo.

Cuando entramos en mi habitación, Jaime ahoga un grito. Sigo su mirada y enseguida descubro qué es lo que lo ha sobresaltado. Ah, los dibujos de las paredes. Los había olvidado.

—¡Joder! ¡Qué puta pasada!

Vaya lengua tiene. No me canso de recriminarle por cada palabrota que

suelta por la boca, pero él tampoco de escuchar mis quejas, porque sigue haciéndolo.

Dejamos el equipaje en el suelo y observamos las pinturas que decoran los tres tabiques de mi dormitorio, todos menos el del gran ventanal. Fue un trabajo excelente, de muchos meses de duro trabajo, pero mereció la pena.

Aún recuerdo el olor a pintura con el que tuve que convivir durante semanas y semanas hasta que estuvo terminado. Los dibujos representan las zonas del pueblo que más me gustan: la cala, el Peñón y las vistas que hay desde mi ventana a la casa de enfrente.

—¿Quién lo ha pintado? —me pregunta Jaime.

—Adrián. Lo dibujó cuando teníamos diecisiete años.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—Ajá.

—No me habías dicho que pintaba.

—Estudió Bellas Artes en la universidad y el dibujo es su gran pasión.

—Joder... no tenía ni idea. ¿Esa eres tú?

Jaime se acerca a la pintura de la cala y toca con las yemas de los dedos la figura de una niña en bañador que se parece bastante a mí. El pelo largo castaño cobrizo y el lazo gigante que lo adorna dan demasiadas pistas.

—Sí.

A continuación, roza la figura masculina de pelo oscuro y bañador amarillo que está a mi lado.

—¿Y este quién es?

—El vecino de la casa de enfrente —le digo, sintiendo que se me remueve todo por dentro mientras señalo el dibujo de su casa en la otra pared.

—¿El vecino de la casa de enfrente?

—¿Cómo vais por aquí? El vermú de bienvenida ya está preparado. —Mi padre nos interrumpe asomando la cabeza por la habitación y eso me evita tener que contestar.

En cuanto mi padre ve el lugar donde están las manos de mi amigo, en la cabeza del vecino de la casa de enfrente, me formula la gran pregunta. Como siempre desde los últimos cuatro años.

—¿Has hablado con tu marido?

La última palabra retumba en mis oídos y me provoca un gran estremecimiento, uno de los intensos. De los muy intensos. Suspiro e intento restarle importancia con la postura relajada de mi cuerpo y la mueca de indiferencia de mi rostro. No sé si lo consigo.

—La verdad es que sí —contesto afirmativamente a la pregunta, por primera vez en cuatro años.

—¿¿Perdona?? ¿Tu qué? —me grita Jaime, desconcertado, con el dedo aún suspendido sobre la pintura.

—Mi marido —le digo, apuntando con el dedo al chico del dibujo que él acariciaba unos segundos atrás—. El vecino de la casa de enfrente.

—Os esperamos abajo —nos comunica mi padre con cara de circunstancia y regalándome a la vez una disculpa con los ojos. Debía de suponer que a estas alturas de la vida se lo habría contado todo a Jaime, pero no. Mi vida de antes de llegar al continente americano ha permanecido en el absoluto secreto para mi mejor amigo, y podría decirse que incluso para mí.

Me siento en la cama entre suspiros, en la cama de mi infancia, y, en cuanto escuchamos el clic de la puerta al cerrarse, comienza el interrogatorio.

—¡Joder! ¿¿Estás casada?? ¿No es una de vuestras bromas Cabana?

Jaime ha sido testigo durante los últimos años de las llamadas semanales con mis hermanos, de las horas que solemos pasarnos al teléfono y de lo bromistas que nos gusta ponernos en ocasiones, pero, esto, ahora, no, no es una broma. Niego con la cabeza como respuesta.

—¿Y este es tu marido? —me pregunta, señalándolo una vez más.

Asiento con la cabeza como respuesta.

—¿Y vive en la casa de enfrente?

Asiento con la cabeza como respuesta.

—¿Y puede saberse en qué momento lo hemos visto?

—¿Te acuerdas de cuando te he dicho que el chico de la casa, ese que iba vestido de socorrista con un bañador rojo y un megáfono, había sido mi primer beso sin lengua, con lengua, mi primera vez y mi primer novio?

—Sí.

—Pues también es mi marido.

«Mmm, hogar dulce hogar. ¡Por fin! Así que ese era el famoso marido... Está como un tren, eso lo habías omitido en tus pensamientos, ¿eh, Priscilita? Por cierto, ¿por qué nos odia? ¿Qué le has hecho, rubia? Tengo la sensación de que este va a ser un verano interesante».

«Ah, y otra cosa, ya que lo has mencionado, en la película de Kim Basinger las semanas son nueve, no trece».

Pristy, la ardilla. Regreso al pueblo natal de la jefa.

Verano de 1996

Colegio Inglés. A treinta kilómetros del pueblo alicantino

Priscila jugaba divertida con sus amigas y su hermano Adrián en uno de los columpios del patio del colegio cuando llegó la noticia: «¡¡Alex St. Claire se ha abierto la cabeza!!». Supo al instante que se trataba de su vecino, a pesar de que no se habían presentado nunca de manera formal.

Alex y Priscila no habían compartido ninguna palabra todavía. Solían cruzarse por la urbanización, o en el patio del colegio, en la parada de autobús, en el pueblo o en la feria..., pero no existía entre ellos gesto alguno que diera la impresión de que se conocieran, y mucho menos un saludo.

El único momento en que ambos estaban juntos más de un minuto seguido, dentro de un radio de menos de cuatro metros a la redonda, era cuando coincidían en la piscina común de la urbanización en la que vivían; hecho que ocurría en los meses de mayo, junio, julio, agosto y septiembre.

A Alex le encantaba sumergirse en el agua y nadar; era toda su vida. Su vida a los nueve años. Se pasaba horas y horas haciendo largos sin descanso y sin darse cuenta del tiempo transcurrido. Priscila comenzó a contarlos un día de junio cubierto de nubes y ya no pudo dejar de hacerlo. Se sentaba con las piernas cruzadas en cualquiera de las hamacas que había debajo de las sombrillas y comenzaba: «Uno, dos, tres, cuatro...», hasta donde sabía, claro, entonces preguntaba a su hermano River:

—River, ¿qué número va detrás del veintinueve?

—El treinta —contestaba el otro.

—¿Y después del treinta?

—El treinta y uno.

—¿Y después del treinta y uno?

El hermano, que hasta el momento apenas atendía a su hermana y contestaba por inercia —se encontraba demasiado ocupado observando a la vecina de dos casas más allá que había aparecido por la piscina con un bikini amarillo que le quedaba francamente bien—, levantó las cejas, sospechoso. ¿A qué venía el repentino interés por los números de su hermana pequeña? Supuso que no sería más que la mera curiosidad acorde a su edad.

Priscila aprendió a contar hasta cien gracias a su vecino.

Alex era ajeno a todo esto; se olvidaba del mundo al sumergirse en el agua y solo se detenía cuando no daba más de sí o cuando su hermano mayor iba a buscarlo para llevarlo a casa. Y por descontado que sus cinco vecinos escandalosos le importaban bastante poco. Si estaban, bien, y si no, mejor.

Hasta que sucedió aquello en el colegio que marcaría de por vida la ceja derecha de Alexander St. Claire: una brecha.

Alex caminaba distraído al salir del polideportivo, después de una clase de gimnasia especialmente severa. Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano, iba hablando con dos de sus compañeros y se estrelló con una de las puertas de acceso, con tal mala suerte que fue justo contra la que tenía una barra metálica a la altura de sus ojos. El golpe fue bastante aparatoso, de los que hacen sangre —como casi todos los que se producen en el rostro— y provocan que más de uno cierre los ojos o retire la mirada cuando ve la herida abierta. En ese momento, varios alumnos del colegio tuvieron el mismo pensamiento: «Medicina, descartada».

Al muchacho hasta las lágrimas se le escapaban de los ojos, a pesar de que intentaba contenerlas con todas sus fuerzas; los niños no lloran, o eso le había dicho su hermano mayor, pero era imposible: no recordaba haber sentido un dolor tan lacerante antes.

El acontecimiento comenzó a circular por el colegio a la velocidad de cincuenta caballos a galope, hasta que llegó a oídos de los hermanos Cabana, especialmente a los de Priscila, que, en cuanto escuchó «Alex St. Claire» y «se ha abierto la cabeza» a la vez, se bajó del columpio a toda prisa y preguntó a cuantos la rodeaban por el suceso.

Llegó casi sin aire en los pulmones a la enfermería, que es donde habían trasladado a su vecino. Se conocía el camino de memoria, beneficios de tener cuatro hermanos salvajes y propensos a los accidentes y a la sangre. Cuando se detuvo en el umbral, jadeando, no sabía qué era lo que la había impulsado a ir hacia allí, pero el caso es que lo hizo.

Se sentó en una de las sillitas azules que decoraban la sala de espera, apoyó las manos en las rodillas y... esperó. También escuchó algún grito que otro, pero jamás diría nada. Además, estaba más pendiente de la música que sonaba por el altavoz de la pared: eran canciones que había escuchado infinidad de veces en los últimos meses, canciones como *Lovefool*, *La flaca* o *Wannabe*, de las famosas del momento, las Spice Girls.

Dentro de la enfermería, el médico del colegio intentó comunicarse con los padres de Alex, pero fue imposible; en casa no respondía nadie y en la

redacción del periódico le comunicaron que en ese momento los St. Claire no se encontraban en las oficinas, pero que les transmitirían el mensaje.

Alex, que estaba bastante mejor —el peor momento fue el de la desinfección—, se miró la herida en el espejo, pero no pudo ver nada, la gasa gigantesca lo cubría todo. Y al salir, se encontró a Priscila de frente. Ahí fue cuando cruzaron la segunda mirada de sus vidas, justo en el momento en que Alex más necesitaba un abrazo o unas palabras de consuelo. Justo en el momento en que se fijó en Priscila de verdad.

Bum, hizo de nuevo el corazón de la niña.

—Hola, Priscila —la saludó el médico con una sonrisa sincera—, ¿tus hermanos están bien?

—Sí. Lo estaba esperando a él —explicó ella, señalando a su vecino.

Vecino que la miraba como si se le hubiera presentado un ángel (exactamente lo mismo que él le había parecido a ella la primera vez que lo había visto) y que observaba con asombro los zapatos de Priscila: eran de color azul marino, como cada zapato del cuerpo estudiantil, pero estos tenían dos pompones enormes del mismo color y mucha brillantina salpicada por encima. Pensó que era el calzado más feo que había visto en mucho tiempo, pero también que a la chica le quedaban bien, le pegaba.

—Ah, muy bien —le dijo el médico a Priscila—, pues acompáñalo a clase. Ha tenido un golpe muy duro, pero se ha portado como un campeón.

Los dos niños se situaron uno al lado del otro y caminaron en silencio. Fue Priscila la que lo rompió:

—¿Te han puesto puntos? —le preguntó ella con curiosidad. No entendía el significado de aquello, pero cuando sus hermanos se golpeaban con algo, o se caían, puntos era una palabra que escuchaba con bastante frecuencia.

—No, pero por poco, ¿eh?

—¿Sí?

—Sí. Casi me tienen que dar cuarenta o cincuenta, creo.

El niño no era exagerado ni nada.

—¿Cuarenta o cincuenta?

A esas alturas, Priscila sabía lo que acarreaban esas cifras: un rato muy muy largo en la piscina viendo a su vecino nadar de un lado para otro sin descanso.

—Sí. Y había un montón de sangre, ha sido una pasada.

Para Alex, hacerse el interesante y el bravucón era parte de su naturaleza. Casi le salía solo.

—¿De verdad? ¿Cuánta? Déjame ver.

Priscila se acercó al chico y al instante la arrasó el olor a desinfectante de la herida, pero, detrás de eso, también le llegó la esencia de Alex; olía muy bien, no sabía describirlo, pero parecía una mezcla entre flores, hierba y vainilla. Si le hubiera preguntado a su vecino por aquel olor, habría recibido una mala contestación. Era la colonia con la que su madre lo embadurnaba cada día, Bvlgari Petits et Mamans, y no le gustaba nada. Él quería ponerse la de su hermano mayor, pero no había manera de conseguirlo.

—Se han formado charcos en el suelo y ha caído a chorros por las alcantarillas —le contestó Alex cuando tenía a Priscila a escasos centímetros de su rostro.

La niña tenía muchas peculiaridades, pero aprensiva no era una de ellas. Se separó, lo miró con admiración y continuó preguntando:

—¿Tanta?

—Sí, pero estoy bien.

Y no mentía, porque, inexplicablemente para él, se sentía bien.

Priscila acompañó a su vecino de la casa de enfrente a clase y se despidieron con un simpático «adiós».

Alex se quedó pensativo una vez se marchó la chica; Priscila era una contradicción, tenía un aspecto de princesa de cuento: suave, guapa, delicada, perfecta y con unos zapatos horribles, pero su carácter combatía con aquello. Siempre la había visto comportándose como un chico, jugando con sus hermanos a cosas que —él consideraba— eran de chicos, los cinco se hacían notar por toda la urbanización con sus carreras salvajes en bicicleta o con sus partidos de fútbol o de baloncesto. Pero Priscila no era un chico.

A partir de ese momento, no pudo evitar fijarse en los zapatos de las demás chicas, y no, no había otros como los de Priscila. Ella se salía de lo habitual. También comenzó a fijarse sin poder evitarlo en los de ella, cuando se cruzaban por los pasillos del colegio o por el pueblo, y en los lazos y diademas que se ponía en la cabeza. Incluso dejó escapar una sonrisa un día en la piscina cuando vio la cantidad de flores que adornaban sus chancletas; jamás había visto una cosa igual, pero tuvo claro en ese momento que, si había alguien capaz de encontrar unas chancletas tan horribles llenas de flores gigantes, esa era su vecina de la casa de enfrente. Aun con todo, nada en su relación cambió. No hasta el verano siguiente.

Ese verano, el de 1996, fue de color morado para Priscila. Quizá como la herida de Alex.

(Re) conociendo el pueblo y a los pueblerinos

—Vale, vale. Espera. Aclaremos bien las cosas, por favor. ¿A qué te refieres con marido exactamente? —me pregunta Jaime, situándose enfrente de mí con los brazos en jarras.

—Al sentido más amplio de la palabra: hombre. Casado. Conmigo. —Cuento con los dedos de la mano derecha—. Pero solo ante la ley, así que no te refieras a él como «tu marido».

¿Cómo va a ser mi marido si estuvimos tres meses casados y llevamos casi cuatro años separados? ¿Cómo va a ser mi marido después de lo que hizo? ¿Cómo va a ser mi marido alguien que no me respeta y no me quiere con locura? ¿Alguien capaz de dañarme hasta hacerme huir al otro lado del mundo lejos de mi familia y de toda mi gente?

—¿Solo ante la ley? Creo que esa frase cae por su propio peso, Pris.

—¿Sabes qué otra cosa cae por su propio peso?

—¿Qué?

¿Qué? ¿Cómo que qué? ¡Y yo qué sé! Solo quería rebatirle su frase.

—Se supone que no tenías que seguirme la corriente —le indico—. Ahora no tengo una respuesta ingeniosa. Y tampoco una no ingeniosa, ya que estamos.

—A mí no me despistas con tus juegos de palabras —me advierte, señalándome con el dedo—. Soy inmune. ¿Desde cuándo?

No es necesario que siga jugando, sé a lo que se refiere con esa pregunta.

—Desde el verano de 2012.

—Pero... —se detiene unos segundos para pensar— tú llegaste a Boston en octubre de ese mismo año.

—A finales de septiembre, para ser exactos. —Coloco las manos por debajo del trasero y me escondo en la indiferencia. La necesito para seguir hablando de este tema sin derrumbarme.

—Espera, desde que te conozco tú no habías vuelto a este pueblo, eso significa que... ¡Lleváis cuatro años sin veros! —Asiento con la cabeza—. ¿No estáis divorciados?

—Mmm... Creo que no.

—¿Cómo que crees que no? ¿Qué mierda significa eso?

—Bueno, cuando sucedió... lo que sucedió, yo estaba muy afectada y no tenía la cabeza para papeleos; me habían roto el corazón de la peor manera posible y... —suspiro—. En fin, el tiempo fue pasando, él no hizo nada, yo

tampoco... y hasta hoy.

—¿Y qué fue lo que sucedió?

—Eso mejor lo dejamos para otro momento, ¿vale? Acabamos de llegar, dame un poco de tregua. —Le ruego con los ojos para que no insista.

—Está bien —acepta—. Y tus padres y hermanos ¿qué dicen?

—Es un tema un tanto... peliagudo en la familia, algo difícil de abordar. Yo he estado muy cerrada desde que me marché y no he querido hablar de ello, a pesar de la insistencia de mis padres y hermanos.

—¿Ellos mantienen el contacto con él?

—¿La verdad? No tengo ni idea, pero entiendo que no. Cuando te digo que es un «tema un tanto peliagudo en la familia» me refiero a que les prohibí mencionarlo en mi presencia. El único que hace caso omiso y me lo nombra de vez en cuando es mi padre, como has podido comprobar, pero enseguida pongo mala cara, doy un portazo o cuelgo el teléfono. Soy toda madurez.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Me hago la despistada. No quiero escuchar su nombre ni en mi cabeza.

Jaime arquea una ceja. Arggg... ¡Está bien!

—Alexander.

—¿Alexander?

—Sí, bueno, Alex. Todo el mundo lo llama Alex.

—Vale, Alex. ¿Y qué más?

—St. Claire.

Ahí está. Alex St. Claire. El Alex St. Claire que siempre ha hecho que mi corazón palpitará desde muy pequeña, y hoy es el día en que aún no lo comprendo —no era más que una cría de cinco años y no entiendo esas primeras reacciones—, pero así ocurrió. Ni siquiera sé la razón por la que Alex me resultó tan atrayente desde el primer momento. Quizás fue porque tenía una cara bonita, una cara preciosa, o quizás fue por otra razón. Lo ignoro, solo sé que mi corazón siempre ha hecho bum ante su presencia, y, a pesar de que él se mostraba bastante desdeñoso, misterioso y prepotente —para qué negarlo—, me sentía nerviosa a su lado: un remolino de sentimientos me recorría el cuerpo por dentro y me palpitaba todo. Todo, todo. Lo recuerdo como una sensación... bonita. Como una sensación que me gustaba. Me gustaba lo que me hacía sentir y me gustaba que mi cuerpo entero me gritara: ahí está el vecino.

—¿St. Claire? Me suena de algo. ¿De dónde es?

Cierro la puerta a los recuerdos. No tengo duda del motivo por el que le suena a Jaime su nombre, Alex tuvo su momento de gloria y apareció en casi cada periódico del mundo entero durante años, pero no se lo esclarezco. No quiero ahondar tanto en el pasado. Desde luego, no hoy, mi primer día en casa.

—De aquí o, bueno, de allí, porque Alex nació en Londres, su padre es británico, pero su madre es española y se vinieron a vivir al pueblo hace como mil años.

—Entonces eres la señora St. Claire. Priscila St. Claire. Joder, suena fatal.

—Eso aquí no se lleva. Soy Priscila Cabana. Ahora y siempre.

—Y una adúltera, por cierto. Supongo que los dos lo sois, no creo que el chaval haya permanecido cuatro años sin follar.

No, yo tampoco lo creo, teniendo en cuenta que ni siquiera dejó de follar con otras cuando se casó conmigo. Hago caso omiso del puñal que se me acaba de clavar en el corazón. No debería estar ahí. Lo tengo superado. Alexander St. Claire es mi ex. Punto. Ya no lo odio, no lo quiero, no siento nada porque durante cuatro años he tenido mis sentimientos por él adormecidos, todos mis sentimientos: los buenos y los malos. Los buenos porque me negué a olvidarlos por completo y los malos porque se negaban a salir de mí. Y así debe seguir siendo.

—Joder, me he acostado con una mujer casada.

—¡Shhh! —Me levanto de la cama y le cubro la boca con las manos—. ¡Cállate, insensato! No quiero que mi familia sepa que tú y yo tuvimos sexo en el sofá de casa. Además, solo fue una vez.

—Dos. Y gracias por la aclaración de que fue en el sofá de casa, sin ese dato no sé qué hubiera hecho —me dice, mofándose de mí.

Yo lo ignoro y me preparo para bajar al salón. Me pongo una camiseta de tirantes limpia y unas sandalias.

—Son muy tradicionales en lo que al matrimonio se refiere y no lo aprobarían —le explico mientras tanto.

—¿En serio piensan que no has mantenido relaciones sexuales con otras personas en todo este tiempo?

—No lo sé, pero es mejor no darles pistas. No quiero sermones. Y que tampoco se enteren mis hermanos.

Abro la puerta de mi habitación, echo un último vistazo a mi pasado y le indico a Jaime con la mano que me siga.

—¿Y nos van a dejar dormir juntos? —me pregunta.

—¡Ni locos!

—¿Y si les decimos que soy homosexual?

—Tampoco. Te toca dormir en la habitación de mi hermano River. Y no te quejes, que es la que mejores vistas tiene al mar.

—Está bien. Por cierto —me dice Jaime mientras bajamos por las escaleras—, ahora que lo pienso, has mentido al periódico. Eso está muy mal, señorita Cabana. Coño, espera, que señorita tampoco eres.

—¡Deja ya el temita! —le grito en voz baja, dándole un golpe en el brazo—. ¿Y cuándo he mentido yo al periódico?

—En tu ficha personal pone que estás soltera.

Me detengo en medio de las escaleras.

—¿Tú cómo sabes eso?

—Me colé en el despacho de Jackson y entré en tus datos.

—¡No serías capaz!

—Pues sí.

—¡¿Entraste en el despacho del gran jefeazo para fisgonear mis datos?!

—Oye, entiéndeme —me explica, reanudando la marcha—, cuando te conocí parecías una sintecho, tenía que asegurarme de que ibas a pagarme el alquiler.

—Te dije que iba a pagarte.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Te di mi palabra.

—Pris, a veces pienso que vives en otro mundo, o en este, pero en otra época; la palabra de los habitantes de este planeta no vale una mierda, la gente miente, y sé que tú te has criado en un hogar a tope de paz y amor, pero te diré, por enésima vez, que la mentira existe, aunque tú no la conozcas. Dios, eres demasiado confiada.

Sí, tiene razón. Y es posible que mi absurda manera de ser llevara a Alex a hacer lo que hizo, pero es la forma en la que me han criado, y no pienso negarme a mí misma.

Mis padres son los propietarios de unos grandes almacenes situados en medio de la cuesta más infernal y conocida del pueblo. Son muy grandes y dan mucho trabajo, pero, desde que yo era muy pequeña, cuentan con varios trabajadores a su cargo para que los ayuden. De esa manera, mi madre ha pasado todo el tiempo del mundo con nosotros y mi padre siempre ha regresado temprano a casa. Mis cuatro hermanos y yo nos hemos criado con ellos y eso ha hecho que hayan podido inculcarnos sus valores y su manera de ver la vida. Nos han educado a su imagen y semejanza, intentando evitar lo

menos bueno y realzando lo mejor, poniendo todo su empeño en criar a buenas personas. No conozco muy bien la mentira, el engaño o las envidias. No me he visto rodeada de ellas, al menos hasta que tuve veintidós años.

—Prefiero pecar de confiada que vivir engañando a los demás.

—Ya lo sé, y yo te quiero tal cual, pero tengo que enseñarte que hay personas malas en el mundo, por tu bien.

—No soy idiota, sé que hay gente mala.

Lo he vivido en primera línea.

—Paz y amor, hermana.



Después del aperitivo y de comer con mis padres y mis hermanos en la mesa gigante de madera de la parte trasera del jardín de casa, convengo a Jaime para dar una vuelta por el pueblo. Sé que está exhausto a causa del viaje, yo también lo estoy, y que deberíamos echar una siesta teniendo en cuenta que esta noche hemos quedado con mi familia para celebrar la noche de las hogueras, pero no me aguanto las ganas de enseñárselo todo. Soy así de impulsiva, siempre lo he sido.

Bajamos la cuesta kilométrica que nos lleva al centro del pueblo en bicicleta, yo en la mía rosa y blanca con cestita para los recados incluida y Jaime en una de mi hermano Hugo. Otra cosa no habrá en esta casa, pero bicis, pistolas y espadas de juguete y balones de fútbol... a patadas.

Le explico a Jaime, de camino, para que empiece a orientarse por el pueblo, que para llegar a mi casa solo hay que seguir el camino de baldosas verdes que comienza al final del paseo de la playa y termina en la rotonda gigante con las tres palmeras en el centro que acabamos de ver al salir de la urbanización.

—Y, cada vez que ibais al centro del pueblo de pequeños, ¿teníais que bajar y subir por aquí? —me pregunta tras mi explicación.

—Sí.

—¡Qué paliza!

—No tanta. Lo peor es subir. Bajar es rápido, siempre lo hacíamos en monopatín o con las bicicletas. De hecho, creo que bajábamos demasiado rápido.

—¿Cómo de rápido?

—Así de rápido —le digo, mostrándole la cicatriz de mi brazo derecho.

Cuando llegamos al centro, dejamos las bicicletas en uno de los aparcamientos que hay en la playa y nos dirigimos, caminando, a la calle principal del pueblo.

Cada dos pasos, tenemos que detenernos a saludar a la gente; no es que sea un pueblo pequeño, pero, excluyendo a los extranjeros que han venido a jubilarse aquí, al calor del Mediterráneo, nos conocemos la mayoría. Al menos la mayoría que ronda mi edad o la de mis hermanos. Los Cabana somos bastante famosos por aquí.

—Esa es otra ex de mi hermano —le digo a Jaime al oído en cuanto nos despedimos de la última chica.

—Pero ¿con cuántas tías se han enrollado tus hermanos? Desde que hemos salido de casa esa es la única frase que ha salido de tu boca.

—Recuerda que son cuatro.

—Aun así, joder.

Seguimos paseando y subiendo la cuesta infame que nos lleva a mi *pub* favorito, jadeando por el calor y el esfuerzo. Casi hasta agradecemos las pausas que nos obligan a realizar los viandantes que me reconocen.

—Con ella se enrollaron River y Marcos —le susurro a mi amigo instantes después de que la chica en cuestión se aleje carretera abajo. Qué suerte, ella baja. Sí que estoy desentrenada, porque hacer este trayecto a pie nunca me había costado tanto.

—Oye, River y Marcos están en casi todas. Bueno, y Adrián. El más formalito es Hugo.

—Humm.

Cuando saludamos a la undécima chica, la paciencia finita de mi amigo desaparece, y, entre eso y lo bocazas que es, sucede lo inimaginable.

—Y esta es...

—No me lo digas —me interrumpe en voz alta—, otra a la que se ha follado tu hermano River.

Mierda. Jaime en ocasiones no tiene filtro, y esta ha sido una de ellas. Razón no le falta: «Otra a la que se ha follado tu hermano River», pero es que, además...

—Soy su esposa —le dice mi cuñada, altiva, desafiante, dividiendo los rayos láser que salen por sus ojos entre mi compañero y yo.

—¿Va en serio? —me pregunta Jaime con una mueca de alucinación total

en el rostro.

—Jaime, te presento a Catalina, la mujer de mi hermano mayor River, que no de Marcos, el que se ha enrollado con medio pueblo —me dirijo a él recalcando cada fonema como si fuera un niño de tres años que necesita que hable despacio para que lo comprenda. También le comunico con la mirada que me siga el rollo, pero no sirve para nada.

—No te molestes, Priscila, que nos conocemos —me dice mi cuñada con retintín.

Mi amigo se acerca a darle un par de besos en las mejillas, que ella acepta con el morro torcido. Yo sé de uno que esta noche tiene lío en casa... Y de otra servidora que se va a llevar la bronca del siglo por ello.

—No has estado en la comida de hoy —le dice Jaime.

Y el otro sigue que sigue metiendo el dedo en la llaga.

—Ya. Tendría que haber nacido con sangre Cabana en las venas para poder participar en todos sus encuentros. A los más exclusivos no me invitan y parece que el regreso de la princesa de la casa era algo demasiado íntimo.

Y sin respirar lo ha dicho la muchacha. Ignoro el motivo por el que mi cuñada no ha venido a casa a celebrar mi regreso con nosotros, pero sé que no es porque mi familia la haya excluido. Mis padres la tratan como a una hija más y la quieren de verdad. Algo han visto en ella que los demás no.

Desprendiéndome del hachazo imaginario que me ha clavado mi cuñada en la espalda, nos despedimos de ella y nos disponemos a proseguir nuestro camino. Los dos cogemos aire, en parte por la cuesta que nos mira con expresión burlona, en parte por el encuentro con Catalina.

—¿Por qué no me has parado? —me pregunta Jaime en cuanto comenzamos a andar de nuevo.

—¿En qué momento? ¡¡Has ido lanzado!! ¡Zum! ¡¡Como un Sputnik!! —le digo a la vez que hago un movimiento con la mano que simula ser un cohete recién lanzado.

—Joder... ¿Qué tal te llevas con tu cuñada? Porque no parecía contenta.

—Mmm...

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nos llevamos fatal, Jaime. *No te molestes, Priscila, que nos conocemos* —la parafraseo—. ¡Y acabo de llegar!

—¿River lo sabe?

—Pues claro que lo sabe, deberías haber estado en las navidades de 2011... Fueron épicas. Más de uno aún las recuerda con escalofríos. Entre lo

de River, lo de Hugo y lo mío...

—¿Lo de River, lo de Hugo y lo tuyo? En esa frase hay demasiada información y demasiada codificación a la vez.

—Nada —le contesto, restándole importancia—, ya te lo contaré en otro momento. No entiendo el motivo, pero a veces pienso que River se casó con ella solo por joder.

—Pues claro, como todo el mundo, ¿no?

—¡Ya me entiendes!

—Sí, pero me gusta reírme de ti, ya lo sabes. Entonces, la tal Catalina, ¿no se lleva bien con ninguno de los hermanos Cabana?

—No.

—¿Ni con Hugo, que es un trozo de pan?

—Ni con Hugo. Solo con mis padres. Y con River a ratos.

—Joder... Oye, Pris, ¿falta mucho para llegar al dichoso bar al que me quieres llevar?

—No. Y no es un bar. Es un *pub*.

—Mierda, en este pueblo no hay más que cuestras.

—Te acostumbrarás.

—Lo dudo.

Cuando por fin entramos en la única taberna irlandesa de la que disponemos en el pueblo, nos sentamos en las primeras sillas con las que tropezamos. El corazón me late a toda velocidad y las piernas me queman; me digo que es por el esfuerzo físico. De momento, como no me apetece saludar a nadie, me escondo detrás de la carta de cervezas.

Enseguida se me pasan los primeros espasmos a causa de la caminata y comienzo a disfrutar del lugar, del olor a lúpulo y madera y de la luz tenue y la frescura que siempre han caracterizado a este sitio. Me encantaba venir aquí, la cerveza negra es de lo mejor y también venden helados. Sí, helado y cerveza. Cosas de pueblos.

Jaime se acerca a la barra y pide un par de cucuruchos, de fresa para él (puaj) y de nata para mí (ñam).

Mientras los saboreamos, y una vez he recuperado el ritmo normal de la respiración, hago un escáner visual por el local y la veo. Se me debe de poner tal rictus en el rostro que hasta Jaime se da cuenta de ello por mucho que intente disimularlo.

—¿Quién es esa? —me pregunta, señalando con la cabeza a la chica pelirroja y alta (envidiablemente alta) que juega al billar con varias amigas

que me suenan del pasado.

—¿Quién?

—La pelirroja del fondo a la que miras como si fuera el diablo en persona.

—*Aquella* —le respondo remarcando la palabra— es la tía que se acostaba con mi marido mientras estábamos casados. O quizá desde mucho antes, la verdad es que no lo sé.

Jaime me mira con sorpresa a causa de mi confesión. Le hablo con los ojos: «Sí, amigo mío, Alex me era infiel. Y me está costando un mundo decirlo en voz alta, así que no me obligues a seguir, por favor».

—¿Con esa? —me pregunta a continuación con desconcierto.

—Sí, ¿por qué te extraña?

—¿Cuántos años tiene el vecino socorrista?

—Los mismos que tú.

—¿Veintinueve?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque esa tía nos lleva por lo menos diez años.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada. Me ha extrañado sin más, hace cuatro años estaba fuera de la liga de tu marido, ¿no? Sería un puto crío para ella.

—Alex con veinticinco estaba bastante bien.

Las cosas como son.

—Sí, puedo imaginármelo.

—Era la novia de su hermano mayor.

—¿Cómo?

—La pelirroja. Era la novia de toda la vida de John, el hermano mayor de Alex. Se llevan diez años. Vaya ojo tienes.

—Espera, rebobinemos, creo que no había caído en algo, ¿veinticinco años? ¿Con cuántos años te casaste?

—Con casi veintitrés.

—Joder, ¡¿con veintidós?! ¿Te quedaste embarazada?

—No, idiota.

En ese momento, la susodicha mira hacia la puerta, hacia el lugar exacto donde nos encontramos nosotros —poderes del Inframundo, supongo—, y cruzamos miradas, pero no nos saludamos. Sin embargo, ella sí da la bienvenida al nuevo visitante que cruza el umbral.

—¡Alex! ¡Aquí!

Se me atraganta el helado en la garganta... ¡¿Alex?! No me hace falta

girarme para darme cuenta de qué Alex se trata. Ay, mi madre. ¿¿¿SIGUEN JUNTOS??? Oh, no puedo mirar. No puedo mirar. Siento el corazón en los oídos, en la sien, en cualquier parte menos en la que debería estar. Me toco el pecho para asegurarme de que sigue ahí. Vale, todo correcto. Y ahora, sí puedo mirar. Porque lo tengo superado. Reconozco que mi cabeza, años atrás, los había separado de mil maneras diferentes, imaginándome rupturas dolorosas y a cada cual más rocambolesca. Me hacía sentir mejor.

Levanto la mirada en el instante en que Alex pasa por nuestro lado sin dignarse ni a mirarnos de reojo. Lo sigo con los ojos, que se me quedan clavados en el movimiento de sus piernas embutidas en unos vaqueros oscuros. Siguen tan delgadas y kilométricas como las recordaba. ¿Por qué no puedo dejar de analizarlo de arriba abajo? ¿Por qué necesito descubrir sus cambios o, por el contrario, comprobar qué es lo que no ha cambiado?

Se detiene enfrente de su amante y le da dos besos afectuosos en las mejillas, a modo de saludo. Mierda. ¿Por qué no me he pedido una cerveza? ¿O veinte? Aunque quizá sea mejor así, se me está revolviendo el estómago, tengo la bilis navegando a sus anchas por él y como una especie de pálpito muy feo en el corazón. Y eso que no me afecta. ¿Y a qué viene el beso en la mejilla?

—Oh, pero míralos qué modositos los muy... hijos del Inframundo.

—Eso es, no te cortes, Cabana.

Me giro hacia la mención de mi apellido. En Estados Unidos es bastante frecuente llamarse por el apellido, y es algo que Jaime usa a menudo conmigo. Le encantan las costumbres de los americanos. No todas, pero casi todas.

—¿Qué? —le pregunto sin entender lo que acaba de decirme.

—Me gusta cuando escondes a la princesa y sacas al señor Hyde. No pasa muy a menudo, pero, cuando sucede, lo disfruto. Aunque con ello sitúes erróneamente al demonio en el Inframundo y otras cosas por el estilo.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

—¿Sacar al señor Hyde o situar erróneamente al demonio en el Inframundo? Bah, no me contestes —me indica cuando hago el gesto de abrir la boca para hablar—, al fin y al cabo, va todo unido. Acabas de llamar «hijos del Inframundo» a tu marido y a la pelirroja.

—¿Lo he dicho en alto?

—Sí —me dice sonriendo.

—Y no es mi marido.

—Lo que tú digas.

Recompongo una sonrisa e intento con todas mis fuerzas que no se me note la amargura que siento por verlos juntos después de tanto tiempo. Bueno, al menos era amor verdadero. Mierda, no sé qué duele más, que se liara con ella por pura lujuria o que lo hiciera por amor.

—Yo no insulto a la gente —expreso con pesar—. No me gusta. Tengo que controlarme.

—¿Por qué?

Ignoro su última pregunta y me sigo recreando en el aspecto del señor St. Claire. No puedo dejar de mirarlo; es algo involuntario que hacen mis ojos.

—Deja de mirarlo tanto —me dice Jaime.

—Cuando salíamos juntos no estaba así.

—¿Cuando salíais juntos? Por Dios, Priscila, que es tu marido. Creo que hacíais algo más que salir juntos.

Lo fulmino con la mirada.

—No es mi marido —repito con vehemencia.

—Vale. ¿A qué te refieres con que no estaba así? ¿Así, cómo?

—No sé, con esa pose. Era un chico normal. Muy guapo pero normal. Es cierto que fingía ser algo que no era, que no se mostraba en su totalidad ante cualquiera, que iba de sobrado por la vida cuando era todo lo contrario, pero... no tenía esa pose.

Se me encoge el corazón al pensar que aquel chico del que me enamoré como una tonta ha desaparecido. Sé que no tiene sentido, que es irracional, pero siento nostalgia de mi anterior vida aquí. Supongo que regresar a mi pueblo natal implica demasiadas emociones a la vez. Ojalá no hubiera pasado nada de todo aquello; lo he deseado tantas veces... Ojalá pudiera mirar a Alex con los mismos ojos que antes. Ojalá siguiera siendo mi Alex. Ojalá.

—¿No tenía esa pose?

Sacudo la cabeza y repito la pregunta de Jaime en mi mente.

—No. Con veinticinco años no tenía esa pinta de perdonavidas.

—Y aun así te casaste con él.

Segunda mirada matadora que le echo en un lapso de dos minutos.

—¿¿Pris??

Me vuelvo hacia la barra y veo a mi hermano Marcos saliendo del reservado que hay detrás.

—¿Marcos? —me pregunta Jaime, anonadado—. ¿Cuándo pelotas ha llegado tu hermano? Estaba en casa de tus padres antes de irnos. Que, por cierto, ¿no tendría que pasar más tiempo con su novia? Se supone que los

prometidos están todo el día juntos y aún no la he visto.

Prometidos. He ahí el motivo de mi regreso al pueblo. Mi hermano Marcos se casa al final del verano con su novia desde hace tres años y una de mis mejores amigas desde hace veinte. Y con «mejor amiga» me refiero más bien a mejor conocida, a alguien que me acompaña en las aventuras, en las fiestas y el deporte, pero no gente con la que comparto mi vida o mis más íntimos pensamientos, esos siempre los he dejado para mí y para mis hermanos, y, después, para Jaime.

Aunque reconozco que Adrián fue la única persona con la que traté más en intimidad las emociones en lo que concierne a Alex; confío mucho en mis hermanos y me considero una persona extrovertida —es lo que tiene criarse con cuatro chicos y no estar nunca sola, no tener que jugar sin compañía y compartirlo todo—, pero hablar de chicos con el resto de los Cabana era algo embarazoso, más que nada porque les encantaba reírse de mí. Aprendí a pasar de todo y estoy hecha de pasta dura gracias a ello. Al menos en lo que no se refiere a Alex, porque él ha sido, es y será siempre mi talón de Aquiles.

—En cuanto a la novia de mi hermano, no creo que los prometidos tengan que estar todo el día juntos. —Aunque es cierto que Alex y yo sí lo estábamos siempre que podíamos, pero eso me lo callo—. Y en cuanto a que mi hermano esté aquí, habrá venido en coche.

—¿¿Se podía venir en coche hasta aquí?? —me pregunta con los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Es que acaso no has visto la carretera? —le contesto con guasa—. Normalmente, entre acera y acera, hay una. Es ese camino público, ancho y espacioso, pavimentado y dispuesto para el tránsito de vehículos.

—¡Estaba ocupado respirando!

Voy a responderle de nuevo, pero el dueño del bar se da cuenta de que yo soy yo, gracias al grito de mi hermano Marcos, y comienza a vociferar desde la barra.

—¿Priscila? ¿¿Priscila Cabana?? ¿Eres tú de verdad? ¡Estás igual que siempre! ¡Alex! —grita, dirigiendo la mirada a la rinconera donde descansa el susodicho—, ¿has visto a tu mujer? Joder, esperad.

La música comienza a sonar por los altavoces del local antes de que nos dé tiempo a reaccionar. Retiro la mirada de Alex, que mira a Pedro como si quisiera acabar con su vida de una manera muy lenta —Pedro ni se ha inmutado—, y me froto los ojos con los dedos mientras juro por lo bajo.

*No soy más que tu, tu fantasía.
Tantas veces soñaste, que se hizo realidad.
Pero lo que tú, tú no sabías, es que los sueños no se pueden dominar.
Cuando crees que me ves, cruzo la pared.
Hago chas, y aparezco a tu lado.
Quieres ir tras de mí, pobrecito de ti, no me puedes atrapar.*

—¿Qué coño es eso y por qué todos os miran a tu marido y a ti mientras cantan y sonrían? —me pregunta Jaime.

—*Chas y aparezco a tu lado*, de Álex y Cristina.

—¿Álex y Cristina? ¡No me jodas! Este pueblo es la hostia —me dice a la vez que comienza a desternillarse de la risa. Bien, ha pillado a la primera el juego de palabras de Álex y Cristina, Alex y Priscila.

—El camarero es muy amigo de mi hermano Marcos —le explico—. Me conoce desde que era una cría. No te creas que esto es normal, es su forma de darme la bienvenida.

Me pregunto qué pensará la gente de Alex y de mí. Qué creerán que sucedió entre nosotros tantos años atrás. Queda claro que no se montó el gran drama por mi marcha porque, en tal caso, la reacción del amigo de mi hermano habría sido otra. Digo yo.

—Pues viene hacia aquí.

El de detrás de la barra sale de su rincón para darme un achuchón. Me levanta de la silla y me da la bienvenida cogiéndome en volandas y dándome vueltas. No se me cae el helado de milagro.

—Ya me había dicho un pajarito que venías —me dice al bajarme—. ¡Estás muy guapa de rubia!

Me puse mechass rubias al poco de llegar a Boston, formaba parte de todo aquello de «vida nueva, imagen nueva», y las he mantenido con el tiempo. Me gustan.

—¡Tú! ¡Deja de ligar con mi hermana! —Marcos se acerca a nuestra mesa y me quita un trozo de helado de un mordisco—. No sabía que veníais hacia aquí, os habría subido en coche.

—Habría sido un detalle... —le dice Jaime, mirándome a mí con mala cara y resquemor.

Tanto Pedro como mi hermano se quedan cerca de nuestra mesa charlando entre ellos.

—Oye, Pris, pss, pss. —Jaime me indica con la mano que me acerque a su

oído—. No es por nada, pero tu marido te mira fatal, lo estoy viendo por el rabillo del ojo.

—No es mi marido.

—Ajá, pero te mira fatal. Y viene hacia aquí.

—Mierda.

¿De dónde viene esa mirada de odio de Alex hacia mí? ¿Tanto daño le hice a su orgullo cuando me marché? ¿Y por qué duele tanto que me mire de esa manera?

Antes, en la cala, me pilló desprevenida; había discutido tanto conmigo misma sobre poner o no poner las cartas al descubierto, sobre enfrentarme o no a lo que sucedió con él y a cómo iba a actuar cuando nos viéramos, que al final no me dio tiempo a pensar en nada. Y él se ha mostrado frío y desagradable; mucho más frío y desagradable de lo esperado.

Mentiría si dijera que me esperaba un encuentro cordial, cálido, pero... no sé... Bueno, atendiendo a la verdad verdadera, no tenía ni idea de lo que me esperaba, desde luego no lo que me he encontrado: un Alex que me odia.

Me ha sorprendido, debería ser yo la que lo odiara a él, pero ha pasado tanto tiempo que ni ese sentimiento existe en mi interior. Y no sé si alguna vez lo hizo. No sé si tengo la capacidad de odiar, aunque reconozco que en aquella época sí lo pensé. Pero ya no lo hago. Ahora solo hay una espinita clavada en mi corazón por su engaño, por haber hecho las cosas tan mal. Incluso puede que algo de rabia, quizá, pero no odio, esa fase la superé mucho tiempo atrás. Y ahora toca ahora mirar hacia delante.

Y para mí, mirar hacia delante significa mantener una relación cordial con Alex, poder permanecer en la misma habitación sin enfrentarnos y actuar como personas adultas y civilizadas. Además, apenas voy a permanecer tres meses en el pueblo. Después regresaré a Boston, a mi vida plena de Boston, a mi buena vida de Boston. No quiero perder el tiempo peleándome con Alex, no nos lo merecemos.

Aunque todo se fuera a la mierda, en su día fuimos felices. Y solo por ese pequeño recuerdo, por esos momentos, creo que merece la pena que intentemos llevarnos bien, no como amigos, eso resultaría imposible, pero sí podríamos tratarnos entre nosotros con educación. Aunque supongo que eso significa comportarnos como dos conocidos sin más, y ahí radica la cuestión principal: Alex y yo nunca seremos dos simples conocidos. Dos personas que han vivido tanto no pueden ser simples vecinos, simples habitantes de un mismo pueblo que se encuentran y se saludan con un movimiento de barbilla y

una sonrisa.

Y Alex cada vez está más cerca de nosotros. Necesito... necesito un escudo. Un escudo que me resguarde del exterior y que cubra mis emociones. Recorro al humor, claro, a lo fácil. Me coloco la carta de cervezas en la cara a modo de parapeto. Escudo físico y emocional.

—Pero ¿qué coño haces? —me pregunta Jaime.

—Protegernos de los dardos envenenados que nos está lanzando Alex por los ojos.

Jaime se descojona de la risa en el momento en que llega la parejita formada por la pelirroja (altiva) y mi marido (cabreado y único conocedor del motivo para ello) a nuestra mesa.

—Hola, cuñado —saluda Alex a mi hermano, colocando su codo en el hombro de mi hermano—. ¿Vamos a jugar la partida?

¿¿Perdona?? Pero ¿qué narices...? Marcos y Alex no son amigos. Marcos y Alex no se caen bien. ¿Por qué Marcos y Alex querrían jugar juntos una partida de... lo que sea? Miro a Marcos sin entender nada. Me encuentro con su mirada, pero solo dura unos instantes; enseguida la retira.

—Eh... —titubea en respuesta.

—Hola, Reina del Desierto —me dice seguido a mí Alex. ¿Reina del Desierto otra vez? Odio que me llamen así. Y él lo sabe. A la mierda toda mi reflexión. Esta vez no pienso quedarme callada.

—Hola, capullo.

—¡Vaya! —exclama, sorprendido por mi inusual arrebató—. Ya veo que has venido de Boston con menos educación y más mala hostia.

—Alex... —le dice mi hermano con evidente tono de advertencia.

—Tranquilo, está todo controlado —le asegura este. Entonces cruzan una mirada de confianza entre ellos. Y digo yo, ¿desde cuándo se llevan tan bien estos dos? De verdad, no entiendo nada.

—¿Qué cojones haces con la carta en la cara, Pris? —me pregunta mi hermano.

—¿Tú qué crees?! —le suelto cabreada—. ¡Es bastante obvio! ¡Me estoy protegiendo los ojos de sus dardos invisibles —señalo a Alex con el dedo— porque no quiero quedarme ciega!

Y ahí está el chiste fácil otra vez, salvándome la vida, salvándome de echarme a llorar aquí mismo. Marcos y Pedro dejan escapar una sonrisa, Alex bufá y niega con la cabeza. A la pelirroja ni la miro.

—Sé por qué estás aquí y te... —comienza a decirme Alex.

—¿Aquí, en el bar? —lo interrumpo—. Pues tomando un helado. Es bastante evidente.

—No, aquí en el pueblo. Sé a lo que has venido y solo espero que no tengamos que cruzarnos más veces de las...

Recuerdo su pregunta en Cala Medusa y vuelvo a interrumpirlo.

—¿Y por qué me has preguntado antes que qué me había traído de vuelta?

Alex se piensa la respuesta durante unos segundos.

—Para ver si contestabas otra cosa.

—¿Y qué iba a contestar, aparte de la verdad?

Nuestros ojos se encuentran y se quedan enganchados. Los suyos me miran diferentes, no con el odio que llevan regalándome durante todo el día, pero no sé definir qué es. Entonces, los retira. No sin que antes pueda vislumbrar la aversión una vez más.

—Contigo nunca se sabe, pero queda claro que has venido para asistir a la boda de Marc y Ali.

—Vaya. Así que mi hermano y mi amiga se casan y ese es el motivo por el que vengo al pueblo. No te recordaba tan perspicaz —le digo en broma. Necesito bajar la intensidad de esta conversación. Además, es bastante obvio que estoy aquí por la boda de mi hermano, ¿no? Y, por cierto, ¿Marc y Ali? ¿En serio? ¿Desde cuándo?

Alex me mira de arriba abajo con pose de indiferencia, esa que siempre lo he visto utilizar para el resto del mundo, pero no para mí.

—Vaya. Yo no te recordaba —me responde con frialdad. Y, sí, ha dolido. Mucho—. Respecto a lo otro, Marc me contó hace tiempo que regresabas para asistir a su boda.

—¿Y desde cuándo mi hermano es *Marc* para ti? —Me pone cara de no entender mi duda, así que se lo explico—. Siempre ha sido Marcos. Jamás habéis cruzado más de dos frases seguidas ni habéis intimado.

—Te has perdido alguna que otra cosa en los últimos años, me temo. Por cierto, ya que te has dignado a venir, aprovecharé para entregarte los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los del divorcio.

—Genial, pásaselos a mi abogado —le digo, señalando a Jaime con el dedo.

Siempre he querido decir esa frase, aunque se me haya atragantado en la garganta y a pesar de que Jaime no sea abogado. Y aunque me duela como nada, más incluso que verlo con la pelirroja. Al estar casados, siempre he

sentido que, en el fondo, nos teníamos el uno al otro, que eso era algo que nadie nos podría arrebatarnos; pese a que nos detestáramos y viviéramos a cinco mil ochocientos kilómetros de distancia.

Mierda. Ni yo me entiendo.

—Lo haré, no lo dudes —me responde.

Me fijo en Jaime y veo que sigue nuestra conversación como si de una partida de tenis se tratara. Y lo mismo digo para Marcos, Pedro y la pelirroja, que nos mira cada uno de una manera diferente. Con pena, alucinación y satisfacción, respectivamente. Y, en serio, no sé qué pinta aquí la pelirroja del Inframundo si no ha abierto ni la boca.

—Hazlo —le respondo a Alex—. Y anda que no has tenido ocasiones para dármelos a través de mi familia. Somos vecinos.

—Éramos vecinos —puntualiza—. Reconozco que también esperaba que me los mandarás tú, teniendo en cuenta que fuiste la que te largaste sin más.

Cuando voy a contestar que no fue «sin más», se aleja. Comienza a ser algo rutinario entre nosotros. Él se va todo digno habiendo dicho la última palabra y yo me quedo con cara de tonta pensando en una respuesta apropiada. No obstante, en esta ocasión me levanto para seguirlo; necesito preguntarle algo.

—¡Alex! Espera.

—¿Qué? —me pregunta deteniéndose, pero sin girarse.

—¿Dónde está Dark?

Dark es nuestro perro. El perro que Alex y yo encontramos en la calle y adoptamos cuando no éramos más que unos críos. Al que también abandoné cuando me fui.

—Se lo regalé a otra familia. Pero no te preocupes, Reina del Desierto, es un perro feliz.

—¿Qué?

Se marcha sin darme más explicaciones. Me quedo de pie, anonadada en medio del local a causa de la noticia, que no me esperaba para nada, e intentando asumirla, hasta que me vibra el móvil en el bolsillo.

River Phoenix:

¿Quién de los cuatro me la ha liado con Cata?

Ay, mierda. Me había olvidado del encuentro con mi cuñada. Le mando un emoticono con una chica rubia levantando la mano. Esa soy yo.

Priscila:

Culpable de todos los cargos; bueno, en realidad ha sido Jaime. ¡Lo sentimos!

River Phoenix:

De puta madre.

Marquitos:

¿Has tenido lío?

Marcos se acerca a mi lado después de mandar el mensaje y me pasa el brazo por el hombro. Se lo aparto sin contemplaciones.

River Phoenix:

Bastante.

Adri:

Hoy duermes en el sofá.

River Phoenix

Joder.

Hugoeslaestrella:

Otra vez.

River Phoenix:

Joder.

Hugoeslaestrella:

Tú eres gilipollas.

River Phoenix:

No me apetece discutir. Bastante tengo ya.

Adri:

Solo una palabra. Divorcio.

Pues ya somos dos. River y yo siempre vamos a la par en lo que a asuntos de matrimonio se refiere. Nos casamos casi a la vez y la palabra «divorcio» nos envuelve al mismo tiempo.

«Madre mía, ¡y acabamos de llegar! Me estoy dando cuenta de que nuestra vida en Boston era bastante... tranquilita».

Pristy, la ardilla. En el pub del helado y la cerveza.

Verano de 1997

Piscina común. Priscila tiene siete años (casi ocho, como le gustaba decir a ella), y Alex, diez

Como en cada mes estival, Alex nadaba en la piscina de su urbanización arriba y abajo, arriba y abajo. Ya era miembro, desde dos años atrás, del club de natación San Vicente, uno de los más importantes de la zona —o el único—, y su entrenador le llenaba los oídos explicándole que, si trabajaba duro y ponía empeño, podría llegar muy lejos. A Alex no se le subía a la cabeza; solo lo inducía a entrenar más y más. Y lo hacía con gusto porque le encantaba. Alternaba los largos con prácticas de hacer apneas para trabajar la respiración debajo del agua y aumentar la capacidad pulmonar.

Priscila lo observaba y no entendía qué era lo que hacía Alex; lo veía sumergirse cerca de las escaleras de la piscina y desaparecer durante largos periodos de tiempo. Cuando la curiosidad pudo con ella, se acercó y se metió dentro, abrió los ojos debajo del agua, pero apenas podía ver alguna sombra. Salió y se puso sus gafas moradas de buceo con el tubo a juego. Se hundió de nuevo y, entonces, sí lo vio:

Alex estaba de rodillas en el suelo de mosaicos azulados con una mano agarrada a la barra de las escaleras; tenía los ojos cerrados y parecía relajado.

Cuando los abrió y levantó la cabeza para salir a la superficie, se encontró de frente con Priscila. Sacaron las cabezas del agua los dos juntos y se quedaron asidos a la escalera.

—¿Qué hacías ahí abajo? —le preguntó ella.

—Suspende la respiración.

Se quedó igual de confusa, pero se dio cuenta de que su vecino parecía tener la habilidad de poder hacer de todo. Seguro que también podía desenvolverse sin problemas en aquello de lo que tanto cuchicheaban sus amigas en el patio del colegio. Y sus hermanos. De mayor a menor. Todos hablaban de ello:

De los besos.

Fue una palabra muy recurrente durante ese verano en el que se escuchaba *Don't Speak*, de No Doubt, *Torn*, de Natalie Imbruglia o *Solo se vive una vez*,

de Azúcar Moreno. Y Priscila sentía curiosidad, así que se afianzó con fuerza a la barra de metal y se lanzó.

—¿Tú sabes dar besos de novios? ¿Besos de verdad?

A Alex lo sorprendió la pregunta, pero enseguida reaccionó. Tenía una mente bastante rápida.

—Pues claro.

—¿Cómo se hace?

—Hay que cerrar los ojos y juntar los labios.

—Eso he visto hacer a mi hermano River, con muchas chicas diferentes, y es asqueroso.

—¿River es el del ordenador?

Siempre que Alex veía a ese vecino en concreto, se encontraba en medio de la urbanización, sentado en el suelo, enredando en las tripas de un ordenador viejo u observando alguna que otra ventana del vecindario.

—Sí. Quiere ser informático cuando sea mayor.

—Pues no siempre mira las tripas del ordenador... que lo sepas.

—¿Qué?

—Nada, te decía que hay que limpiarse la boca después de besarse para quitarse las babas del otro de encima.

Ya sabía ella que seguro que el vecino era un entendido a pesar de su hermetismo. Era bastante reservado, observaba, y no hablaba demasiado. Su hermano River solía decir: «Cuando sea mayor, las matará callando», pero ella no entendía lo que significaba.

—¿Tú te has dado besos con alguien? —le preguntó Priscila con curiosidad.

—Muchos. —Y no mentía, era un chico muy guapo, llevaba recibiendo besos en la boca desde los cinco años—. ¿Y tú?

—No. Con nadie.

—¿Nunca?

—No.

Alex jamás entendería de dónde salieron sus siguientes palabras, pero lo cierto es que lo hicieron. También es verdad que Priscila le llamaba la atención.

—¿Quieres probar?

—¿Contigo?

—Claro —le dijo con socarronería.

—De acuerdo.

Acercaron las cabezas sin pensárselo ni un instante, ambos bien sujetos a la barra y cubiertos por el agua de cuello para abajo, y se dieron un suave beso en los labios que duró, más o menos, cinco segundos. Y que conste que para ellos fue largo largo. «Largo de pelotas», que era como había comenzado Alex a expresarse.

También fue frío y caliente al mismo tiempo. Frío por la temperatura de sus cuerpos mojados; caliente, por motivos que tampoco entendían. Era por el contacto humano, por el calor que emiten las personas cuando se tocan, cuando expresan emociones a través del efecto de rozarse. Como cuando hay una conexión entre dos partes de un circuito eléctrico, aunque el pensamiento de Alex fue: «Pues no he sentido nada nuevo, ha sido un beso más».

Cuando todo terminó y establecieron distancia entre ellos, se sumergieron en el agua sin dejar de mirarse a los ojos. Priscila tapándose la nariz. Alex, no. Al fin y al cabo, era un profesional.

Durante el resto del verano, ese verano de color azul piscina para Priscila, solían verse en aquellas profundidades que habían sido espectadoras de primera línea de su primer beso y de como ambos suspendían sus respiraciones, mirándose a la cara y muy cerca el uno del otro. Pero no hubo más besos.

El pastel para la boda... y los martinis

Abandono mi cervecería favorita del mundo entero pasmada y atónita por el descubrimiento de que Alex y Marcos —o *Marc*— son amigos y decepcionada con la noticia de que Alex haya regalado a Dark.

A pesar de que Jaime viene detrás de mí, bajamos en silencio la cuenta infernal que nos lleva de nuevo a la playa y regresamos a casa subidos en las bicicletas.

Yo no sé qué tienen los enfados, que se cuecen a fuego lento. La sorpresa y la decepción que me he llevado a causa de ambas noticias pronto se transforma en otra emoción mucho más fuerte e intensa, en algo más inestable: irritación. Cólera.

Al llegar a la urbanización, advierto que el coche de mi hermano está aparcado fuera y que la luz de la cocina está encendida. Se supone que no hay nadie en casa: es la noche de San Juan y nuestra familia al completo se encuentra en la gran hoguera de la playa, esperándonos.

Entro en casa y voy directa a la cocina, donde Marcos ya me espera. Jaime me da un beso de despedida en las escaleras con la premisa de que lo que tengamos que tratar Marcos y yo es demasiado familiar. También me dice que grite si necesito su ayuda.

La discusión con mi hermano la comienzo yo desde el instante en que piso las baldosas rústicas de la cocina de mis padres. Pero no hay duda de que él me estaba esperando. Va a ser una discusión dura. Una de esas que intuyes va a tornarse trascendental casi desde antes de que ocurra, una de esas que solo suceden una vez cada diez años.

Un tú a tú sin mundo a nuestro alrededor.

—¿Por qué? —le pregunto a bocajarro.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué Alex? Tú tienes cientos de amigos en este pueblo. ¿Por qué tuviste que elegirlo de entre todos los demás? ¡Ni siquiera os llevabais bien cuando él y yo estábamos juntos!

—Eso no es cierto. Todos aceptamos a Alex casi desde el principio.

—¿Desde el principio?! ¿En serio? ¡Primera noticia que tengo!

—No es así, Priscila, y lo sabes. En el fondo sabías que nos gustaba.

—No, yo no sabía nada. Y, de todas formas, de gustar a ser íntimos amigos... Me parece que me he perdido unos cuantos capítulos de la historia.

—Eso no te lo voy a discutir. Te has perdido la hostia de capítulos. Y ¿sabes por qué? Porque el nombre de Alexander St. Claire ha estado vetado en esta familia por ti desde hace cuatro años.

—Me parece a mí que no ha estado tan vetado. Aunque supongo que sí lo ha estado como para que me ocultaras tu amistad con él durante años. ¡Años!

—Bienvenida al club.

—¿A qué club?

—¡Al de los hermanos a los que no se les cuentan las cosas! —me grita, de pronto.

—Marcos... —le advierto.

—Tú te echaste novio, Priscila —continúa, sin darme tregua—, te comprometiste con él, nosotros lo aceptamos y te casaste. Empezábamos a hacernos amigos del nuevo miembro de la familia, pero, entonces, te largaste. Para ti, ahí acabo todo; no quisiste saber más. Para el resto no fue tan sencillo porque, además de ser tu marido y nuestro amigo, ¡ERA EL PUTO VECINO DE LA CASA DE ENFRENTA! —me grita una vez más, señalando con el dedo la casa recién aludida a través de la ventana de la cocina—. Pero un día discutes con él, vienes a casa a comer con nosotros agobiada por la pelea y cuando sales de aquí te vas directa al aeropuerto. ¡Y han pasado cuatro años! ¡Cuatro años, Priscila!

—¡No me fui directa al aeropuerto!

—¿Qué? ¿Cómo que no? ¿Y a dónde fuiste?

—Eso ahora da igual.

—¡No, no da igual! Entiendo que eras una cría, ¡porque eras una puta cría, Pris! Pero si fuiste tan madura como para casarte a los veintidós con el vecino de la casa de enfrente —me dice, señalando con el dedo la mentada casa, una vez más—, debiste haberlo sido también para afrontar los problemas de pareja y no huir a la primera de cambio.

—¡No tienes ni idea de lo que ocurrió!

—¡Pues no! ¡No tengo ni puta idea! Nunca nos contaste nada, no nos explicaste qué fue aquello tan grave que se supone te hizo Alex. ¡Solo lo vetaste en la familia y punto!

—¿Se supone? —repito alucinada.

—¡Sí! ¡Se supone! Yo jamás he visto ni he oído nada, lo único que vi fue a Alex destrozado. Totalmente destrozado física y moralmente. Y pensé que, si recogía los pedazos del marido de mi hermana, con el que tenía una vida idílica, algún día ella me lo agradecería. Algún día cuando regresara, algún

día de las semanas siguientes, o meses a lo sumo.

—Pero no regresé.

—No, no lo hiciste.

—Y para cuando te diste cuenta de que no iba a hacerlo, era tarde. Alex ya era tu amigo del alma. ¿Fue así como ocurrió?

—No tienes ni puta idea de cómo ocurrió.

—No. No la tengo. No la tengo porque tú no me lo has contado.

—¿Que yo no te lo he contado? ¡¿Que yo no te lo he contado??! —repite, indignado—. ¡¿Cómo tienes el valor de decirme algo así después de tu hermetismo de los últimos años?! ¿Cómo crees que me he sentido yo todo este tiempo? ¿Eh? ¿Cómo crees que nos hemos sentido todos? ¿Y ahora tienes el valor de recriminarme que yo te ocultara algo?

—¿Por eso te has puesto de su lado? —le pregunto con dolor.

—No, Pris. Jamás me he posicionado del lado de Alex. Siempre he permanecido en el tuyo a pesar de no tener ni puta idea de lo que pasaba, pero eso no quita para que él se haya convertido, con el transcurso de los años, en un hermano para nosotros.

¿Nosotros?

—Cuando dices nosotros...

—Me refiero a Hugo y River, sí.

—¿Y Adrián?

—No, Adrián, no. Adrián pasa de Alex como de la mierda. Supongo que no te sorprende.

—No.

Adrián sabe lo que pasó. Es el único.

—Pris, mira...

—No teníamos una relación tan idílica —lo interrumpo, recordando su comentario de antes.

—¿Qué?

—Antes has dicho que Alex y yo teníamos una relación idílica. No es cierto. Solo quería dejarlo claro.

—Lo siento —me dice, sin creermelo—, pero eso no cuela, Priscila. Sí la teníais. Yo lo vi. Alex y tú erais totalmente transparentes. Los dos.

—Teníamos nuestros problemas, Marcos.

—¿Cuáles?

—Eso no importa ahora. ¿Por qué me odia?

—¿Qué?

—Alex. ¿Por qué me odia tanto?

Es algo que me ronda mucho la cabeza. Demasiado. Puedo entender que estuviera enfadado porque me marché y crucé el océano Atlántico sin dar explicaciones, aunque fuera a causa suya, pero... ¿odiarme de esa manera tan visceral? ¿De dónde viene? ¿Qué he hecho yo que fuera tan terrible? ¿Huir de un marido que dejó de quererme?

—Alex... Yo... yo no...

—Tú lo sabes, Marcos, sé que lo haces. Te conozco demasiado.

Mi hermano lanza un sonoro suspiro antes de hablar de nuevo.

—Sí, lo sé.

—Pero no me lo vas a contar.

—No. Tenéis que arreglar vuestros asuntos vosotros solos.

El caso es que no creo que haya nada que arreglar. Cuatro años separados es mucho tiempo, ya no somos las mismas personas. No fue fácil para mí *odiar* a Alex durante esas primeras semanas después de que ocurriera todo. Tuve que hacerlo de la noche a la mañana y las cosas, normalmente, suceden de manera paulatina. Como cuando te crece el pelo, no te levantas un día y te ves con el pelo cuarenta centímetros más largo; o como cuando llega el invierno, no te levantas un día y la temperatura ha disminuido veinte grados. Pero, en cambio, yo sí me levanté un día, o, más bien, me desperté en un avión a miles de kilómetros de distancia de mi casa, teniendo que odiar a mi marido cuando, hasta horas antes, lo amaba con locura.

Me pregunto si lo de Alex conmigo fue paulatino o le vino de repente.

—Alex no tiene motivos para sentir ese rechazo hacia mí, Marcos —le explico—. Yo, sin embargo, sí los tengo para con él. Él sabe por qué me fui, tiene que hacerlo, y si no lo sabe, si no lo intuyó una vez lo hice, es porque es más imbécil de lo que pensaba.

—Vale, escúchame —me dice entonces Marcos acercándose a mí—. Yo solo conozco su versión, una versión que he vivido en primera línea. Y si tuviera que ponerme en su lugar..., si tuviera que pasar por lo que pasó él cuando te largaste, yo también renegaría de ti. Si no lo hago, es porque eres mi hermana y una de las personas a las que más quiero y respeto en la vida, pero si no lo fueras, Priscila, si no fueras mi hermana...

—Si no fuera tu hermana, ¿qué?

Marcos bufá.

—No puedo seguir con esto —me indica mientras levanta las manos en señal de rendición—. No mientras no pongamos el resto de las cartas sobre la

mesa. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

—No, así no. Ahora no.

—Pues me largo. Paso de todo esto. Paso mucho, Priscila.

Me quedo con la palabra en la boca cuando mi hermano abandona la cocina sin decir nada más. Siempre ha sido su manera de terminar con las discusiones. De golpe y porrazo.

Subo derrotada a mi dormitorio y me planto en medio de la estancia a observarla, por fin, de verdad. Reparando en ella al detalle. Antes, con Jaime aquí, no lo había hecho, había entrado en ella como si fuera un trámite más de mi regreso.

El lugar está tal y como lo dejé el día que me marché y como lo había dejado meses antes al casarme. La misma cama nido de noventa con cajoneras y empotrada contra una de las paredes, los mismos muebles de madera blanca, el mismo edredón azul cielo con estrellas amarillas, la misma lamparita de noche, los banderines de colores colgados en el techo, la mesa gigantesca de estudio junto a la ventana. Y el olor. Y los recuerdos. Me acerco a la ventana y observo la de Alex. Sí, los recuerdos siguen todos aquí.

Me pongo el pijama, enciendo la pequeña televisión y me tumbo a descansar en la cama con tan solo la luz de la mesita encendida. Me siento en casa de nuevo, pero, al mismo tiempo, me encuentro extraña. Como si fuera una figura geométrica que no acaba de encajar en su cubo de formas. Parece que ese es el lugar, pero no casa del todo.

Diez minutos son los que tarda Marcos en venir a mi habitación a hacer las paces.

—Hola —me saluda desde el umbral.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

—Siempre.

Con su sonrisa más bonita, se acerca a la cama y se sienta con la espalda apoyada en el respaldo, junto a mí. Nos quedamos unos momentos en silencio, tan solo escuchando los murmullos que vienen de la televisión encendida enfrente de mi cama.

—Creo que no debí marcharme —me atrevo a decirle. A confesarle ante la penetrante mirada de sus ojos verdes—. Que no debí marcharme así. Pero tenía veintidós años, Marcos, y estaba asustada, muy asustada. El mundo se me había caído encima, todo mi mundo, y no supe hacerlo de otra manera. No supe gestionarlo. Lo siento.

—Ven aquí, pequeña. —Nos abrazamos con fuerza y me echo a llorar en su cuello—. Yo también lo siento. Estoy... estresado y lo he pagado contigo. Hoy eras una diana demasiado fácil. Y no me gusta que seas una diana, yo lo que siempre he querido es sujetarte el mundo, Priscila.

—Me siento rara, Marcos.

—Pasará. Confía en mí. Y ahora vamos a dormir un poco, ¿de acuerdo? Ha sido un día muy largo.

Asiento con la cabeza y nos tumbamos uno junto al otro. Marcos estira el brazo y apaga la luz. Es inevitable que los recuerdos de las escenas vividas durante el día no acudan a mi cabeza. Es inevitable no pensar en ellas. Y no dejo de darle vueltas a algo. A Alex y la pelirroja. No me ha dado la sensación de que... estuvieran juntos. Juntos como pareja, me refiero.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre Alex sin que te enfades? —le pregunto a mi hermano.

—Dispara.

—¿Alex tiene novia?

—No —responde tajante—. Alex tiene una mujer.

Chasqueo la lengua por su respuesta.

—Te lo estoy preguntando en serio. Me refiero a si está saliendo con alguien.

—No, Pris, Alex no sale con nadie. No ha salido con nadie desde que te fuiste.

—¿Pretendes hacerme creer que no ha estado con nadie en todos estos años?

—Yo no he dicho eso.

Vale.

—Marcos.

—¿Sí?

Cojo aire y dejo salir esas cuatro palabras que tanto me han atormentado en el pasado.

—Alex dejó de quererme.

—Pris, después de lo que pasó...

—No —lo interrumpo—, dejó de quererme antes de que me fuera. Por eso me marché. Verlo con mis propios ojos fue... me impactó demasiado.

Marcos se mueve en la cama y busca mis ojos en la oscuridad.

—Eso no es verdad. Alex te quería con locura.

—Puede que en algún momento de su vida lo hiciera, pero no en nuestros

últimos instantes juntos. Esos pedazos de Alex de los que hablas... No fui yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo no hice nada malo.



El movimiento de las cortinas de la ventana de mi habitación, al ritmo de la agradable brisa matutina, no permite que me levante de la cama; tengo los ojos entreabiertos y la mirada perdida en ese balanceo.

Siempre dejo la ventana de mi dormitorio abierta; en verano porque hace mucho calor y en invierno porque... porque lo hago desde que tenía diecinueve años, desde que descubrí la escalera fabricada con cuerdas que va desde el suelo hasta la ventana del vecino de la casa de enfrente, desde que subí por ella por primera vez y descubrí el motivo por el que estaba allí. Quería que Alex supiera que mi ventana siempre estaría abierta para él, por si la necesitaba.

El sonido liviano pero continuo de los ronquiditos del bulto que duerme a mi lado consigue sacarme de mis recuerdos. Ladeo la cabeza y veo a mi hermano Marcos dormido en mi cama a pierna suelta, tan a pierna suelta que me tiene arrinconada y al borde del precipicio en uno de los extremos. Recuerdo la disputa que tuvimos ayer.

La relación con mis hermanos no es afable, buena o divertida. Es pura, bonita y humana. Nos queremos como se debe querer, como nos han enseñado nuestros padres a querer; nos protegemos como se debe proteger, por instinto, como una leona protege a su cría; y, sobre todo, nos respetamos como se debe respetar, sin excusas, aunque en ocasiones no estemos de acuerdo con las decisiones que tomamos de manera unilateral. Y aunque en otras ocasiones no tengamos claros los ingredientes de la pócima y eso nos lleve a no comprender bien el resultado final. Ni River ni Hugo ni Marcos conocen los componentes de la poción que me obligó a dejar el pueblo casi cuatro años atrás, y estaba claro que a mi regreso ese hecho nos explotaría en la cara más pronto que tarde. Demasiado lo habíamos contenido ya.

Fuimos Marcos y yo quienes hicimos trizas el vaso de precipitados.

Me levanto con cuidado de la cama en cuanto escucho la voz cantarina de mi futura cuñada en el piso de abajo. Me pongo unas zapatillas de andar por

casa, tipo bailarinas con un pompón enorme —me encantan los zapatos estrafalarios y cuantos más colores, lazos y pompones tengan mejor—, y bajo las escaleras corriendo para encontrarme con ella.

Hace un calor horrible, deben de ser las doce del mediodía, por lo menos, porque, a pesar de llevar puesto un pijama ligero de pantalón corto y camiseta de tirantes, estoy sudando.

Entro en la cocina y me encuentro a mi amiga revolucionando todo a su paso mientras mis padres y Jaime la observan divertidos.

—Buenos días —saludo a todos.

—¡Pris! ¡Bienvenida a casa! Siento no haber estado ayer aquí para recibirte, tuve un día de locos. —Alicia acude a mi encuentro y me envuelve entre sus brazos. Desde que me marché, hemos mantenido el contacto a través del teléfono y del correo, así que no me resulta extraña su presencia. La abrazo con fuerza y pienso que creo que he echado más en falta a mi gente de lo que pensaba—. ¿Te das cuenta de que es la primera vez que nos vemos en persona desde que soy la novia de Marcos?

Es cierto. Me enteré de su noviazgo años atrás mediante una sesión de videoconferencia en la que hubo lloros, felicitaciones y un poco de todo. Y me enteré de su próxima boda meses atrás mediante una sesión de videoconferencia en la que hubo lloros, felicitaciones y un poco de todo.

Recuerdo que el asunto de la boda me pareció muy precipitado, pero no pude emitir palabra porque, a pesar de sonreír a través de la pantalla y seguir el transcurso de la conversación, lo único en lo que podía pensar era en que me encontraría de nuevo con Alex. Y, además, ¿voy a hablar yo de bodas precipitadas? Me parece que no.

Mi madre me saca de mi ensimismamiento cuando me indica que me siente a la mesa y me coloca un café delante con un par de tostadas de mermelada de melocotón, mi favorita.

—¿Qué tal has dormido tu primera noche, cariño? —me pregunta.

—Fenomenal. Como una marmota.

Increíble pero cierto.

—Eso está bien. No he querido despertarte antes para que descansaras.

—¿Y tú cómo lo llevas? —le pregunto a Alicia mientras desayuno.

—Estoy atacada, Pris.

—Lo está —me confirma Jaime, sentándose a mi lado.

—Ayer estuve al borde del colapso, literalmente. Ya sabes que casi toda mi familia viene de fuera —comienza a explicarme—, reservamos catorce

habitaciones hace meses en el hotel ese que siempre me ha gustado tanto frente al mar, y ayer me llama mi tía para decirme que mis primos, los que no podían venir a la boda, ahora sí vienen. Llamamos al hotel para reservar una habitación más ¿y adivina? Mi madre reservó las habitaciones por teléfono y ¡lo hizo en otro hotel! ¡En otro hotel, Priscila! Se llaman de la misma manera, pero uno está aquí y el otro en Málaga. ¡En Málaga! Y como la boda se celebra en temporada estival, ya no disponen de tantas habitaciones libres. Así que ahora mismo tengo un montón de parientes que no tienen dónde dormir. ¿Qué te parece?

—No te preocupes —le dice mi madre después de toda la retahíla—, les encontraremos un lugar.

—Anda, siéntate a respirar. Y si puedo ayudarte en algo, me dices —me ofrezco.

—¿Ayudarme con algo? ¡Puedes ayudarme con mil cosas!

—Pues empieza a pedir por esa boquita.

—Dios, Priscila, eres la mejor. —Se acerca a darme un abrazo y a continuación saca una pequeña libreta del bolsillo de su pantalón. Comienza a pasar páginas y páginas donde hay cientos de cosas escritas—. Bien, por prioridades... Vale, sí, necesito que me ayudes a elegir la tarta de la boda.

—¿Quieres que te acompañe a probar tartas? —le pregunto confundida mientras me tomo el café.

—No, yo no puedo ir, estoy a tope con lo del hotel y un par de cosas más.

—¿Y entonces?

—¿Podéis ir vosotros —nos señala a Jaime y a mí— a El Obrador de Manuela a probar las tartas para la boda, por favor, por favor? Había quedado hoy con ella, pero es que presiento que no voy a tener tiempo en toda la mañana. Y, claro, Marcos pasa de todo. Por cierto, ¿dónde está?

—En la cama —respondo a la vez que me meto una tostada en la boca.

—Voy a buscarlo. ¡Hoy no se libra! ¿Te ocuparás del pastel? Dime que sí, por favor.

—Claro, no hay problema.

—¡Ay, gracias, gracias! —grita antes de darme un beso en la mejilla.

—Oye, ¿y si no te gusta mi elección? —le pregunto con la boca llena mientras mastico otro trozo de tostada.

—¡Me fío de ti!

La escucho trotar por las escaleras y la aviso del paradero de su novio antes de que lo busque en su dormitorio en vano:

—¡En mi cama!

—¡Vale!



Más de una hora después, Jaime y yo nos encontramos en El Obrador de Manuela, la pastelería del pueblo de más de cien años de antigüedad, sentados en dos taburetes en la barra y probando quince porciones de tarta diferentes a la vez.

—A mí me saben todas igual —me dice Jaime en el séptimo trozo.

—Es que llevamos media hora comiendo tarta.

—Esto nos va a provocar una indigestión, te lo digo yo.

—Creo que el problema es que están secas. Necesitamos que Manuela las moje con algo, quizá con...

—¿Alcohol? —me sugiere.

—No podemos mojar la tarta con alcohol, hay niños y abuelos en la boda. Abuelos de noventa años, Jaime. ¿No querrás emborracharlos?

—¿De noventa?

—En mi familia somos muy longevos.

—Vale, pero no me refería al pastel, me refería a nosotros. Necesitamos pasar esto por la garganta, pero aquí no se ve ni una sola gota de alcohol —me dice con pesar mientras echa un vistazo por cada rincón del establecimiento.

—¿Qué hora es? —le pregunto. Yo no suelo llevar reloj.

—Más de la una del mediodía.

—Yo creo que es la hora del vermú —afirmo con seguridad.

—Estoy de acuerdo, pero esta Manuela solo tiene helado artesano de mil sabores diferentes y horchata.

—Espera y verás.

Me bajo del taburete y me asomo a la puerta, llamo por su nombre al camarero del bar de enfrente, que nos conocemos de toda la vida y que me devuelve el saludo con una mueca de reconocimiento, una sonrisa y una subida de mano, y le hago el pedido.

—¡Dos martinis, por favor!

—¡Marchando! —me responde desde la lejanía.

Pocos minutos después, cuando nos los traen en una bandeja, Jaime

alucina.

—Joder, me encanta este pueblo.

—Venga, ahora sí, danos más tartas —le pido a Manuela.

En una hora acabamos con todas ellas y elegimos la ganadora jugándonoslo a *pito, pito, gorgorito*, pero sin que nos descubra Manuela. La verdad, no nos acordamos de los sabores.

Nos despedimos de la buena mujer contentos por haber logrado nuestro cometido y acercamos al bar de enfrente los vasos vacíos con nuestras consumiciones y, ya que estamos aquí, nos tomamos un par de martinis más.

—Oye, Pris —me dice Jaime cuando nos sentamos a una de las mesas de la terraza.

—¿Qué?

—¿Esto que hemos hecho no es cometido de los novios? ¿No es como muy personal?

—¿Elegir la tarta? —Jaime asiente con la cabeza—. Pues supongo que sí, pero ya has visto que Alicia no podía y es cierto que Marcos es de los que se escaquean de este tipo de cosas.

—Qué típico. Los hombres y sus escaqueos. Por cierto, hablando de hombres, esta mañana he visto a tu marido —me comenta, entonces, como que no quiere la cosa.

—No es mi marido. ¿Dónde lo has visto?

—En la casa de enfrente. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantaloncitos negros muy cortos.

—Pues sí que te has fijado.

—Ya sabes que sí. Por cierto, el vecinito está muy potente. No sabía que te gustaban así; nunca te has liado con un tío cachas, más bien los repelías como a la peste. Pensé que odiabas a los tíos de gimnasio, pero quizás ahora empiece a entenderlo mejor...

—No dejes volar tu imaginación, Alex no es un tío de gimnasio, tiene músculo y cuerpazo porque es deportista, es... era —me corrijo—, era nadador.

—¿Nadador?

—Sí. Nadador profesional.

—¿Cómo de profesional?

—Pues como que ganó una medalla de bronce. Hecho histórico en la natación española.

¿Por qué a pesar de todo sigo sintiendo este orgullo en el pecho al recordar

de lo que fue capaz Alex en el pasado?

—¡No me jodas!

—Pues sí.

—Espera. Oh, joder, espera, espera...

—¿Qué?

—Alex St. Claire. ¡Joder! ¡Alexander St. Claire, el nadador! ¡De eso me sonaba! ¿Estás casada con Alexander St. Claire?

—Claro. Te lo dije ayer.

—Me refiero a que..., joder, sé quién es. Tenía una carrera como nadador de la hostia por delante, ¿no?

—Sí —afirmo—, ganó un diploma olímpico siendo muy joven, fue toda una revelación y, más tarde, se llevó su primera medalla en las Olimpiadas.

—Lo recuerdo. Era toda una promesa, pero algo sucedió. ¿Se lesionó?

—Tuvo un accidente y dejó de competir —le explico—. Tenía veinticinco años.

—Es verdad, sí, se dio una hostia de las buenas mientras esquiaba. Joder, tuvo que ser horrible para él, lo pasaría fatal.

—No lo sé, yo no estaba ahí.

—¿Ya os habíais separado?

—Sí.

—¿Qué pasó, Pris?

—Se arriesgó demasiado al esquiar fuera de pistas y colisionó con unas rocas.

—No me refiero a eso, me refiero a... ¿qué pasó hace cuatro años entre vosotros? Ya no puedes ponerme la excusa de que acabamos de llegar.

—Aún acabamos de llegar.

—Está bien —acepta a regañadientes—, sigues ganando de momento. Solo confirmame una cosa, fue por él, ¿verdad?

—¿El qué?

—Fue por St. Claire por lo que apareciste en la puerta de mi casa con tu hermano Adrián con tan solo una mochila como equipaje y con pinta de indigentes.

—No parecíamos indigentes.

—Llevabais una mochila cutre como único equipaje y teníais cara de no haber dormido ni comido en semanas.

—Pero estábamos limpios.

—En Boston hay muchas fuentes.

—Veníamos de un hotel de tres estrellas.

—Parecíais indigentes. Estuve a punto de ofreceros comida.

—Eres un amor y... ¡suficiente del pasado de Priscila por hoy! ¡Chin, chin!

—Me tomo la bebida de un trago y dejo el vaso de cristal sobre la mesa—.
¡Otro!

Dos rondas más tarde..., continuamos en la misma postura y en el mismo lugar. Quizás con las mejillas un poco más rosadas a causa del sol. O de los martinis.

—Adrián nunca me ha dicho que Marcos, River y Hugo fueran amigos íntimos de Alex —le confieso a mi amigo con fastidio.

—Mujer, si les tienes prohibido hasta *mentar su nombre...*

—Sí, pero con Adrián es diferente.

—Joder, qué complicada eres.

—¿Tú de qué parte estás?

—¡De la tuya!

Otras dos rondas más tarde..., decidimos volver a casa, pero nos encontramos con algún inconveniente que otro por el camino.

—Pris, creo que en este país es ilegal circular borracho en bicicleta.

—Si vamos por la acera, no —le digo muy segura—. Eso es solo si circulamos por la carretera.

Pedaleamos por el paseo de la playa esquivando al resto de transeúntes, tambaleándonos de vez en cuando y colisionando con alguna que otra papelera.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Por si acaso pregúntale a tu hermano. No quiero acabar en la cárcel. Nunca he estado en la cárcel, ¿sabes? Me infunde algo de respeto el asunto.

—¿A mi hermano?

—Tu hermano es poli, ¿no? Tu hermano Marcos —me aclara.

—Es GEO.

—¿Es GEO? ¿No es poli?

—Es poli. Es GEO.

—Joder... ¿en serio? Hemos hablado millones de veces de él y solo me decías que era poli.

—Porque es poli.

—Es GEO. —Vale, creo que hemos entrado en bucle—. No es lo mismo. Me estoy dando cuenta de que no tengo ni puta idea de tu vida de antes de

Boston. ¡Ni siquiera sabía que Adrián era pintor! Cuando te preguntaba por él siempre me decías que iba a lo suyo.

—Porque va a lo suyo.

—Pero es pintor.

—Sí, eso también.

Todo esto fue a propósito, Jaime sabe de mí desde el instante en que llegué a Boston, pero nada de lo anterior. Y, cuando digo *nada*, me refiero a nada ni de mí ni de mi vida aquí ni de mi entorno. Solo le he contado lo justo.

—¿Tienes algo más que contarme?

—Creo que no.

—¿Qué me dices de River?

—Es informático. Ya lo sabes. Solo informático. Trabaja en una empresa en Alicante.

—¿Trabaja en una empresa de informáticos?

—No, de informático en una empresa.

—Eso ya lo has dicho.

—Pues eso.

—¿Y Hugo? ¿Es solo veterinario?

—Sí, veterinario de animales, Jaime.

—Ya sé lo que es un veterinario.

—Por si acaso.

—Estoy mareado, Pris —se queja Jaime un rato después cuando, inexplicablemente, llegamos sanos y salvos al inicio de la cuesta de kilómetro y medio de baldosas verdes que nos lleva a casa.

Se baja de la bicicleta, le pone el caballete a la primera —increíble— y se tumba en el suelo boca arriba.

—Vuelve a la bici —le aliento—. Les he prometido a mis padres que comíamos con ellos en casa y creo que llegamos tarde.

—Imposible, Cabana. No puedo moverme. Acéptalo y tumbate conmigo. El suelo está muy calentito. Podríamos echarnos una siesta.

Ni hablar. Hemos quedado con mis padres. Y aunque no lo hubiéramos hecho, no pienso tumbarme a dormir en medio de la calle. En este pueblo me conoce muchísima gente. Me bajo de mi bici, le pongo el caballete —a la quinta intentona— y ayudo a Jaime a subirse a la suya de nuevo. Iniciamos el camino, pero no avanzamos ni veinte metros más: tropezamos entre nosotros y nos caemos al suelo sin remedio.

—¡Auch! ¡Me he hecho daño! —me quejo con mi bicicleta encima de mi

cuerpo y mi cuerpo encima de la suya y de su cuerpo.

—¡Coño, y yo! ¡Joder, vaya hostia nos hemos dado! ¡Apártate de encima, Cabana! ¡Voy a morir aplastado!

—No puedo moverme.

En serio. No puedo. La bici pesa demasiado y mi cuerpo lo hace aún más. Es como si de repente hubiera duplicado mi peso.

—Creo que es mejor que las bicis se queden aquí y subamos andando — señala Jaime como puede—. O arrastrándonos.

—No, creo que podemos subirlas —insisto. No podemos dejarlas aquí tiradas.

—Pris, sé razonable.

Piii, piii. Piii, piii.

Mierda. ¿Qué es ese ruido? Lo ignoro e insisto un poco más en cargar con las bicicletas hasta casa.

—Podemos llevarlas en...

Piii, piii. Piii, piii.

—Pero ¿quién está pitando? —Miro hacia cada lado, pero, dado que sigo tumbada encima de Jaime y de su bici, solo veo el cielo azul y poco más.

—Creo que nos pitan a nosotros.

—¡Eh! ¡Eh!

Mmm..., esa voz de ultratumba... me suena. Me suena demasiado. Me incorporo y creo que vislumbro a Alex enfrente de mí. Y digo «creo» porque no estoy segura del todo de que sea él, veo dos cabezas borrosas que se contraponen la una a la otra.

—¿Sí? —contesto a las dos cabezas.

—¿Qué hacéis tirados en medio de la calle? ¿Jugando al Twister con las bicicletas? Estáis obstaculizando el camino, por si no os habéis dado cuenta.

Vale. Es él.

—¿Qué camino? —le pregunto. Dios, casi no sé ni dónde estoy.

—¿Estás tonta? —me pregunta a la vez que chasquea los dedos delante de mi cara.

—No —intento decirle con seguridad, pero no sé bien lo que sale.

Alex me mira fijamente a los ojos, entrecerrando los suyos. Después le lanza otro escrutinio a Jaime.

—¿Estáis borrachos a las —mira el reloj— cinco de la tarde?

—¿Son las cinco de la tarde? ¡Llegamos tardísimo a comer! —Reacciono al instante y me levanto del suelo de un salto retirando la bici de mi camino a

la vez. Oye, pues no pesaba tanto. ¡Mis padres van a matarme! Jaime se levanta detrás de mí.

—Ya decía yo que tenía hambre —nos dice mi amigo—. Las aceitunas del Martini no llenan una mierda.

—Tu familia te está buscando —me informa Alex mientras ignora a Jaime.

—¿A mí?

—Sí. A ti. Te has ido al mediodía a probar tartas, son las cinco de la tarde y no coges el teléfono.

Pues sí que está informado. Saco el teléfono del bolsillo y veo que tengo treinta llamadas perdidas.

—¡Mierda, nos han llamado mis padres treinta veces! —le digo a Jaime.

—Es la falta de costumbre de tener que dar explicaciones de nuestros horarios, Pris.

—Sí, será eso, *Pris*, hay que joderse... —susurra Alex entre dientes mientras se da la vuelta. Y creo que el «Pris» ha ido con retintín.

—¿A dónde vas? —le pregunta mi amigo al vecino.

—A mi casa —responde son volverse, aproximándose al coche que hay parado en la carretera.

—La nuestra te pilla de camino. ¿Nos acercas?

—Me parece que no.

—Tranquilo, Jaime, no es necesario que Alex nos lleve. Voy a llamar a mi hermano Marcos.

—Está trabajando —me explica Alex con media sonrisa de sabelotodo, ahora, sí, volviéndose para mirarme.

—Pero si hoy es sábado —replica Jaime.

—No existen los días de la semana para un GEO cuando surge una emergencia.

—¿Ves? GEO. No poli —me dice mi amigo. Ruedo los ojos antes de contestarle.

—Llamaré entonces a Adrián.

—Está en la galería. No sé qué de unas goteras... —me explica entonces Alex.

—Jolín, bueno, seguro que River...

—Lo han llamado de su trabajo por no sé qué problema informático en el edificio, al parecer se han caído los servidores y no podían dejarlo así hasta el lunes.

—Hugo siempre puede...

—Emergencia veterinaria. Y para que no gastes saliva, Reina del Desierto, te diré que tus padres andan por ahí, buscándote por el pueblo en coche.

Vale. Nos hemos quedado sin posibilidades.

—No puedes dejar que subamos esta cuesta infernal en este estado —le indica mi amigo—. Nos hemos tomado ocho martinis cada uno. No vamos a llegar nunca.

—Ignoraba que ese fuera mi problema.

—No puedes dejar a tu mujer desamparada —insiste Jaime.

—No es mi mujer.

—No sería la primera vez —expreso yo en voz baja. Pero no lo bastante baja, porque Alex me escucha y se acerca cabreado a mí.

—¿Cuándo cojones te he dejado yo desamparada? ¿Mientras volabas en un avión a Boston o mientras aprendías a aguantar el alcohol a base de borracheras? Me parece la hostia que con tus cincuenta kilos y ocho martinis en el cuerpo no hayas caído redonda.

—Ahora.

—¿Qué?

—Ahora me estás dejando desamparada.

—Ahora no tengo ninguna obligación sobre ti. Que tengáis buena subida, parejita de dos.

¿Parejita de dos? ¿Y de qué si no? Se da la vuelta por última vez y se mete en el coche, cerrando la puerta de un portazo.

—Es... es... ¡un capullo! —le grita Jaime mientras se aleja de nosotros.

Veo como Alex nos hace un corte de mangas por la ventana y desaparece por la primera curva.

Más de una hora después, exhaustos y al borde del desfallecimiento, Jaime y yo llegamos a mi casa. A una casa donde todos, TO-DOS, nos esperan en la cocina, sentados a la mesa tomando el postre y el café. Cuñadas incluidas. Mi mirada se desliza a cámara lenta por mis hermanos y por mis padres, por cada uno de ellos, que no tienen pinta de haberse movido de ahí en horas.

—¿Dónde estabais? —nos pregunta mi madre con tono reprobatorio—. Llevamos horas esperándoos para comer. No contestabas al teléfono y hemos tenido que empezar.

—Será hijo de puta el vecino... —exclama Jaime sin censura.

—Yo lo mato. —Me doy media vuelta y abandono la cocina, jurando en ocho idiomas diferentes.

—¿Pris? ¿A dónde vas?

—¡Priscila!

Salgo a la calle, no sin antes dar un fuerte portazo, con la rabia y la impotencia dominando cada célula de mi ser; jamás he querido llegar a estos extremos con Alex, pero ha empezado él y acaba de cruzar la línea.

Con el coraje de los martinis en el cuerpo, abro la portezuela de madera, que sé que siempre está abierta, entro en su propiedad, en su jardín, y recojo del suelo un montón de las piedrecitas que adornan el camino de entrada, reteniéndolas en mi puño. Me sitúo debajo de la ventana de la habitación de Alex y comienzo a lanzarlas sin ton ni son de tres en tres. Algunas se quedan por el camino, pero otras llegan hasta la fachada.

—¡Sé que estás ahí, Alexander St. Claire! ¡Y eres un gilipollas! ¡Que lo sepas!

Me agacho a recoger más piedras en cuanto se me quedan las manos vacías y las lanzo todas a la vez. ¡A lo loco!

—Si quieres guerra, ¡tendremos guerra! ¡Y el divorcio! —La última palabra me deja un sabor amargo en la boca. Y me provoca como una especie de empujón en el corazón. Yo venía en son de paz, pero Alex no me lo está poniendo fácil—. ¡Sal aquí y da la cara!

—¿Priscila?

Giro la cabeza, sobresaltada, hacia el sonido de la voz y me encuentro con los padres de Alex de frente. Cierro los ojos con la esperanza de que no sean más que una aparición maliciosa provocada por el alcohol, pero no. Son de carne y hueso y están aquí. Genial.

—Hola —los saludo con un puñado de guijarros en la mano. Esos no los suelto ni loca.

—Señores St. Claire —una señora de unos cincuenta años, que no conozco, sale apresurada del interior de la casa con un trapo en la mano y se acerca a nosotros—, esta chica está tirando piedras a la ventana de John, las he sentido mientras pasaba la aspiradora por el pasillo. Estaba a punto de llamar a la policía cuando he visto que ustedes venían y he bajado corriendo, pero A...

—¿Qué? —exclamo alucinada, interrumpiéndola—. ¡Eso no es verdad! ¡Las lanzaba a la ventana de Alex!

¿Será posible que no haya acertado ni una sola por tanta diferencia? La ventana de John se encuentra a bastante distancia de la de Alex. Como a cuatro metros a la izquierda. ¡Cuatro metros!

—Tranquila, Remedios —le dice mi suegro a la mujer con aire conciliador

—, es la mujer de Alex. Lo tenemos controlado.

—¡No es mi mujer! —grita alguien desde el interior de la casa.

—¡Ajá! —chillo fuera de mí mirando hacia la puerta principal que se ha quedado abierta—. ¡Sabía que estabas ahí! ¡Capullo! ¡Pareja de... uno!

—¡Priscila!

El grito de mi madre hace que me gire de nuevo. Toda mi familia me observa anonadada formando una fila perfectamente alineada, menos Jaime y Adrián, en uno de los extremos de la fila, que me miran sonriendo con orgullo.

Jaime lo hace a la vez que susurra algo a Hugo al oído. Están muy arrimados. Hugo levanta una ceja en respuesta. Seguro que Jaime me está disculpando con él.

Catalina, al lado de Hugo, me observa con censura mientras niega con la cabeza. River tiene la frente arrugada, aunque no estoy segura de si es por mí o por su mujer.

Alicia me mira sin acabar de creerse que se trate de mí.

Es cuando me doy cuenta de lo que he hecho. Bajo la cabeza y voy con las manos juntas directa hacia mi hermano Marcos, que se encuentra en última posición junto a mis padres.

—Espósame —le digo con pesar—, he lanzado piedras contra la ventana del vecino.

—Primero tira las que llevas en la mano —me responde Marcos con los brazos cruzados en el pecho y la mirada en mi puño.

—¡Priscila! —grita de nuevo mi madre.

Lo sé. ¡Lo sé! Yo no soy así, yo no me comporto de esta manera tan enajenada y poco respetuosa, nunca, jamás; no me reconozco. El señor Hyde me ha dominado por completo. Y, entre el alcohol, los cientos de emociones que me han recorrido el cuerpo los últimos días, el cansancio, la frustración y la rabia han hecho que pierda el control.

Yo cedo mi asiento a los jubilados y a las embarazadas en el tren y en el autobús, nunca traspaso los límites de velocidad y siempre doy los buenos días a todo el mundo con una sonrisa en la cara, incluso a los que me caen regular porque son unos capullos. Soy una ciudadana ejemplar. ¡Si incluso me detengo con la bicicleta en los semáforos cuando se ponen en rojo! ¿Quién hace eso? Ay, dios, la bici.

—También he ido borracha en la bici —confieso en última instancia.

—¡Priscila!

«¡Vaya con los Cabana juntos! Me estáis dando material de sobra para un año ya solo con este momento en familia. Y, por cierto, si quieres mi opinión, Pris, te diré que Jaime y Hugo no hablaban de ti. River y Catalina han tenido una bronca de las gordas. Alicia y Marcos parecen ya un viejo matrimonio y Adrián esconde algo».

Pristy, la ardilla. Momento Priscila lanzando piedras a la ventana de su ~~marido~~ cuñado.

Verano de 2002

La preadolescencia

Después de ese verano del 97, Alex y Priscila no volvieron a tener demasiado contacto.

Priscila fue cumpliendo años: nueve, diez, once, doce..., y unas sensaciones raras, singulares, sensaciones que hasta el momento nunca había tenido, comenzaron a atenazarla. Eran vergüenzas; turbaciones causadas por la timidez que le provocaban algunas acciones. Sobre todo, las que tenían que ver con Alex. No entendía cómo había sido capaz de besar a su vecino y, mucho menos, de espiarlo mientras nadaba. Y todavía muchísimo menos de meterse debajo del agua y aguantar la respiración junto a él. Así que dejó de hacerlo. Así de simple.

Alex tampoco mostró interés. Aquellos años, en los que cumplió once, doce, trece, catorce y quince, fueron una época de querer estar con chicos y no tanto con chicas.

Estuvo unos años dedicándose a sus pocos amigos, o conocidos del colegio y del club, mejor dicho, porque nunca llegaba a nada profundo.

No se molestó en buscar a Priscila en la piscina, la veía de vez en cuando, pero no reparaba demasiado en ella.

Además, tenía asuntos bastante más importantes de los que ocuparse; había tomado una decisión importante: dedicar su vida al agua. Quería ser nadador profesional y nada ni nadie podría impedirselo. O eso pensaba él.

Seguía formando parte del mismo club en el que se había iniciado en la natación como prebenjamín con ocho años. Desde ese momento, se especializó en estilo mariposa y acudía a cada competición territorial que disputaban con otros clubs de natación.

Aquel fue el tercer año que asistió a un campeonato nacional en categoría júnior, y el primero que ganaba, consiguiendo la marca necesaria para poder participar en el Mundial de ese año, del que regresó a casa con su ansiada medalla de oro. Fue una confirmación de que tenía potencial para dedicarse a la natación de manera profesional.

Pero el verano de 2002 llegó y, con él, un Alex de quince años con las hormonas y las chicas revoloteando por su cabeza y su cuerpo.

Priscila contaba con doce años, casi trece, cuando ese verano sus padres la dejaron salir por primera vez con sus hermanos a la fiesta que se organizaba en la playa el día de San Juan, el más largo del año. Era un pueblo tranquilo y Priscila iba a estar bastante vigilada, así que los progenitores de los cinco Cabana no pusieron demasiada resistencia cuando los cuatro chicos hicieron la petición por deferencia a su querida hermana pequeña. A la que, todo sea dicho, adoraban y malcriaban entre los cuatro. Era la princesa de la casa.

Se internaron en la playa, que esa noche relucía como nunca a causa del fuego de la gigantesca hoguera. A cada paso que daban y dejaban grupos de gente atrás, las canciones provenientes de los diferentes aparatos de música cambiaban; escucharon desde *No sé qué me das*, de Fangoria, hasta el *Aserejé*, de Las Ketchup, pasando por *By The Way* y *A Dios le pido*, entre otras.

Los dos hermanos más pequeños, Adrián y Priscila, alternaron entre los amigos de los hermanos mayores hasta que consiguieron escabullirse para reunirse con su propia pandilla, que era la misma para los dos.

En realidad, Priscila pensó que se estaban escabullendo, pero lo cierto es que no vio la mirada que cruzaron River y Adrián cuando abandonaron el grupo. El último protegería a la pequeña de los Cabana con su vida. Sí, con su vida. Pensamientos suyos. Tenía trece años y sabía lo que se hacía.

Encontraron a sus amigos en uno de los tantísimos círculos que se habían formado junto a la gran hoguera, les hicieron hueco y se sentaron a charlar y escuchar música con ellos hasta que...

—¡Eh! ¡Adrián! ¡Adrián! ¡Hola! —Se escuchó.

—Adrián, te llaman —le dijeron algunas de sus amigas mientras se reían entre ellas.

El chico giró la cabeza hacia la voz y descubrió la procedencia de los gritos. Venían del círculo de la gente al lado; varias personas lo llamaban a la vez y le indicaban con las manos que se acercara.

Resulta que una de las chicas que formaba aquella banda (formada por cinco chicas y cinco chicos) estaba loquita por los huesos del pequeño de los Cabana; era un chico tan guapo y reservado... que levantaba pasiones. Y aunque «reservado» no era la palabra que mejor describía al joven, ellas lo veían así. La realidad era muy diferente: Adrián iba a lo suyo y pasaba de la gente (menos de su familia). Vamos, que se la sudaba todo desde los trece años.

Como entre sus amigos tampoco sucedía nada interesante, decidió acudir a la llamada; Adrián era curioso por naturaleza y a aquellas chicas las había

visto por el colegio alguna que otra vez. Estaban un par de cursos por delante del suyo y del de su hermana.

«Interesante», pensó.

Priscila, por supuesto, lo acompañó al grupito de gente; a donde iba uno iba el otro. Y entonces lo vio, sentado en la parte más cerca del fuego: era su vecino.

—Ven a jugar con nosotros —le propuso una de las chicas a Adrián, la que estaba loquita por sus huesos.

—¿A qué jugáis? —preguntó él con desinterés; era tu tono habitual.

—A beso, verdad o consecuencia —le contestó.

A Adrián no le disgustaba la idea. Lo había probado alguna vez en el colegio y desde luego era más sugerente que estar en el corro con sus amigos hablando de tonterías. Y no hacían nada malo, sopesó, mirando a su hermana, que lo observaba entre una mezcla extraña de «vámonos ya» y «sentémonos, por favor, por favor». No entendía de dónde venían esas emociones contradictorias de Priscila, pero más tarde le preguntaría por ello. La miró fijamente y descubrió en su rostro que ganaba el «sentémonos».

—Ella va conmigo —dijo, señalando a Priscila.

—Es tu hermana, ¿verdad? —le preguntó otra de las chicas.

—Sí.

—Vale —aceptaron las cinco chicas animadas.

Y Priscila y Adrián se sentaron ante la atónita mirada de Alex, que no entendía nada.

¿En qué momento su vecina se había vuelto tan guapa? «Está buenísima», fue su primer pensamiento, «con ese pelo castaño cobrizo tan largo y esos ojazos color caramelo, incluso con esas malditas zapatillas deportivas tan poco corrientes con esos lazos rojos enormes»; se le escapó una sonrisa que no pudo disimular y tuvo ganas de besarla. Hacía tiempo que no la veía, o más bien, que no se fijaba en ella, pero esa noche... le gustó.

Los hermanos se posicionaron uno al lado del otro y se fusionaron con facilidad en la dinámica del juego. Adrián aceptó verdad en dos ocasiones y beso en otras dos. A Priscila lo último no le había tocado... hasta que lo hizo.

—Alex, es tu turno. ¿Beso, verdad o consecuencia?

—Beso —afirmó el chico con seguridad.

—¿Con quién? —le preguntaron sus amigos.

—Con ella —respondió, señalando a Priscila con el dedo.

A Priscila el corazón le hizo bum, bum; aquella vez, por duplicado. Había

perdido la cuenta de las veces que le sucedía eso con su vecino de la casa de enfrente, que, por cierto, estaba para comérselo. Se había dejado el pelo más largo de lo habitual y estaba muy bronceado, o eso le parecía a ella mientras la luz del fuego le bañaba el rostro y parte del cuerpo. Sus ojos negros brillaban como nunca y los hoyuelos de las mejillas se le marcaban como una pisada en la arena. Aunque no le caía demasiado bien; desde que formaba parte de la natación española, se pavoneaba por las calles del pueblo como si fuera el rey del mundo. Sopesó ambas cualidades: guapo contra gilipollas. Ganó la primera.

—Bien —aceptó.

Cruzó una mirada con Adrián; al chico no se lo veía demasiado contento, pero Priscila sabía que aceptaría su decisión.

Alex gateó con las rodillas en la arena y se acercó a ella con lentitud. Con demasiada lentitud. Hasta que llegó a su altura y la besó. Sin esperas. Sin preliminares. Sin cruce de miradas.

Aquel sí fue un beso de verdad. Nada que ver con el que se habían dado cuando eran unos críos. Alex metió la lengua en la boca de Priscila y esta tuvo que sujetarse al cuello de él para no desplomarse. Necesitaba las manos para calmar los latidos de su corazón, pero se habían afianzado a la piel y a las puntas del suave pelo del chico y se negaban a alejarse. Los sonidos desaparecieron, solo permaneció el crepitar de los objetos que eran arrojados al fuego y sus propias respiraciones aceleradas.

Adrián tuvo que retirarse porque la pareja estaba demasiado cerca de él y no le agradaba mucho la panorámica. Su expresión se mudó de incomodidad sin poder evitarlo, pero no hizo nada. Era decisión de Pris, y tan solo era un beso.

Alex había besado a cientos de chicas, pero aquel beso fue diferente, le supo diferente: a verano, a pompones, a brillantina y a caramelo. Le encantó y le hubiera gustado seguir besándose con ella, pero eso se salía de lo políticamente correcto, y él nunca se salía de lo políticamente correcto. Priscila era muy diferente a las demás, suave pero fuerte a la vez, como su beso, que comenzó con timidez pero con brío, como si deseara comerlo entero tanto como él a ella. A partir de ese día, Alex se hizo esclavo de sus besos, aunque no se lo diría.

Cuando Alex y Priscila se separaron, ambos se quedaron con ganas de más, pero lo mismo daba, porque no podían hacer nada. Las normas eran las normas.

Antes de que el vecino regresara a su sitio, una canción comenzó a sonar desde algún aparato. Una de las chicas silbaba la melodía que ni Alex ni Priscila habían escuchado nunca.

*No soy más que tu, tu fantasía.
Tantas veces soñaste, que se hizo realidad.
Pero lo que tú, tú no sabías, es que los sueños no se pueden dominar.
Cuando crees que me ves, cruzo la pared.
Hago chas, y aparezco a tu lado.
Quieres ir tras de mí, pobrecito de ti, no me puedes atrapar.*

Ante la mirada atónita del grupo al completo, la chica en cuestión explicó sus motivos, partiéndose de la risa.

—¡Son Alex y Priscila! Como aquel grupo musical de los ochenta, Álex y Cristina —explicó sin dejar de reír. A lo que todos se sumaron. Todos excepto Alex, Priscila y Adrián.

Priscila no lo entendió hasta que buscó en internet información sobre el grupo en cuestión. Y tampoco le veía la gracia. El beso sí había sido una pasada, su segundo primer beso, pero no quisieron reconocerlo y cada uno siguió por su camino.

De regreso a casa, ambos hermanos, separados ligeramente del resto de los Cabana, comentaban la jugada hablando entre susurros, sobre todo Adrián, que no dejaba de preguntarle a su hermana sobre el vecino de la casa de enfrente. Y Priscila se lo contó. Sin tapujos. Al fin y al cabo, Adrián no era solo su hermano, también era su mejor amigo.

Priscila se pasó la mayor parte del verano del color de la hoguera, naranja, escuchando canciones de Álex y Cristina y tocándose los labios mientras lo hacía. Le gustaba la letra de aquellas canciones, aunque la mayoría de ellas no las entendía. Como aquellas frases de *Dulce maldición*:

*Dulce maldición.
No puedo arrancarte de mi corazón.
Ese dolor, señorita, no se cura,
porque no se inventó la vacuna del amor.
No sé qué hacer, la policía me ha dicho que,
no hay criminal, porque es un caso de complicidad.*

*Tal vez mamá, sepa qué es esta calamidad.
Me dijo: «Fíjate bien, si tiene pasta vete con él».*

La verdad, no se imaginaba a su madre diciendo aquello.

Alex se pasó el verano nadando, preparándose para las competiciones, pero también la buscaba a ella, ya no la perdía de vista. Salía a la calle y la rastreaba entre el resto de los rostros del pueblo y, cuando la encontraba, se acercaba a ella con la única intención de meterle la lengua, pero, claro, eso tampoco era políticamente correcto, así que no lo hacía.

Ay, la medusa. La culpa es de la medusa

Me despierto a las seis de la mañana con un dolor de cabeza espantoso. Tan lacerante es que incluso tengo que levantarme de la cama. Y eso que lo peor de la resaca de los martinis (malditos) lo pasé ayer a la hora de la cena, pero continúan sin darme tregua.

Como la opción de volverme a dormir no la veo con demasiado futuro, me decido por ir a la playa a correr un rato. A estas horas no suele haber apenas gente y a mí la playa me lo cura casi todo.

Me humedezco la cara y las manos, me visto con ropa cómoda y bajo hasta el pueblo, dando un paseo. A cada paso que doy, el cielo se vuelve más y más naranja, o rosa, creo que hoy es una mezcla entre ambos colores. Me detengo de golpe en medio de la acera de baldosas verdes con la vista en el amanecer: ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi desde aquí. En Boston es de otro color.

Llego a la playa y corro durante más de una hora, sola, con el ronroneo de las olas al morir en la orilla y los buenos días discordantes y nada melódicos de las gaviotas que graznan a mi paso. Estoy a punto de quitarme las zapatillas deportivas, las de cordones azules con brillantina, y de sentarme en la arena a descansar y recuperar fuerzas, cuando veo a la distancia que algo pequeño se acerca corriendo hacia mí.

En el instante en que lo reconozco, entro en conmoción mientras que el animal me tira al suelo y comienza a besarme por todo el rostro. Podría ser que, casualidad, fuera un perro parecido a él, pero no, es él. Es Dark, mi perro. Bueno, el de los dos. Y Alex me ha vuelto a mentir.

—Hola, chiquitín —le digo a la vez que me tumbo en la arena y lo sujeto con las manos para llenarlo de besos. No me puedo creer que sea él—. Te he echado mucho de menos. ¿Y tú a mí?

Dark me ladra de pura alegría (lo interpreto como un «sí, te he echado de menos») mientras mueve la colita a derecha e izquierda, a derecha e izquierda, a toda velocidad. Estoy segura de que, si yo tuviera colita, la movería igual.

—¡Dark! ¡Dark, ven aquí! —El perro hace caso omiso al grito de Alex, pero yo sí me giro para mirarlo. Se encuentra a pocos metros de nuestra posición y viene corriendo y con el morro torcido.

Retiro al perro con suavidad y me levanto para enfrentarme a su dueño. ¿Cómo fue capaz de decirme que lo había regalado?

—Eres... eres... —Lo apunto con el dedo sin que me salgan las palabras mientras el perro, feliz, corretea y ladra alrededor de nosotros, haciendo círculos y marcando sus huellas en la arena virgen, arena que aún no ha sido pisada por nadie después de que hayan pasado las máquinas de limpieza a primera hora de la mañana.

—Oh, vamos —me dice Alex con desdén, un desdén que no reconozco en su persona—, no te hagas la ofendida, Reina del Desierto. Llevas cuatro años sin preocuparte por el jodido perro.

—No lo llames así.

—Lo llamo como se me pone en la punta de la polla.

No soporto que la gente hable de esa manera tan brusca y en Alex es tan inusual, o al menos lo era en el pasado, que el golpe de efecto es doble. Aun así, solo dura unos segundos. Enseguida me salen las palabras de la boca.

—Eres un gilipollas, Alex. Y mezquino.

—Bueno, así tienes motivos.

—¿Motivos para qué?

—Para darte media vuelta y desaparecer de mi vista.

Clavo mis ojos en los suyos negros, oscuros, salvajes, y lo miro con tristeza. Tristeza por él, porque su mirada nunca ha tenido esos matices, y tristeza por mí, porque no tengo ni idea de quién es la persona de la que me enamoré cuando no era más que una niña. Hago lo que me dice y me doy media vuelta, pero con una advertencia:

—Quiero pasar tiempo con Dark de vez en cuando y no vas a poder impedírmelo.

—Por encima de mi cadáver.

—Que así sea. Y, por cierto —le digo, mirando y señalando con la mano su entrepierna—, se te marca el paquete con ese bañador.

Pero ¿por qué siempre se me tiene que ir la olla en estos momentos? Es cierto que el bañador amarillo que lleva Alex no deja nada a la imaginación, y, menos aún, con lo empapado que está —ha debido de darse un baño—, pero aun así...

—Crece de una puta vez, Priscila —me dice con inquina cogiendo al perro en brazos—. ¿Y esa faceta tuya de la que tanto presumes en tu trabajo? No existe. No eres graciosa, eres una inmadura. Desde la más absoluta franqueza, me alucina que te paguen dinero por ello.

Giro sobre mis talones y me alejo de la orilla sin responderle. Enfilo el camino de madera que me saca de la playa al paseo haciendo un esfuerzo

titánico por que sus palabras no penetren en mi corazón.

—¡Y respecto al perro, no vas a verlo, Priscila! —me grita—. ¡Perdiste tu oportunidad cuando lo abandonaste como si fuera un trozo de mierda!

Lo ignoro todo. Sus gritos. Sus amenazas. Los ladridos de protesta de Dark. Las lágrimas que se agolpan en mis ojos. El temblor de mis piernas. Los latidos del corazón. Y hasta la culpabilidad que siento en el pecho.



Cuando entro por la puerta de mi casa, me encuentro con otra sorpresa matutina en medio de mi cocina: mi madre con mi suegra. O exsuegra. O la vecina de la casa de enfrente. Dios, no sé ni cómo llamarla. Con la madre de Alex. Cuchichean entre susurros sobre una fatalidad relacionada con unos lazos que en lugar de ser de color azul claro lo son de azul muy oscuro. Arrugo la frente hasta que me doy cuenta de que lo más probable es que se trate de algún asunto relacionado con la boda.

Estoy a punto de escabullirme de puntillas escaleras arriba, pero en cuanto dejo de escuchar los susurros sé que es porque me han visto.

—Eh, hola —saludo acercándome a la cocina.

—Hola, Priscila —me dice la madre de Alex. Está sentada a la mesa junto a mi madre con una taza de café gigante y un montón de papeles, fotografías y lazos alrededor.

—¿Qué tal va la resaca? —me pregunta mi señora progenitora con algo de reproche en la voz.

—Mmm, no va mal, tampoco tengo mucha, como no mezclé... —explico para restarle importancia y salir del paso.

—Jaime sigue en la cama.

—Ahora lo despierto.

—Bien. —Mi madre me mira con las cejas levantadas, como los padres miran a los hijos cuando quieren que hagan algo, o que arreglen otro algo que han hecho mal. No hay que ser muy lista para saber lo que quiere de mí: que me disculpe por el altercado de ayer.

La primera vez en mi vida que me da por cometer un delito, bueno, dos, contando con el de la bici, y tenía que ser precisamente en la casa de los St. Claire.

Le devuelvo la mirada a mi madre con un «ya voy» a modo de respuesta. Como si no me bastara yo sola para fustigarme por lo que hice.

—Lo siento —le digo, distraída, a la madre de Alex mientras les doy la espalda a ambas y lleno un vaso de agua en el grifo. Tengo la garganta y la boca seca.

—Lo sientes —me responde con voz monótona.

—Sí.

—¿Qué es exactamente lo que sientes, Priscila? ¿Tirar piedras en la ventana de mi hijo John?

«¡No apuntaba a la ventana de John!», estoy a punto de replicar; menos mal que me muerdo la lengua en el último segundo. O, para ser más exactos, menos mal que justo me bebo el agua y no puedo contestar. Apoyo el vaso en la encimera y carraspeo. Cierro los ojos un instante y los abro antes de darme la vuelta.

—No —le contesto.

—Entonces, ¿qué sientes?

¿Qué siento? Siento tantas cosas que no sé ni por dónde empezar a hablar. Siento haberme ido del pueblo de la manera en que lo hice, y siento lo que le sucedió después a la familia St. Claire. Siento lo que le pasó a Alex. Porque, por muy mal que se comportara conmigo, no se lo merecía. No, eso jamás. La natación la amaba de verdad; con todo su corazón. El destino suele ser bastante cruel. O eso, o a nosotros nos han tocado las peores cartas de la baraja.

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero, diantre, a veces lo que cuesta. Aun así, es cierto. Realmente, lo cura todo. O casi todo.

Cuando me fui a Boston, y según iban pasando los meses, el dolor que sentía por lo ocurrido fue disminuyendo, y lo que pensé en un primer momento que me destruiría, que jamás me repondría ni volvería a sonreír ni podría dejar de pensar en ello, no sucedió. Ese malestar en el cuerpo, ese querer morirme, literalmente, fue desapareciendo. Fue muy paulatino, pero fue desapareciendo.

Puede que no sanes por completo; es como cuando te haces una herida muy profunda en la rodilla, las plaquetas acuden en tu ayuda y hacen su trabajo, pero algunas veces queda una pequeña cicatriz: depende de lo profunda que haya sido la herida y de lo que hayas tardado en ponerle remedio, en intentar sanarla. Aun así, tu vida continúa. Sigues corriendo, sigues utilizando la rodilla, sigues haciendo vida normal; tan solo es una herida. Eso me pasó a mí,

que sané con cicatrices, pero sané.

Hoy en día tengo una vida con la que estoy satisfecha, con la que soy feliz. Es una felicidad diferente a la que sentía con Alex, es una vida diferente, pero diferente no significa malo o peor, ni bueno o mejor, solo significa eso: diferente. La felicidad se puede alcanzar de multitud de maneras, puedes vivir tu vida de mil formas y no por ello van a ser menos o más felices. Sí, se puede medir el grado de felicidad, pero lo importante es alcanzarla, no importa en qué medida.

Reconozco que no me siento completa, sé que algo en mi vida falla, pero hay muchas cosas que me van bien: el trabajo, la amistad, la familia, el sentirme bien conmigo misma, el gustarme físicamente, mi manera de ser... Y con todo eso me siento satisfecha.

En definitiva, he podido rehacer mi vida y, aunque no soy tan dichosa como lo era cuando compartía la vida con Alex, es una vida.

—Lo siento todo —le digo, mirándola a los ojos. Mirándola de verdad. A esos ojos que son exactos a los de su hijo pequeño.

Ella solo asiente con la cabeza y esboza media sonrisa. Coge uno de los lazos y me invita a sentarme con ellas. Me disculpo con la excusa de que tengo que darme una ducha y salgo escopetada de la cocina en busca de aire para respirar. Tropiezo con Adrián.

—¡Buenos días! ¿Qué tal va esa resaca? —me pregunta con recochineo, fresco como una lechuga.

—Mi suegra está en la cocina. Con nuestra madre —le digo, asiéndolo con la mano para alejarlo de la cocina e ignorando su pregunta.

—Ah, ya, suele venir.

—*¿Ah, ya, suele venir?* —repito con un tono que no busca más que una explicación. Comienzo a subir las escaleras de camino a mi dormitorio e insto a mi hermano para que me siga.

—Cuando Alex tuvo el accidente, ambas familias se unieron. Mamá y papá apoyaron mucho a los St. Claire. Aprecian mucho a Alex, creo que me atrevería a decir incluso que lo quieren.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—«No quiero volver a escuchar nada de lo que rodea el apellido St. Claire» —me dice, imitando mi voz. No de una manera demasiado acertada, todo hay que decirlo.

—*Touché* —reconozco—. ¿Y lo de no decirme que nuestros hermanos eran amigos íntimos de Alex?

—«No quiero volver a escuchar nada de lo que rodea el apellido St. Claire» —repite en el mismo tono.

—¡Está bien! —acepto sin remedio—. ¡Tú ganas! ¿Lo del perro lo sabías?

—¿Qué perro? —me pregunta extrañado.

—¡Mi perro!

—¿Dark?

—Sí. —Abro la puerta de mi dormitorio y comienzo a buscar ropa limpia para ponerme después de la ducha infinita que voy a darme.

—¿Qué le pasa? —me dice mi hermano quedándose apoyado en el umbral sin acabar de entrar.

—Pues que Alex me dijo que lo había regalado.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Anteayer —respondo con la ropa en la mano.

—No lo ha regalado.

—Ya lo sé. ¿Cómo se le ocurre decirme algo así?

—Pris, Alex está muy resentido.

—¿Resentido? Creo que está algo más que resentido. —Y solo él sabe el motivo—. Y ¿a ti qué te pasa? Estás muy poco hablador.

—¿A mí? Nada. Será la resaca, que te hace flipar.



—Tenemos que entregar las tiras cómicas de la semana que viene al periódico, Cabana —me dice Jaime, un rato después, en el salón de mi casa.

—Lo tengo en mente.

—Bien. Pues dime lo que *tienes en mente* para que pueda dibujarlo.

—Vístete y ponte un bañador. Te lo cuento en la playa.

—¿Quieres ir a la playa ahora? ¿Con resaca y cuarenta grados a la sombra?

—Sí. Necesito un poco de paz y tranquilidad.

—¿Es una playa tranquila?

—Supertranquila. Vamos a poder trabajar y todo.

—¿Y las medusas?

—En la playa no hay medusas.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Solo aparecen en contadísimas ocasiones. Hasta te las puedo contar con la mano: una y dos.



Una hora más tarde, bajamos a la playa. Hace un día espléndido, y, a pesar de ser domingo y finales de junio, está abarrotada, pero no al extremo de no poder colocar con holgura en la arena, cerca del agua, nuestras toallas de Chip y Chop y de Lucky Luke (he cogido las primeras que he pillado del cajón de las toallas; creo que eran de River y Hugo): a pesar de gustarme el calor al extremo, me agrada la brisilla que hay siempre en esta zona.

Jaime y yo nos colocamos uno al lado del otro y nos echamos crema solar «protección pantalla total». Los dos tenemos la piel bastante blanca, así que nos embadurnamos bien el cuerpo. Nos sentamos con las piernas cruzadas y trabajamos durante un rato en las tiras para el periódico. Se me ha ocurrido que podemos vestir a la protagonista con gafas de sol y visera y convertirla en surfista durante estos meses que vamos a estar en el Mediterráneo. A Jaime le entusiasma la idea y nos ponemos a ello. Dibujamos unos bocetos y damos con la idea casi a la primera.

—¿Has subido al Peñón? —me pregunta Jaime al finalizar la tarea contemplando el tan característico peñasco que se alza sobre el mar. Es una de las mayores atracciones del pueblo.

—Sí, claro, montones de veces.

La primera vez que mis padres me llevaron al Peñón, yo tenía tres años. Solo hicimos la parte fácil, claro, la parte del paseo, digamos, pero a partir de ese momento mis visitas a la roca fueron continuas.

—¿Cuántos años tenías la primera vez que subiste hasta arriba?

—Creo que once.

—¿Y lo recuerdas?

—Por supuesto. —Le muestro la cicatriz de mi otro brazo.

—¿Te lo hiciste subiendo?

—En realidad fue antes, justo cuando llegábamos a la base con los monopatines. Demasiado rápido, otra vez. Culpa de Hugo, él llevaba el ritmo. Hugo es el rey del monopatín, aunque ahora dice que ha madurado y lo ha dejado, pero era el mejor patinador del pueblo.

—¿Hugo? ¿En serio?

—¿Sí? ¿Por qué?

—No, nada, sin más, me ha extrañado. No me lo imagino encima de un monopatín. Es tan serio.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—Bah, no me hagas caso. Es este condenado sol, que me aplatana. Me suda hasta el culo.

Después de la conversación, nos tumbamos a tomar el sol, Jaime con su toalla por encima para que le dé sombra. Y yo he dormido tan mal esta noche que, al poco, me quedo dormida. Totalmente dormida. De cuando te despiertas una hora después desubicada en el tiempo y el espacio y con baba seca por la cara y miras a tu alrededor para comprobar que nadie te haya visto en ese estado tan vergonzoso.

Me giro hacia Jaime y veo que también está abriendo los ojos. Está sudando el pobre como un pollito. Creo que el hecho de taparse con la toalla tiene parte de culpa. Tengo tal sopor que necesito meterme al agua y despejarme, yo también estoy goteando por todas partes, noto como se desliza una línea de sudor caliente por el escote y acaba muriendo en mi bikini rojo.

—Me voy al agua, me muero de calor, ¿vienes?

—¿Tú te mueres de calor, chica mediterránea? —Jaime se quita la toalla de encima y se pone boca arriba; tiene todo el cuerpo y el pelo llenos de arena —. Manda huevos. Te espero aquí, necesito despejarme. Si me meto ahora, me ahogo.

—Pero si apenas hay olas, ¿cómo te vas a ahogar? Eres un blando.

—Sí, sí, anda, ve...

Lo contemplo unos segundos más mientras se le cierran los ojos... se le cierran... se le cierran... se le cierran... se durmió de nuevo. Niego con la cabeza con cariño y me acerco a la orilla.

Nunca me ha costado meterme en el agua, esté fría o caliente. Camino con decisión hasta que las olas iluminadas por el sol me alcanzan el ombligo y me lanzo de cabeza. La sensación de placer que siento cuando mi cuerpo entra en contacto con el agua es indescriptible. Me quedaría aquí debajo durante horas, pero me faltan las branquias. Creo que en otra vida fui pez y aún me quedan vestigios de aquello. Amo demasiado el agua.

Desciendo hasta tocar la arena con las manos y buceo unos segundos antes de sacar la cabeza para respirar. Comienzo a nadar a crol sin descanso, disfrutando del contraste entre los rayos de calor del sol y la temperatura del

agua. Llego hasta la baliza flotante roja y blanca que limita la zona para nadar, es enorme. Me acuerdo de la primera vez que llegué nadando hasta aquí con mi padre y mis hermanos. Desde la orilla, las boyas parecen diminutas, como balones de fútbol, pero, según te vas acercando, descubres que en realidad son gigantes.

Me quedo flotando de espaldas y me relajo con el suave balanceo de las olas, mirando en dirección al horizonte. Desconozco la distancia que hay desde aquí hasta el fondo, por más que lo he intentado, nunca he llegado a tocarlo ni con los pies ni con las manos. Siempre se me agota el aire antes de llegar. Es muy profundo.

Cierro los ojos con fuerza para aliviarme el picor por el agua salada; se me ha olvidado ponerme las gafas de bucear. Mi cabeza, inconscientemente, empieza a recordar las veces que hacía esto con Alex. Solíamos pasarnos media vida en el agua.

Alex.

Pienso en él. Claro que pienso en él, es inevitable que lo haga. Me pregunto si andará por aquí. No he querido saber nada de él en estos años, pero ahora que estoy de vuelta, siento la extraña necesidad de saberlo todo. Me pregunto si trabaja de socorrista en esta playa. Me respondo que es bastante probable que sí. Como no he dado un paseo por la orilla antes de meterme al agua, no he podido fisgonear ni buscarlo con la mirada —lo haría con disimulo, siempre con disimulo— por las cuatro torres de control de las que disponemos en esta playa.

¿Y cómo habrá llegado a ser socorrista? Lo último que supe de él fue que dejaba la natación a causa de la lesión. Y desconozco de qué tipo de lesión se trata, aunque entiendo que será grave si lo obligó a abandonar su medio de vida, y no me refiero a su medio de vida en términos económicos. ¿Será un trabajo fijo o algo que hace solo de vez en cuando? ¿Tendrá otro trabajo? ¿A qué dedicará el tiempo libre?

La letra de una canción de José Luis Perales, que a mi madre le encanta, me viene a la cabeza al instante sin remedio. Comienzo a cantar, total, aquí no me oye nadie.

—«¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?». —Escucho el ruido de varias motos de agua que se acercan, pero yo sigo a lo mío. Se está tan bien aquí relajada y con los ojos cerrados—. «Pregúntale, ¿por qué ha robado un trozo de mi vida? Es un ladrón, que me ha robado tooo...». ¡¡¡Ahhh!!!

El agua salada de la primera ola de la onda expansiva de las motos entra en mi boca como un torrente y va directa a la garganta en el mismo momento en que me pica una medusa. ¡Dios, qué dolor! ¡Me ha picado en la pierna! Agacho la cabeza, todavía tosiendo a causa de la sal, para verme la picadura, y la segunda ola de la onda expansiva de los motoristas me alcanza de nuevo. Vuelvo a tragar agua a la vez que la medusa me pica en la otra pierna.

Siempre he pensado que, para que haya un accidente, tienen que alinearse los planetas y darse muchas circunstancias juntas a la vez, y eso es lo que ocurre.

Pataleo para alejar la medusa de mí, lo sé, error, es lo peor que puedo hacer, pero no controlo mis emociones ni mi cuerpo. Me falta la respiración debido a la cantidad de agua que he tragado, y sigo tragando, y lo único que quiero es nadar para salir de aquí. Pero no lo consigo.

Me siento mareada, drogada, a punto de perder el conocimiento hasta que me hundo y veo a la medusa a pocos centímetros de mi rostro. Muevo la mano, desesperada, para apartarla, pero solo consigo que me pique, por tercera vez, en el brazo. Abro la boca por instinto, para gritar y pedir socorro, y trago más agua. Trago tanta que empiezo a toser y toser, y a hundirme más y más. Y a no poder respirar. Siento como me arde el pecho y un nuevo picotazo en el cuello antes de que llegue la oscuridad.



Mis oídos comienzan a captar sonidos en la lejanía. Los escucho amortiguados y en constante repetición, como un eco.

—Venga, Pris. ¡Vamos, joder! ¡Vamos!

¿Alex? ¿Esa es la voz de Alex?

—¡Alex! ¿Qué coño ha pasado?

¿River?

—¡Venga! ¡Échalo!

Me incorporo de repente con un dolor terrible en el pecho y comienzo a escupir agua sin descanso. Alguien me pone de costado y veo como cae en la arena toda la que he tragado en el mar. Comienzo a toser y el dolor del pecho se acentúa. Me cuesta respirar y todo me sabe a sal. Es muy desagradable. Y las piernas y el brazo también me duelen. Dios, me duele todo. Entonces me

acuerdo de lo que ha pasado: me ha picado una medusa y casi me ahogo. Joder.

—Ya era hora. —Creo que es mi hermano River de nuevo el que habla—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Pris! ¡Pris! ¿Estás bien?

¿Jaime?

—A... agua... —consigo balbucir—. Necesito agua.

Hay demasiadas personas a mi alrededor, y no consigo distinguir a ninguna. Alguien me abraza con fuerza y me deja sin respiración.

—¿Estás bien? ¡Traed un poco de agua!

Enfoco la mirada y veo que en efecto se trata de River. También distingo a mi cuñada Catalina, que tiene aspecto de preocupada, a Jaime y a Alex, los cuatro están arrodillados junto a mí. El resto de la marabunta que me rodea es gente desconocida.

Otro alguien me acerca una botella de agua, pero no consigo darle más que un pequeño trago. Me cuesta mucho pasar el líquido a través de la garganta, me la noto tan inflamada que incluso parece que esté cerrada.

—¡Eres una jodida inconsciente, podrías haberte ahogado! —El grito de Alex me pilla desprevenida, me sorprende y me espabila a la vez—. Si no sabes nadar, te quedas en la puta orilla haciendo castillos de arena con tu amigo.

—Sé nadar —respondo agitada, y reconozco que algo asustada también.

—Sí, ya he visto que lo haces de puta madre. —Se levanta y se pasa las manos por la cabeza, tiene el pelo más revuelto de lo habitual, y me doy cuenta de que está totalmente mojado. Los mechones del flequillo le cubren la frente y no dejan de caérsele gotas de agua. ¿Me ha sacado él del mar?

—Estab...

—No pienso estar de guardia veinticuatro horas al día a la espera de que tú decidas meterte en el agua, así que si quieres bañarte, ¡vete a la puta piscina! —continúa gritándome Alex sin darme tregua. Sin dejar que me explique. Aun así, me esfuerzo por hacerlo.

—Estaba distraída, pensaba en mis cosas y me ha picado una medusa, luego las motos de agua...

—¿Estabas distraída? ¡No me jodas, Priscila! ¡Ahí dentro no puedes estar distraída y lo sabes! —me dice, señalando el mar—. ¡Te lo he repetido millones de veces!

—Ya lo sé, lo siento, yo...

—¿Es que nunca en la puta vida me has escuchado?

—Lo siento, yo...

—Alex, ya basta, está asustada y no creo que necesite una de tus broncas ahora mismo.

Me sorprende ver a mi cuñada defendiéndome con esa autoridad. Es la primera vez en todos estos años. Hasta ahora de su boca solo salían sapos y culebras cuando se dirigía a mí. Supongo que es lo que tiene haber estado a punto de morir. Un hecho de tal calibre ablanda a cualquiera. La miro y parece sincera, me observa con pena a la vez que acaricia la espalda de River arriba y abajo, como para tranquilizarlo. Y creo que lo está consiguiendo. Me cruza el pensamiento por la cabeza de que esos dos se pasan toda la vida peleando y lanzándose pullas el uno al otro, pero siempre están juntos. Es extraño.

—A mí no me cuentes tus historias —continúa Alex arremetiendo sin piedad contra mí, pasando absolutamente de la advertencia de Catalina—. No me interesan. No vuelvas a meterte en mi playa, si no vas a hacerlo con responsabilidad.

—Alex —le dice mi hermano.

—Toda tuya —le responde con gélido desdén refiriéndose a mí, señalándome con desinterés con el brazo.

—Alex. Alex, espera... —le pide mi hermano levantándose para acudir en su busca.

—¡Y que alguien atienda esas picaduras! —Es lo último que grita Alex antes de desaparecer por la playa.

—¡Alex! —le grita mi hermano River. Después, cruza su mirada con la mía—. Solo quería darle las gracias por lo que ha hecho.

—Tranquilo —le respondo con una sonrisa débil—. Sé que sois amigos. Está bien, River.

—Pris, está asustado. Por eso te ha gritado de esa manera. No se lo tengas en cuenta.

—Vale. —Estoy manteniendo las lágrimas en mis ojos de puro milagro.

—Tranquila, ya ha pasado todo. —River me abraza y me acaricia la espalda mientras me regala palabras de consuelo.

—¿Priscila? —me pregunta entonces mi mejor amigo—. ¿Estás bien?

—Sí.

Jaime intenta aproximarse más a mí, pero otro socorrista, supongo que un compañero de Alex, lo aparta para comenzar a mirarme las heridas.

—Deja que te examine esas picaduras.

Comienza a toquetearlas y me trago los aullidos de dolor. No es ni mi primera picadura ni la centésima, pero ha pasado tiempo desde la última vez y no recordaba las sensaciones.

—Vaya, era una de las grandes —exclama el chico con amabilidad—. Por cierto, me llamo Raúl.

—No sé ni cómo te ha visto —continúa diciéndome River, refiriéndose a Alex—. Estábamos hablando cerca de la orilla y de repente ha salido corriendo hacia el agua. Yo no veía nada. Cuando ha regresado contigo en brazos, casi me da un puto infarto.

Nos quedamos en silencio mientras el tal Raúl me cura las picaduras. Suspiro y expulso el aire con intensidad a cada poco. Alex, de nuevo, alterándome las emociones. Lo nuestro va de mal en peor. Tomo una decisión o, más bien, una actitud: voy a estar aquí trece semanas y luego vuelvo a mi incompleta pero perfecta vida en Boston. Punto. No pienso perderme en el camino.

Diez minutos después, Raúl finaliza su tarea.

—Pues esto ya está. Te has portado muy bien. Ni una sola queja.

—Está más que curtida en lo que a picaduras de medusa se refiere —le dice River.

¡Y tanto!

Cuando Raúl se va y nos quedamos solos, Jaime me abraza con fuerza.

—Joder, me has dado un susto de la hostia, todavía estoy temblando, menos mal que veníamos a pasar el día en la playa de la tranquilidad en donde nunca hay medusas...

«¡Pris, me has quitado diez años de vida! No vuelvas a darme un susto como este en tu vida, por Dios. Y nada de disfrazarme, ¿eh? Ni de surfista ni de nada. Miedo me dais».

Pristy, la ardilla. Un día duro en la playa.

Verano de 2004

La pubertad

Transcurrieron dos años hasta el siguiente beso.

Dos años en los que Priscila llegó a los catorce (casi quince) al ritmo de Duncan Dhu, a pesar de que la música del momento giraba en torno a Andy y Lucas, Black Eyed Pees y Estopa. Pero es que el grupo de rock español era el favorito de su padre, y ella aprendió a escucharlos junto a él en el viejo tocadiscos que aún conservaban en uno de los rincones del salón. Priscila movía la aguja arriba y abajo para escuchar en bucle su canción favorita: *Las reglas del juego*.

Dos años en los que Alex cumplió los diecisiete y se convirtió en una sorpresa internacional al representar a España, en categoría absoluta, en las finales del Mundial que se celebraron en Barcelona en el año 2003 con tan solo dieciséis años, compitiendo en su estilo favorito, cien metros mariposa, con nadadores de renombre como Michael Phelps, Ian Crocker o Matthew Wells.

Un año después, en primavera, acudió al campeonato de Europa que se celebró en Madrid y en el que consiguió subir al podio.

Con las marcas conseguidas, se había clasificado para las Olimpiadas de Atenas, que se inauguraron el trece de agosto. Y regresó a casa tras ganar, a finales del mismo mes, un diploma olímpico en esos Juegos.

El Ayuntamiento le organizó una cálida bienvenida y en las noticias no se hablaba de otra cosa: era el español más joven de la historia en conseguir un diploma olímpico, lo que le auguraba un futuro lleno de éxitos.

También fue el verano en que Priscila comenzó a vestirse de manera diferente, atrás quedaron los vestidos con flores y volantes que dejaron paso a los pantalones cortos y las camisetas de tirantes. Eso sí, a los lazos y pompones de los zapatos y el cabello no pudo renunciar. Le gustaban demasiado.

Y el verano de la primera toma de contacto de Priscila con la libertad. La libertad de salir por ahí con sus amigos a pasar las tardes y parte de las noches. A la una de la madrugada la mayoría tenían que estar en casa, pero era libertad, al fin y al cabo, a pesar de que los padres de casi todos rondaban y

paseaban por los alrededores; es lo que tiene el buen tiempo. Pero sí, aun con eso: era libertad.

Un día cualquiera de mediados de septiembre, se acercaron a un pub irlandés que acababan de abrir en el pueblo (el primero de ellos y el único con el transcurso de los años) y que había creado más expectativas que el sorteo de la lotería de Navidad del veintidós de diciembre. Era la noche de la inauguración y acudiría medio pueblo. Priscila se preguntaba cómo iban a entrar todos allí.

El grupo de amigos al completo se animó a subir andando hasta lo más alto de la calle principal del pueblo, una cuesta bastante pronunciada de más de medio kilómetro, que era donde se encontraba el local nuevo.

Cuando llegaron a la cumbre, a Priscila le sudaba todo; el bigote, el cuello, el canalillo (que ya empezaba a asomar por fin), la tripa y hasta los tobillos. Notaba la minifalda vaquera pegada a sus muslos y la camiseta negra de tirantes era una segunda piel. Y a pesar de haberse pasado dos horas enfrente del espejo, alisándose el pelo, se lo sujetó en una coleta alta; el cabello le llegaba hasta la cintura y le daba demasiado calor.

«Menos mal que hemos dejado las bicicletas en la playa», pensó. Priscila estaba acostumbrada a subir pedaleando cada tarde a su casa, que estaba en lo alto de otra cuesta, pero no era tan empinada. No, ni muchísimo menos.

En cuanto cruzaron la esquina, Priscila descubrió cómo era posible que medio pueblo estuviera allí, y es que estaban todos fuera, con vasos de plástico en la mano y rodeando las mesas cubiertas de platos llenos de patatas y aceitunas. Mesas que habían colocado en la acera y en la carretera dado que aquella parte de la ciudad la cerraban al tráfico cada noche.

Tras saludar a sus hermanos, con los que se encontraron cerca de la puerta, Adrián y Priscila entraron en la cervecería y, aunque también había mucha gente, se estaba mejor que fuera. Pidieron unos refrescos en la barra, había dos por el precio de uno en virtud de la inauguración, y se desperdigaron por el bar, observándolo todo y cotilleando sobre quién tomaba algo con quién.

Después de dos consumiciones, Priscila tuvo que ir al cuarto de baño. Dejó a su hermano y a un par de amigos en la barra y se encaminó, abriéndose paso entre empujones, al fondo a la derecha, por supuesto. Aunque no llegó a su objetivo, no, porque, de camino, tropezó, literalmente, con su vecino. Literalmente para ella, y de manera premeditada para él, que, al verla venir, provocó el impacto.

La chica levantó la mirada y se cruzó con los ojos negros de Alex, que

conocía de sobra, aunque en ese momento estaban algo rojos. Había soñado con ellos, aunque no le gustaba recordárselo. Lo miró de arriba abajo, no pudo evitarlo, y se dio cuenta de que nada quedaba de aquel chico de diez años con el que se dio su primer beso en la piscina de su casa.

—¿Quieres tocar? —le dijo él, burlón, complacido, al descubrir el escrutinio de la chica.

Las risas de los amigos del adolescente se escuchaban de fondo.

—¿Eres idiota? —contestó Priscila impasible. La fase de las vergüenzas había pasado y era ella de nuevo: la niña de carácter abierto y sin pelos en la lengua de antes de los once.

«¿Quién es este chico?», se preguntó. «¿Por qué se vuelven tan gilipollas cuando van en grupo? ¿Será porque acaba de ganar un diploma olímpico?».

Priscila se había hartado de escuchar hablar al pueblo entero de los triunfos de Alex St. Claire; todos lo adoraban y lo consideraban como una especie de dios del agua, un Poseidón moderno de carne y hueso, pero ella lo veía como siempre, como su vecino, su vecino el que le provocaba aquellos bums tan extraños.

—Me estabas mirando —aclaró él.

—Y tú a mí.

—Cierto.

—¿Me dejas pasar?

—¿A dónde vas?

—No te importa.

Alex levantó las cejas. Con esa actitud no iba a dejarla pasar. Ni con esa ni con ninguna. Toda la situación era demasiado divertida. Y su vecina cada día estaba más guapa.

—Tendrás que pagar el peaje.

—¿Qué peaje?

—Un beso. Aquí —le dijo él, señalándose los labios. Unos labios que Priscila veía más rojos que nunca.

—No voy a besarte.

—¿Por qué? —preguntó el chico, confundido. Es lo que tienen las rutinas, que, cuando cambian, sorprende. Y besarse con Priscila cada vez que se veían se había convertido en rutina. Había pasado dos veces, y eso para Alex era casi una norma.

Priscila no sabía qué contestar a aquello. No quería mentir. No sabía mentir. Se había criado en un ambiente familiar demasiado perfecto y auténtico

donde la mentira, el engaño o las malas intenciones no tenían lugar. Por eso se quedó en blanco.

—¿Por qué? —preguntó Alex de nuevo, acercándose peligrosamente a su posición. Casi se rozaban sus narices.

—Porque no voy a besarte cada vez que te acercas a pedirme un beso.

—¿Por qué?

—¿Acaso no sabes decir otra cosa?

—Bésame.

Priscila se rindió (lo estaba deseando) y acercó su boca a la de él para darle un beso corto, pero, en cuanto sus labios se rozaron, sus cuerpos se estrecharon aún más y Alex le rodeó la cintura con los brazos. Priscila pasó el suyo por el cuello de él, dejando el dedo pulgar del otro apoyado en su barbilla. Era la primera vez que se tocaban con algo que no fuera la boca. Alex incluso se atrevió, algo inducido por el par de copas que se había tomado y con la mano temblorosa, a tocarle el trasero a Priscila.

La boca de Alex tenía un sabor extraño, no era desagradable, solo diferente. Era ron, aunque Priscila no lo sabía, porque mientras ella pedía refrescos de limón, él bebía ron con Coca-Cola, cortesía de su hermano mayor y sus amigos.

Cuando se separaron, mucho tiempo después, las luces de la bola de espejos colgada en lo alto del local, y que acababa de encenderse, deslumbraron a ambos jóvenes y llenaron sus cuerpos de reflejos luminosos.

Se miraron el uno al otro sin saber qué decir. Esa chispa de energía que les había recorrido el cuerpo tenía toda la pinta de querer volverse adictiva. Y ambos lo sabían.

Priscila se movió con rapidez para ir al cuarto de baño, que era el objetivo inicial. Entró y se apoyó contra una de las puertas con la intención de recuperar la respiración. Cuando salió y no vio a su vecino, fue corriendo hasta la barra para buscar a su hermano. No lo encontró y estuvo a punto de irse, o de sacar el móvil del bolsillo, donde llevaba toda la noche, y llamarlo, pero algo la detuvo. Una canción que comenzó a sonar por los altavoces: *La barra de este hotel*, de Duncan Dhu.

*Collares en el cuello, botas de tacón.
Brillantes en el cuero, bajo el cinturón.
Pisa bien, pisa bien, ve por él.
Perfumes y un gran coche, regalos en tu honor.*

*Préstale tu encanto, regálale tu amor.
Muévete, muévete, entérate.*

No pudo evitarlo y cerró los ojos para disfrutar del momento. También bailó. Sola. Hasta que alguien la sujetó, con suavidad, desde atrás, y sintió esa electricidad de nuevo. Y el olor. Ese mismo olor que detectó a los seis años en los pasillos del colegio. Sabía quién era. Al girar la cabeza, confirmó sus sospechas cuando vio a su vecino de nuevo.

*Pero pronto acabará.
Y entre oro sonreirás.
Hasta que descubras que,
el futuro no vendrá a la barra de este hotel.
Porque esta vez se fue con él.*

Se quedaron observándose el uno al otro hasta que se tocaron por segunda vez.

Bailaron agarrados, lento, balanceándose de un lado para otro, a pesar de no seguir para nada el ritmo de la canción, hasta que los interrumpieron.

—¡Pris! —la llamó su hermano.

—¿Qué?! —contestó la chica, desembarazándose del abrazo de Alex a toda velocidad, aunque... demasiado tarde. Adrián ya había visto suficiente.

—Eh —le dijo Adrián al chico en su tono habitual.

—Eh —le contestó el otro en el mismo tono.

—Soy su hermano. —Adrián se sintió en la obligación de aclararlo para que el vecino tuviera cuidado con lo que hacía. Era una advertencia.

—Lo sé. Vivo enfrente de vosotros desde hace nueve años.

—Lo sé.

—Bien.

—De puta madre.

—¿Nos vamos? —se apresuró a decir la chica. Y no porque hubiera tensión, porque si su hermano era el rey del «chúpame un cojón», su vecino era el rey del «y tú el otro a mí». Era más por un tema de «necesito salir de aquí y respirar aire fresco porque tanto toqueteo me ha acelerado la respiración y me ha hecho sentir... cosas».

—Sí —aceptó Adrián sin dejar de escudriñar al vecino de la casa de

enfrente—, mamá y papá están fuera esperándonos.

Priscila dio gracias a Dios por que no hubieran entrado sus padres en lugar de Adrián. Y no coincidió en ninguna otra ocasión a solas con Alex, así que no hubo más besos ni toqueteos.

Pero ese verano, ese verano del color de la bola de luces de aquella discoteca, supuso un punto de inflexión para Alex y Priscila. Claro que... ellos aún no lo sabían.

El único pub del pueblo es este

Alex

A las nueve en punto de la noche entro en el *pub* del pueblo —he quedado con Marc y Ali, que celebran hoy una especie de entrega formal de las invitaciones de boda para los amigos—, y lo primero que veo es a ella. Joder, siempre ella.

Priscila.

Podría decir que es a causa de los absurdos zapatos rojos, con pompón gigante incluido, que lleva puestos en los pies y que la hacen inmediatamente visible, pero hace tiempo que dejé de mentirme. Priscila Cabana siempre será lo primero que vean mis ojos cuando su presencia se ubique en un radio de diez metros a la redonda de la mía; y no por ello la odio menos. Tan solo es un hecho.

Aun desde la distancia, puedo distinguir la avería que le hizo la medusa en el cuello un par de días atrás. Un estremecimiento me recorre el cuerpo al acordarme de lo que sucedió esa mañana en la playa. Hacía mucho tiempo que no sentía un miedo tan irracional, y eso me hace plantearme cosas que no me gustan una mierda. Mi parte cuerda me dice que es normal que me asustara. Priscila fue, años atrás, el motor de mi vida, la persona que más quería y adoraba, mi mujer; es lógico que me estallara el corazón en el pecho al ver que corría peligro de muerte. Mi parte no cuerda no tiene nada que decir.

Me encontraba en la orilla, tranquilo, hablando con River, precisamente sobre la fiesta de esta noche de Marc. Yo me mostraba reacio a asistir; no me apetecía nada, no soy lo que se dice muy sociable, pero River desmontaba cada uno de mis argumentos sin apenas esfuerzo. Marcos Cabana no es solo mi cuñado, es mi mejor amigo. Los tres lo son: River, Marcos y Hugo. Pero Marcos el que más. Es esa persona especial que todos merecemos tener en la vida. Esa otra persona fuera del ámbito romántico. Esa persona que consiguió que no me derrumbara cuatro años atrás.

El caso es que, desde mi lugar, veía a Priscila a la perfección. Estaba a unos diez metros, tumbada en una toalla, pero yo sabía que era ella; la había visto llegar. Observé, distraído en un primer momento, como se levantaba, medio dormida, y se metía en el agua. No me gustó un pelo. Mientras River

continuaba con su discurso pesado e interminable, yo no podía retirar la mirada de ella, entonces algo menos distraído. Apenas escuchaba lo que me decía mi cuñado, solo asentía de vez en cuando para fingir que le seguía la corriente. La cabeza de Priscila cada vez se hacía más y más pequeña, pero no la perdía de vista; además, cada poco, me colocaba los prismáticos en los ojos para verla mejor; River pensaría que no hacía más que mi trabajo.

Algo me dio el aviso, no sé si fue la pandilla de motos de agua que se acercaba a su posición u otra cosa, pero supe que iba a pasar algo antes de que sucediera, y, por instinto, eché a correr y me metí en el agua.

Nadé a toda hostia y pude ver el momento en que Priscila se hundía en las profundidades; aún me quedaban unos metros por llegar y sentí como si el agua me estuviera engullendo a mí. Buceé y en menos de cinco segundos la tenía entre mis brazos. Había perdido el conocimiento y a mi cabeza solo acudían datos y páginas de libros que había leído y estudiado durante toda mi vida: segundos que puede estar una persona en fase de ahogamiento, minutos máximos en los que deben aplicársele los primeros auxilios.

Había comenzado a nadar de regreso a la orilla, cuando llegaron dos de mis compañeros con la lancha a motor que tenemos para emergencias. Subimos a Priscila y, de camino a la playa, comencé de inmediato con la respiración asistida. Tuve que mantener la mente fría, olvidarme de que era ella a quien tenía inconsciente tirada en la lancha. Tuve que olvidarlo por demasiados motivos.

Priscila tardó pocos segundos en reaccionar, una vez estuvo en tierra firme. Y ahí fue cuando yo me volví loco. Todo el entrenamiento que había recibido cuando decidí trabajar de socorrista sobre cómo tratar de tranquilizar a la víctima se fue a la mierda. Así de fácil.

Reconozco que me pasé un huevo con ella; estuvo a punto de ahogarse y yo la traté de puta pena cuando aún estaba en *shock*. Y además fue ella la que me pidió perdón cuando debería haberlo hecho yo. Cuando debería hacerlo ahora yo. Pero algo me lo impide.

Estaba y estoy cabreado. Punto. Claro que es cierto que el mosqueo me viene de lejos. Tan lejos como pueden serlo cuatro largos años.

Durante los meses posteriores a nuestra separación y a lo que vino después, soñaba mucho con ella. Me la imaginaba cayendo. Nunca sabía a dónde, solo la veía ofreciéndome su mano para que la salvara, pero yo... la dejaba caer. Así sobrevivía: haciéndole daño a ella. También me odiaba a mí mismo. Y, la verdad, me alegra pensar que no la odio tanto como para no

ayudarla por instinto en una situación de riesgo real. Tal vez no vaya directo al infierno. Tal vez mi alma no esté perdida.

Han pasado dos días de aquello. Me consta que River llevó a su hermana al centro médico y que está bien.

Me interno en la oscuridad del local y retiro la mirada de ella. Y de su amigo, o lo que coño quiera que sea, que, por cierto, tiene cara de gilipollas.

Llego a la barra y me pido una cerveza sin alcohol; no estoy hoy para fiestas y he venido en coche. Dejo el cuerpo recostado contra la primera pared que encuentro y el azar quiere que Priscila y el «gilipollas» salgan de los servicios en ese preciso momento (sí, hasta al baño van juntos) y que pueda escuchar lo que dicen. Ellos no me han visto, están demasiado concentrados en sus asuntos.

—*Cabana, ahí está la pelirroja del Inframundo.*

Bufo por la forma que tiene de llamarla: Cabana. No me gusta que la llame así. Priscila inclina la cabeza en un gesto demasiado familiar para mí cuando el «simpático» comienza a hablar con ella.

—*La he visto* —le contesta entonces ella—. *La otra pelirroja del Inframundo que está a su lado es la hermana pequeña. Aunque de pequeña tiene poco con esas piernas kilométricas y su metro setenta y cinco. Parecen gemelas. Las gemelas del fuego eterno y maligno.*

Hablan en inglés; en un inglés bastante cerrado. El chico es español, lo he escuchado hablar en castellano siempre que me he topado con él, así que no entiendo el motivo de que hayan cambiado de idioma. Lo que hace que me muestre más interesado. Sigo la dirección de su mirada y veo que se refieren a Carolina (exnovia de mi hermano) y a Carmen (hermana de la primera) como las pelirrojas ¿del Inframundo?

Entonces lo entiendo: utilizan otro idioma de forma tan cerrada para evitar que el resto los escuche y comprenda porque están poniendo a parir al personal, pero yo los entiendo sin esfuerzo. Y siguen sin verme. Parezco el puto hombre invisible.

—*Llamémosla Ariel* —sugiere el chico.

—*¿A quién?*

—*A la pelirroja Número Uno. Así podremos hablar con libertad de ella.*

—*¿Como Ariel, la sirenita?*

—*Ajá, es pelirroja.*

—*Pero la sirenita es buena gente, me gusta Ariel. Y, además, se parece a mí.*

El chico suelta una carcajada involuntaria.

—Pero ¿qué dices? No os parecéis en nada.

—Claro que nos parecemos. Tenemos el pelo parecido, en plan medio ondulado, y la misma expresión de los ojos.

—Es un dibujo animado.

—Un dibujo animado que se parece a mí.

—Sí, lo que tú digas. Pues no conozco a más pelirrojas de Disney. Ah, espera, hay otra. Mérida.

—¿Y esa quién es?

—La protagonista de la película Brave. Es pelirroja.

—Vale, a esa no la conozco. Acepto, pero llamémosla Brave, la pobre Mérida no tiene la culpa.

—Insisto. Es un dibujo animado.

—No importa, seguro que también es buena gente.

—La verdad que sí, ahí tienes razón.

—¿Ves?

—Vale, venga, Brave.

—Bien. ¿Y a la hermana?

—Llamémoslas Brave Uno y Brave Dos.

—Un poco lío, pero vale.

—Bien, ¿qué decías de Brave Dos?

—Que es perfecta también.

—Bah. Demasiado alta. Demasiado pelirroja. Demasiadas piernas. Por cierto, ¿qué hacen aquí? ¿Son amigas de tu hermano?

—Nunca se tiene demasiadas piernas. Y no. Habrán venido a tomar algo.

—Pero ¿no es la entrega de las invitaciones de la boda de tu hermano?

—Sí, pero no han cerrado el local para ellos.

—Joder, siempre nos encontramos con los mismos en este sitio. ¿No hay más pubs en el pueblo?

—Pues no.

—Y los de al lado de las pelirrojas, ¿quiénes son?

—Oh, he ahí la pregunta del millón.

Priscila comienza a contarle los cotilleos más jugosos de los presentes en la fiesta. Me quedo mirándola, observando cada detalle de su rostro, de su cuerpo, de sus gestos y posturas. Está diferente: el pelo rubio, las facciones de su cara más adultas, la mirada diferente, algo menos delgada que con veintidós años... pero, a la vez, no ha cambiado para nada. Sigue siendo la misma.

¿Qué fue lo que vi en ella? Es guapa, eso tengo que reconocérselo, pero esos zapatos con pompones que antes la hacían diferente, ahora me parecen ridículos, toda ella me parece ridícula y no entiendo qué fue lo que me tuvo tan fascinado... Supongo que todo se reduce a que no era más que un puto crío.

Ellos dos siguen criticando a la gente y yo estoy por darme media vuelta, pero su siguiente frase me detiene.

—*Por cierto, me ha parecido ver al imbécil de tu marido entrar hace unos minutos.*

—*No es mi marido.*

¿Imbécil sí? Tócate los cojones...

—*¿Dónde se habrá metido?*

—*¿Y qué más da?*

—*Pues a mí sí me da. Pienso devolverle el favorcito del otro día... por gilipollas. Estoy dudando entre tirarle una cerveza encima o pincharle las ruedas del coche. ¿Qué te parece? ¿Pris? ¡Pris!*

—*¿Qué?*

—*Deja de mirar a las Brave y contéstame. ¿Qué es lo que más le puede joder a tu vecino? ¿Cerveza por encima o ruedas pinchadas?*

Me quedo a la espera de la respuesta. Puedo sentir hasta yo mismo el aura negra que sale de mi cuerpo. ¿Qué vas a contestar, Priscila?

—*¿Y por qué elegir?*

—*Esa es mi chica. Oh, ahí está* —dice cuando, al fin, mueve la mirada y me encuentra enfrente de ellos—. *Apoyado en la pared con esa pose de chulo de playa. Espera. ¿Por qué nos mira así?*

—*Oh, mierda* —exclama mi mujer en cuanto se da cuenta de que los estoy escuchando y entendiendo sin problema.

—*Sí, Reina del Desierto, oh, mierda* —le digo, mientras me acerco.

No intento disimular mi mal humor, no me gusta su presencia, no me gusta su amigo y no me gustan sus ridículos zapatos.

—*Nos ha entendido* —le dice Priscila al «idiota».

—*Joder.*

—*¿No te ha contado tu amiguita que soy británico?* —le pregunto.

El chico me mira por encima del hombro y tampoco esconde su aversión hacia mí.

—*No hablamos de ti.*

Seguro que no.

—*Mantente alejado de mi coche y de mí* —lo advierto—. *Por cierto* —le

digo a ella—, estás ridícula con esos zapatos.

—Son... co... como los de siempre —me responde confundida y entre titubeos.

—¿Sí? Pues son ridículos.

—Entonces siempre he sido ridícula —me dice con desafío en la voz.

—Supongo que sí.

Me encojo de hombros y los dejo ahí. No le pregunto a Priscila por las picaduras. No me interesa.

—*Mierda, no había visto al St. Claire medio británico de los demonios.*

—Los escucho farfullar mientras me alejo.

Lo sabía. Sí le ha hablado de mí.

Busco a Marc por el local y, cuando lo localizo, me acerco a saludarlo con una palmada en la espalda. Hablo con él y con su novia sobre la movida que han organizado esta noche. ¿Por qué cojones hay que montar todo este teatro cuando ya nos han dicho que se casan y que estamos invitados? No lo entiendo. Alicia intenta convencerme de que es un paso necesario en la organización de una boda hasta que desaparece empujada por varias de sus amigas y nos quedamos Marc y yo solos, ambos observando lo mismo: a su hermana. Y que conste que yo solo lo hago porque se ha metido en mi campo de visión.

Vemos como el amigo se acerca al pinchadiscos a pedirle una canción. A Priscila se la ve algo decaída. ¿Es posible que le haya afectado mi comentario de los zapatos? La verdad, no acabo de crérmelo, y, aunque así fuera, me importa una mierda.

Comienza a sonar por los altavoces un tema que me suena haber escuchado hace como mil años, pero que no consigo ubicar.

*I'll tell you what I've done.
I'll tell you what I'll do.
Been driving all night,
just to get close to you.
Baby, babe I'm moving so fast,
you'd better come on.*

Es una voz de mujer, pero muy ronca, aguda. El «imbécil» coge a Priscila de la mano y la lleva al centro del local a bailar, aunque esa zona jamás ha sido una zona de baile; de hecho, todo el mundo se los queda mirando. Y allí

está ella, bailando con sus zapatos estrambóticos tan ridículamente irresistible como siempre, tan jodidamente tentadora como antaño y con esa pose de inocencia que cualquiera pensaría que no ha roto un plato en su puta vida. Dios, si hasta parece buena. Pero yo sé lo que hay detrás de esa princesa de cuento: la malvada que se refleja en el espejo. Porque si esto fuera un cuento de hadas, Priscila sería el mal personificado.

Llega un momento en que cesa la letra de la canción y solo se escucha como un ruido de tambores y batir de palmas que la parejita de la pista improvisada de baile imita chocando sus manos, piernas, traseros y caderas. Todo a la vez. Queda claro que no es la primera vez que lo hacen.

*Sleeping in my car.
I will undress you.
Sleeping in my car.
I will caress you.
Staying in the back seat of my car,
making up, oh, oh.*

Vale, la tengo, *Sleeping in My Car*, de Roxette.

Marc y yo seguimos bebiendo en silencio. Priscila y el *amiguito* siguen bailando, rozándose y tocándose con cada parte de sus cuerpos. Bufo a causa de toda la situación en general y percibo al instante por el rabillo del ojo que Marcos se da cuenta y que deja de mirar a su hermana para contemplarme a mí. Me va a hablar de ella, lo sé, así que me anticipo a lo que sea que quiera decirme.

—No quiero hablar de tu hermana. —Y se lo digo sin retirar la mirada de ella ni siquiera cuando doy un sorbo a mi cerveza.

—Nunca quieres hablar de mi hermana.

—¿Y qué te hacía pensar que esta vez iba a ser diferente?

—No sé, quizá el hecho de que os hayáis visto después de cuatro años y que aún no hayamos hablado de ello.

—No hay nada que decir, Marc. Hace tiempo que tu hermana salió de mi vida para siempre.

—Lo sé. Y no voy a darte ni sermones ni consejos de mierda ahora que ella ha regresado. Solo quería agradecerte lo del otro día.

—Ya me lo dijiste por teléfono —le digo con voz cortante.

Le da otro trago a la cerveza antes de responderme.

—Pues ahora te lo digo en persona. Gracias por salvar a mi hermana.

—Lo habría hecho por cualquiera. Es mi trabajo. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Lo sabes tú? —Giro la cabeza y lo miro en señal de advertencia—. No creo que nadie hubiera detectado que mi hermana se ahogaba antes de que ocurriera. Por eso te estoy dando las gracias.

—No me toques los cojones, Marquitos.

—Pero esa es mi especialidad.

Sí, lo es. Sin embargo, hay algo en su tono de voz, en su postura para nada relajada a pesar de estar apoyado en la pared con una cerveza en la mano y en su mirada que me mosquea. Este no es mi Marc. Algo le ocurre.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿A mí? —me responde con sorpresa.

—Sí, a ti. Te noto raro. Ausente. Tenso. Más de lo normal. ¿Todo bien en el trabajo?

—Todo bien en todo, Alex. No te pongas paranoico.

—Bien —le digo, nada convencido—. Si algo te ocurriera, fuera lo que fuera, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Marc me mira y esboza una sonrisa. Una muy pequeña. Una que apenas se intuye.

—Tú eres mi primera persona, si tuviera algo que contar, lo haría contigo en primer lugar.

—¿Pero no es el caso? —insisto. Quiero que me confirme una vez más que no le ocurre nada, tal vez en esta ocasión me lo acabe de creer.

—¡Marcos! ¡Ven aquí!

La llamada de Alicia nos interrumpe. Ambos miramos al centro del *pub* y la vemos bailando con Priscila y el otro e indicándole con la mano a su prometido que se una a ellos. Marc sonrío, me guiña un ojo y, a continuación, se reúne con su novia y su hermana. Se ha ido sin contestarme.

Media hora más tarde Marc y Ali nos aglutinan a todos en la barra para hacer entrega de las invitaciones de boda. Son azules. Tan azules como el mar azul. Tan azules que incluso me gustan. Y después de toda la parafernalia, de brindar por los novios, de que se besen bajo los vítores del resto y de escuchar música de mierda, la mayoría de la gente se va a sus casas. Solo quedamos unos pocos Cabana y cuatro parejas más, pero entonces a Hugo lo llaman al móvil y se va a un rincón en busca de algo de silencio. Cuando regresa con nosotros, nos comunica que tiene que marcharse a causa de una emergencia en el trabajo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Alicia.

—Un gato se ha caído de un séptimo piso.

—Joder. ¿Y se ha hecho algo?

—No lo sé, parece estar todo bien, pero tengo que verlo. Me voy pitando, tíos. ¡Despedidme de River! —nos grita cuando ya se aleja de camino a la puerta.

River. River era uno de los «pocos Cabana» que quedaban, pero lo he perdido de vista hace unos minutos. Andará todavía por aquí porque no creo que se haya largado sin despedirse, pero no tengo ni puta idea de...

—¡Eres un gilipollas, River Cabana!

—¡Que no me insultes, joder!

Los gritos nos sobresaltan a todos. Nos giramos hacia la puerta trasera, la de emergencia, y ahí está el Cabana que me faltaba con su mujer. Esos dos nunca se han llevado demasiado bien, pero en los últimos tiempos están peor que nunca. Aunque no seré yo quien critique los matrimonios de los demás, bastante tengo con el mío. River viene hacia nosotros rojo de furia y Catalina es como un ciclón que amenaza con arrasar con todo.

—¡Gilipollas no es un insulto! Es tu forma de vida. ¿Y quieres saber algo más?

—¡Sí, sí, lo sé, no hace falta que me lo digas! Esta noche duermo en el putito sofá.

Ambos pasan como una exhalación por nuestro lado sin apenas mirarnos.

—Desde que se casó ha dormido más en ese sofá que en la cama de matrimonio —nos dice Marc a Alicia y a mí entre susurros. Aunque no demasiado bajo, porque River se detiene, se da la vuelta y apunta con el dedo a su hermano. También le echa una mirada que me ha dado miedo hasta a mí. River tiene bastante buen carácter, hasta que le tocan los cojones. Entonces explota. A lo grande.

—En el sofá, en el tejado o donde te dé la real gana, pero a mí no te me acerques.

Salen del bar entre gritos y portazos. Primero el de una y luego el del otro.

—Bueno —digo yo a continuación—, creo que esta fiesta no da para más.

Me despido de los novios y le doy una palmada a Marc en el hombro para infundirle ánimos. Tiene cara de cansado, pero aún quedan invitados en la fiesta y no hacen más que reclamarlo. Una putada, porque mañana es día de labor. Quedo con él para desayunar en unas horas y abandono el local con ganas. Son las dos de la mañana, yo soy un tío hogareño y me quiero largar a

mi casa.

Me acerco al coche, confieso que con recelo, pensando que al «gilipollas» se le haya ocurrido acercarse a mis ruedas. Hace rato que él y Priscila se han ido con un Adrián bastante perjudicado a causa del alcohol. Me ha sorprendido, la verdad. Adrián no es de los que suele perder las formas de esa manera y hoy se ha cogido una cogorza de puta madre. Ha perdido las llaves del coche por algún rincón del local y, a pesar de que un amigo suyo ha insistido en llevarlos a los tres a casa, el pequeño de los Cabana necesitaba que le diera el aire y ha dicho que volvería por su coche al día siguiente.

Me subo en el todoterreno, después de comprobar el perfecto estado de las ruedas, y enfilo el trayecto a mi casa. Aunque ya es de madrugada, todavía se ve gente en la calle paseando y tomando algo en las terrazas de las heladerías que siguen abiertas.

Bajo la ventanilla del coche para que me dé algo de aire, porque hace un calor sofocante, y, cuando estoy a punto de girar en la rotonda hacia la cuesta que me lleva a mi casa, los veo a los tres, a Priscila, a Adrián y al otro, andando por la carretera a pocos metros de su cuesta de camino a la urbanización de mis padres. Los ignoro y sigo mi trayectoria, pero algo me hace retroceder. Y no es Priscila. Es Adrián. Me acerco a ellos y detengo el coche cuando los alcanzo.

—¡Eh!

Priscila y su amigo se giran sorprendidos.

—¿Alex? —me pregunta ella.

—¡Coño! ¡El vecino tocapelotas!

—¿Está bien? —le pregunto a Priscila, refiriéndome a su hermano e ignorando el insulto del amiguito de los cojones.

—Sí. Creo que sí.

—Solo está borracho —añade el amigo a pesar de que no he pedido su opinión.

—Mierda —dice Adrián echando la mirada hacia la cuesta que tienen delante—, no me acordaba de lo infernal que es esta puta cuesta.

—Yo sí. No sé cómo me he dejado convencer. —El amigo otra vez.

—Subid —les digo.

—¿A dónde? —me pregunta la de los zapatos horteras.

Antes de que cualquiera de los otros dos pueda negarse, Adrián no se lo piensa y abre la puerta de atrás de mi coche. Meto primera y me preparo para arrancar, pero pasan los segundos y nadie se sube a mi lado. Me giro hacia

atrás y veo a los tres sentados muy cómodos y juntos. Joder.

—No soy un taxista.

—¿Qué? —me preguntan los de Boston al unísono.

—Que no soy un puto taxista. Pasa delante —le indico a Priscila con un movimiento de mano.

Priscila baja del coche y vuelve a subirse, esta vez en el asiento del copiloto. Doy un suspiro silencioso y arranco. Otra vez su fragancia en el coche; la había olvidado. ¿Cómo puede oler igual después de cuatro años? Dejo la ventana abierta para que se vaya lejos. Permanecemos en silencio hasta que Adrián lo rompe. Pensé que se había quedado dormido. De hecho, al mirar de nuevo a través del espejo retrovisor, descubro que en efecto tiene los ojos cerrados.

—¿Pris? —llama Adrián a su hermana.

—¿Qué?

—Creo que he hecho algo que no te va a gustar.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿Del uno al diez? —le pregunta ella. Recuerdo que Adrián y Priscila siempre han medido sus actos más controvertidos valorándolos del uno al diez.

—Un ocho. Casi nueve.

—Mmm... es bastante alto. ¿También eres amigo de Alex? ¿Es eso?

—¡No! Prefiero la muerte.

—Gracias —le digo con retintín, por la parte que me toca.

—Chúpame un cojón.

Si me dieran un euro por cada vez que he escuchado esa frase de Adrián, ya sería millonario. Siempre ha sido el más imbécil de los Cabana. Y con el que peor me he llevado desde críos.

—Cuando quieras.

Adrián me mira con asco, a lo que yo respondo con una sonrisa de satisfacción.

—¿Y tú qué me miras? —le pregunta mi cuñado al que tiene sentado al lado.

—Estás bueno hasta borracho perdido.

Adrián desvía los ojos hacia su hermana y se incorpora un poco.

—Dile a tu amigo que deje de ligar conmigo, no va a pasar, soy heterosexual.

Espera. ¿Qué?

—No estaba ligando —se defiende el «imbécil»—, solo constataba un hecho. Si estuviera ligando contigo lo sabrías, créeme. ¿A que sí, Pris?

—Deja de ligar con mi hermano —le responde ella sin pestañear.

—Aguafiestas.

¡Vaya! ¿Es gay? Eso sí que no lo veía venir.

Priscila pone música, supongo que para templar el ambiente, y eso que hace un calor de pelotas. Va directa al reproductor sin dudar y pone el CD. Puede que parezca una tontería, pero sabe dónde tiene que pulsar para poner el CD, y eso me cabrea, porque es demasiado familiar. Porque me lleva al pasado.

En cuanto la veo cómoda, acerco mi mano y bajo el volumen hasta tornarlo imperceptible. Me mira con sorpresa.

—No puedo conducir con música —me invento sobre la marcha.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años —afirmo muy seguro.

Acepta con un suspiro, apaga la música del todo y mira por la ventana. Joder, siempre se lo cree todo. No sé si me mosquea más aún que la haya apagado a que la haya puesto.

En cinco minutos más, llegamos a su casa. Por fin. El amigo (por cierto, ¿cómo coño se llama?) ayuda a Adrián a bajarse del coche y esperan a Priscila en la acera.

—Gracias por lo del otro día —me dice ella antes de bajarse, refiriéndose al asunto de la medusa.

—Solo hacía mi trabajo. —Y estoy hasta los cojones de decir a todos lo mismo.

—Lo sé, pero, si no llegas a aparecer tan rápido, no sé qué habría pasado.

—Que te habrías ahogado, con toda probabilidad.

Noto como Priscila traga saliva a causa de la impresión que le provoca mi comentario. Quizá me haya pasado, pero es cierto que podría haberse ahogado. Y ¿qué haría yo, si tú no estás?, estoy a punto de preguntarle. Mis sentimientos hacia ti me han mantenido cuerdo, me han dado fuerzas. Llevo años sobreviviendo con el mismo objetivo: odiarte. No me puedes quitar eso también, no te lo perdonaría nunca. Viajaría hasta el infierno para reclamarte.

—Sí, es bastante probable. En fin, adiós, Alex, y gracias también por traernos.

Abre la puerta y sale del coche, pero antes de que la cierre, hablo de

nuevo.

—No lo he hecho por ti.

Necesitaba dejarlo claro.

—Lo sé —responde justo antes de empujar la puerta.

Doy la vuelta en la carretera para irme por fin a mi casa, pero como tengo la ventanilla bajada, los escucho hablar mientras entran en la suya.

—¿A dónde va Alex? —pregunta Priscila.

—Yo qué sé, Pris, supongo que a su casa —le dice Adrián entre hipidos.

—¿No vive enfrente, con sus padres?

—No.

—Ah. Como estos días siempre lo veo ahí, pensé que...

—Vive en vuestra casa.

¿Vuestra casa? No. *Mi* casa.

Verano de 2005

Priscila: quince años (casi dieciséis). Alex: dieciocho

Ese fue el segundo año que Alex y Priscila interactuaron sin besos de por medio, el primero había sido el día de la brecha nueve años atrás. En el resto de sus encuentros, encuentros en los que llegaban a hablar el uno con el otro, o a interactuar de alguna manera, siempre había habido besos.

Puede resultar extraño, dado que eran vecinos y compañeros de colegio, pero formaba parte de su relación. Se ignoraban la mayor parte del tiempo y eso hacía que los ratos que pasaban juntos fueran únicos dentro de su peculiaridad.

Alex, que ya era un cazador nato (además de ser un guaperas, lo de deportista de élite también ayudaba bastante), no podía evitar acercarse a Priscila de vez en cuando; en la playa, a la salida de alguna cafetería, del polideportivo... Pero no la buscaba demasiado, no fuera a pensar la chica que le gustaba, porque no era así. Bueno, quizá un poco. Pero muy poco.

Por otra parte, Alex necesitaba desconectar. Las broncas en la casa de los St. Claire habían comenzado. Lo hicieron en cuanto el pequeño de la familia les aseguró a sus padres que no iba a ir a la universidad. Al menos, no de momento. Quería nadar, y aquello le requería demasiadas horas al día, así que lo dejaría para más adelante. No era un no a perpetuidad, pero su padre no lo entendía. Decía una y otra vez que podía hacer ambas cosas. Y tal vez fuera cierto, pero a Alex no le apetecía en ese momento; solo quería nadar. Al menos su madre sí lo comprendía, pero no era suficiente, porque las discusiones no tenían fin. Por suerte, al tener que mudarse a Madrid al Centro de Alto Rendimiento tras su éxito en las Olimpiadas, no los veía demasiado, por lo que las discusiones se reservaban para los fines de semana que regresaba a casa.

Un día cualquiera, a mediados de junio, de regreso en el pueblo para desconectar de los entrenamientos previos a su cita mundialista en Montreal, Alex divisó a Priscila unos metros por delante de él. Caminaba animada y se subía en los bancos de piedra que encontraba por el camino. Le robó una sonrisa a Alex. ¿Cuántos años tenía su vecina? ¿Quince? Y aún andaba sobre los bancos como si fuera una niña. Por azares de la vida, la chica iba sola,

hecho bastante insólito dado que sus hermanos no solían dejarla ni a sol ni a sombra.

Aceleró el paso y la alcanzó en el siguiente banco. Vestía el uniforme del colegio, aún no habían finalizado las clases, y la falda la llevaba agradablemente corta, a medio muslo. Se recreó, antes de saludarla, en esas piernas durante unos segundos; al fin y al cabo, no era más que un chico que acababa de cumplir los dieciocho.

—Hola.

Priscila no se sorprendió por el saludo, era bastante habitual que la gente la saludara por la calle, pero sí lo hizo por tratarse de su vecino. Se lo quedó mirando fijamente durante unos segundos y emprendió la marcha de nuevo, no sin decirle algo antes:

—Hola, ¿qué?

Bajó de un salto del banco y se subió en el siguiente.

—¿Perdona? —le preguntó Alex, confundido. A pesar de ser bastante alto, dada la altura a la que se encontraba la chica, su cabeza caía al nivel del pecho de ella.

—¿Acaso no te sabes mi nombre? —le dijo ella sin mirarlo.

—¿Y tú el mío? —atacó el chico.

—Fernando.

Priscila no pudo esconder la sonrisa, a pesar de intentar evitarla.

—Alex.

—Eso. Alejandro.

Saltó el último banco y se subió a un autobús que la llevaría a su casa y Alex la siguió. Priscila avanzó hasta el fondo del vehículo y se sentó en el lado de la ventana, su favorito. Su vecino lo hizo a su lado.

—En realidad, Alexander, y tú, Reina del Desierto —le dijo él.

—Priscila.

—*Eso.*

De fondo, la música de la radio del minibús. Fue el verano de *La tortura*, de Shakira; *Princesas*, de Pereza; de *Caminando por la vida*, de Melendi y de *Wake Me Up When September Ends*, de Green Day, entre otras. Entre muchas otras. Aquel fue un buen verano en lo que a música se refiere. También en la historia de Alex y Priscila.

Al llegar a su urbanización, Priscila se bajó del autobús con un leve movimiento de pestañas y una sonrisa enigmática, y sin decir adiós. A Alex a cada minuto que pasaba le fascinaba más. Y le gustaba que lo dejara con dos

palmas de narices. Le daba subidón. No entendía cómo había pasado de las chicas durante tantos años en su adolescencia. Eran lo mejor del mundo. Y aunque le gustaban todas, en ese momento quería a su vecina. Recordaba sus besos como algo grande y la muchacha cada día estaba más guapa.

El destino, o el hecho de vivir uno enfrente del otro y de que Alex la viera llegar a la piscina, quiso que se reencontraran esa misma tarde. Priscila tomaba el sol en una de las hamacas mientras escuchaba música. Llevaba un bikini azul con volantes blancos que le quedaba realmente bien y Alex pensó que, si no la besaba de nuevo, reventaría.

El chico miró hacia ambos lados, comprobando que no los veía nadie; no entendía dónde andaban los hermanos de la chica, pero tampoco le importaba. La cogió en volandas y la tiró a la piscina sin contemplaciones. Priscila no emitió sonido alguno, no tuvo tiempo.

Alexander St. Claire, que si algo controlaba en la vida era el agua, la agarró por la cintura y la besó; si alguien podía hacerlo, ese era él. El agua era su hábitat. Su hogar.

Esperó unos segundos, por si su vecina lo rechazaba y debía dar marcha atrás a todo el plan, pero descubrió que ella también lo deseaba cuando le sujetó la cabeza para acercarlo más, así que entró a saco a besarla.

Y fue épico, como si las dos cosas que más amara hacer en la vida se juntaran y formaran un todo alucinante: los besos de Priscila y el agua. Podría haberse quedado a vivir allí. Sentía que ahí debajo podía contárselo todo a Priscila, que podía decirle que él no era lo que aparentaba, que era una coraza porque lo único que quería era que lo quisieran, pero tal y como había aprendido, erróneamente, del mundo que lo rodeaba: eso era de nenazas. Le daba vergüenza querer abrazarse con sus padres, o besarlos; le daba vergüenza que la gente supiera los anhelos que había en su interior, le daba vergüenza que supieran que tenía miedo a la oscuridad y que se moría por meterse en la cama con su padre y su madre. También podía contarle que hablaba con el agua, y que el agua hablaba con él, que le susurraba cosas. Llevaba nadando desde los tres años y era su vía de escape, todo su ser, toda su verdad. Lo que pensaba, lo que anhelaba, sus deseos, los compartía con el mar o con el agua de la piscina; solo con ellos y siempre con ellos.

Decidió callar. Por el momento.

Cuando salieron a la superficie, ante la mirada estupefacta de la chica, Alex hizo un leve movimiento de pestañas y salió de la piscina con su sonrisa más enigmática. Donde las dan, las toman.

Alex caminaba feliz hacia su casa pensando en la cinta azul que Priscila llevaba y que no se le había desprendido del cabello a causa del chapuzón. No había abierto la puerta de su casa cuando su hermano mayor lo asedió por la derecha. Lo había visto todo.

—¿Eres consciente de que sus padres te pueden denunciar por perversión de menores? —le dijo con sorna.

—Pero ¿qué dices?

—Tú acabas de cumplir los dieciocho y la vecinita aún es menor de edad.

—¿Y qué?

—Que os acabáis de enrollar debajo del agua. Os he visto, enano.

—No sé de qué me hablas —le contestó Alex con una sonrisa en los labios antes de meterse en casa.

Alex y Priscila no tuvieron más contacto, como era habitual en ellos, hasta que, tres días después, sucedió aquello en la playa. Un hecho más que marcaría otro hito en su extraña relación.

Priscila estaba con sus amigas; en su grupo eran chicos y chicas, pero, ese día, se habían separado. Por ninguna razón en especial; era algo que solían hacer. En unas ocasiones les gustaba hacer cosas juntos y en otras, no.

El asunto es que en el grupo de al lado se encontraba Alex con su pandilla. Ese día, aquella proximidad entre ellos sí era casualidad. Aunque también es verdad que siempre andaban todos por la misma zona de la playa.

Alex y Priscila cruzaban miraditas por aquí y por allá, pero sin llegar a saludarse ni con un levantamiento de barbilla. Cada uno a lo suyo, y los dos a lo del otro. Una pareja excepcional.

Hasta que Priscila entró a bañarse y la picó una medusa, algo bastante habitual en el mar Mediterráneo. Salió del agua aullando de dolor. Entre el susto —era su primera vez—, el escozor, el picor y el enrojecimiento... no pudo aguantarse. Le daba igual que estuviera en medio de la playa y que todos la miraran. Le dolía mucho.

El primero en acudir en su ayuda, no podía ser de otra manera, fue Alex, que corrió a su lado en cuanto la vio salir llorando del agua. Retiró a empujones a cualquiera que se cruzó en su camino hasta que llegó hasta ella.

—Apartaos —decía a unos y a otros—, ¡apartad, joder!

Cuando la encontró tumbada en posición fetal en la arena, algo se le removió por dentro. No sabía qué, pero tampoco se detuvo a pensarlo; actuó con rapidez.

—Vamos a darnos otro baño. —La cogió en brazos, pasando uno por

debajo de sus rodillas y el otro por la cintura, y la metió de nuevo en la playa.

Priscila no puso impedimento, dolía demasiado y confiaba en él.

Mientras se internaban en el agua, Alex le explicaba en todo momento qué era lo que estaba haciendo.

—Lo primero que tenemos que hacer cuando nos pica una medusa es lavar la zona de la picadura con suero o agua salada, jamás con agua dulce, ¿de acuerdo? —la chica asintió con la cabeza—, y como tenemos aquí el mar...

La metió, con mucha suavidad, dentro del agua sin soltarla en ningún momento. Lavó la zona en la que la había picado la medusa y la sacó del agua.

La sentó en la arena y le pidió a uno de sus amigos que le acercara la nevera portátil que habían llevado ese día para dejar pasar las horas en la playa. Cogió un par de hielos, los envolvió en una toalla y se los aplicó a Priscila en la zona.

—El frío es para aliviar el dolor. ¿Estás mejor?

Priscila ya no se acordaba de la picadura. Estaba extasiada con los cuidados de Alex, con su delicadeza, con el hecho de que la había tocado con su cuerpo por todas partes sin necesidad de besarse. Aquello era algo nuevo. Y, sobre todo, con sus ojos. Con esos ojos que no le quitaban la vista de encima. Que se engancharan con los suyos y no se soltaban.

Cuando se dio cuenta de que Alex esperaba una respuesta, asintió con la cabeza.

—Bien. Y a pesar de lo que hayas podido escuchar por ahí —prosiguió él—, jamás dejes que nadie te mee encima. Nunca. No es una buena idea.

Priscila dejó escapar una carcajada.

Después, Alex comenzó a observar la zona dañada con mucha atención.

—Estoy buscando por si hubiera quedado algún resto de tentáculo adherido a la herida —le explicó.

Excepto por esa búsqueda, en ningún otro momento perdieron el contacto visual. Unos minutos después, cuando el peligro había pasado, Alex se ganó unos buenos aplausos por parte de media playa. Y juraría que había escuchado de fondo la canción de *Chas y aparezco a tu lado...*

Esa misma noche en la playa, en la hoguera de San Juan, Priscila se lanzó a besar a su vecino; lo vistió como agradecimiento por lo que había hecho por ella horas antes, pero la realidad era que deseaba hacerlo, y ambos lo sabían.

Alex y Priscila dejaron de verse durante el mes de julio, dado que Alex participó durante su segunda quincena en los Mundiales de Montreal (de los que regresaría con otra medalla de oro y convertido en héroe nacional), pero

continuaron encontrándose el resto del verano.

Y besándose. Como aquella vez en las fiestas del pueblo, escondidos detrás de una palmera en la playa. O la noche que coincidieron en la única discoteca para jóvenes que había en los alrededores.

Un verano que Priscila recordaría como el verano de color negro brillante con motas marrones, como los ojos de su vecino. También como el verano en que se besó con Alex cuatro veces.

Hoy toca salvamento

La mañana del primer domingo de julio, bajo a la cocina y me encuentro allí con Marcos, Hugo y Adrián. Hugo ya no vive en casa de mis padres, pero suele venir a desayunar, al menos desde que yo he regresado. No creo que antes viniera tanto, pero al estar yo aquí... Sí que tengo poder de reunión, ha debido de echarme mucho en falta.

Me sirvo una taza de café y me quedo pensando en los acontecimientos de los últimos días. Ha pasado una semana desde la fiesta de Marcos y Alicia y creo que no me queda nadie con quien reencontrarme en el pueblo. Hasta con mi cuñado John estuve el otro día en una terraza.

Pensé que el encuentro sería más tirante, pero no. No es que nos fundiéramos en un abrazo ni nada por el estilo; de hecho, solo hubo un ligero reconocimiento y un levantamiento de barbilla. Siempre ha sido un chico frío y distante, por lo que no me sorprendió demasiado; simplemente no me odia como su hermano. Lo que me ha llevado a pensar en el pueblo en general, y en cada pueblerino en particular, en la buena bienvenida que me han dado.

—¿Qué piensa el pueblo de mí? —pregunto al aire.

—¿De qué? —me preguntan mis tres hermanos a la vez.

—De cuando me fui hace cuatro años, de que abandonara a mi familia y a mi marido. Vamos, chicos, esto es un pueblo pequeño, se comenta todo. ¿Qué piensan de mí?

—Lo que nosotros queremos que piensen —me dice Adrián. Él siempre en su línea.

—¿Y puedo saber qué habéis hecho que piensen?

—Dimos la versión que quisimos dar —me explica Hugo—. Que te surgió una buena oportunidad laboral en Boston, una imposible de rechazar, y que eras joven. Que erais jóvenes los dos, Alex y tú, por lo que decidisteis de mutuo acuerdo hacer un paréntesis en vuestra relación, pero mantenéis el contacto y os lleváis de maravilla. Ante todo, sois buenos amigos.

—¿Y Alex estuvo de acuerdo con dar esa versión de los hechos?

Teniendo en cuenta la relación que mantenemos ahora mismo, me resulta extraño que haya aceptado esa adaptación tan... edulcorada. Mis tres hermanos se miran confidentes.

—¿Qué pasa? —les pregunto.

—Pris —me dice Marcos—, Alex no estaba en su mejor momento, no

sabía ni por dónde le daba el aire. Después era tarde para remediarlo.

—No hablo de después del accidente, hablo de antes, de cuando me marché.

—Yo también.

Sacudo la cabeza porque no entiendo nada, pero ahora sé el motivo por el que el pueblo me ha dado un recibimiento tan positivo y efusivo. Sigo sin comprender el odio de Alex hacia mí; es tan visceral, tan intenso, como si le hubiera hecho algo de muerte, y no fue así.

—Buenos días, hermanos Cabana.

Todos nos giramos hacia la puerta para ver a Jaime entrar en la cocina con los brazos en alto mientras bosteza y nos deja la imagen de su pecho depilado. Podría decir que es un pecho lleno de abdominales, formando la célebre tableta de chocolate, pero es que no es verdad. Jaime no está gordo, pero tampoco es musculoso. Es un chico normal, con unos ojazos enormes que quitan el aliento, pero, por lo demás, normal. Después de rascarse la abundante cabellera morena, se masajea sus partes íntimas antes de sentarse a la mesa. Lo mismo de cada mañana, vaya. Se lo ve descansado, tiene suerte de poder dormir a pierna suelta.

Yo llevo varias noches sin dormir demasiado bien. El tema de la medusa se me fue de las manos, lo reconozco. Sentí más miedo después de que pasara incluso que cuando estaba sucediendo. Me acuerdo de estar en mi cama un par de noches después, tumbada, mirando al techo, y pensando en lo mal que podía haber ido el asunto. Me entró un escalofrío por el cuerpo y tuve que pensar en otra cosa, en algo bonito, pero, en cuanto descuido un poco mis ideas, la cuestión de la medusa regresa a mi cabeza con fuerza.

Podría haber muerto. Ver la muerte tan de cerca, en un principio, puede parecer que da qué pensar, pero yo solo quiero olvidarlo. Di las gracias a Alex, porque si no hubiera sido por él... En fin, lo dicho, no quiero pensar en ello, es demasiado espeluznante.

—Hola —saludo a mi amigo mientras coloco un café recién hecho delante de él.

—Oye, rubio, me gusta cómo te queda el azul.

Tengo que fijarme en la ropa que llevan mis tres hermanos para ver quién va de azul. Lo de rubio no da demasiadas pistas. Es Adrián, cómo no. Jaime lo mira con lascivia y él responde, por primera vez, siguiéndole el rollo. Saca la lengua, se chupa el labio inferior y le guiña un ojo a mi amigo. Jaime se atraganta y todo con el café.

—Yo me voy a trabajar —nos dice Hugo de repente, levantándose de la mesa.

—Pero si es domingo —le recuerda Marcos.

—¿Tú no trabajas algunos domingos?

—Sí, pero porque yo trabajo a turnos y en ocasiones hay emergencias que...

—Pues eso —le responde el otro, abandonando la cocina sin decir nada más.

Vaya, uno que se ha levantado con el pie izquierdo. En esta casa nunca sabes lo que te vas a encontrar por las mañanas. Jaime parpadea cuando se escucha el portazo y se recuesta en la silla.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —me pregunta.

—¿Vamos a la playa? —le sugiero.

—¿Con este día?

El día nos ha dado la bienvenida con el cielo cubierto de nubes grandes, oscuras y densas hasta donde me alcanza la vista y sin que pueda darles forma; hay tantas que apenas se distingue dónde acaba una y empieza la otra.

—Claro, es cuando mejor se está.

—Tiene pinta de que va a caer chaparrón.

—No va a caer chaparrón —decimos Marcos, Adrián y yo al unísono.

—¿Sois meteorólogos y no me he enterado?

—No, pero conocemos el cielo de nuestro pueblo —afirma Adrián—. Hoy no va a llover.

—Ni una gota —añade Marcos.

—Lo que vosotros digáis.



—¿No te resulta extraño que tu marido sea tan amigo de tus hermanos si tanto te odia? —me pregunta Jaime mientras bajamos en bicicleta hasta la playa.

—Me resulta extraño que mis hermanos sean amigos de Alex, no entiendo tanta camaradería, pero no al revés.

—¿No al revés? ¿Por qué?

—Porque mis hermanos son geniales. ¿Por qué no iba a ser su amigo?

—Pues porque son tus hermanos, y tú eres su mujer, o exmujer o... bah,

déjalo. Tú es que eres de otro mundo.

—Mmm.

—Es raro, Pris. Punto.

—Vale.

Llegamos a la playa y hay bastante gente a pesar del mal tiempo. Aquí siempre se hace plan de playa, y desde luego mucho más en verano, no importa que truene, diluvie o tengamos cuarenta grados y ni una sola nube en el cielo.

Cogemos nuestro sitio cerca de la orilla y nos quitamos la ropa hasta quedar en bañador; a pesar del cielo gris, hace calor.

—Guau —exclama Jaime.

—Guau, ¿qué? —le pregunto, siguiendo la dirección de su mirada hacia el mar.

—Creo que nunca había visto así el Mediterráneo. Está muy embravecido.

—No has estado mucho tú en el Mediterráneo.

—¿Esto es normal? —me dice, señalando las olas y el color oscuro del agua.

—Sí. Hay días que parece una balsa, pero otros...

—¿Nos podemos bañar?

Me fijo en las torres de los socorristas y en la gente que hay en el agua. Si no estuviera permitido el baño, lo sabríamos. Aun así, se ve que están todos cerca de la orilla. Cuando el mar se pone así y hay bandera roja, no nos permiten bañarnos demasiado lejos.

—De momento, parece que sí.

—Pues vamos a bañarnos.

Nos metemos en el agua y jugamos durante un rato a saltar olas, que son gigantes, y a empujarnos el uno al otro. El agua está caliente y el mar cada vez tiene peor pinta, la marea nos arrastra hacia dentro y eso que no nos cubre más allá de la cintura. Decidimos salir, me ha parecido escuchar algún silbato a los lejos, lo que significa que los socorristas están acotando la zona de baño.

Cuando salimos, por poco no impactamos con Alex, que justo pasa por ahí mientras da sus paseos de vigilante con su tabla de salvamento amarilla como si fuera un agente de la ley. Ni nos mira. Es como si no nos conociera. Aunque casi lo prefiero a cuando me dedica una mirada de odio, unos ojos entrecerrados, un levantamiento de cejas o una mueca de asco. A la señora que se le cruza sí sonrío y saluda, tampoco en exceso, no nos olvidemos de que hablamos de Alex St. Claire, don *calloyotorgo*. Sin embargo, sí parece que la única persona con la que choca soy yo.

—Hola, vecino —le dice mi amigo sin cortarse un pelo.

Alex lo mira solo un instante y enseguida retira la mirada, pero ese instante es suficiente para que Jaime hasta se encoja. Sí, también choca con Jaime.

Me quedo observándolo mientras nos sentamos en la toalla para secarnos. No me gusta demasiado lo que he visto en sus ojos, no me acostumbro a esa antipatía de Alex dirigida a mí.

—Joder, nos odia a muerte. ¿Qué le he hecho yo? —me pregunta Jaime sin importarle que Alex nos pueda escuchar.

—¿Tú? ¿Aparte de llamarlo vecino con recochineo, dices? La pregunta es qué le he hecho yo.

A la primera señora que lo ha saludado y detenido para hablar sobre vete a saber qué la siguen otras dos mujeres, lo que hace que permanezca enfrente de nosotros demasiado rato.

—Cómo se lo comen todas con los ojos —me dice mi amigo mirando alrededor—, se ve que no lo conocen. Con la mierda de carácter que tiene, ni ese cuerpo de escándalo ni esa cara perfecta pueden hacer nada. Nunca me había parado a pensar lo que los socorristas pueden llegar a ligar. Quizá haga un curso o algo.

—¿Con curso te refieres a moldear este cuerpecito tuyo a base de gimnasio? —Me acerco a él y le pellizco la poca carne que le sobra de la tripa, pero que, al estar sentado, se le marca más.

—No tengo barriga, idiota.

—¡Habría que cortar por aquí y por aquí! —Comienzo a hacerle cosquillas y a reírme de él. Y con él.

—¡Para! —me grita, partiéndose de la risa.

¡Piii! ¡Piii!

El sonido del silbato detiene nuestros juegos. Levanto la cabeza y me cruzo con la mirada abrasadora de Alex. Me aparto de Jaime y observo el panorama. El compañero de Alex está indicando a los bañistas que se aproximen a la orilla, pero hay un grupo de personas que no están haciendo caso.

—¡Me cago en la puta! —exclama Alex cabreado. A continuación, coge el silbato y sopla repetidas veces. Le quita el altavoz a su colega y grita a través de él—. ¡Salid del agua!

—Llevo un rato avisándolos de que se acerquen a la orilla y nada —le dice el compañero.

Es mediodía y mucha gente ha abandonado la playa para ir a comer; aun así, bastantes curiosos se acercan a nuestra posición para ver lo que sucede.

Alex sigue silbando y chillando a través del altavoz:

—¡Que salgáis del agua!

—Alex, el mar cada vez está peor —le dice el otro chico. No sé cómo se llama. Nunca lo había visto.

—No salen porque no les da la gana, no porque no puedan.

—Ya, pero ¿hasta cuándo?

Comienzo a ponerme nerviosa; esta situación no me gusta nada. Todos los curiosos miran hacia el horizonte y se apelotonan tanto alrededor de los dos vigilantes que hasta me tapan la imagen de Alex. Me tengo que mover para meterlo de nuevo en mi campo de visión.

—Alex. —Escucho.

—¡Joder! ¡Avisa por radio! Voy por ellos. ¡Me van a oír!

Alex se mete en el agua sin quitarse la camiseta blanca que lleva por encima del bañador rojo. Su compañero, antes de lanzarse al agua para ayudarlo, llama por radio y avisa de la situación a las otras torres de vigilancia más alejadas de esta parte de la playa y a la policía municipal. No hacer caso de las órdenes de los socorristas lleva una multa asociada.

Me levanto y me abro paso entre los bañistas para ver mejor. Coloco la mano en la frente y me parece ver hasta cinco personas bañándose demasiado lejos de la orilla. En este momento, comienza a llover. Muy fuerte.

—Son demasiados —expreso en voz alta.

—¿Qué?

—Tienen que sacar a cinco personas entre los dos. Son demasiados. Y el mar cada vez está peor.

La marea tiene que estar arrastrándolos mar adentro y puede que no se estén dando cuenta.

Escucho, de lejos, las conversaciones del resto de observadores, que no se han ido, a pesar de la que está cayendo. Apenas se distingue el cielo del mar, es todo una mancha negra y gris.

—*¿Qué es lo que pasa?*

—*Al parecer, aquellas personas de allí no han hecho caso de los socorristas, que llevan rato avisando de que no nos bañemos tan lejos.*

—*Pero ¿les ha pasado algo?*

—*No parece, es solo por precaución.*

—*Quizá no han escuchado los silbatos.*

—*Lo dudo.*

«Son demasiados», no dejo de repetirme. La ayuda no llega, están solos.

«Tengo que ayudarlos». Echo a correr hacia la torre más cercana sin pensarlo más.

—¿Pris? ¡Pris! ¿A dónde coño vas?

Siento que Jaime me sigue los pasos, pero no le contesto. No hay tiempo.

Cuando llego a la torre vacía de Alex, agarro con fuerza otra tabla salvavidas y corro de vuelta por la orilla hasta situarme enfrente de los bañistas y de Alex y su compañero, que ya han llegado hasta allí. Me lanzo al agua y nado hacia ellos.

Llegar a su posición va a ser relativamente fácil. El mar siempre te arrastra hacia dentro. No importa que esté o no en calma, en mayor o menor medida, te arrastra. Hoy es el día de mayor medida, por lo que no voy a tardar demasiado en llegar.

Recuerdo cada palabra de Alex del pasado, cada consejo y cada mandato:

«El mar siempre gana, Priscila. Es más fuerte, por muy experta del agua que te creas. Jamás lo subestimes».

«Dentro del agua no te confíes. Mantén la alerta permanente».

«Llegar lejos es sencillo, lo complicado es regresar; no puedes quedarte sin fuerzas. Si comienzas a sentirte cansada, sal del agua».

Me concentro en mis movimientos, en mis brazadas y en las respiraciones, y me olvido de las olas, que sin duda quieren engullirme; de la lluvia, que no me da tregua, y del corazón que me late a toda velocidad. No he dejado de nadar en estos años. Jamás. En Boston voy cada semana a la piscina del gimnasio que queda cerca de mi casa. Lo hago por demasiados motivos.

Cuando llego a su posición, las veo: son cinco chicas, a dos de ellas las tiene Alex, y el amigo, a otras dos. Falta una, que cada vez se aleja más y que veo que tiene cara de pánico.

—¡No puedo volver! —me grita.

¿Y ahora te planteas volver? ¿Cómo puede ser la gente tan inconsciente?

—Agárrate a mí —le digo cuando llego hasta ella.

—Gracias —me responde con gran alivio en la voz. Se ve salvada. No tiene ni idea de la situación en la que nos encontramos.

—No me las des y concéntrate en nadar hacia la orilla.

—No puedo. El mar me empuja hacia adentro.

—¡Inténtalo!

—¡No puedo!

—No te pongas nerviosa, yo te voy a ayudar. Sujétate fuerte a la tabla, no te vas a hundir. Vamos poco a poco, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Le paso la tabla para que se apoye y descansa. Me cuesta mucho nadar a contracorriente, pero no pierdo los nervios. Esta vez no. Mi único objetivo es la playa; sé que las otras chicas están a salvo con Alex y el otro socorrista.

Tengo la sensación de que no estamos avanzando, por lo que es casi seguro que no lo estamos haciendo, pero tampoco nos estamos adentrando más. Engancho la cuerda a mi hombro y me aíso de todo, comienzo a nadar con todas mis fuerzas sin perder ni la concentración ni las respiraciones.

—¡Pris! ¡Priscila!

No me doy cuenta de que me llaman hasta que tengo la embarcación encima. Por fin ha llegado la ayuda en forma de dos balsas de rescate y en una de ellas se encuentra Alex. Cuando su compañero hace el movimiento de ayudarme a subir, Alex se le adelanta y me aúpa casi sin esfuerzo.

—¿Estás bien? —me pregunta a la vez que me toca por todas partes. Me palpa cada centímetro de mi cuerpo por primera vez desde hace cuatro años, pero estoy tan acelerada y tensionada por lo que acaba de suceder que creo que mi cerebro ni lo registra. Creo.

—Estoy bien —respondo.

—¿Seguro?

—Sí, estoy bien, de verdad.

Alex suspira y suelta el aire que estaba conteniendo.

—¡Volvamos a la playa! —grita a sus compañeros.

Los motores se encienden, ambas barcas arrancan con ímpetu y traspasan las olas consiguiendo acercarnos a la orilla. Está lloviendo con mucha fuerza y comienzo a sentir frío; se me pone la piel de gallina y tengo que abrazarme para intentar paliarlo. Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Alex, que me observan con atención, alternando entre hacer un recorrido por mi cuerpo de arriba abajo y fijarse en mis ojos. Retiro la mirada y me concentro en la orilla.

Cuando llegamos, Alex apenas deja que las chicas se bajen de la balsa, arremete contra ellas en cuanto tiene ocasión, en cuanto ponen el primer pie en la arena.

—¡Sois unas inconscientes! Os hemos llamado con los silbatos un montón de veces, si escucháis el pitido de un socorrista es para que salgáis. No hay discusión. Hemos tenido que meternos en el agua y habéis arriesgado, no solo vuestras vidas, sino también las nuestras y la de ella —dice, señalándome.

—¡Pris! —me grita Jaime.

Mi amigo se acerca a mi lado y me abraza con fuerza.

—Joder, estás helada —me dice mientras me frota el cuerpo con sus manos y me pone mi camiseta que llevaba en la mano. Enseguida siento el calor de la prenda, a pesar de que pronto comienza a mojarse a causa de la lluvia.

—Lo sentimos —comienzan a disculparse las chicas con Alex. Se las ve bastante asustadas—, no pensábamos que...

—Arreglaos con la policía —las interrumpe Alex—. Todas vuestras —les comunica de manera hosca a los dos agentes que acaban de llegar.

—En cuanto a ti... —Me coge del brazo y me aleja del barullo.

—Lo has hecho bien, enhorabuena, eres una gran nadadora —me felicita su compañero, que nos ha seguido junto a Jaime.

—Ha sido una pasada, Pris —me dice entonces Jaime—. Me has dejado alucinado. Desde este momento, eres mi heroína.

—Gracias —les contesto a los dos todavía con la adrenalina en el cuerpo y la respiración agitada.

—Supongo que no te habrías arriesgado a meterte en el agua de no saber que podías con ello —continúa el socorrista.

—No, nunca.

—¿Has sido socorrista alguna vez?

—No, pero alguien me enseñó hace mucho tiempo a sobrevivir ahí dentro.

Y me enseñó bien, aunque parece que haya pasado una eternidad. Recuerdo cada palabra, cada instrucción de Alex, cada gesto de su cuerpo, cada demostración, cada levantamiento de brazo, cada sonrisa: lo recuerdo todo. Lo bueno y lo malo. Esto forma parte de lo bueno; algo debimos de hacer bien. Nunca dejo que se me olviden estas cosas, que es un hecho que en algún momento nos separamos del camino, pero que no todo fue malo.

—Bueno, pues yo os dejo, voy a acompañar a las muchachas a prestar declaración. Gracias, Alex.

Alex asiente con la cabeza, pero no le devuelve el agradecimiento a su compañero, no emite palabra alguna. El chico no se sorprende, por lo que debe de conocerlo bastante bien.

A continuación, me mira a mí con bastante mala cara. Creo que va a haber bronca. Es su cara de bronca. En el pasado no la vi demasiadas veces; discutíamos, pero era algo aislado, y casi siempre por lo mismo. Desde que he vuelto es lo único que veo.

—No tenías que demostrarme nada —me dice.

—¿Demostrarte algo a ti? —pregunto sorprendida. Reconozco que eso no

me lo esperaba.

—¡Sí! Por lo de la medusa del otro día. No era necesaria toda esta pantomima para enseñarme que sabes nadar. Ya sé que sabes nadar, te enseñé yo.

—No lo he hecho por eso, yo no soy así y lo sabes.

No me ha movido ningún interés ni ganas de tener que demostrar algo, porque yo no tengo nada que demostrar. Lo que me ha impulsado a hacer lo que he hecho ha sido ayudar a las chicas, porque veía que Alex y su compañero no podían, y reconozco que también ha habido un sentimiento muy fuerte de protección hacia Alex. Supongo que eso es inevitable, ¿no? Actuar por impulsos cuando alguien a quien quieres, o has querido en el pasado, está en peligro. Supongo que lo mismo le pasó Alex con mi medusa, bueno, y que era su trabajo.

—No, yo no sé nada. No te conozco. Nunca lo he hecho.

Cierro los ojos por la ofensa de sus palabras, porque no las entiendo y porque no son ciertas. Porque creo que habla el dolor que hay en él, pero es un dolor que no alcanzo a comprender.

—Eso no es verdad.

—En lo que a mí respecta, la Priscila del pasado fue una mentira.

¿Me está llamando mentirosa? No, mentirosa nunca he sido. Puede tildarme de mil cosas diferentes, pero no de mentirosa. De hecho, el único mentiroso que hay aquí es él.

—¿La Priscila del pasado? ¿Quieres que hablemos del pasado, Alex? ¿Quieres que enseñemos todas nuestras cartas?

—No. No me interesa. Ya no.

—Muy bien. Pues me voy a casa. Voy a llamar a mi familia para que bajen a buscarme. Estoy agotada.

Y empapada. Las gotas de lluvia las siento en la boca y me las imagino rodando por mi rostro, al igual que hacen en los de Alex y Jaime.

—Nadie de tu familia se encuentra en casa. Están todos liados con no sé qué asunto de la dichosa boda —me dice hosco.

Lo miro con cara de «oh, no, otra vez no me la vas a colar, St. Claire», con levantamiento de cejas incluido.

—¡Esta vez es verdad! —se defiende.

—¿Esta vez?

Y entonces... sonrío. Sonrío y un vendaval de sentimientos me recorre el cuerpo, porque esa sonrisa de hoyuelos me trae demasiados recuerdos. Me

trae olores y me trae sabores. Porque las sonrisas huelen. Y las sonrisas saben.

Siempre que recordaba mi pueblo desde Boston, lo hacía en una sucesión de diapositivas en blanco y negro y ahora, de repente, con ese mínimo gesto de Alex, cada fotografía ha cogido color. Toda mi vida ha cogido color. O podría decir que ha regresado el color a ella. El color de aquellos veranos que viví junto a él, el color que siempre ha inundado mi vida y que había desaparecido. Lo hizo aquella tarde de finales de septiembre.

Es como si se hubiera congelado el universo, como si aquel volviera a ser mi Alex. Cierro los ojos y recuerdo su sabor, su tacto y su olor. No es un recuerdo exacto de a qué sabía u olía, pero es una sensación que permanece ahí en mi memoria, imborrable, como un reflejo de lo que era, como si lo viera en una película en cuatro dimensiones y la sala se llenara de luces, niebla y olores, activando mis cinco sentidos al instante.

Nos quedamos mirándonos a la cara, sin hablar, sin retirar la mirada. Creo que él también ha sentido algo, y creo que se le ha escapado la sonrisa sin poder evitarlo. Me río por ello y dejo asomar la mía.

—Adiós, St. Claire —me despido y no le doy opción a réplica.

Enfilo el camino a mi casa con Jaime detrás con un único pensamiento: he aquí el primer problema de verdad con el que me encuentro desde que he llegado, el que amenaza con acabar con toda mi teoría de «voy a estar aquí trece semanas y luego vuelvo a mi incompleta pero perfecta vida»: la primera sonrisa que Alex me dedica.

«Me gusta la sonrisa de Alex. Es bonita. ¿Cuántos secretos más esconde detrás de esa fachada de tipo duro?».

Pristy, la ardilla. Un domingo diferente.

Verano de 2006

Un año más, como la canción de Mecano

Priscila llevaba un tiempo preguntándose cómo era posible que se pasara el verano entero enrollándose con su vecino de la casa de enfrente y que después, durante el resto del año, no supiera nada de él. Sí que era cierto que Alex no vivía en el pueblo y que pasaba las semanas entre viajes, competiciones de natación y entrenamientos; más de una vez había escuchado en su casa hablar a sus padres y a sus hermanos mayores sobre el joven prodigio español, pero aun así...

Se habían besado, sin contar el beso sin lengua a los siete años, seis veces. Seis veces en diez años. Priscila no podía dejar de pensar en ello y, aunque durante los meses escolares se acordaba menos porque la rutina la engullía, cuando llegaba el verano..., ay, cuando llegaba el verano algo se removía en su estómago.

Se llama expectación, la espera, curiosa, de ese acontecimiento. Porque, si seguían con su rutina estival, tocaba besarse de nuevo. Aquello era, cuando menos, extravagante, extraordinario.

Sus amigas le explicaban que su extraña relación con el vecino de la casa de enfrente era cosa de «los tiempos de hoy en día»; no estaba de moda hacerse novios.

Adrián declaraba muy seguro que era porque su vecino había ganado el premio al más gilipollas del mundo, un as de la natación, sí, pero gilipollas de cabo a rabo.

De esto discutían mientras veían por la televisión el Mundial de Fútbol de Alemania o escuchaban los éxitos del momento: *Besos*, de El Canto del Loco, *Satellites*, de September, *Let Me Out*, de Dover o *Sorry*, de Madonna, su favorita. O mientras Adrián pintaba las paredes de la habitación de Priscila. Donde incluyó al vecino, porque tenía más que claro que a su hermana le gustaba como pocas cosas lo hacían.

Y el verano llegó. Llegó como cada año: caluroso, recreativo y amarillo. Llegó lleno de bikinis nuevos, helados, playa, piscina, trenzas en el pelo y... Alex. Sí, Alex también llegó.

El primer encuentro entre Alex y Priscila en realidad fue un choque:

Priscila entraba en la piscina y Alex salía. Eran las diez de la mañana y el nadador ya había entrenado durante más de hora y media. Pudiera parecer que el encuentro fue tirante, después de meses y meses sin hablar, pero no.

Alex levantó la cabeza y regaló a Priscila una de sus sonrisas más especiales, la de los hoyuelos:

—Hola, Reina del Desierto —la saludó, plenamente consciente de que a su vecina no le agradaba ese apelativo por el morro torcido que enseñaba siempre que la llamaban así. Se había fijado.

—Hola, Alejandro —contestó ella entre divertida y fastidiada.

—Ya nos veremos por ahí —le dijo el chico, despreocupado, al pasar por su lado.

—Tal vez, sí, tal vez, no.

Alex se giró ante aquella respuesta y sonrió de nuevo. Y aquella sonrisa... era una promesa.

Promesa que se cumplió el día de San Juan, otra vez: besarse junto a la hoguera era otra de las costumbres más arraigadas de la pareja. El chico ni siquiera se molestó en disimular cuando vio a Priscila llegar a la playa rodeada de gente. La asió del brazo con suavidad y le pidió con la mirada que lo acompañara. Se sentaron cerca del fuego, uno enfrente del otro, y se miraron con intensidad.

—¿Vamos a besarnos? —preguntó ella. La expectación le podía.

Alex respondió después de reírse a carcajadas.

—¿Quieres?

Priscila se encogió de hombros.

—Quizá...

—¿Solo quizá?

—No te conozco.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—¿Todo? Pues sí que van a costarme tus besos..., pero, como me gustan bastante, te diré que estoy dispuesto a, de vez en cuando, contarte algo que nadie sepa de mí.

—¿Como un secreto?

—Sí.

—Acepto.

Esa noche se besaron solo al final; estaban más ocupados en intentar conocerse el uno al otro. Tampoco hubo secretos, aunque Alex lo deseaba con

impaciencia. Lo sintió en aquel beso debajo del agua, que podía contárselos, que estaba bien, y el agua le susurró: «Cuéntaselo», pero decidió ir poco a poco. Quería hablarle de que sus padres se pasaban el día trabajando y que, desde que tenía uso de razón, siempre había sido su hermano el que lo cuidaba. John era el que lo había llevado a la parada de autobús del colegio, el que lo había recogido, el que había pasado las tardes con él en casa, lo había ayudado con los deberes...

No consideraba que sus padres fueran malos padres, ellos realmente pensaban que lo dejaban bien con su hermano. Quizá no se dieron cuenta de que los dos hermanos St. Claire eran diferentes y de que John fue un niño fácil, de los que se quedaban sentados en el parque divirtiéndose con los juguetes, de los tranquilos, de los conformistas, de los que se entretienen solos y son más despegados de los padres, pero que Alex no era así. Era de los que necesitaban estar con sus padres, pasarse las tardes jugando con ellos o abrazados en el sofá mientras veían una película en la tele una tarde de invierno. Y ¿qué podría saber su hermano John con veinte años de lo mal que lo pasaba él por las noches? ¿De que necesitaba un abrazo, o un beso?

Alex comenzó a fingir ser alguien que no necesitaba nada, a hacerse el valiente, el chico guay, aunque en el fondo lo único que quería era amor, que la gente quisiera estar con él, pasar las horas con él. Así que comenzó a comportarse con sus padres de esa manera: un poco alejada y puede que incluso algo fría. Apenas hablaba con ellos, no de cosas importantes, desde luego, solo de banalidades del día a día.

En un principio pensó, con sus ocho años, que mudarse al pueblo cambiaría esa situación, que sus padres pasarían más tiempo con él, pero no fue así porque, si en Londres había fiestas y eventos, aquí, de igual modo, los había a patadas día sí y día también. Y si no los había, sus padres solo pasaban las horas en la oficina. Hay padres que deciden (porque pueden o a pesar de que no puedan) dedicarse a sus hijos; y hay otros padres que deciden dedicarse a su trabajo. Los padres de Alex formaban parte del segundo grupo, de los que podían, pero decidieron que no. No los culpaba por ello, ¡a saber lo que haría él en su situación!, solo pensaba en cómo le había afectado a él.

A la mañana siguiente, cuando Priscila salió de casa con la bici —había quedado con las chicas en la playa—, su vecino la esperaba apoyado, de espaldas a ella, en la verja de su jardín.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó en cuanto lo vio.

Alex se giró al instante.

—Esperarte.

—¿Por qué?

—Quiero enseñarte algo. ¿Vienes?

Priscila apenas dudó dos segundos.

—Claro.

Pedalearon juntos durante toda la bajada de baldosas verdes hacia el pueblo; esa era la parte sencilla de andar en bicicleta por la zona: descender por las cuestas. El viento les azotaba los rostros y los pulmones se les llenaban del aire estival, del olor a verano.

—¡Yujuuu! ¡Soy el rey del mundo! —gritó Alex con los brazos extendidos, imitando a Leonardo DiCaprio en la película *Titanic*.

—¡Eres idiota! ¡Y sujétate al manillar, no vayas a caerte! —le dijo Priscila, riéndose y poniéndose a su altura.

Avanzó para adelantarle y desplegó sus brazos para, justo en el momento en que pasaban por delante de un grupo de gente que paseaba por la acera, gritar:

—¡Soy la diosa Gaia! ¡La Tierra me pertenece!

Alex rio y negó con la cabeza, a causa de la facilidad y el desembarazo con que Priscila actuaba, a la vez que algo muy intenso se le metía por el pecho, directo al corazón.

Una vez llegaron al centro de la localidad y se desviaron por una de las carreteras que daban salida al pueblo, Alex se detuvo para asegurarse de que Priscila estaba bien.

—¿Estás cansada?

—No —respondió ella con la respiración entrecortada. Y en verdad no lo estaba. Sentía tantas ganas de llegar al lugar a donde Alex la quería llevar que pedaleaba entusiasmada, feliz, sin descanso—. ¿Y tú? ¿Necesitas descansar o aguantas?

—Estoy bien. Creo que aguanto —le dijo entre carcajadas.

—No te cortes, ¿eh?

—Créeme, aguanto. No me gusta alardear, pero soy deportista olímpico, un viaje en bici no va a acabar conmigo.

—No te gusta alardear, ¿eh? A mí me parece que sí. Y que nos has detenido para poder respirar. Reconócelo, guapito de cara.

—Venga, vamos, Reina del Desierto —le dijo él, obviando el placer que le había producido que lo llamara «guapo». Alex sabía que su rostro y su cuerpo resultaban atractivos para las chicas, pero que lo pensara Priscila en

particular le gustaba mucho.

—No me llames así, Alejandro St. Claire.

—¿Y cómo quieres que te llame?

—Priscila, supongo.

—No me gusta.

—Gracias.

—Me refiero a que ese es tu nombre.

—Vaya. Ahora entiendo eso que se dice por ahí de que los deportistas son mucho músculo, pero poco cerebro.

—Muy graciosa. Lo que quiero decir es que es un nombre demasiado oficial. Me gusta Reina del Desierto.

—A mí no.

—Pues es una pena.

«Porque te lo seguiré llamando», se abstuvo de decir Alex.

Arrancaron de nuevo, Alex tomó la delantera y, al pasar por su lado, dijo la última frase:

—Entonces te has fijado en mis músculos.

—¡Es una forma de hablar! —replicó ella.

—Claro, claro.

—¡Eres bobo!

—¡A ver si me alcanzas, Reina del Desierto!

Y lo siguió, lo siguió sin dejar de parlotear y de meterse con él por llamarla de aquella manera que tan poco le gustaba. Hacía tiempo que pensaba que su madre se había lucido con la elección de su nombre y el de su hermano River. Ella no había sufrido demasiadas consecuencias en sus primeros años de vida hasta que en 1994, cuando cumplía cinco, se estrenó la película *Priscila, reina del desierto*, pero a partir de ahí... fue un no parar.

A Alex le encantaba verla emitir palabras sin descanso incluso hasta cuando le faltaba la respiración a causa del ejercicio físico que estaban realizando. Esa chica no callaba ni debajo del agua y enlazaba, sin el más mínimo esfuerzo, unos temas con otros que no tenían nada que ver; tan pronto lo insultaba por recordarle la coletilla de su nombre como le señalaba la forma de las escasas nubes que los sobrevolaban o de las bandadas de pájaros. Espectáculos fascinantes, los llamaba, pero, para Alex, el espectáculo fascinante era ella.

La observó, atraído por su personalidad, hasta que llegaron al linde del bosque y se detuvieron. Se bajaron de las bicicletas e hicieron el resto del

camino a pie; era complicado andar en bici por ese suelo tan irregular. Hablaron de todo mientras arrastraban las bicicletas con sus manos y los rayos de sol se filtraban por entre las ramas de los árboles.

Cuando Alex dejó la suya apoyada en uno de los troncos, Priscila lo imitó. Aún se encontraban dentro del bosque, por lo que no veía nada. El vecino colocó las manos en los ojos de ella, privándola de cualquier visibilidad, y la ayudó a caminar.

Priscila sintió la claridad del cielo despejado antes de que el calor del sol le acariciara el cuerpo.

—¿Preparada? —le preguntó Alex.

—Sí.

—Bien.

Alex retiró las manos de su rostro en el mismo instante en que Priscila abrió los ojos y descubrió dónde estaban: ella conocía ese lugar.

—Estamos en Cala Medusa.

—¿Cómo la has llamado? —preguntó Alex divertido.

—Mis padres no nos dejan venir aquí, al menos no a bañarnos. Está invadida por las medusas. De ahí el nombre, se lo puso Marcos. —Se estremeció ante el recuerdo del verano anterior. No sabía bien si a causa de la picadura de la medusa o de los cuidados de Alex.

—Cierto. Por eso aquí casi nunca hay nadie. ¿Marcos es el de los musculitos? —le preguntó Alex mientras caminaban por la arena y se acercaban a la orilla.

—¿Qué valor tienes al hablar tú de musculitos! —respondió ella divertida —. Pero te diré que sí, lleva años preparándose para las pruebas del Cuerpo Nacional de Policía, como River.

—Pero ¿ese no es el friki de los ordenadores? Me pierdo con tanto hermano.

—Sí, River ha terminado la carrera de Informática, pero en la Policía también hay informáticos.

—Sí, supongo, pero dejemos a los hermanos Cabana de lado, ¿quieres que te cuente mi primer secreto?

—Quiero —le dijo ella coqueta, deteniéndose a escasos centímetros del agua.

—Pues ahí va: aquí puedo nadar a mis anchas, y eso es lo que hago. Es donde más me gusta entrenar.

—¿Nadas aquí?

—Ajá.

—Pero... ¿y las medusas?

—Las tengo controladas. ¿Quieres que te enseñe a hacerlo?

Priscila alargó la vista hasta el horizonte, recorrió cada palmo de agua.

—Sí —respondió segura.

Alex enseñó a Priscila las zonas de la cala donde no llegaban las medusas y también a localizarlas y esquivarlas. Se metieron al agua y disfrutaron de la compañía del otro. Esa vez, sin besarse.

Una semana después, fue Priscila la que lo esperó a él a la salida de su casa.

—Buenos días, Alejandro.

—Buenos días, Rei... —se interrumpió ante la mirada amenazadora de la chica— Priscila. ¿Me esperabas?

—La verdad es que sí.

—¿Qué llevas ahí?

—Dos monopatines.

—¿Dos monopatines?

—Sí, uno para mí, y otro, para ti. ¿Sabes andar en monopatín?

—No creo que sea muy complicado.

—Mmm..., eso es un no. No te preocupes, que yo te enseño, vecino.

Vamos.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Pues no. Iba a dar una vuelta por ahí.

—Bien.

Priscila enfiló rumbo al pueblo con su monopatín en la mano.

—¿Vamos a bajar por ahí? —dijo Alex, con la frente arrugada, mientras señalaba la cuesta.

—No tengas miedo, guapito de cara.

—No tengo miedo, Reina del Desierto.

Patinaron durante horas; tantas que incluso se olvidaron de comer. Priscila llamó a sus padres para avisarlos de que no iba a ir a casa hasta la noche. Alex mandó un mensaje por el móvil.

Para el final del día, Alex dominaba la técnica a la perfección. Incluso tuvo el valor de coger la mano a Priscila mientras paseaban por el muelle. Ese día sí se besaron, lo hicieron cuando se despidieron en la puerta del hogar de ella. Con besos que sabían a sudor, calle, brisa y a ellos. Sobre todo, a ellos.

Secretos no hubo; ya vendrían.

Pasaron el resto del verano juntos, entre carreras con los monopatines, con las bicis, besos, arrumacos, baños y puestas de sol en Cala Medusa, nombre ya oficial del lugar para los dos. Puestas de sol sentados, uno al lado del otro, con el brazo de Alex rodeando a su vecina y que dieron a Priscila el color de ese verano: el amarillo.

Un verano amarillo en que Priscila llegó a casa día sí y día también con alguna picadura que otra de medusa, pero con la felicidad inyectada en cada partícula de su cuerpo.

Un verano en que Alex fue feliz. Por primera vez en la vida, fue totalmente feliz. Aprendió a ser libre, a hacer lo que le apetecía en cada momento y a no esconderse tanto.

Priscila lo hacía reír, era espontánea y estaba algo loca. Ahora comprendía la fascinación que todos sentían por ella, las carcajadas que siempre emitían quienes la rodeaban. Hacía locuras sin pensar en las consecuencias en las que a él sí le habían enseñado a pensar.

Priscila le enseñó a jugar al baloncesto, a andar con el monopatín y a disfrutar de las cosas de la vida porque Alex, hasta aquel momento, lo único que había hecho era nadar, que era lo que lo llenaba.

Alex tuvo que empezar a dividir su tiempo entre la natación y el resto de las actividades, aunque la natación siempre ganaba. Por mucho que le gustara andar en monopatín o jugar a la pelota, la natación siempre ganaba. Y reconocía que ganar Olimpiadas era un subidón, pero no era ese el motivo por el que nadaba, era porque el agua era su otro yo.

Aunque estar con Priscila se estaba acercando de manera peligrosa a ese mismo nivel.

Y en solo una noche...

Ya tengo decidido mi plan de actuación para el resto de mi estancia en el pueblo: huir de Alex como de la peste. Mi mantra tiene que seguir siendo el mismo: regresar a Boston y continuar con mi vida (casi casi) plena y feliz. Por lo que, si tengo que esquivar a mi marido durante las próximas once semanas y media que me quedan por delante, que así sea. Quiero seguir viendo mi vida en blanco y negro, verla en color es demasiado peligroso.

Llevo una semana sin encontrarme con Alex, lo que significa que llevo una semana sin salir de la urbanización, bueno, ni eso. Sin salir de mi casa. Solo me escapé un rato a la piscina el miércoles a darme un chapuzón rápido, el resto de los días he permanecido en casa haciendo vida familiar y adelantando trabajo; mi jefe está encantado con las tiras cómicas que le hemos enviado. Necesitaba desintoxicarme. Eso sí, tengo el aroma del café de mi madre tan metido en el cuerpo que es como si me lo hubiera inyectado por vena.

Y hoy, después de siete días encerrada, me he dejado convencer por mis hermanos y por Jaime para acudir a la inauguración del chiringuito de la playa. No es más que un puesto de madera anclado en la arena donde venden bolsas de patatas, aceitunas y bebidas al aire libre, pero nos encanta. El Ayuntamiento lo cierra una vez al año, por lo menos, y lo vuelve a abrir meses después, así que creo que, contando la de hoy, es mi duodécima inauguración.

—¿Va a ir Alex? —le pregunté a Hugo en cuanto me lo propusieron. Los organizadores, unos colegas de mi hermano que no sé cómo se las arreglan para conseguir la licencia una y otra vez, necesitaban una especie de lista de invitados, por eso de calcular las necesidades de alcohol y hielos, también de aceitunas, supongo, y tenía que decidirme al momento.

—Pris, no seas niña.

—Vaaale..., pero ¿va a ir?

—Noventa y nueve coma nueve por ciento que no, Alex no es muy de fiestas. Ya lo conoces.

«Mmm...», pensé, nunca se sabe, pero me la jugué con ese cero coma uno por ciento.

—Está bien. Contad conmigo.

Cojo mi bolso de plumas rosas a juego con el vestido y salgo de la habitación a toda prisa; es algo tarde y he escuchado a Marcos gritarme cuatro veces. O puede que sean cinco.

—¡Ya estoy, familia! —anuncio en cuanto entro en el salón.

—Estás guapísima —me dice Jaime, acercándose a mí y colocándose bien el adorno que me he puesto en la cabeza.

Es una cinta, también rosa, tipo *charlestón*, con un lazo gigante a la derecha; es mi manera de reaccionar a lo que me dijo Alex de que estaba ridícula con mis zapatos de lazos. Yo no soy ridícula, es mi manera de vestir y me gusta, así que si en una fiesta me dice que estoy ridícula, en la siguiente me pongo otro lazo, el más grande que tengo, a pesar de que no vaya a verlo. Lo hago por mí y solo por mí. En los pies me he calzado unos zapatos planos porque vamos a bajar andando hasta la playa para subir andando de nuevo a la vuelta con el par de copas que llevemos de más.

Llegamos a la playa en veinticinco minutos. Bajamos, con tranquilidad, por la cuesta que nos lleva al pueblo, mis hermanos, Hugo, Marcos, Adrián, Jaime y yo entre risas y recuerdos de batallitas Cabana que a mi amigo le encantan. Por cierto, Hugo pasa muchísimo tiempo en casa, teniendo en cuenta que tiene la suya propia. Creo que me ha echado de menos mucho más de lo que yo pensaba. Hemos quedado en el chiringuito con Alicia, River y Catalina, Hugo podría haber ido directamente allí, pero ha preferido subir primero a casa de mis padres para acompañarnos. Es un amor.

Estoy feliz hasta que llego al chiringuito. Porque en cuanto pongo el primer pie en la arena, lo veo. Es que no tardo ni un segundo. Ni un segundo tengo de tranquilidad.

—Con que un noventa y nueve coma nueve por ciento, ¿eh? —le digo a Hugo, mirándolo con mala cara.

—Échale la culpa a la estadística —se justifica mi hermano (de una manera muy pobre, por cierto)—, no a mí.

A continuación, Hugo se encamina hacia el centro de la fiesta, acaba de advertir a sus amigos. Marcos también se aleja de Adrián, Jaime y de mí y va directo a donde Alex después de darle un beso a su novia. Mi mirada se encuentra con la de Alex en cuanto ve que mi hermano se acerca a él y dirige sus ojos hacia su punto de partida. Veo que se le ensanchan por la sorpresa al dar conmigo. ¿Tampoco me esperaba? ¿O es a causa del vestido? Es bastante escotado por delante, pero no se me ve el pecho; por detrás no tiene nada de tela hasta la parte baja de la espalda, pero me llega justo por encima del trasero y tampoco se ve nada. Este atuendo es bastante normal para cuando salimos de fiesta en Boston; quizá me haya excedido algo para el pueblito... Bah, prefiero no saber por qué Alex me mira de esa manera.

Me dejo envolver unos instantes por la música que suena a través de los altavoces del chiringuito: *Te dejé marchar*, de Luz Casal. Muy oportuna, sí. Me pregunto si el motivo es porque las canciones que nos identifican suenan en el momento adecuado o porque, por el contrario, buscamos que las canciones que escuchamos nos identifiquen de alguna manera.

*He soñado con tus manos.
Pintando el cielo de gris.
Con cuidado, muy despacio.
Yo mirando desde aquí.*

Jaime se sitúa enfrente de mí y requiere mi atención, chasqueándose los dedos en la cara. Vuelvo de mi ensoñación junto a él y Adrián.

—Voy a la barra a pedir algo. ¿Qué os traigo, rubios?

—Un ron con Coca-Cola —le pide Adrián sin titubear y sin apenas mirarlo. Está buscando a alguien con la mirada. Entiendo que a alguno de sus amigos.

—Yo... mmm... —me tomo unos instantes para decidirlo porque no lo tengo claro.

*Yo te he visto,
jugando con las olas
y la arena acariciar.*

—Desde ya te digo que no tiene pinta de que tengan un Manhattan Beach —me avisa Jaime. Es la bebida que siempre pedimos en Boston, pero obviamente aquí no la sirven.

—Pídeme una caña.

—¿Una caña?

—Sí.

—Es que me parto contigo. Lo que menos te pega con ese vestido de actriz de los años veinte es tomarte una caña. Ahora vuelvo.

*Pero te dejé marchar.
Yo te dejé marchar.*

Sonrío y comienzo a recordar las veces que Jaime me ha repetido esto

mismo. Dice que soy una controversia en mí misma porque físicamente tengo pinta de princesita estereotipada, pero luego soy guerrera con armadura de pies a cabeza, influencia, según él, de haberme criado con mis hermanos. Es verdad que siempre me han tratado como a la princesa de la casa, pero a la vez me han dado mucha caña cuando tenían que dárme la.

Soy una princesa que ha jugado con espadas, pistolas, monopatinos y videojuegos; que ha hecho aguadillas en la piscina, carreras de coches y de bicicletas, y que jamás ha buscado a su príncipe azul ni vivir en un castillo, pero que todo ello llegó solo.

Me gusta la velocidad, siempre y cuando sea legal, soy muy directa al hablar, nunca me ando por las ramas, me encanta jugar a videojuegos, soy más de mandar mensajes que de llamadas, me cuesta decir «te quiero», aunque lo sienta con toda el alma, y soy un poco bruta, aunque por fuera parezca delicada, tengo tanto callo de pelearme con mis hermanos que en una lucha cuerpo a cuerpo no quedaría muy desfavorecida.

Por lo tanto, ¿qué es lo que tengo de princesa? La manera de vestir: me gustan los vestidos con faldas abultadas; los zapatos llamativos con pompones o con brillantina; me gusta hacerme trenzas en el pelo y ponerme lazos de colores y diademas; me gusta sentarme derecha y con la columna recta; me gusta maquillarme desde que tengo uso de razón, a menudo pedía por Navidades estuches con pinturas y solía entrar a escondidas en el baño de mi madre para usar sus pintalabios y sombras de ojos, y siempre los rompía, pensaba que había que apretar para que pintaran bien y menudos estropicios me hacía... He ido mejorando con el tiempo y ahora me gusta salir a la calle con un poquito de maquillaje: brillo en los labios, algo de sombra en los párpados y la raya del ojo.

—Jaime cree que soy una contradicción. —Me giro para mirar a mi hermano a la cara y me doy cuenta de que no es él quien está mi lado, sino... Alex.

¿En qué momento ha sucedido esto? ¿Y dónde está Adrián? Estaba junto a mí hace apenas unos segundos.

Mis preguntas internas quedan interrumpidas por su voz, ronca y embravecida.

—¿Jaime cree que eres una contradicción? Tócate los cojones, *Jaime cree*, dice.

Alex se marcha sin decir más y me deja totalmente confundida. ¿Qué he dicho ahora?

*Mi pelo sopla al viento,
yo canto fuerte y lento.
Canto sobre tus noches, canto sobre el sabor
de la sal en tu piel.*

—Fóllatelo.

Me sobresalto a causa de la irrupción de Jaime desde mi franco derecho.

—¿Qué?

—Pues eso. Que te lo folles. Así dejarás de mirarlo tanto y de pensar en él. Lo miro frunciendo el ceño. No entiendo su razonamiento.

—Lo vuestro quedó inacabado —me explica, pasándome la bebida. Le doy un trago largo en cuanto la tengo en las manos—. Está clarísimo. ¿Qué hicisteis la última vez que os visteis?

No necesito pensarlo. Sé con exactitud lo que hicimos la última vez que estuvimos frente a frente, antes de mi regreso. La palabra se me atasca en la garganta, pero acabo por soltarla.

*Pero te dejé marchar.
Y las olas no te traerán aquí.*

—Discutimos.

—Vale. Discutisteis. Discutisteis hace cuatro años y no os habéis vuelto a ver ni habéis hablado. Oye, ¿dónde cojones está tu hermano? —Jaime busca con la mirada a Adrián, pero, igual que yo, no lo encuentra. Encoje los hombros y deja su bebida sobre la barra. A continuación, me mira a mí buscando una confirmación sobre mi supuesto último encuentro con Alex y la discusión. Se la doy.

—Sí, discutimos.

—Estabais enamorados y un día discutisteis, entiendo que sería una discusión de la hostia. —Jaime me mira una vez más buscando confirmación y yo ni afirmo ni desmiento. Y atendiendo a la verdad, no fue una discusión fuerte. Solo fue una tontería. Lo fuerte vino después, pero ahí no discutimos. Le dedico un asentimiento de cabeza para que prosiga—. El asunto es que tenéis que despediros para daros cuenta de que sí, hace cuatro años os queríais, pero que ahora ya no. Solo son dudas, lo que tienes son dudas de lo que sientes. Y eso con un polvo te lo quitas, «adiós» a la espinita clavada y

«hola» a seguir con tu vida.

—No puedo acostarme con él.

Giro la cabeza y echo una mirada hacia donde está Alex mientras doy un par de tragos a la bebida. No, claro que no puedo. No me atrevo a mirarlo mucho porque sigue siendo igual de guapo que siempre y la atracción que sentí por él no ha muerto, por eso y porque su mirada de odio me duele. Y no quiero que me odie. No me gusta. A pesar de todo, no me gusta.

He pasado por muchas emociones con Alex; hemos tenido nuestras fases: primero, me cautivó con su mirada desdeñosa y su pinta de reservado; luego, me caía mal porque era un prepotente que no hacía otra cosa que pavonearse; después, me enamoré de él como una loca y descubrí lo que había detrás de aquello; luego, lo *odié*; y ahora no tengo ni idea de lo que siento. No me atrevo a pensar demasiado en él, a analizar mis emociones ni mis sentimientos, y en consecuencia ni siquiera me atrevo a mirarlo y pensar que es guapo.

—Sí puedes acostarte con él. Al final lo vuestro quedó inacabado, pasasteis de follar como locos a odiaros, y ahora tenéis los sentimientos confundidos, no sabéis si queréis follar o si queréis odiaros, por lo que yo creo que deberíais follar y luego ya veréis lo que pasa.

Me doy cuenta de que la música del chiringuito ha cambiado a una mucho más marchosa, *Aquellos años locos*, de El canto del loco, y ni siquiera me había dado cuenta.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy enamorada de él.

—Cabana, ya hemos pasado por esto: el sexo es solo sexo.

—Estás hablando de que tenga sexo con mi marido.

—Creo que esa frase no ha sonado igual en mi cabeza que en la tuya. ¿No es eso lo que hacen los esposos?

—Ya me entiendes.

—La verdad verdadera es que no, y mira que lo intento. Pero a lo que voy es: dejaos de tanta tensión sexual y cada uno a su casa y todos contentos.

—No hay tensión sexual.

—Joder, Pris, hay tensión sexual por todas partes en este puto pueblo —me dice mirando con intensidad hacia donde se encuentran mis hermanos. Aunque Adrián sigue sin dar señales de vida.

—Y tú deja a mi hermano Adrián en paz.

—¿Por qué? —me pregunta, retirando la mirada del resto de mis hermanos.

—Porque es hetero. Y aunque no lo fuera, sería muy raro que te acostaras con los dos.

—¿¿Con qué dos?? —me pregunta sobresaltado.

—Con él y conmigo —le digo en voz bajita.

—Ah. Bueno, a mí no me lo parece, yo creo en el amor de...

—Ya, ya —lo interrumpo para que no continúe. Me conozco la canción, pero mi hermano es un límite infranqueable. Jaime es bisexual. Se enamora de la persona, no importa de qué sexo sea—. Pero con mi hermano sería raro.

Voy a dar otro trago a la cerveza, pero ya me la he terminado. Pedimos otra ronda y nos la bebemos igual de rápido. Paseamos entre los grupos de personas que rodean el chiringuito y reconozco que la mirada se me va. Sí, se me va. Se me va a Alex. A un Alex que se pasa toda la velada hablando y riéndose con Brave Uno —a la otra no la he visto— y con los demás, fingiendo que no me conoce cada vez que pasa por mi lado y sin dignarse a mirarme, como si no existiera.

Y la verdad es que cada vez que los veo juntos, a la pelirroja y a él, no puedo evitar imaginármelos desnudos, restregándose uno contra el otro, gimiendo y disfrutando de sus cuerpos. Dios, tengo que dejar de recrearme en esas imágenes, hacía tiempo que no lo hacía y no quiero volver a ello. No tengo ni la más remota idea del tipo de relación que tienen esos dos, solo sé que no son novios oficiales, Marcos me lo ha confirmado y, además, de serlo, ya lo habría escuchado por ahí. Tampoco los he visto darse ni un solo beso. Es posible que se mantengan en el anonimato porque Alex y yo aún estamos casados. Y es posible que, aunque en público solo sean buenos amigos, en privado se acuesten juntos. Aunque también cabe la posibilidad de que ninguna de las anteriores sea la elección correcta. Quizás ya no están juntos.

Me tomo otra cerveza y enseguida siento la necesidad de ir al servicio. Me disculpo con Jaime y voy a los baños que hay en la parte trasera del chiringuito. Al salir, veo que mi mejor amigo está de nuevo en la barra. Me acerco y de camino miro de reojo, otra vez, hacia el grupo de Alex, pero él ya no está allí. Impacto contra la espalda de alguien. Mierda, no he calculado bien. La barra estaba más cerca de lo que parecía en un primer momento.

—¿Estás borracha, Reina del Desierto?

Mierda otra vez, esto es mala suerte y lo demás son tonterías. Es Alex. Como es muy vergonzoso decirle que he tropezado con él precisamente por buscarlo con la mirada, le miento. De paso aprovecho y le suelto lo otro. Lo que me carcomía por dentro.

—Sí. Y también estoy ridícula.

Jaime, que está a nuestro lado, se gira y me mira alucinado.

—¿Qué? ¿Perdona? —me pregunta Alex, confundido, dejando el vaso de cerveza que lleva en la mano a medio camino de su boca.

—El lazo que me he puesto en el pelo. Es enorme —le explico, señalando mi cabeza—. Es el más grande que tenía.

—Joder, no lo había visto.

¿Que no lo había visto? ¿Es una broma? ¿Cómo es posible? ¿Tan poco se fija en mí? ¿Tan poco como para ni siquiera ver un lazo que ocupa prácticamente la mitad de mi cabeza? Comienzo a reírme como una loca.

—Discúlpala —dice Jaime—. No tiene ningún tipo de filtro cuando bebe.

—No tiene ningún tipo de filtro cuando bebe y cuando no bebe.

—Sí, la verdad es que sí. Te conoce bien, Pris.

—Me conocía.

—Por supuesto. Pues yo mejor os dejo solos para que arregléis vuestros... asuntos inacabados. —Jaime me guiña un ojo para después hacer un gesto muy obsceno con los dedos que se refiere a sexo. Le echo la bronca con una mirada matadora.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Alex, señalando a mi amigo con la barbilla.

—Nada —respondo indiferente.

—Yo creo que sí.

Pues mira, sí. Esto por hablar de filtros. Y por preguntar. Allá voy. Nunca he sido de las que se callan.

—Jaime piensa que deberíamos acostarnos, por eso de darle un broche final a nuestra relación.

A Alex se le escapa la cerveza de la boca.

—Que ¿qué?

—Ya lo has oído, no voy a repetirlo.

—¿Y qué te hace pensar que yo voy a aceptar?

—¿Qué te hace pensar a ti que yo estoy de acuerdo?

—La cama no se nos daba mal.

Recibo el comentario como una bola de demolición, porque me duele, esa es la verdad, me duele muchísimo. Supongo que nuestra relación para él se redujo a eso, a que «la cama no se nos daba mal».

Todos mis recuerdos, todas nuestras historias, nuestras aventuras, nuestras quedadas, nuestras conversaciones, todo nosotros se reduce a eso para él, a

«la cama no se nos daba mal». Yo jamás lo explicaría así, para mí era mucho más, pero para él supongo que no, yo era solo otra chica con la que se acostaba. No entiendo cómo pueden dolerme estas cosas después de tantos años acostumbrándome a la idea de que no era la única para Alex. De que no me quería hasta el infinito como yo pensaba que hacía.

Tampoco comprendo por qué se casó conmigo. ¿Porque «la cama no se nos daba mal»? ¿Por eso lo hizo?

No quiero seguir con esto. No puedo seguir con esto. Me voy a Boston en poco tiempo y no quiero continuar así, discutiendo constantemente con Alex. Nos hemos peleado más en estos días que en toda nuestra vida juntos y me está haciendo más daño del que pensaba.

Ni siquiera me molesto en contestarle, me doy media vuelta y me voy. La noche se ha acabado para mí. No estoy tan lejos de la urbanización, el chiringuito está justo al inicio de la playa y hay exactamente cincuenta y seis farolas desde ese punto hasta mi casa, no son tantas, y, sí, las he contado, así que decido irme sola dando un paseo.

—Priscila —me llama Alex con evidente cansancio en la voz. O quizás sea hastío. Qué más da. Que me deje en paz.

Ignorándolo (ya se cansará), echo un vistazo rápido alrededor para buscar a Jaime y no lo veo, otro que ha desaparecido en combate. Busco con la mirada a mis hermanos, pero solo distingo a River y Catalina bailando muy pegados cerca de la orilla a pesar de que la música no invita a ello, y a Marcos y Alicia charlando cada cual con su grupo de amigos.

—¡Eh! ¡Eh! —Ignoro los gritos de Alex que continúan llamándome. Y suplico al cielo y a las estrellas para que deje de insistir. No quiero discutir más con él. No quiero nada con él. Me voy en once semanas y media, eso es lo único importante. Ahora sí que es como en la película de Kim Basinger, ¿o todavía no?

Sacudo la cabeza e ignorándome a mí misma, con la barbilla alta y la vista fija en el camino casi en penumbra, la luz de las farolas es muy débil, prosigo mi camino, pero Alex vuelve a llamarme de esa manera tan impersonal.

—¡Eh, tú! ¡Eh!

Percibo sus pisadas en el asfalto muy cerca de mí, sé que es él, hasta que me coge del brazo y me obliga a girarme.

—Te estoy llamando —me dice con recriminación—. ¿No me estás escuchando?

Se lo ve algo borracho. Yo también lo estoy un poco, aunque creo que

ambos estamos eligiendo aparentar estar más borrachos de lo que en realidad estamos.

—Perdona —me disculpo con una sonrisa de lo más falsa—, pensé que estabas llamando al perro.

—Al perro, ya —bufa—. Muy graciosa.

—Tengo nombre. Es Priscila.

—¿Priscila, como la Reina del Desierto?

Sí es que se lo he puesto a huevo. Y estoy a punto de replicarle, porque cada vez que me llama Reina del Desierto es como si el señor Hyde pugnara por salir de mi cuerpo. Pero, como me he convencido de que no quiero pelearme más con él, me zafó de su agarre y empiezo a subir la cuesta que me lleva a mi casa.

—¡Eh! ¡Reina del Desierto!

Alex está sonriendo. Se lo noto en la forma de llamarme aunque no le vea la cara. Capullo. Levanto la mano izquierda y, sin girarme, le saco el dedo medio.

—Buenas noches, Alex.

El muy cabrón se ríe todavía más en respuesta. Yo continúo caminando, dando por zanjada la conversación. Solo quiero llegar a mi casa, tumbarme en la cama y... cerrar los ojos. Pero entonces Alex se coloca a mi altura y yo me sorprendo porque pensé que se había rendido y que no iba a seguirme.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—¿Te vas a casa?

—Sí.

—Te acompaño.

—No es necesario. Conozco el camino.

—Tus padres se enfadarán conmigo si te dejas subir sola.

—¿Ahora te preocupa lo que digan mis padres? —le digo, mirándolo a los ojos y arrepintiéndome al instante. Mierda. Esos ojazos negros. Esos ojazos negros fueron mi perdición en el pasado.

—Claro. Siempre. Pero no es solo por eso. Es porque estás sola y es de noche.

—No me va a pasar nada, Alex —Aparto la mirada y prosigo mi camino—. Y si me pasara, ¿a ti qué te importa? Vuelve con tu pelirroja.

—¿Qué pelirroja? —Lo miro de nuevo pero ahora con las cejas levantadas. ¿En serio?—. Ahí había unas cuantas. Y ¿qué sucede? ¿Acaso estás celosa?

—No, Alex, no estoy celosa. Hace mucho tiempo que dejé de tener celos de ti. Y además tengo un propósito.

Venga, diez minutos más y llego a casa. Treinta y dos farolas.

—¿Un propósito?

—Exacto. Voy a estar aquí poco tiempo, me quedan once semanas y media, casi como en la película —Alex pone cara de no entender, yo prosigo—, después volveré a Boston, a mi vida de allí, donde ni tú ni la pelirroja existís. Así que no estoy celosa, no tiene sentido y no voy a perder el tiempo con ese tipo de asuntos.

—Noto cierto resquemor en tus palabras.

Suspiro con exageración, pero no dejo de caminar. De hecho, incremento la velocidad.

—Yo venía dispuesta a que nos lleváramos bien, pero tú no has querido, por lo que creo que la mejor solución es que no nos hablemos. Para nada. Absolutamente para nada. Actuaremos como si no nos conociéramos. Como si no nos hubiéramos visto en la vida.

Vamos, que él no tiene que hacer nada nuevo.

Noto en sus ojos y en su actitud lo que le molesta mi comentario, como si no le gustara que pase de él, que me aleje. Claro, otra vez ve su orgullo herido. Se ha propuesto menospreciarme y supongo que esto no entraba en sus planes. Una vocecita muy pequeña en mi interior se hace otra pregunta. ¿O tal vez le molesta que regreses a Boston? ¿Puede ser? No, no, imposible. Dios, acabo de regresar y mi cabeza no sabe lo que dice, pero es que no sé qué hacer con él: si me acerco, porque me acerco, y si me separo, porque me separo. Todo le molesta.

Cinco minutos para mi hogar, dulce hogar. Quince farolas.

—Ah, claro, así que vuelves a Boston, a tu feliz vida, y asunto arreglado —me dice, visiblemente molesto.

—¿Qué asunto? —le pregunto confundida.

—¡Nuestro asunto!

—No tenemos ningún asunto.

—Oh, ya lo creo que lo tenemos.

—Sí, cierto. —Aún nos queda un asunto pendiente—. Y, hablando de eso, todavía no me han llegado los papeles. ¿Quieres que llame a mi abogado?

—¿Qué? ¿Qué papeles? —me pregunta algo desconcertado.

¿Qué papeles? En serio, empiezo a creer que Alex tiene dos personalidades viviendo en su interior y que ni siquiera lo sabe. ¿Qué digo

dos? ¡Cuarenta! O puede que su único objetivo en la vida sea volverme loca.

—Los del divorcio —le aclaro.

—¿Los papeles del...? Joder, esto es increíble, cómo me tocas los cojones.

¿Yo? Espérate.

—Eso es lo que tú quisieras porque como «la cama no se nos daba mal»...

—¿Acaso tú no te acuerdas?

—No, no me acuerdo.

—¿Quieres que te refresque la memoria?

—No, gracias, ni por todos los pompones del mundo. Lo siento, pero yo ya no juego más.

Y hemos llegado a la puerta de mi casa. Intento abrir el bolso para sacar las llaves, pero su mano me lo impide.

—¡Esta vez no vas a volver a largarte diciendo tú la última palabra! ¡Esta vez tengo yo algo que decir! —me grita de pronto.

—¡No me interesa lo que tengas que decir! —le grito de vuelta. Hasta aquí mi paciencia.

—¡Mira como sí te interesa!

Alex me coge de la nuca, acercando así mi rostro al suyo, y junta nuestros labios, besándome con rabia; ni siquiera lo veo venir, un segundo antes estábamos discutiendo y ahora sus labios abren mi boca y su lengua está dentro de la mía, reclamándolo todo. Y mi cuerpo, mi boca y todo mi ser sabe que es Alex el que me está besando. Y el pasado regresa con más fuerza que nunca. El verano, el agua, el mar, San Juan, nosotros. Y el bum de mi corazón. Le agarro con fuerza del pelo y me dejo llevar.

¿Por qué? Porque llevo demasiados años anhelándolo. Demasiado tiempo pensando en cómo sería volver a besar a Alex y al mismo tiempo dándome cabezazos en la pared por ello. Pero ¿cómo se hace para dejar de desear algo? ¿Cómo se hace para borrarlo de tu cabeza del todo? ¿Para que no quede ningún resquicio?

Sé que es el peor error que podía cometer, volver a tocar sus labios, recordar su sabor, su olor..., pero ahora no puedo parar. Esa es la cruda realidad.

Madre mía, ¿qué estoy sintiendo? Llevaba tanto tiempo sin besar a Alex que se me había olvidado lo que era. Así que ¿esto es besar? Y, entonces, ¿qué he estado haciendo yo los últimos cuatro años?

Cuatro años de preparación a la mierda.

Alex me empotra contra la puerta de mi casa y siento como trastea en sus pantalones vaqueros. Yo continúo enredando mis manos en su pelo, estirándolo, y me falta aire para respirar, pero no puedo dejar de comérmelo con la boca. Lo prefiero a respirar. Escucho el tintineo de un manajo de llaves y, a continuación, lo veo intentar abrir la puerta de mi casa.

—¿Tienes llaves de mi casa? —le pregunto sorprendida sin despegarme de sus labios.

—Es para emergencias —me explica sobre mi boca.

Entramos en la vivienda a trompicones entre jadeos y gemidos y cerramos de un portazo. Alex me lleva directamente a las escaleras y comienza a tocarme por todas partes. No me puedo creer que estemos haciendo esto con mis padres y mis hermanos que pueden llegar en cualquier momento. Pero es que me da igual, ahora solo quiero vivir este momento con Alex, el resto del mundo puede incluso dejar de girar alrededor del sol.

Nos estrellamos contra la pared de las escaleras y el golpe provoca que se caiga uno de los cuadros que la adornan. No hacemos caso y seguimos moviéndonos, desesperados, por el pasillo. Alex nos lleva directos hacia mi habitación; se sabe el camino de memoria.

Hemos dejado de besarnos en la boca para besarnos, o mordernos, en el cuello, en la barbilla y en la mandíbula. Y nuestras manos tocándonos por todas partes. Las suyas por debajo de mi vestido y las mías en su espalda por debajo de la camiseta. Creo que nos estamos reconociendo.

Entramos en la habitación y Alex cierra la puerta de un portazo con el pie. Nos tumbamos en la cama, en mi cama nido de noventa centímetros, como tantas veces hemos hecho, y donde no es sencillo hacer el amor porque es muy pequeña, pero aquí estamos, desnudándonos.

Alex se coloca encima de mí y puedo ver en su rostro que, mientras me sube el vestido, está librando una lucha interna. Su cerebro está trabajando a toda caña, su cuerpo lo empuja hacia delante y su cabeza hacía atrás. No sé quién va a ganar la batalla y comienzo a tener miedo, miedo a que se detenga de repente. «Ahora no», por favor. No puedo empezar a sentir algo otra vez por él, pero tampoco puedo dejar de besarlo, estoy enganchada y no me detendría por nada del mundo. Mañana lidiaré con las consecuencias.

Nos desnudamos sin prolongar el momento, lo hacemos rápido y desesperados. Gimo al bajarle los pantalones y el bóxer a la vez y Alex clama en respuesta. Yo lo toco y él me quita la ropa interior. Frotamos nuestros sexos unos pocos segundos antes de que Alex meta la mano en uno de los bolsillos

de su pantalón y saque un preservativo del bolsillo. Se lo pone a toda velocidad y me penetra de una estocada. Apenas nos hemos estimulado el uno al otro, pero estoy tan mojada que no ha sido necesario. Se ha deslizado solo. Ambos gemimos de puro placer.

En ese momento, Alex y yo nos miramos a los ojos, la primera vez que lo hacemos desde que hemos comenzado con esta locura. Nuestras bocas muy cerca, las respiraciones aceleradas, los alientos unidos después de tanto tiempo... Es tan familiar, pero sus ojos y su rostro enseguida se retiran y Alex comienza a moverse a un ritmo frenético. Levanto las caderas y lo acojo con la misma ansia con la que él empuja sobre mis piernas. Poco después, los dos llegamos al orgasmo a la vez, no porque nos hayamos esperado, ha pasado solo. Conexión, supongo.

—Joder —masculla a la vez que se separa de mí.

Sí, eso digo yo, «joder». Aunque creo que no en el mismo sentido que él.

«Vale, esto no lo veía venir. Pero no pasa nada, lo afrontamos y punto. No hay nada de lo que preocuparse. ¿Verdad? ¿Verdad, Pris?».

«Y no, no son once semanas y media. Son nueve y media, pero tú puedes decirlo como quieras. Yo te quiero de la misma manera. O más».

Pristy, la ardilla. Aquella noche.

Verano de 2007

El verano de 2007 fue el primer verano de sus vidas que no los sorprendió. Que no los sorprendió separados. Porque ya no hubo pérdida de contacto. No era nada exagerado, no eran novios, o al menos Priscila creía que no lo eran. Y Alex estaba seguro de que no lo eran. Le gustaba pasar el tiempo con ella, le gustaba mucho, pero de ahí a que se convirtiera en algo con nombre, en algo serio... no, no quería eso, o eso se decía él, porque la realidad era otra bien grande desde bastante tiempo atrás.

Además, se pasaba las semanas viajando de aquí para allá, en la Federación, en competiciones nacionales, entrenando. Su vida era la piscina; no había hueco para más, pero... le gustaba estar con Priscila. Le encantaba.

Alex había grabado su número de teléfono como «Reina del Desierto»; no pudo evitarlo. Ella lo hizo como «El vecino guapito de cara». Y entre mensajes de móvil y llamadas, pasaron el otoño, el invierno y la primavera.

Mientras Alex se encontraba en Madrid, se había acostado con varias chicas, pero faltaba algo. No era que no disfrutara, porque sí lo hacía, pero... faltaba algo. Y hubo un momento, un momento exacto, cuando ya se había besado con su vecina millones de veces, en que decidió que no quería besos de nadie más porque borraban los suyos y enturbiaban su recuerdo.

Alex y Priscila en alguna ocasión se encontraban por el pueblo, pero nunca estando solos; a Priscila siempre la acompañaba alguno de sus hermanos (o todos) o sus padres, así que no podían cruzar más de cuatro palabras. Después, a través del teléfono, recordaban el encuentro en la soledad de sus dormitorios, ambos tumbados en la cama mirando hacia el techo, soñadores, y se partían de la risa.

Y el verano llegó una vez más. Alex había tenido un gran año, logrando un nuevo éxito en los Mundiales de Melbourne varios meses atrás.

Como si de una norma se tratara, el primer día de vacaciones de Priscila, Alex la esperaba a la salida de su casa, pero, en esa ocasión, lo hizo previo acuerdo por mensaje de texto. Aquel día tocaba Cala Medusa. Tocaba nadar.

El día siguiente, paseo en bicicleta.

El siguiente, playa.

El siguiente, ir con los monopatines a las pistas de patinaje. Priscila se tiraba por las cuevas y sorteaba los obstáculos mientras Alex la miraba divertido y sacaba fotos. Él no podía hacerlo; no debía arriesgarse a una

lesión. En un año llegarían las Olimpiadas de Pekín y estaba decidido a volver con una medalla a casa.

Todo ello sucedía mientras los éxitos de ese verano acaparaban las radios y las discotecas: *Grace Kelly*, de Mika, *Chasing Cars*, de Snow Patrol, *Calle la Pantomima*, de Melendi o *Monsoon*, de Tokio Hotel.

Cada noche, antes de despedirse, pasaban por la piscina de la urbanización y nadaban juntos. Priscila, con la práctica, cada día aguantaba más largos junto a Alex, que le corregía los movimientos cada poco, y que era incansable. Después, se despedían en la puerta y cada uno iba hacia su casa con sendas sonrisas en la cara que ni ellos sabían bien lo que significaban.

A pesar de tener una rutina, aunque no establecida de manera formal, de vez en cuando surgían ideas espontáneas. Como aquella madrugada de julio en la que Alex propuso a Priscila que subieran juntos el Peñón del pueblo.

Se despertaron a las seis de la madrugada —no querían coincidir con todo el calor de media mañana para subir; lo dificultaría demasiado— y prepararon unos bocatas de jamón para comer arriba, se pusieron zapatillas deportivas y ropa cómoda y allá que fueron.

El Peñón del pueblo es una roca gigantesca, imponente, junto al mar, y que tiene trescientos treinta y dos metros de altura. Tanto Alex como Priscila lo habían subido con sus respectivas familias, la chica en muchísimas ocasiones, y el chico, en cuatro.

La primera parte de la subida, la sencilla, no les costó demasiado. Iban charlando animadamente mientras caminaban por el sendero o subían escalones y paraban de vez en cuando para admirar las vistas, que eran, por describirlas en una palabra que ni por asomo les hacía justicia, alucinantes. Ver el pueblo entero y el mar azul, verde y negro (por las rocas) desde tan arriba era algo de lo que nunca se cansarían en la vida.

A Priscila, en una de las paradas, se le ocurrió mirar el móvil y se arrepintió al instante. Alguien la llamaba desde casa, intuyó que alguno de sus hermanos, y no fue capaz de ignorarlo.

La chica recibía tomaduras de pelo y recochineos a causa de su relación con Alex por parte de sus hermanos a diario, y ese día no fue la excepción, la llamaron por teléfono no uno, sino todos ellos a la vez. Adrián cogió el aparato que colgaba en la pared de la cocina, Marcos, el de la habitación de sus padres, Hugo, el del salón y River, el de su propia habitación, ventajas de ser el hijo mayor.

Una reproducción exacta de la llamada sería esta:

Priscila:

¿Sí?

Adrián:

¿Dónde estás?

River:

¿Estás con St. Claire?

Adrián:

¿Con el vecinito? ¿Otra vez?

River:

Creo que el vecinito tiene más años que tú.

Hugo:

No es rival, Adri.

Marcos:

¿Y dónde os pasáis el día entero?

No es que no dejaran hablar a Priscila, es que no acababa de reaccionar.

Adrián:

Los lunes en Cala Medusa.

Hugo:

Cierto, los lunes siempre llega a casa con picaduras. Martes y miércoles suelen andar con las bicis o con los monopatines.

River:

Los jueves son de playa.

Hasta que Priscila reaccionó:

—¡Nos han seguido! ¡Serán...! —exclamó en alto, dirigiéndose a Alex.

La conversación seguía.

Marcos:

Hoy es miércoles.

Adrián:

Por eso le pregunto que dónde está a Pris. Tanto la bici como el monopatín están aquí.

Priscila bufó y no quiso saber más, le hizo un gesto a Alex con la mano de «no es nada» y apagó el teléfono.

Continuaron ascendiendo entre graznidos de gaviotas y respiraciones a cada paso más trabajosas hasta que llegaron a la parte complicada, al túnel excavado en la montaña, señal de que la segunda fase comenzaba. A partir de

ahí, se acabaron las charlas, las risas y los besos robados; esa parte de la subida, repleta de rocas resbaladizas en un suelo irregular, requería de concentración total.

Se ayudaron de las cuerdas que había sujetas a la piedra de las paredes; Alex iba primero y cada poco miraba hacia atrás para comprobar que Priscila estaba bien. Cruzaron el túnel y continuaron escalando con mucho cuidado de no resbalar.

Apenas faltaban unos metros para coronar la cima, cuando los corazones de ambos jóvenes comenzaron a latir desbocados. El viento les removía la ropa, la camiseta suelta de tirantes de Alex, sobre todo, y la excitación por llegar se adueñó de sus cuerpos.

Lo primero que hicieron fue juntar las manos y levantar los brazos en señal de victoria.

Lo segundo, sentarse en las rocas y disfrutar del panorama y de las sensaciones.

Se quedaron en silencio durante unos minutos hasta que Alex propuso sacar los bocadillos.

Comieron con los sonidos de las sesenta especies de aves que se podían llegar a avistar desde su posición mientras el sol les calentaba la piel y las cigarras cantaban a su alrededor.

De vuelta a casa, Priscila aún no había encendido el teléfono; todavía seguía mosqueada con sus hermanos por la nueva faceta de espionaje que habían desarrollado.

—¿Quieres perderlos de vista? —le dijo Alex cuando estaban a punto de llegar a la urbanización.

—¿En qué estás pensando?

—Te espero mañana a la hora de siempre en mi garaje.

—Vale.

Se dieron un beso y se separaron.

A la mañana siguiente, cuando Priscila acudió al encuentro, Alex ya la esperaba montado en una moto y con dos cascos, uno en cada mano. Era una Vespino antigua, de color turquesa, que entusiasmó a la chica desde el primer segundo. Se subió detrás de su vecino, se puso el casco y arrancaron. Antes, Alex le preguntó:

—¿A dónde?

Priscila acercó su boca al oído del chico y le susurró:

—A Nunca Jamás.

—¿Primera estrella a la derecha?

—Arriesguémonos y vayamos por la segunda.

—Eso está hecho.

Alex condujo con cuidado mientras sorteaban la urbanización, pero en cuanto salieron a carretera abierta... volaron.

Volaron durante todo el día.

Lo hicieron mientras recorrían kilómetros y kilómetros con Priscila agarrada a la cintura de Alex y la mano de él sobre la rodilla de ella.

Lo hicieron mientras se detuvieron a comer una paella en un pueblo perdido cuyo nombre ni conocían.

Lo hicieron mientras dormitaron, abrazados, cobijados en la sombra de un árbol en medio de la nada.

Lo hicieron mientras se bañaban en la primera playa que encontraron de regreso a casa.

Lo hicieron mientras se llenaban de barro en esa misma playa.

Y aún les quedaba el vuelo más alucinante de su existencia.

Llegaron a la urbanización sobre las siete de la tarde y Alex le propuso a Priscila que pasara antes por su casa para darse una ducha. Estaba algo preocupada porque no quería llegar a la residencia Cabana con ese aspecto, más que nada por no dar explicaciones. Ni los padres ni el hermano de Alex se encontraban en la ciudad, así que podía hacerlo sin problema.

Priscila nunca había estado en casa de su vecino. La sorprendió la cantidad de libros que había, estaban por todas partes, en las múltiples estanterías del salón, en los pasillos, en las escaleras... Por eso olía tanto a papel. Le encantó.

En verdad, siempre había admirado a los padres de Alex y la profesión que desempeñaban: periodismo. Para ella significaba estar siempre al pie del cañón, buscando la noticia, viajando, de eventos, entrevistando a gente importante; no sabía qué era lo que más le gustaba, pero tenía claro que sentía una atracción fuerte (casi como la que sentía por su hijo menor). Le fascinaba tanto la idea que incluso la había escogido para su futuro profesional; en unas semanas se prepararía para ser periodista, ya que comenzaría a estudiar en la Universidad de Elche, la más cercana a su casa.

Subieron al segundo piso y Alex le mostró el cuarto de baño y le ofreció una toalla limpia; él se daría un remojito rápido en el otro baño. Aquel era el baño de su vecino, no tenía duda porque olía a él. Incluso sonrió cuando abrió el frasco de colonia que había en el lavabo y reconoció la esencia de Alex.

Mientras Priscila se quitaba la ropa y observaba todo lo que había a su alrededor, escuchó el ruido inconfundible de un grifo al abrirse. Se sentó en la bañera y no pudo evitar pensar que Alex estaba desnudo, muy cerca de allí.

La excitación le recorrió el cuerpo, jamás había llegado más lejos que unos tocamientos inocentes con Alex, pero sabía lo que podían hacer una chica y un chico juntos; ya tenía diecisiete años, casi dieciocho.

Decidió darse una ducha fría para bajar el calentón.

Cuando salió, con la toalla puesta, Alex la esperaba sentado en la cama con el pelo mojado y con tan solo unos pantalones cortos de deporte encima. Todo el propósito de la ducha se esfumó en ese instante. El de ambos.

Porque Alex también había pensado en Priscila mientras estaba debajo del agua. Y, sin proponérselo, se levantó y se acercó a ella. Sin proponérselo, encajó las manos en su cintura y la besó con intensidad. Ella respondió de la misma manera y comenzó a acariciarle cada centímetro del cuerpo, deleitándose en la suavidad de su piel, en su olor.

Sin proponérselo, se tumbaron en la cama y se quitaron la poca ropa que llevaban encima.

Y también sin proponérselo, hicieron el amor por primera vez. Aquel era el vuelo que estaban esperando. Un vuelo que les supo a poco, que fue demasiado especial, y que Priscila vio de color turquesa, como las sábanas de su vecino, como la Vespino, como el turquesa de aquel verano.

Cuando cayeron desplomados uno encima del otro, era de noche. Una noche oscura en la que no se veía absolutamente nada, puesto que bajo la ventana de Alex no había farolas. El chico se levantó y encendió la luz del baño, entornó la puerta y volvió a la cama junto a Priscila.

—Ahí va mi segundo secreto —le dijo mientras la abrazaba. Sintió algo de recelo, por si Priscila se reía, pero hubo una parte más grande que ganó, porque estaba seguro de que no lo haría—: tengo miedo a la oscuridad.

Por fin lo había dicho y Alex sintió que un gran peso salía de él. Aquel era el mayor miedo de Alex, la oscuridad, y su mayor vergüenza, porque un tío de casi veinte años no tiene miedo a la oscuridad, o eso es lo que había aprendido del mundo que lo rodeaba, pero no podía evitarlo, la oscuridad lo encogía, lo engullía, y lo convertía en el niño indefenso y asustadizo de ocho años que dormía solo por las noches después de ver películas de miedo con su hermano y sus amigos.

A Alex le costaba darse a conocer al cien por cien, pero con Priscila fue haciéndolo, fue saliendo poco a poco; ella nunca le exigía nada, fue él quien

que se soltó y le resultaba «la hostia de reconfortante».

Para Alex, estar con Priscila se convirtió en una necesidad física y psicológica, quería pasarse el día entero con ella, hablar con ella, dejarse conocer por primera vez en la vida. Y así lo hizo, le fue dando parcelas de sí mismo poco a poco, hasta que no quedó nada que dar, hasta que se lo dio todo.

El despertar no es tan bonito

Alex

—Joder —exclamo cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

¡Mierda, joderrr!

Lo único que veo ahora es el puto edredón azul con estrellas amarillas de la cama de Priscila. Después del orgasmo, he dejado caer mi cuerpo encima del de ella y he enterrado la cabeza en el colchón.

Otra vez en esta habitación, con las horas que pasé aquí cuatro años atrás cuando venía a buscarla a ella y su recuerdo, a su presencia invisible. Era como un puto yonqui que necesitaba su dosis diaria de droga. Y las drogas son malignas. Por lo que Priscila es maligna. ¿Qué cojones hago aquí? ¿Cómo se me ha ido tanto la olla?

Cuando me ha dicho que tan solo iba a permanecer en el pueblo once semanas y media y que después se largaba de nuevo a Boston, me he sentido como una mierda, como si me estuviera abandonando de nuevo, a pesar de que apenas tenemos relación, pero la he visto como si fuera ella quien volviera a llevar la batuta de nuestra (no) relación y me he cabreado. Me he cabreado muchísimo. Porque no se me pone en los cojones que sea ella, otra vez, quien tenga la última palabra, quien decida si nos vemos o no, que sea ella la que esté en posición de superioridad respecto a mí, la que me vuelva a dejar aquí tirado como hace cuatro años.

No, sentirme como un títere de los caprichos de Priscila Cabana por segunda vez en mi vida no era una opción. Por eso he querido tener la última palabra. Y la única manera que se me ha ocurrido para hacerlo es follándomela. De puta madre, Alex. Eres un as tomando decisiones.

Me permito mirarla durante un segundo antes de levantarme de encima de ella. Estoy comenzando a sentir su piel contra la mía y no puedo permitírmelo: las drogas, ni olerlas. Porque hasta yo comprendo que la necesidad de ellas, el enganche, perdura hasta la eternidad. Porque hasta ahora, mientras follábamos, he estado pensando que era una más, a pesar de que mi subconsciente sabía que no lo era. Lo he entrenado bien: cero sentimientos. Pero ahora que estamos tan cerca y que el éxtasis del orgasmo ha pasado, temo flaquear. Así que lo mejor que puedo hacer es largarme de aquí echando hostias, pero... tarde. Ya

la he visto.

Todavía lleva el lazo en la cabeza, pero está enredado entre los mechones de su pelo rubio. ¿Por qué tiene que ser tan guapa? ¿Por qué tienen que quedarle tan bien sus absurdos lazos y zapatos? Son horribles, pero a ella la hacen más preciosa si cabe. Creo que ha sido su olor lo que me ha vuelto loco durante toda la noche. Ese olor tan característico y tan intenso que se me mete en las fosas nasales. ¿Cómo puede ser tan fuerte su presencia con lo bajita que es ella? O quizás fue el puto vestido. O una mezcla. Mierda.

A ver, Alex, no. Ni es guapa, ni le quedan bien sus absurdos lazos y zapatos, ni huele bien, ni su presencia es fuerte. Joder, es verdad, si ni siquiera me gusta, ¿qué es eso que he dicho de que es guapa? No, no. Lo retiro. Odio su pelo, su cara, sus pecas, su nariz redonda, sus rizos, su olor y ¡todo lo demás!

Vale, ¡tengo que largarme de aquí, ya!

Veo la súplica y la desesperación en sus ojos, no quiere que suceda lo que está a punto de ocurrir, pero no puedo hacer nada; el odio que he almacenado en mi cuerpo durante tantos años me impide actuar de otra manera.

—Joder..., esto... —le digo mientras me levanto y comienzo a buscar mi ropa por el suelo. En el proceso, me quito el preservativo, hago un nudo y lo tiro a la pequeña papelera azul que descansa debajo de su escritorio. Joder, si es que me conozco esta habitación como la palma de mi mano.

—No digas que ha sido un error —me suplica, tapando su cuerpo con el edredón—, no necesito que lo grites en alto.

Su reacción me espolea más, me está diciendo precisamente lo que tengo que hacer para dañarla, y ahora lo que más necesito es eso, lo que probablemente me convierta en la peor persona del mundo, pero es una necesidad.

—Oye, Priscila —la llamo por su nombre a propósito, para que vea que voy en serio, que no estoy jugando—, lo siento, pero... esto no tenía que haber pasado. Ha sido un error. Es mejor que me vaya.

—Te he pedido que no lo hicieras. Vas a matar, ¿eh, Alex? ¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Por qué me has besado?

—Porque me lo estabas pidiendo a gritos.

—¿Porque te lo estaba pidiendo a gritos?! ¿Me estás vacilando?

Y la necesidad de dañarla se incrementa.

—Puede que haya hecho una apuesta con mis amigos.

—¿Una apuesta con tus amigos? Tiene que ser una broma.

—Me temo que no, ya sabes cómo son los chicos... alguno se ha fijado en

el vestido que llevabas hoy y han empezado a decir que podían quitártelo y el gallito que hay en mí me ha podido.

—Grandiosos tus amigos, que quieren follarse a tu mujer.

—Tú no eres mi mu...

—Entre esos amigos —me interrumpe—, ¿se incluyen River, Marcos y Hugo?

Mierda. Joder. Creo que hasta Priscila nota el gesto de dolor que dibujo al escuchar el nombre de mis mejores amigos. Si me vieran ahora...

—No. Ellos no se incluyen.

—Me pregunto qué pensarán de esto.

—¿Se lo vas a decir?

Se ríe.

—No, tranquilo, yo ya no soy una cría. Dejé los quince años atrás y, por lo tanto, dejé las apuestas y las niñerías.

Creo que me engaño yo solo pensando que me produce cierta satisfacción mostrarme como lo hago con ella: con hostilidad, con odio, con indiferencia. Joder, no lo estoy haciendo nada bien, pero no sé hacerlo de otra manera.

—Lo que me pregunto es qué ha sido de ti. ¿Dónde se fue el chico con el que me casé?

—El chico con el que te casaste no existe.

Observo el dibujo de la pared, mi dibujo, o al menos el dibujo que me representa cuando no era más que un adolescente. Cuando poco después me casé con ella. «Tú lo mataste», quiero decirle, pero me callo. Fue un proceso muy lento, doloroso, lacerante. Mi corazón y mi mente, en un primer momento, no se lo creían. Sí, esa fue la primera sensación: estupefacción. Y pensándolo ahora, fue la mejor. Si supiera lo que venía después... De la estupefacción pasé al enfado, después al dolor y luego, la última fase... el odio. Fue la que más me costó aceptar, a pesar de que mi cuerpo ardía en odio hacia ella. Pero no fue fácil. No fue fácil odiarla. No fue fácil aceptar que jamás la vería con los mismos ojos, a mi Reina del Desierto, que no volvería a tocarla, a besarla. Tuve que convertirme en otra persona para hacerlo. En un Alex que hasta a mí me daba miedo, pero que fue necesario: era eso o la destrucción total.

—¿Existió alguna vez?

No entiendo su pregunta, pero tampoco quiero seguir perdiendo el tiempo. Creo que es la cuarta vez que lo digo, pero... necesito largarme de aquí con efecto inmediato. Y eso hago. Recorro el pasillo y bajo las escaleras a toda hostia con Priscila corriendo detrás de mí y llamándome.

—¡Alex! ¡¡Alex!! ¡Eres un cobarde! ¡Alex!

Quiero salir a la calle para alejarme de toda esta maldita casa que otra vez huele a ella, pero cuando abro la puerta principal, me encuentro con Hugo. Joder. ¿Qué hace este aquí? Creo que ambos tenemos el mismo pensamiento el uno respecto al otro, pero él lo exterioriza antes que yo.

—¿Qué cojones haces tú aquí? ¿Qué habéis hecho?

—No hace nada aquí —se me adelanta Priscila, que ya me ha alcanzado—, ha venido a echar un polvo y ya se iba.

Me empuja para sacarme del todo de casa y cierra con tal portazo que incluso me sobresalto a causa del estallido. Nos quedamos los dos en la calle.

—Creía que habíamos superado la fase de querer hacer daño a mi hermana —me dice Hugo sin darme tregua.

—Y la he superado, joder, esto ha sido un error.

—¿Un error tuyo o suyo?

—No lo sé, supongo que de los dos.

—Te agradecería que no cometieras más errores en lo que respecta a mi hermana.

—Hugo, yo... —No tengo excusas, y él lo sabe. Mentir ni siquiera es una opción—. Está bien.

—Bien.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunto. Esta no es su casa y no son horas.

—Nada. ¿Te quedas a desayunar?

—Son las tres de la mañana.

—Ya. Es verdad. Me voy a mi casa. Hasta mañana, Alex.

—Hasta mañana.

Permanezco unos segundos en la entrada de los Cabana sin moverme mientras lo veo alejarse. Hace tiempo que empecé a comprender a Hugo y que, a la vez, dejé de entenderlo. Giro la cabeza hacia la puerta. Joder. Apoyo la frente en la madera y me doy ligeros golpecitos. Quince días he tardado en irme a la cama con ella. Quince días. QUINCE-DÍAS.

Necesito ir a los muelles para recordarme por qué la odio. Es algo que no hacía desde bastante tiempo atrás y que en los últimos tiempos hago a menudo. Y eso me cabrea. Me cabrea mucho. Porque solo con verla aquella primera vez en la cala, sentí algo, sentí que mi corazón se aceleraba y eso no podía permitírmelo bajo ningún concepto.

Paso primero por casa de mis padres y recojo a Dark, que ha salido a recibirme en cuanto ha escuchado el ruido de la cerradura de la puerta. Lo

había dejado a dormir aquí previendo que iba a liarme esta noche, pero, ya que voy a despejarme un rato y luego a casa, lo llevo conmigo.

Me paso todo el camino rayado hasta que llegamos a los muelles. Una vez aquí, al fin, puedo dejar a mis sentimientos vagar con libertad. Los he estado reteniendo hasta hoy. Pero este es mi lugar. El único en que me permito dejarme ir.

El día que Priscila venía en un avión de regreso al pueblo, me refugié en Cala Medusa. Después de salir del trabajo, me acerqué al lugar. Había dejado de ir años atrás, pero sentí un impulso. Fue cuando me percaté de que había dos personas bañándose en el agua y los mandé salir; era mi trabajo. Bueno, la verdad es que allí nunca había socorristas, pero no me daba la gana de que nadie se bañara y como llevaba el bañador rojo... me aproveché de él.

Al ver que era Priscila la que salía del agua, no sé ni cómo pude mantenerme en pie. Me quedé pasmado, atónito, aunque creo que lo disimulé bien. Sabía que su avión llegaría en cualquier momento, pero jamás imaginé que la encontraría en la cala y nada más y nada menos que con un chico. «Su pareja», pensé.

El gran problema fue que estaba mojada, con el lápiz de ojos corrido, el pelo calado y en ropa interior, y lo único que pensé fue que estaba guapa, que los años le habían sentado bien. Tuve la necesidad de hacerle daño, porque a ella le había ido bien y a mí no, claro, porque ella fue la que me abandonó, el que tuvo el problema fui yo, no Priscila, así que le dije la primera burrada que se me pasó por la cabeza y me largué. Me largué porque llevaba minutos sin respirar y si seguía así, me moriría, y no quería morirme. Quería seguir viviendo mi patética vida porque... es mi vida.

Justo cuando cruzaba el bosque, Marcos me llamó y me dijo que Priscila estaba aquí, a lo que no le contesté; me explicó que habían quedado para comer, pero que luego subiría al *pub* para que habláramos. Yo le dije que no quería hablar y él me contestó que en realidad no era para hablar, solo para pasar el rato, pero sé que lo hizo porque era consciente de que necesitaba su presencia.

Lo que no me esperaba era encontrar a Priscila en el *pub*, y creo que Marcos tampoco. No pude evitar acercarme a ella —era como un imán— después de que sonara la música de Álex y Cristina por los altavoces, que, por cierto, estuve a punto de darme de hostias con Pedro porque me trajo demasiados recuerdos.

Le dije que Dark estaba con otra familia y que quería el divorcio y, joder,

me sentí un poco mejor, claro que me sentí mejor. Aunque no dejaba de ver en su mirada que estaba confundida, que no me entendía. ¿Cómo es posible que no comprendiera mi odio? ¿Que sea tan insensata?

Al día siguiente, salí a correr por la playa y volví a cruzármela. Puto destino. ¿Tan pequeño era el pueblo que ahora me la encontraría por todas partes? ¿Tan pequeño era que tenía que inundar mis espacios con su presencia? No la quería en mi vida ni en mis lugares, pero tampoco podía echarla de la playa o del *pub* de Pedro. Aunque no sería por falta de ganas.

Cuando me la encontré en la cuesta de camino a su casa, ebria, me cabreeé porque yo pensaba en ella sin remedio y ella se emborrachaba con el idiota de su amigo —que no su novio— y se lo pasaba bomba. Porque yo le importaba una mierda, aunque sus ojos me decían otra cosa, sus ojos me hablaban, o querían hablarme, pero yo no los dejaba, así que le hice la pequeña jugarreta de decirle que no había nadie en su casa, que todos estaban ocupados. Quería que reaccionara de alguna manera y vaya si lo hizo.

Después vino a mi casa buscando guerra, y yo me quedé en el sofá, disfrutando del momento. Disfrutando de sacarla de quicio.

Me juré odiarla durante el resto de mi vida, así había sido durante los últimos cuatro años y así seguiría siendo durante el resto de mi de vida.

Mierda. Estoy muy jodido.

Verano de 2008

Aquel fue el verano que Alex y Priscila menos tiempo pasaron juntos con motivo de las Olimpiadas de Pekín. Lo compensaron con un invierno lleno de encuentros, llamadas, mensajes y visitas sorpresa.

En el verano de 2008, por mucho que Alex y Priscila repitieran hasta la saciedad a todo su entorno, incluso al frutero del pueblo, que solo eran amigos, en realidad, eran supernovios y el pueblo al completo lo sabía. Y parte de los alrededores.

Priscila disfrutaba de la compañía de Alex y el resto poco le importaba. Lo cierto es que tanto la actitud de su hermano Adrián de «chúpame un cojón» como la de Alex de «me la suda todo» se le habían pegado un poquito. Esos dos hacían buena pareja, pero se llevaban fatal. O, más bien, no se llevaban.

Y Alex no era de los que ponía etiquetas, más que nada porque nunca había tenido nada importante como para etiquetar, o porque prefería pasar por la superficie sin involucrarse con nadie, de ahí que no llamara «novia» a Priscila, pero, con toda probabilidad, le daría dos guantazos a quien se atreviera a tontear con su vecina de la casa de enfrente. Con su chica. Con su Reina del Desierto.

Por otra parte, el hecho de que Alex ganara reconocimiento público con el transcurso de los años y que su nombre fuera de los más escuchados en cualquier tertulia deportiva tampoco ayudaba a la situación. El chico se negaba, en su fuero interno, a meter a Priscila en toda la parafernalia de la prensa. Era algo solo de ellos. Y estaba seguro de que gritarlo a los cuatro vientos no le aportaría más felicidad de la que ya tenía.

La primera quincena de junio, ambos se vieron forzados a hacer la presentación oficial de Alex frente a los padres de Priscila. Se vieron forzados por sus sentimientos; los de ella por desear en lo más profundo compartir aquello con sus progenitores, con los que tenía una relación increíble y cercana, y los de él por querer saberlo todo de ella, incluyendo el lugar donde vivía. Y todo a pesar de las llamadas de teléfono de sus cuatro hermanos, durante todo el invierno, que casi consiguieron que se echaran para atrás. En ocasiones, Priscila se preguntaba por qué simplemente no dejaba de responder a la llamada:

River:

Tráetelo a casa, papá y mamá quieren conocerlo.

Adrián:

Yo no entiendo la razón, es el puto vecino de la casa de enfrente. Lo conocen de sobra.

Priscila:

¿¿Se lo habéis dicho a mamá y papá?! ¿¿De qué vais?!

Marcos:

Oh, vamos, Pris, ¿qué esperabas? ¿La niña se echa novio y tenemos que quedarnos callados?

Priscila:

No somos novios.

River:

¿No quiere comprometerse el vecinito nadador? ¿Hay que decirle cuatro cosas?

Priscila:

¡No os metáis en mi vida! Os lo advierto.

Marcos:

Ahora que lo pienso, no has buscado muy lejos de casa, Pris.

Hugo:

Yo esto lo vi venir.

River:

Tú todo lo ves venir.

Hugo:

Se enrollaron en la piscina hace años, los vi por la ventana, ¿no os acordáis?

Marcos:

Coño, es verdad, pero pensamos que eran cosas de críos. Aunque a papá no le hizo demasiada gracia.

Priscila:

Pero ¿qué me estáis contando? ¿Nos visteis besarnos debajo del agua?

Marcos:

¿Debajo del agua? No, fue un beso inocente en las escaleras.

Priscila:

Ay, mierda...

Adrián:

Eso digo yo. Ay, joder...

River:

¿Qué beso debajo del agua?

Hugo:

Joder con el vecino de la casa de enfrente.

Marcos:

Queda claro que lo suyo es el agua.

River:

Priscila, ellos no tienen los huevos necesarios para preguntártelo, pero yo voy a hacerlo, que para eso soy el mayor. ¿Eres virgen?

Adrián:

Joder.

Priscila:

Adiós.

Hugo:

Qué carácter tiene la niña desde que ha cruzado la pubertad, ¿no? Yo no la recuerdo tan mala. Fui un santo.

River:

La de Marcos sí fue mala.

Hugo:

Marcos sigue en ella.

Adrián:

Tíos, Pris ha colgado.

Marcos:

Callaos, capullos. ¿Qué hacemos con la niña?

La visita de Alex a la casa de su vecina fue mucho mejor de lo esperado. Alex alucinó con el aire familiar que se respiraba en el ambiente. Con las decenas de objetos que llenaban las estanterías, las mesas, el suelo, las escaleras y casi cada rincón de la vivienda: videojuegos, películas, balones, revistas, dibujos de los hermanos Cabana de cuando eran pequeños, fotos, cuadros de Adrián... Era espectacular. Aquel ordenado desorden era impensable en su casa. Mostraba la vida de toda la familia, el pasado, presente y futuro. Casi podía ver cosas suyas en esa casa, aunque no tenía ni idea de dónde vino ese pensamiento. Se dio cuenta de lo diferentes que habían sido sus infancias, de lo que decía la casa de los Cabana, y estuvo seguro de que ellos no tenían miedo a la oscuridad.

Priscila estaba nerviosa, mucho, pero la actitud relajada y entusiasta de sus padres (que no de los idiotas de sus hermanos) hizo que todo saliera perfecto.

Cenaron en familia, charlaron, contaron anécdotas, rieron e interrogaron a Alex sobre su participación en los Juegos Olímpicos de Pekín, para los que apenas quedaba un mes y medio.

Esa noche, Alex y Priscila se despidieron con un beso escondido en la puerta.

La segunda quincena de junio, Alex y Priscila la pasaron en la piscina.

—¿Me vas a enseñar a nadar? —le dijo ella cuando Alex se lo propuso—. ¿A mí? Llevo nadando desde los tres años.

El vecino, metido en el agua donde hacía pie y agarrando a Priscila por la cintura, se desternilló de la risa hasta que se puso serio.

—Te voy a enseñar a sobrevivir, por si alguna vez te pasara algo ahí

dentro —hizo un movimiento de cabeza para señalar el mar—, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La primera quincena de julio la pasaron entre la playa y Cala Medusa; a Alex le quedaba poco para tener que viajar a la Villa Olímpica y le apetecía agua salada. Había pactado con sus entrenadores que nadaría a diario en su antiguo club, pero además lo hacía también fuera de él.

Alex y Priscila se pasaban horas y horas allí: jugando, nadando, disfrutando, besándose, tocándose bajo el cobijo del agua, hablando. Y a Priscila apenas la picaban las medusas. Lo tenía casi controlado.

Priscila solía llevar su vieja cámara de fotos y sacaba instantáneas a casi todo lo que hacían. Pocas veces la veía Alex sin la cámara en la mano. Ella quería immortalizar todos los buenísimos momentos que pasaba con Alex y que eran tan abundantes que se imaginaba llenando paredes y más paredes de fotos. Solo había unas pocas ocasiones en las que Priscila torcía el morro, y era cuando aparecía en escena la novia pelirroja del hermano de Alex. La manera que tenía de hablar con Alex, de besarlo en las mejillas y de... tocarlo no le gustaba. No le parecía que fuera algo de «cuñados», más bien le parecía algo muy diferente, pero aún no se atrevía a tratarlo con Alex. ¿Quién era ella para poner en entredicho su relación con la novia de su hermano? Nadie. No era nadie. Así que calló. Calló y siguió disfrutando de su vecino.

Hasta que llegó la despedida. La marcha de Alex era inminente. Pasaron juntos toda la noche anterior paseando por la ciudad, haciendo el amor en Cala Medusa (tuvieron que esconderse allí porque el pueblo entero los detenía según caminaban para darle ánimos a Alex en los Juegos) y atesorando cada minuto. Priscila tenía casi diecinueve años, estaba en la universidad estudiando Periodismo, y sus padres no le pusieron problema y la dejaron pasar la noche con él.

A las cinco de la mañana, detuvieron las bicis cerca de la urbanización. No querían llegar al final. Costaba decir adiós, y tan solo era por unas semanas, pero costaba. Los dos se habían acostumbrado a la compañía del otro y a ambos les daba pena no poder compartir la aventura de Alex en Pekín.

Él quiso proponerle que lo acompañara; su familia conocía a Priscila de sobra y no pondrían inconveniente alguno, pero no se atrevió.

Ella quería acompañarlo; se encontraba a gusto con su familia, pero tampoco se decidió a plantárselo a Alex.

Así que se despidieron.

—Suerte en esas carrerillas que te esperan en el mundo del mandarín —le

dijo Priscila, bromeando.

—¿«Carrerillas» dices?

—Sí, carrerillas. Si las consideras así, ¿a que ya no imponen tanto?

—No, no lo hacen.

—Eres bueno, Alex. Nadar es lo que mejor sabes hacer. Vas a arrasar con todo, lo sé.

—¿Vas a verme?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada.

—También hay otras cosas que sé hacer bien —le dijo, poniéndose meloso.

—¿Como qué?

—Como besarte...

¿De qué color son las despedidas? ¿Las despedidas bonitas? ¿Las que hablan de próximos reencuentros y de acumular experiencias? Priscila, aquel adiós, lo vio rojo y blanco, como el verano entero, como las corcheras de las piscinas. Lo veía cada vez que se sentaba en el sofá del salón con su familia a ver nadar y ganar a Alex por televisión.

El salón de los Cabana tenía dos sofás bastante grandes: uno con *chaise longue* y otro sin él. Los padres siempre se acomodaban en el pequeño, por así decirlo, en el que no tenía el asiento alargado; los hijos se amontonaban en el grande los unos encima de los otros. Ni uno solo de los ocho integrantes de la familia (no podemos olvidarnos del gato) se lo perdió.

Se sentaban todos juntos y llenaban la estancia de comida, bebida, vítores, gemidos contenidos y algún insulto que otro. También se llenó de muestras de afecto. Como cuando Adrián cogía la mano de su hermana en los momentos de alta tensión. En los momentos en los que Alex parecía que se quedaba atrás, pero que luego recuperaba. Siempre recuperaba. Era un gran nadador. El mejor.

Todos apoyaron y animaron a su vecino sin reservas al ritmo de *Ella Elle L'A*, de Kate Ryan, *Merci*, de Duffy o *Don't Stop The Music*, de Rihanna. Y todos se levantaron y abrazaron a la pequeña de la familia cuando su novio ganó la ansiada medalla olímpica mientras ella se deshacía en un mar de lágrimas. De lágrimas de felicidad.

Somos como dos imanes que se atraen y repelen a la vez

En cuanto entro en la cocina y veo a mi mejor amigo desayunar solo, estoy segura de que le pasa algo. Algo peliagudo. Esa postura que tiene, medio tirado en la mesa sujetándose la cabeza con la mano, esas muecas de preocupación en su rostro... Lo conozco demasiado, llevo cuatro años conviviendo con él y solo con él, viviendo mi vida con él y compartiéndola únicamente con él.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunto.

—¿A mí? Nada

—Tú a mí no me engañas, a ti te ocurre algo.

—¿Y a ti?

Es su forma de cambiar de tema: hoy no voy a sacar nada de su boca. Y yo tengo tanto que decir...

—Nada. Ayer me acosté con Alex.

—¡Coño! —Se atraganta con la galleta que se estaba comiendo y bebe un sorbo de agua—. Joder, estas cosas se avisan. Pues empezamos bien el lunes.

—No sé por qué te sorprendes tanto, si fuiste tú el que me lanzaste a sus brazos.

Me siento a su lado y comienzo a beberme su café y lo poco que le queda del zumo de naranja.

—Joder, pues porque nunca haces ni caso de lo que te digo. Y menos tan rápido. No pensé que te tirarías a sus brazos cinco minutos después de hablarlo.

—Porque yo no me lancé —le explico—. Fue él.

—Joder, ¿en serio?

—Ajá.

—Joder, no entiendo nada. Ese St. Claire es para analizar con lupa. Nunca pensé que se acostaría contigo por iniciativa propia.

—Pero entonces... ¿por qué me dijiste que me lanzara?

—Joder, Pris, una cosa es que una tía se le lance y él no la rechace, a ver, reconozcámoslo, los tíos no solemos rechazar demasiados polvos, al menos la gran mayoría. Es una necesidad física. Pero otra cosa es que se te lanzara él. Estoy flipando. ¿Y qué ha pasado esta mañana? ¿Dónde está? Llevo un rato

aquí y no lo he visto marcharse. ¿Aún lo tienes en la cama? ¿Lo has dejado agotadito? Tiene que ser la hostia conseguir que ese borde se calle y solo salgan gemidos de su boca.

Sí, agotadito perdido lo he dejado. Y no estoy segura de haber conseguido del todo que se callara y solo emitiera gemidos. Suspiro de pura frustración.

—Esta mañana no ha pasado nada porque no ha llegado a existir un *esta mañana*. Se levantó en cuanto acabamos, observando mi habitación como si fuera la casa de Satanás y a mí como si fuera uno de sus esbirros. Se arrepintió al instante y me dijo que había sido un error.

—Joder. Bueno, pero ya te lo has follado. Ahora a otra cosa. ¿Tú estás bien?

¿Que si estoy bien? Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por llevar esta situación de la manera más digna posible y por fingir que el rechazo y la frialdad que mostró Alex después de acostarnos me importa mucho menos de lo que en realidad lo hace. Y a eso sumémosle lo que el hecho de haberme acostado con él después de tanto tiempo provoca en mi cuerpo y mente. Ha sido como probar el fruto prohibido. Alex es el fruto prohibido. Es mi perdición. Así que no. No estoy bien. Y por más que me repita que el sexo es solo sexo... Para mí nunca ha sido así. Y mucho menos con él.

—No pienso volver a acercarme a él —le digo, convenciéndome de ello—. Voy a mantenerme por lo menos a diez metros a la redonda de su posición.

—Joder, Pris. Vale.

—Es una promesa. Mira mis ojos —le digo, girándole la cara y colocándola enfrente de la mía a pocos centímetros—. Solo hay determinación.

—Joder. Vale.

—¿Te das cuenta de que el comienzo de tus ocho últimas respuestas ha sido «joder»?

—Joder, es verdad. Hoy no me lo tengas en cuenta.



Después de comer y de la sobremesa con mis padres (hoy hemos comido los cuatro solos), bajo a la playa con Jaime a dar un paseo; hemos estado toda la mañana y parte del mediodía trabajando en la tira cómica del periódico y

necesitamos relajarnos. Digamos que Pristy está un tanto... intensa. O quizás sea yo. ¿Y qué mejor manera de sosegar que con un baño? Tengo el calor metido en los huesos y me suda todo el cuerpo.

En cuanto llegamos a la playa, no hemos puesto los pies en la arena cuando nos encontramos con mi hermano Marcos y Alicia, que están sentados en dos toallas y apoyados en el pequeño muro de piedra que separa la playa del paseo. Tienen una cartulina enorme entre las piernas con dibujos de mesas redondas y nombres escritos por doquier. Supongo que se trata de la colocación de los invitados para el banquete. Le digo mentalmente a Pristy que se anote recordarme más tarde que eche un ojo a esas mesas para ver con quién van a sentarme.

Se incorporan para saludarnos y mi hermano, antes de que pueda decirle «hola», me cita al dichoso marido. A ese del que ahora sí que sí no quiero saber nada. En lo que respecta a Alex es como nadar a contracorriente.

—Menos mal que hoy no está Alex aquí, porque entre el día de las medusas y el del salvamento, le tienes al pobre temblando cada vez que pisas la playa. Se lo noto por las mañanas cuando desayunamos juntos.

—Sí, claro —exclamo con sarcasmo—, pobrecito, tiembla tanto que incluso...

La imagen de un perro, un perro que conozco demasiado bien, me interrumpe la frase cuando veo que se acerca corriendo hacia mí por el paseo de la playa. Salgo hasta el medio del paseo, me agacho y estiro los brazos para acogerlo. Escaneo mi alrededor, pero no parece que Alex esté por ningún sitio.

—Dark, ¿qué haces aquí solito? —le digo al perro con cariño mientras ambos nos rebozamos por el suelo.

—Se habrá escapado. —Marcos sale al paseo y se acerca a acariciar y saludar a Dark. Alicia y Jaime lo siguen—. Alex últimamente se queja de que se le escapa mucho.

—¿Dónde está Alex? —le pregunto.

Dark no ha venido hasta aquí buscándolo a él porque mi hermano me ha dicho que Alex no estaba trabajando hoy. Y, si no está trabajando, ¿cómo no se ha dado cuenta de que el perro se le ha escapado? ¿Está en otra parte? La curiosidad me puede, lo reconozco.

—Está en casa —responde mi hermano—. Esta mañana le han hecho una infiltración en la rodilla y suele estar jodido durante unas horas. No creo que pueda venir a buscar a Dark, ya se lo acerco yo.

—¿Infiltración de qué? —le pregunto, incorporándome del suelo.

—De plasma.

—¿Por qué?

Marcos suspira ruidosamente. Muy ruidosamente, y se pasa la mano por el pelo. Alicia me pone cara de lástima y le da una palmadita a su novio en el hombro. Genial. No me siento fuera de lugar ni nada. No, qué va. Aunque tampoco me amedrento. No he querido saber nada de Alex en cuatro años, ni de él ni de sus lesiones derivadas del accidente de esquí, pero ahora quiero saber por qué tiene que hacerse infiltraciones de plasma en la rodilla. Y eso no significa que vaya a cambiar mi opinión respecto a él. Solo quiero saber.

—¿Por qué? —repito. Jaime me coge la mano y sigue la conversación sin emitir sonido alguno.

Veo el momento en que Marcos cede.

—Por la lesión que se hizo esquiando y que acabó con su carrera de la noche a la mañana. Se jodió la rodilla, Pris, la rodilla y una ingle, pero, sobre todo, la rodilla.

Así que fue a causa de la rodilla. No lo sabía. No quise saberlo. O mejor dicho, en un primer momento no me dejaron saberlo, me engañaron, y luego solo deseé olvidarme de todo y seguir con mi vida. Ahora lo sé. Y nada ha cambiado. ¿O sí? ¿Por qué siento el corazón encogido en la caja torácica? ¿Por qué tengo ganas de llorar? ¿Por qué Jaime me aprieta la mano con más fuerza?

—Ya lo hago yo. Llevarle a Dark —le explico a mi hermano, al ver su mueca de incompreensión—. Necesito pasar un rato con él. Con Dark —aclaro.

—¿Seguro? —me pregunta Marcos con la frente cargada de dudas.

—Sí, seguro.

—Bien, voy a llamar a Alex para decirle que el perro está contigo y que no se preocupe.

—Vale.

Marcos saca el teléfono de su bolsillo y lo llama de inmediato. Escucho la conversación que mantiene mi hermano con Alex mientras le pregunto en bajito al perro sobre cuál quiere que sea nuestra primera parada.

—¿Alex?

—...

—*Dark está con nosotros.*

—...

—*En la playa. Ha venido corriendo hasta aquí.*

—...

—*Pues ha ido directo a Priscila.*

—...

Mi hermano comienza a descojonarse de la risa. Solo él sabe el motivo. Alicia cruza una mirada conmigo, a la que respondo con una sonrisa forzada, retiro los ojos y me encuentro con los de Jaime. Necesito airearme.

—*Sí, te lo lleva ella a casa.*

—...

—*¿Sí? ¿Qué? ¿Cómo? No te escucho bien.* —Marcos me quita la toalla que llevo en el brazo y comienza a restregarla por el teléfono móvil—. *Se corta, Alex, se corta.*

—Todo arreglado —exclama Marcos, sonriente, mientras guarda de nuevo el móvil en el bolsillo de su bañador.

—Genial, pues nos vamos a dar un paseo —le digo al perro.

—Yo me quedo aquí —me dice Jaime. Creo que piensa que necesito este momento a solas.

—¿Seguro que no quieres venir?

—No, tranquila, además, me apetece estar un rato a mi aire.

—Nosotros vamos a recoger a Hugo para ir a comer —le comenta mi hermano a Jaime—. ¿Te vienes?

—Creo que no —responde él tajante a la vez que comienza a andar en dirección contraria—. ¡Nos vemos luego, Cabanas!

—¡Pasadlo bien! —nos despide Alicia también al perro y a mí cuando nos alejamos por el paseo.

Sin dudarlo, vamos caminando, a ratos corriendo, a Cala Medusa; solo ese lugar puede darme la tranquilidad y la soledad que mi cuerpo y mi mente piden a gritos.

Nos metemos en el agua en cuanto llegamos. Me quito el vestido de tirantes que llevo puesto dos segundos antes de tirarme al agua de cabeza junto a Dark. Nos bañamos, nos refrescamos, nos reencontramos y jugamos dentro y fuera del agua, lo que provoca que ambos lleguemos a la casa de Alex cubiertos de arena. Y cuando digo cubiertos de arena, me refiero a que hay partes de mi cuerpo en las que no se me ve la piel, y del perro mejor no hablo. También estamos exhaustos.

Como la verja de la entrada está cerrada, llamo al pequeño interfono que hay en la pared. El sonido de la puerta metálica abriéndose llega un segundo después; es obvio que Alex sabe que somos nosotros. O eso, o deja entrar a

cualquiera a su casa sin preguntar. O tiene una cámara de vídeo espiando a los posibles intrusos. Miro alrededor y por encima de la verja, buscándola, pero no veo ninguna.

Cuando la verja se abre por completo y doy el primer paso hacia el interior de la vivienda, mil emociones pasan por mi cabeza, y por mi cuerpo. El último lugar en el que estuve antes de irme cuatro años atrás fue este. Este jardín. Un jardín que está igual a como yo lo había imaginado en mi cabeza en el pasado: la piscina azul. Los tablones de madera que la rodean adornados por un par de hamacas y las bolas blancas que compramos juntos a modo de iluminación. La hierba verde clorofila casi a ras de suelo. El pequeño saloncito formado por bancos de madera vestidos de blanco y azul marino y una mesa cuadrada enorme. Todo lo que planeamos para ese espacio que sería solo nuestro... está ahí.

Me niego a pensar en ello, así que sacudo la cabeza para expulsar las imágenes que habían comenzado a llegar y levanto la mirada. Es cuando lo veo a él, apoyado en el umbral de la puerta y con los brazos cruzados como si fuera el tío más estupendo del lugar.

Dark ya está en su posición, ladrándole con cariño a Alex y dando vueltas alrededor de él. Mis pasos, por el contrario, son cautelosos. Porque cada uno de ellos me está costando un mundo darlo. Y porque cuando lo he visto a él, todo se ha ido a la mierda, todos mis pensamientos, todas mis frustraciones, todos mis propósitos. Oh, el fruto prohibido.

¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Por qué tiene que sonreír así? ¿Por qué no me sonrío a mí así? ¿Por qué no interactúa conmigo como lo está haciendo con el perro? ¿Por qué no vuelve a dedicarme sus miradas? Esas que me abrazaban. Esas que me enamoraron.

—¿Dónde estabas? —me pregunta con acritud. Reconozco que su actitud es una bofetada a mis últimos pensamientos, pero también que me viene bien.

—Por ahí —respondo, distraída, deseando moverme y abandonar esta casa.

—Me ha llamado Marcos para decirme que traías a Dark hace cuatro horas.

¿Cuatro horas? Pues sí que se nos ha pasado el tiempo volando. No llevo reloj, pero no pensé que era tan tarde. Aunque ahora que veo el cielo, es verdad que está comenzando a atardecer.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

—Y dile a tu hermano que el truco de la toalla se lo enseñé yo —me dice,

ignorando mi disculpa. No sé ni para qué me molesto.

—Bien, se lo diré —le digo con cansancio en la voz. Estoy más que agotada de pelear con él.

Nos quedamos en silencio. Es uno de esos silencios incómodos, sí.

—¿Quieres pasar a darte una ducha? Tienes arena hasta en la nariz —me pregunta de repente.

—No, gracias —respondo algo sorprendida—, no quiero llenarte la casa de arena.

Es una excusa, claro, lo único que quiero es marcharme y así dejar de verlo mirándome de la manera en que lo hace. O dejar de verlo. Punto. También desconfió de su *amable* proposición. No me fío de él ni un poquito. Lo mismo luego me obliga a limpiar cada grano de arena con la lengua.

—Eso no me importa —me dice como si fuera la mayor obviedad del mundo.

—Yo no sé lo que te importa y lo que no —le respondo, mirándolo fijamente a los ojos.

Sentimos a Dark dar vueltas por el jardín, feliz de la vida. Alex lo llama y hace un gesto raro con el cuerpo. Con la pierna, para ser más exactos.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —le pregunto.

—No.

Me doy cuenta de que mi primera impresión de su postura echado sobre la puerta era equivocada, no está ahí por imagen, está por necesidad, se está sujetando en la pared.

—Estás apoyado en la pared dejando ahí todo tu peso, está claro que algo te molesta porque estás descansando.

—Estoy perfectamente —me asegura, cortante.

—Claro que sí. —Le doy la razón con ironía porque me niego a seguir intentando ser amable con él, no entiendo por qué me molesto una y otra vez —. Adiós, Alejandro.

Giro sobre mis talones y me marcho de allí sin mirar atrás. Sin embargo, no me voy a mi casa. No todavía. Al salir por la verja, me acerco al muro que hay enfrente de casa de Alex y me siento sobre él con las piernas cruzadas a disfrutar del atardecer, a ver el mar, el horizonte y a pensar en todo lo que siento. A dejarme llevar por las emociones una última vez antes de cerrarme por completo de nuevo. Antes de sacar a Alex de mi cabeza y de no volver a dejarlo entrar.

Creo que mi amor por él se coció a fuego lento, al principio me llamaba la

atención... no sé por qué, pero no era amor. ¿Qué podía saber yo del amor con cinco años? Con el transcurso del tiempo, según fuimos creciendo y besándonos por el camino, me di cuenta de que no quería hacerlo con nadie más, y lo intenté, que conste, pero él me gustaba como ninguno, me provocaba ese campanilleo en el cuerpo que el resto no, me gustaba todo él, me apetecía hasta comérmelo, bebérmelo por todas partes. Creo que se llama atracción. Creo que fue atracción lo que sentí por Alex desde el minuto uno; algo tendrá que ver todo ese rollo de los imanes que se atraen sin remedio, supongo que hay personas con las que nos sentimos más atraídos que con otras.

Me parecía el chico más interesante del mundo, me derretía cuando me miraba, me alucinaba que se hubiera fijado en mí con lo guapísimo que era, que quisiera besarse conmigo a pesar de todas las chicas que tenía haciendo cola. Y eso me hacía sentir bien.

Mis pensamientos, sin previo aviso, se ven interrumpidos por el sonido de unas zapatillas deportivas pisando la gravilla de la carretera. No necesito que la persona se acerque más a mí para saber que es Alex; hace mucho tiempo que mis sentidos aprendieron a reconocerlo a varios metros a la redonda.

Yo me encuentro mirando el mar y de espaldas a él. Y, aunque espero con ansia el momento en que se siente a mi lado, porque supongo que ha venido siguiéndome, ya sea para echarme de su propiedad o vete a saber para qué, me sorprende cuando siento que me rodea con sus brazos desde atrás y comienza a darme suaves besos por la oreja y por el cuello.

—Alex, no.

No puedo permitirme esto. No puedo.

—Hagámoslo una última vez —me susurra en el oído.

—Eso ya lo hicimos ayer.

—No, eso fue un «hola, cuánto tiempo», y esto es un «adiós».

—*Esto* no está bien.

—Solo una vez más. Una más —me suplica con la voz rasgada.

En contra de razonamiento alguno, no me permito dudar y me dejo llevar por última vez. O al menos eso es lo que dice mi cabeza, porque mi cuerpo no opina de la misma manera. Mi cuerpo piensa que estamos entrando en un terreno muy peligroso y que ya no va a haber vuelta atrás. Por eso siento la necesidad de recalcarlo.

—Esta será la última vez.

—Sí, la última —repite mientras mete las manos por debajo de mi camiseta y llega hasta mis pechos húmedos y llenos de arena.

Me arrastra con cuidado para bajarme del muro y me da la vuelta. Nuestros rostros quedan enfrentados, pero apenas nos miramos a los ojos. Supongo que los dos queremos evitarlos, cada uno por nuestros motivos.

Regresamos a la casa, caminando mientras metemos nuestras lenguas en la boca del otro y nos besamos con agresividad y desenfreno. Nuestras manos palpando cada palmo de nuestros cuerpos y mis pensamientos con un único propósito: disfrutar de él una vez más y olvidarme para siempre de nosotros juntos, sin arrepentimientos, sin gritos, sin venganzas. Solo sentirnos una última vez, sabiendo que lo es.

La verja de entrada se cierra en cuanto pasamos y, mientras cruzamos el jardín para meternos en la vivienda, no puedo evitar abrir los ojos de vez en cuando para ver por dónde vamos, aunque se nota que Alex sabe lo que hace y que conoce cada centímetro de esta casa. Yo no lo hago. Y tan solo ese pensamiento es como una espina clavada en mi corazón. Él va de espaldas y yo de frente, y en ningún momento duda o trastabilla, aunque sí noto que tiene dificultades para caminar.

Entramos y la puerta se cierra de un golpe seco cuando Alex me apoya en ella y comienza a desnudarme. No quiero hacerlo contra una pared, me niego a que sea así mi último recuerdo con él, me niego a que sea de esta manera nuestro último encuentro sexual. ¿Quiere que tengamos una última vez? Bien, pero será en su cama, en la que fue nuestra cama. Aunque sea contraproducente para mí, aunque mi cabeza me esté gritando «no, ahí no. No subas ahí ni por toda la brillantina del mundo».

Me aparto de la puerta, moviéndolo conmigo, y enfilo camino hacia las escaleras. Alex, al ver mi movimiento, duda, deja de besarme y me mira a los ojos, ojos que lo están esperando. Nos mantenemos la mirada hasta que acaba por rendirse y permite que lo guíe. Y lo hago despacio, porque lo he visto cojear una vez más y no quiero que se haga daño.

Subimos por las escaleras, deshaciéndonos del resto de la ropa, de la parte de arriba de mi bikini y de su camiseta y sus pantalones, y cuando estamos a punto de entrar en el dormitorio, me doy cuenta de que es posible que la que era nuestra habitación ya no sea su habitación, pero entro de todas maneras. Un vistazo rápido a la estancia abuhardillada me dice que sí, que sigue siéndolo, aunque ya no quede nada de lo que hubo una vez.

Llegamos al borde de la cama, yo, con la parte de abajo del bikini y Alex con tan solo el bóxer puesto. Lo sujeto con cuidado por los hombros y lo siento en el colchón; tengo miedo a que se haga daño en la pierna, lo he visto

intentar reprimir dos muecas de incomodidad y no soportaría una más.

Empujo con suavidad sobre su pecho hasta dejarlo tumbado por completo, expectante de mi próximo movimiento, y, por increíble que parezca, dejándose hacer. Acercó las manos a su ropa interior y él enseguida levanta las caderas para ayudarme a deshacerme de ella. La tiro al suelo y, a continuación, me quito la braga del bikini ante su atenta mirada, ante sus ojos negros que brillan como hacía tiempo que no los veía resplandecer, y la dejo caer junto a su ropa.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas y comienzo a acariciarlo por todas partes, por el pecho, el abdomen... Voy bajando y a punto estoy de detenerme cuando escucho sus gemidos, intensos y roncós, porque creo que no voy a aguantar más y necesito tenerlo dentro de mí, pero no lo hago; quiero seguir tocándolo un poco más.

Alex tampoco parece tener prisa, lo tengo a mi disposición y lo veo disfrutar, cerrar los ojos de puro placer, mover la cabeza hacia ambos lados, sujetar las sábanas con fuerza hasta que se le marcan los nudillos blancos, hasta que nuestros sexos se rozan por un descuido mío. En este momento, se acabaron los preliminares. Alex se incorpora y acerca mi rostro al suyo con un movimiento rápido, me besa y masajea mis pechos entre gruñidos y respiraciones agitadas.

—El preservativo. Pónmelo. En el primer cajón —me dice sin dejar de comerme los labios y de acariciarme de arriba abajo.

Hago lo que me dice y me levanto para llegar a la mesita al lado de la cama. Abro el primer cajón y saco la caja de preservativos. Cojo uno y le quito el envoltorio. Cuando me giro hacia Alex, veo que no ha apartado la mirada de mí. Me acerco a él de nuevo y se deja caer en la cama antes de me suba encima de él. Sujeto su sexo y le pongo el preservativo sin dejar de mirarlo. Lo hago despacio, no sé si porque quiero llevarlo al límite o porque no quiero que este momento se acabe nunca.

Al terminar, me coloco encima y me dejo caer con lentitud, cerrando el momento con un grito por parte de los dos. Mi intención es quedarme en esta postura y montarlo, pero Alex no me lo permite y me empuja hacia su pecho comenzando a besarme en cuanto tiene mis labios a su alcance.

Nos movemos despacio, disfrutando de la fricción, incluso saliendo y volviendo a entrar, hasta que no lo aguanto más. Y no me refiero a físicamente, me refiero a emocionalmente. No puedo seguir con esto. Esto no es una última vez, joder, es... es... Comienzo a moverme con rapidez para que los dos acabemos lo antes posible. Y lo hacemos, lo hacemos en otro orgasmo

sincronizado que parece no tener fin.

Un segundo después, me incorporo y me tumbo en el colchón boca arriba, no necesito tener más intimidad con él. Enseguida noto la arena por las sábanas; mierda, lo habré dejado todo hecho un desastre. Siento como Alex se quita el preservativo y lo tira al suelo. Se coloca de lado, dándome la espalda, y el silencio nos engulle una vez más. Estoy a punto de levantarme cuando escucho su voz adormilada.

—¿Por qué me has llamado Alejandro cuando te has despedido?

La pregunta me sorprende. Y no tengo respuesta. Me ha salido, sin más.

—No lo sé.

—Ha sido como un sopapo. Como volver al pasado. A cuando me llamabas así para meterte conmigo. No lo hagas nunca más, Priscila. Ese chico ya no existe. Ni quiere existir. Esto es solo sexo. Era un puto pícor que tenía que quitarme de encima.

No le contesto. Me quedo en silencio, esperando a que se precipiten los gritos y las recriminaciones por mi parte, pero no llegan. Porque Alex puede destilar el odio de medio mundo contra mí, pero la realidad es que jamás lo había visto tan vulnerable como en este momento.

Me acerco a él para despedirme sin rencores y que así podamos seguir con nuestras vidas, pero me doy cuenta de que se ha dormido. Dios, tiene que estar al borde de la extenuación para dormirse en un momento como este. Le acaricio el pelo con suavidad y me trago la lágrima que estaba a punto de salir.

Ay, Alex. Mi Alex. Mi chico. Cuánto te quise.

Me levanto de la cama y entro en el baño para asearme. Cuando termino, no apago la luz, la dejo encendida y con la puerta entornada. No tengo ni idea de si Alex sigue haciéndolo, pero prefiero que se levante y apague la luz asqueado a causa de mi desconocimiento sobre la superación de sus miedos a que se despierte en la oscuridad y se sienta perdido y asustado. Lo miro por última vez antes de irme y veo que Dark reposa a sus pies. No había entrado hasta ahora, se ve que lo tiene bien educado. Me acerco para acariciarlo, darle unos cuantos besos y despedirme de él.

—Cuídalo, ¿vale?

Dark saca la lengua y mueve la cola en respuesta.

Voy recogiendo mi ropa por el camino y poniéndomela. Hay arena por todas partes, es como un rastro que hemos ido dejando del camino recorrido. Me fijo en las paredes desnudas del pasillo y recuerdo que antes ahí

descansaban los triunfos de Alex en la natación: las fotos, las medallas, los diplomas. Ahora están vacías. Desnudas.

Bajo las escaleras y entro en la cocina a beber un vaso de agua antes de marcharme. La imagen de esa estancia tan idéntica a la del pasado —ahí no ha habido cambios— es como un bofetón. Supongo que el mismo que ha sentido Alex cuando lo he obligado a regresar al pasado llamándolo Alejandro. En esa cocina con los muebles de madera del mismo color que el mar Mediterráneo pasamos la mayor parte de nuestra vida de casados, era de lo poco que estaba montado cuando entramos a vivir.

Mientras me acerco al grifo para beber agua, me llama la atención la caja de pastillas que tiene Alex en la encimera. Parecen calmantes. ¿Se los habrá tomado? ¿Le dolerá la pierna? Entonces pienso que, teniendo en cuenta que se ha quedado dormido en cuanto hemos terminado, lo más probable es que sí se las haya tomado y que tanto esfuerzo físico haya acabado por derribarlo.

Y ahora la que me derrumbo soy yo, mientras abandono la casa. Casa que me niego a observar más. No puedo hacerlo.

Me derrumbo por cómo lo he notado sufrir por la pierna, por cómo cojeaba, porque algo muy malo le sucedió y he querido negármelo y silenciarlo con el sexo que acabamos de tener, pero no puedo evitarlo más, y lo que he visto no se me va a olvidar nunca. El Alex lesionado se va conmigo a Boston. Tantos años negándomelo, evitando leer nada que tuviera que ver con su accidente en los periódicos, para acabar así, viviéndolo en primera persona.

Me permito llorar por ello de camino a mi casa. Lo necesito.

«Anda, vámonos a casa, Pris. Yo te arropo».

Pristy, la ardilla. El día de la última vez.

Verano de 2009

Alex regresó de Pekín con una medalla de bronce en estilo mariposa y con unas ganas irrefrenables de pedirle a Priscila que fuera su novia, aunque, para qué negarlo, lo eran desde un par de veranos atrás.

La había tenido en su cabeza en todo momento en los Juegos Olímpicos y quería que estuviera a su lado en los siguientes. Quería que estuviera a su lado como novia. Eso era algo que nunca le había importado antes, pero es que con Priscila le apetecía hacerlo todo, pasar por cada fase y no dejarse nada. Y necesitaba estar seguro de que su chica sentía lo mismo. Lo consultó con el agua y decidieron que Alex podía hacer ambas cosas: nadar y estar con Priscila.

Se lo propuso en cuanto regresó de Pekín, bueno, proponer..., más bien lo afirmó:

—Oye, Reina del Desierto...

—No me llames así, Alejandro —lo interrumpió ella mientras se subía a sus muslos y lo abrazaba por el cuello una tarde que descansaban sobre la arena de Cala Medusa.

—Tú sabes que somos novios, ¿verdad? —prosiguió él sin hacerle caso.

Priscila lo miró con intensidad.

—Pues claro —le respondió, evitando a duras penas una sonrisa.

—Bien.

—Bien.

Alex y Priscila ya estaban enamorados el uno del otro con locura. Con un amor de esos de juventud que quitan el aliento, que es bonito, puro y sincero, que se les sale por cada poro de su piel, que se graba a fuego en el corazón y se torna inolvidable. Había sucedido sin que se dieran cuenta, pero había sucedido, al fin y al cabo. Y no estaban dispuestos a pasarlo por alto.

Podría decirse que llevaban enamorados desde la pubertad, pero es que ni ellos sabían cuándo ocurrió.

Alex pensaba que fue poco a poco, como gotas de agua que caen en un vaso, o en una piscina. Priscila era las gotas de agua que fueron cayendo en su corazón hasta que se colmó y supo que se había enamorado.

Priscila tampoco reconocía el momento exacto en que surgió su amor por Alex, solo que se fue enamorando de él sin remedio: de sus ojos oscuros, de su pelo, de sus hoyuelos, de su sonrisa, de ir conociéndolo. Porque Alex no se

dejaba ver a primera vista y, aunque iba de arrogante y atrevido, era muy reservado. Y para ella lo más bonito era precisamente eso, ir descubriéndolo por dentro y ver que era tan precioso ahí como por fuera; que detrás de esa sonrisa de canalla había un gran corazón, que detrás de esa pose de indiferencia y de prepotencia había un chico normal, un chico que también se había enamorado de ella por increíble que pareciera.

El verano de 2009 llegó tras un invierno largo en que Alex seguía viviendo en Madrid; su trabajo así lo requería. Si tras las Olimpiadas de Atenas su nombre se oía en cada charloteo deportivo y en las noticias, ahora, el efecto Alexander St. Claire era imparable: periódicos, revistas, telediarios, programas de televisión... estaba por todas partes, a pesar de que él lo único que quería era pasar sus vacaciones de verano relajado y tranquilo en su pueblo con su gente y con su Reina del Desierto.

Claro que, si pensaba que podía estar «relajado y tranquilo» en una localidad de diez mil habitantes, todos deseosos de hablar con el campeón olímpico, el héroe del pueblo, se equivocaba. Hasta que su queridísima novia tomó cartas en el asunto. Fue algo de fuerza mayor.

La primera vez que lo hizo también coincidió con la primera vez que Priscila se colaba por la ventana de la habitación de Alex. Este siempre la abría en cuanto se despertaba por la mañana y no le costó demasiado subir, teniendo en cuenta que había una hilera de escalerillas hechas de cuerda desde el suelo hasta la ventana. Priscila se apuntó mentalmente que le preguntaría a su vecino sobre ello.

Alex salía del baño; acababa de darse una ducha cuando vio a Priscila sentada en la cama con un par de revistas en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, más contento que sorprendido.

—Me he colado por la ventana y he venido a raptarte.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

—De todo.

Alex sintió la excitación recorrerle el cuerpo y concentrarse en cierta parte. Priscila, que vio como crecía la tienda de campaña bajo la toalla que su vecino llevaba anudada a la cintura, se desternilló de la risa y lo agarró para tirarlo en la cama.

—¿Están tus padres en casa?

—No.

—Bien, porque tengo algo pensado para antes del rapto.

Hicieron el amor entre risas y gemidos incontenidos. Y, después, en la

comodidad de su cama, ambos abrazados, Priscila le preguntó a Alex sobre las escaleras.

—¿Por qué tienes una escalera cutre de cuerda bajo tu ventana?

—La puse de pequeño. Solía tener pesadillas sobre monstruos que entraban por la puerta de mi casa. Era una vía de escape rápida. Y ahí se ha quedado.

—¿Y no se te ocurrió pensar que si tú podías bajar por ahí el monstruo podría utilizarlas para entrar en lugar de la puerta?

—Joder —bufó en broma—, menos mal que no te conté esto con nueve años. No has subido por la cuerda, ¿verdad?

—Mmm... sí.

—Mierda, Pris, eso lleva ahí como mil años, no puedes fiarte de su estabilidad.

—¿Nunca la usaste?

—No. El monstruo no apareció.

—Pues funcionan.

—Es bueno saberlo.

Priscila, a regañadientes, se levantó de la cama y comenzó a vestirse mientras pensaba que, por si acaso, solo por si acaso, Alex sentía en algún momento la necesidad de huir, dejaría la ventana de su habitación abierta. Para siempre.

—¿Quieres que bajemos por la cuerda para que veas lo que resiste? —le preguntó a Alex.

—Mejor vamos por la puerta —le contestó él mientras se ponía unos pantalones.

—Bien.

—Anda, vamos —le dijo, dándole una palmada en el trasero—, raptora de pacotilla.

—Eres mi primer rapto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alex, poco después, al ver que Priscila arrancaba a andar calle abajo sin bicicleta.

—Al tren.

—¿Al tren?

—Ajá, ¿sabes lo que es un tren, Alejandro?

—Pero qué graciosa estás hoy —le dijo, cogiéndole el culo, achuchándose y dándole un beso, de los que hacen ruido, en la mejilla—. ¿A dónde vamos en tren?

—No lo sé. La idea es montarnos y bajarnos en alguna parada que nos resulte interesante.

—Mmm... me gusta.

—Si no lo hiciera, te iba a dar igual. Recuerda que esto es un rapto.

Llegaron a la estación en el instante en que uno de los trenes salía, así que tuvieron que subirse a todo correr. Ni siquiera sabían a dónde iban, pero no les importaba.

Subieron, se sentaron uno junto al otro y leyeron en una pantalla que colgaba del techo la información sobre las siguientes paradas.

Eligieron una bastante lejana de su hogar, pero se bajaron en otra todavía más remota. El trayecto duraba un par de horas y se quedaron dormidos. Ella apoyada en el cristal de la ventana y él, sobre el regazo de ella.

Cuando despertaron, bajaron como rayos del ferrocarril. Por suerte, aún era temprano y tenían todo el día por delante. Llegaron al pueblo y se detuvieron a tomar un desayuno tardío en un establecimiento que, por su decoración y los dependientes, parecía sacado de los años sesenta.

Pasaron el día recorriendo el lugar e internándose en las afueras, en el bosque. Encontraron un riachuelo y se metieron al agua, a pesar de que les cubría por la rodilla. El binomio formado por Alexander St. Claire y el agua podía dar mucho juego. Y tanto que lo daba. Priscila también lo pensó, sobre todo cuando sus pantalones desaparecieron por arte de magia.

La muchacha aprovechó el momento de relajación de después de hacer el amor para sonsacarle más información a Alex:

—¿Construiste tú solo esas escaleras?

—¿Qué es lo que me quieres preguntar en realidad? —En aquella época, Alex ya veía venir a su vecina de lejos.

—¿Hasta dónde llega tu miedo a la oscuridad?

Alex suspiró.

—Hoy en día lo tengo bastante superado. Solo... no me gusta la oscuridad. No puedo estar sin luz. Nunca.

—¿Por qué? ¿Qué sientes?

Priscila quería entenderlo para poder ayudarlo.

—Mis padres viajan mucho por trabajo —le explicó—, lo hacen desde que tengo uso de razón. Siempre me quedaba al cuidado de mi hermano. Tiene diez años más que yo, pero no era más que un crío. Me dejaba ver películas de miedo con él y luego tenía que dormir solo porque se supone que eso es lo que hacen los hombres.

—Tu hermano es idiota.

—Un poco sí. Me metía en la cama aterrado, todavía lo recuerdo. Veía monstruos por todas partes. Sé que no existen, que no pueden hacerme daño, pero, aun así, odio la oscuridad.

—Lo entiendo.

Priscila se tumbó en el fondo rocoso del riachuelo e instó a Alex a que lo hiciera con ella. Metieron la cabeza debajo del agua mientras miraban hacia el cielo; ella sabía lo que necesitaba su vecino: en el agua se sentía seguro.

A la vuelta, justo antes de llegar a la estación, se dieron cuenta de que un perro los seguía. Se detuvieron y lo examinaron. Estaba muy flaco. Y sucio. Demasiado. Priscila sacó restos de comida de la mochila que llevaba colgada a la espalda y que Alex y ella se habían turnado durante el día, y se los dio al animal, que los devoró casi antes de que el bocadillo llegara a su hocico.

—Lo han abandonado —dijo Alex.

A Priscila se le anegaron los ojos de lágrimas. No entendía ese tipo de actuaciones humanas. Su hermano Hugo era veterinario, hacía poco que se había licenciado, y no dudó en coger el perro en brazos y llevarlo hacia el tren. Hugo tenía que echarle un vistazo.

—Pris, ¿qué haces? —le preguntó Alex.

—Llevarlo a casa.

—No permiten animales en este tren.

—Pues que me echen.

Y así fue. Por suerte, cuando sucedió, cuando el inspector encontró el perro en los pies de Alex y Priscila, habían recorrido mucho más de medio trayecto, aún quedaba una caminata hasta casa de más de dos horas andando, pero no les importó. Ya llegarían.

Se turnaron para llevar al perro en brazos; el pobrecito no podía ni andar, y se detuvieron para descansar en cuatro ocasiones. Dieron de beber al animal de la botella de agua que llevaban en la mochila y lo llenaron de caricias.

En una de las paradas, Alex se tumbó de espaldas en el suelo del camino, subió las rodillas y sentó a Priscila encima de su pelvis. El perro, tumbado a su lado, movía la cola de felicidad. Alex sujetó las manos de su vecina y le dijo lo que llevaba meses con deseos de gritar:

—Te quiero.

Priscila sintió otro de sus famosos bum, se agachó y lo besó con el corazón en la garganta hasta que el pequeño a cuatro patas comenzó a chuparles los rostros.

Llegaron a casa pasadas las diez de la noche y los tres fueron directos al encuentro de Hugo.

—¡Hugo! ¡Hugo! —gritaba ella por toda la casa.

—Priscila, ¿qué pasa? —preguntó la madre de Priscila.

—Hola, María —la saludó Alex.

—¡¡¡Hugo!!!

—¿Qué ocurre, loca? —le dijo su hermano al verla.

—¿Puedes echarle un vistazo?

—¿A qué?

Alex les mostró el animal que temblaba en sus brazos.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Hugo con preocupación.

—Abandonado por ahí —respondió Alex.

—Déjame.

Toda la familia se trasladó al salón y observó a Hugo examinar al animal. Al terminar, estaba claro que el bichillo se quedaba en la familia, pero ¿en cuál de las dos? ¿Con los Cabana? ¿O con los St. Claire?

Hicieron un trato justo: lo compartirían. Y así fue. El animal comenzó a vivir entre ambas familias, tan pronto se metía en una de las viviendas como en la otra. Tanto los padres de uno como de la otra estuvieron conformes con dejar al perro en casa. El que más inconvenientes puso fue el gato...

Alex y Priscila se pasaron el verano entero viajando en tren —excepto por la segunda quincena de julio, en la que Alex tuvo que viajar a Roma para los Mundiales—. Cada día iban a un lugar diferente, todos ellos desconocidos. Y en cada uno hacían algo diferente. Y escuchaban algo diferente: *Poker Face*, de Lady Gaga, *I Gotta Feeling*, de Black Eyed Peas o *Estoy enfermo*, de Pignoise.

La última parada fue en una localidad a cien kilómetros del pueblo. Vieron el lago desde la ventana y no pudieron resistirse. Alquilaron una embarcación pequeña, muy pequeña, una balsa, vamos, unos cuantos maderos unidos, y navegaron por los alrededores. Ambos se habían criado en un ambiente costero y se manejaban bien en la barca. Movieron los remos acompasados hasta que se detuvieron en medio de la nada a tomar el sol y relajarse con el ir y venir de las olas. Perro incluido. Dark, lo llamaron, por una mancha negra que le rodeaba el ojo de color miel.

Casi siempre lo llevaban con ellos en sus excursiones. Solían meterlo en un trasportín que les había prestado Hugo, pero cuando Dark no quería viajar ahí lo escondían bajo sus pies hasta que los descubrían y los echaban. Y esos

ojos del nuevo miembro familiar fueron los que dieron el color a Priscila de ese verano: miel.

¿Una tregua en alta mar?

—¡Felicidades, papá! —Me lanzo a los brazos de mi padre en cuanto piso el último escalón de las escaleras de mi casa y le doy un abrazo de oso.

Lo hago porque hoy es su cumpleaños, su sexagésimo cumpleaños, pero también porque es una excusa para sentirme protegida y, a la vez, dejar ver mis sentimientos, ya que desde que he llegado a mi pueblo natal no he podido mostrarme como soy ni expresarme con libertad. Y, sí, me refiero a Alex. A que once días atrás —once días en los que no hemos coincidido—, cuando tuvimos aquella «última vez», me hubiera gustado abrazarlo más y besarlo por todas partes, pero no pude hacerlo. Me he dado cuenta de esa terrible verdad en estos días.

¿Me estoy volviendo loca? ¿Es eso? ¿Me estoy volviendo loca por desear a Alex como si nada hubiera sucedido entre nosotros? ¿Como si no me hubiera roto el corazón cuatro años atrás y destrozado la vida? ¿Por qué cuanto más lo pienso más siento que aquello que ocurrió ha perdido valor? ¿Cómo puede ser que algo que en su día decidió mi destino ahora me parezca... menos importante? O incluso... ¿perdonable? ¿Es porque ya no tengo veintidós años y he madurado? ¿O acaso las bolas de demolición se convierten en granos de arena con el paso del tiempo?

Y la pregunta que más me asusta y la que más ansío saber es: ¿por qué deseo con todas mis fuerzas que Alex me quiera? ¿Que me quiera como sé que hacía en el pasado? Aunque... ¿lo sé? ¿Me quería? Mi corazón me dice que sí, que es imposible fingir un amor como el que él sentía por mí, pero, entonces, ¿qué fue lo que sucedió? ¿Se cansó de mí? ¿Se le acabó el amor? ¿Yo no era suficiente para él? ¿Era demasiado inmadura? ¿Por eso hizo lo que hizo?

Sacudo la cabeza y me desembarazo de los brazos de mi padre; también me hago una promesa: nada de pensar hoy en Alex.

Cada año, por el cumpleaños de papá, cogemos prestado el yate de un amigo de la familia desde tiempos inmemorables y pasamos el día entero navegando. Es tradición en los Cabana y recuerdo los días en el mar con mis padres y hermanos con anhelo. Mi padre siempre se ha cogido vacaciones el día de la celebración de su nacimiento y hoy, viernes, no iba a ser diferente. Todos nos hemos cogido el día libre en el trabajo.

—¿Estamos listos? —nos pregunta mi madre.

Hago un conteo rápido: mamá, papá, Adrián, Marcos y Jaime.

—¿River y Hugo? ¿Y Alicia? —pregunto en alto, omitiendo el nombre de mi otra cuñada, *la encantadora*, aunque sé que, sin duda, también vendrá. Nunca se pierde el cumpleaños de mi padre e inexplicablemente es de los pocos días que está de buen humor. Su relación con mis padres es buena de verdad. Sincera. Nunca lo he entendido.

—Hemos quedado con ellos en el puerto —me explica mi padre.

—Pues en marcha —apunta Marcos de camino a la puerta de casa.

—Yo no he desayunado —les digo. Me he levantado temprano, duchado, puesto el bikini y una camiseta verde fosforita por encima y he bajado preparada.

—Desayunas allí —me dice mi madre.

—Bien —acepto, quitándole a un Jaime muy muy dormido una tostada de sus manos.

Salimos de casa y vamos hacia el puerto a pie dando un paseo matutino dominguero. Son las ocho de la mañana y el sol despunta por el horizonte como la gran bola de fuego que es, y más en este pueblo. Voy en camiseta de tirantes, pero no necesito ponerme nada por encima porque desde esta hora hace calor. No es un calor sofocante, es bastante agradable de hecho, pero es calor.

Camino feliz durante veinte minutos hasta que llegamos al punto de encuentro y veo a lo lejos, muy a lo lejos —pero es que lo reconocería a cien metros de distancia—, un grupo de personas del que sin duda forman parte River, Hugo, Alicia, Catalina y... Alex.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto, deteniéndome al momento en medio de la calzada.

—¿Te refieres a tu marido, hija?

—¡Papá! —lo recrimino por el comentario—. No es mi marido.

—Los St. Claire vienen con nosotros a celebrar el cumpleaños de tu padre. Lo llevan haciendo desde hace varios años —me explica mi madre.

¿Qué? ¿En serio? Le lanzo una mirada recriminatoria a Adrián. ¡Tenía que haberme avisado!

—¡Pensé que lo sabías! —se defiende mi hermano.

—¿Crees que habría venido de haberlo sabido? ¡Es Alex!

—¡Por supuesto que habrías venido, es el cumpleaños de tu padre! —me grita mi madre, zanjando el asunto.

—Priscila, no me provoques. —Adrián se acerca a mi oído y me habla entre susurros—. No me obligues a mencionarte lo que vi hace once días

mientras pasaba de casualidad por casa de Alex. Te daré una pista: justo os metíais dentro enrollándoos como dos desesperados.

Me aparto escandalizada porque no me puedo creer que nos viera y ¡que no me dijera nada!

—¿Por qué no me habías dicho que nos viste?

—Porque estaba esperando a que tú me lo contaras.

—Qué desastre... —expreso por toda la situación en general a la vez que niego con la cabeza y me llevo la mano a la frente.

—Quedamos mañana a primera hora en tu cuarto para hablar. Yo también tengo que contarte algo.

Ya me había dado cuenta de que Adrián lleva unas semanas un tanto extraño; me esquivo y no habla demasiado conmigo, y eso no es normal. No he querido presionarlo porque sé que, como yo, en ocasiones necesita su tiempo. Y tampoco he querido contarle lo de Alex por miedo a que no lo entienda y me censure. Por miedo a que diga en voz alta lo que yo me empeño en silenciar: que esto es una locura. Una de las que arrasan con todo y no en el buen sentido.

Y, hablando de raros, otro que está irreconocible es Jaime. Le pasa algo seguro, pero no suelta prenda. De momento. Voy a tener que ponerme en serio con él.

Adrián y yo compartimos una mirada y un «ya hablaremos» que no tiene vuelta atrás. Arrancamos de nuevo y nos acercamos a donde nos esperan los demás; sin embargo, Jaime y yo, a causa de mis pequeños —pequeñísimos— pasos, nos quedamos atrás, pero de nada sirve, porque en tres minutos nos encontramos —ellos y nosotros— en un círculo enorme, saludándonos con dos besos o con un estrechamiento de mano, depende del destinatario.

Les doy dos besos a los padres de Alex y pregunto por John, que, al parecer, está de viaje por trabajo. Inmediatamente después, saludo a mis hermanos y a Alicia con un abrazo y a Catalina con un «hola» y una sonrisa forzada. Y en último lugar...

—Priscila —me dice Alex con un levantamiento de barbilla.

—Alejandro —respondo de la misma manera antes de darme la vuelta para no ver la expresión de su rostro.

No sé muy bien por qué lo he dicho; me ha salido solo. Su nombre en realidad es Alexander, no Alejandro, pero en el pasado solía llamarlo así cuando quería devolverle las pullas por todos sus «Reina del Desierto». Y creo que ese es el motivo por el que me dirigí de esa manera a él el día que fui

a su casa a dejar a Dark, el día que ocurrió lo que... ocurrió. No le gustó nada y me dijo que no lo hiciera más. Y creo que por eso he vuelto a hacerlo. ¿Insubordinación? Dios, no hay quien me entienda.

Me voy derecha a la embarcación de recreo; a pesar de los años, conozco el camino. Subo la primera al navío y me aparto a un lateral mientras los demás vienen detrás de mí. El último en subir es Alex y, en cuanto lo veo, me coloco enfrente de él y entorpezco su paso evitando que pueda avanzar. Hoy es el cumpleaños de mi padre y por nada del mundo quisiera estropeárselo con mis problemas conyugales.

—¿Qué te parece si tú y yo hacemos una tregua? —le digo a la vez que le ofrezco la mano—. ¿Solo por hoy?

Alex no me responde, se me queda mirando con atención y escudriñando algo en su mente.

—¿A qué te refieres con tregua? Defínelo —responde por fin.

—A que nos comportemos como... como...

Vale. ¿Como qué?

—¿Marido y mujer? —sugiere.

—¡No! —Me entra la tos y todo por la sugerencia—. No creo que tengamos que llegar a esos extremos, me conformo con que nos comportemos de tal manera que mi padre esté feliz en un día como hoy. No quiero estropearle el cumpleaños —me sincero.

—¿Que tu padre esté feliz? Creo que eso implica que *nos comportemos* — recalca mis palabras— como marido y mujer. Créeme.

Lo sé, vaya si lo sé, pero esa no es una posibilidad ni para mí ni para Alex.

—¿Podemos tan solo intentar ser... civilizados?

—Está bien —me dice, ofreciéndome su mano—, pero no te me acerques mucho.

—Descuida —respondo retirando con rapidez mi mano de la suya.

Lo que he sentido al tocarlo... «¿Tú no lo sientes, Alex?», le pregunto con la mirada. Como única respuesta, me aparta con algo de tacto de su camino y se reúne con su familia y la mía. Muy civilizado, sí. Genial. Va a ser un día espectacular. De los de recordar.

—Ven, hermanita —me dice Adrián, pasándome el brazo por los hombros—, te invito a un desayuno con de todo, creo que lo necesitas.

Nos tomamos un café bien cargado, un zumo de naranja y dos (bueno, vale, tres) donuts naturales mientras mi padre y el de Alex se ponen al timón y arrancan el motor; nuestras madres los acompañan y el resto de mis hermanos,

junto a Jaime, Alex y mis dos cuñadas, disfrutaban de las vistas del mar al que nos dirigimos. No sé cuántas horas de mi vida he dedicado a contemplar estas aguas, pero nunca parecen ser suficientes. El mar Mediterráneo está metido en mi sistema. Recorre mis venas. Forma parte de mí.

Tardamos dos horas en dar un rodeo por los alrededores y una hora más en llegar a la pequeña cala de siempre, la favorita de papá. Detenemos el yate cerca de la costa y nos lanzamos al agua todos los hijos al completo —los padres se quedan a bordo— a refrescarnos sin pensarlo.

Una vez en el agua, mi amigo y yo nos separamos sin disimulo del resto para ir a lo nuestro. No es que no queramos integrarnos en el grupo, pero hay momentos que queremos compartir los dos solos. He nadado con mis hermanos en estas aguas millones de veces, pero con Jaime no. Y una de las cosas que más nos entusiasmaba de este viaje era experimentar juntos cada aventurilla que yo le había contado de mi pueblo. Aunque reconozco que este chapuzón ya no es demasiado atrayente para él. No se baña muy convencido después de mi experiencia con la medusa.

—¿Tú sabes todo lo que puede haber por aquí debajo? —me dice, señalando el agua a nuestros pies.

—No hay ni media milla de distancia de aquí a la playa, no creo que estemos demasiado profundo, así que, cuenta solo por *ahí debajo* —le digo, apuntando con la mano el fondo del mar como ha hecho él un instante antes— con unos cuantos peces y poco más.

—¿Tú sabes la cantidad de criaturas que abarca la palabra «peces»? Desde un pez payaso de ocho centímetros hasta un tiburón ballena de doce metros de largo. Por cierto, ¿tocas fondo? —me pregunta a la vez que escuchamos el grito de júbilo de alguno de los chicos. Me suena a Hugo.

Ambos nos giramos y vemos como Alex y la mayoría de mis hermanos realizan saltos de cabeza desde la popa del yate para ver quién llega más lejos mientras Alicia los anima desde el agua. A River y Catalina no los veo. Estarán discutiendo por ahí. O ahogándose el uno al otro. Jaime y yo volvemos a lo nuestro.

Jaime me mira a la espera de una respuesta a su pregunta. La verdad es que no sé si toco fondo o no. Siempre que navegamos venimos a esta cala, pero me da la impresión de que, en esta ocasión, estamos algo más lejos que otros años.

—Vamos a comprobarlo. Y..., Jaime —añado—, no pronuncies la palabra «tiburón ballena» mientras nos bañamos en el mar.

Cojo aire y me sumerjo en el agua dispuesta a bucear y llegar hasta el suelo, pero, por más que bajo y bajo, me quedo sin respiración antes de llegar, así que subo de nuevo.

—¿Has tocado? —me pregunta Jaime en cuanto emerjo.

—Casi.

—Joder, eso es que no y de largo, yo me subo al barco, que no me fio ni un pelo de los pececitos grandes que pueden estar rodeándonos sin que lo sepamos. Y mira aquellos, tan felices, como si no se estuvieran jugando la vida —me dice señalando a mis hermanos—. Sois todos unos inconscientes.

¡Será exagerado! Voy detrás de él, entre risas y aguadillas, y subimos a bordo a tomar el sol, lo justo para secarnos.

Poco después, aparece el resto de la tropa, River y Catalina incluidos, y ayudamos entre todos a nuestros padres a preparar la comida y poner la mesa. Me como un par de aceitunas de la ensalada sin que me vean mientras la llevo a la mesa, me encantan las aceitunas.

Cuando ya está todo dispuesto, nos sentamos y comemos todos juntos en un ambiente increíblemente agradable y familiar. Las anchoas en vinagre que ha preparado mi suegra están más ricas de lo que recordaba y el gazpacho de mi padre consigue sacarme incluso un gemido de satisfacción. Mientras los platos de comida y las botellas de vino ruedan por la mesa entre unas manos y otras hablamos sobre cómo van los preparativos de la boda y nos reímos porque Marcos anda muy perdido.

Cuando terminamos de comer, River propone una partida de cartas para la sobremesa.

—Yo no soy de cartas, pero qué remedio —dice mi cuñada con fastidio mientras nos levantamos todos con los platos en la mano y vamos de camino a la pequeña cocina donde ya están nuestros padres recogiendo todo. Tampoco se la ve muy disgustada, más bien parece que lo único que quiere es llevar la contraria.

—Yo paso. No sé si sobreviviré a una partida Cabana —nos dice Jaime. A continuación, se posiciona detrás de Adrián y le mira el culo con descaro—. Oye, rubio, ese bañador te marca un trasero de la hostia, pero que sepas que no tengo problema si decides ponerte a tomar el sol en plan nudista.

—A que no hay huevos de meterte en el baño conmigo y quitármelo, ¿eh, moreno? —lo reta mi hermano sin contemplaciones.

¿Eh...? ¿Perdona? Nos quedamos todos en silencio con los platos en la mano. Alex y yo incluso colisionamos el uno con el otro. Yo con su espalda. Y

me veo en la necesidad de rellenar el momento con alguna frase ingeniosa, pero es que no se me ocurre nada.

—¿Qué? —responde Jaime boquiabierto. Boquiabierto por primera vez en su vida. Ni la noticia de mi matrimonio lo impactó tanto.

—Que vengas —le dice Adrián cogiéndolo del brazo y metiéndolo en el baño con él. Platos en la mano incluidos.

—Pues yo tampoco juego a las cartas —nos dice Alicia de repente—, Marcos siempre se mosquea porque no sigo sus señales. Me voy a tomar el sol.

Llevamos el resto de las cosas a la cocina y ayudamos a limpiar. Me quedo la última y cuando regreso a la mesa, todos han cambiado sus sitios y se han sentado estratégicamente. Incluso Jaime y Adrián han regresado del baño y se han sentado uno enfrente del otro. Jaime sonriendo. Pero ¿qué narices ha pasado en ese baño? Le echo una mirada a Jaime y lo aviso de que más tarde quiero una explicación.

—¿Nadie va a jugar conmigo? —pregunto al ver que están las parejas hechas: mi madre con mi padre, mi suegro con mi suegra, Hugo con Adrián, River con su mujer y Marcos con Alex.

—Puedo dejarte mi puesto con tu marido —sugiere Marcos.

—Ni de coña —contesta el aludido—. No quiero perder.

Siempre se me han dado mal este tipo de juegos, pero lo que nadie sabe es la práctica que he adquirido con la cantidad de horas que Jaime y yo hemos pasado jugando a las cartas.

—Venga, he cambiado de opinión —me dice mi mejor amigo—, yo juego contigo.

Acepto, por supuesto, y me hago un hueco entre Adrián y River.

—Pris va a bucear en las cartas —dice River mientras reparte.

¿Qué? Agacho los ojos hacia donde mira mi hermano y me doy cuenta de que aún llevo colgadas las gafas de buceo en el cuello, pero como no me molestan, las dejo donde están, a pesar de las risas que el comentario de River ha provocado.

También pongo cara de póker, aunque no estemos jugando a eso. De hecho, todos mudamos la expresión en los rostros: nos miramos de reojo los unos a los otros con los ojos entrecerrados. Jamás había visto a mis suegros en tal tesitura.

¡Y comienza la partida! Jugamos al mus, que puede parecer sencillo, pero que no lo es para nada. A mí me ha costado años aprender a jugarlo de manera

decente.

El juego es al mejor de tres, y Jaime y yo, con una mirada, decidimos empezar fuerte desde el primer segundo, mostrando lo que somos capaces de hacer juntos.

La cara de pasmados que ponen Alex y mis cuatro hermanos cuando ven como seguimos el juego no tiene precio. Me encanta. Sobre todo, la de Alex. Noto como sus ojos me miran con intensidad, pero yo no le devuelvo la mirada... hasta que lo hago y ahogo una sonrisa.

—Ha sido suerte —dice Alex cuando ganamos la primera partida.

—Sí, una suerte de la hostia —le responde River. Cruza una mirada con su mujer y esta parece entender lo que quiere decir porque asiente con la cabeza.

El resto de mis hermanos no opinan y nuestros padres no dicen nada, pero se los ve felices, se les nota que están disfrutando del momento.

A mitad de la segunda partida, cuando ya la tenemos casi ganada, con River y Cata siguiéndonos de cerca, Marcos no puede evitar preguntármelo.

—Pero ¿cuándo has aprendido tú a jugar a las cartas, enana?

—Tiene que ser suerte —insiste Alex—, siempre ha sido malísima. Es demasiado expresiva.

Le guiño un ojo como respuesta y continuamos con la partida, pero, al final, esa mano la ganan River y Catalina.

Cuando Jaime y yo ganamos la tercera ronda, dos horas después, me levanto de la mesa, choco ambas palmas con Jaime y grito como loca mientras salto por la superficie de todo el yate.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Jamás se había producido un hecho así; en mi casa nunca había ganado a las cartas a mis hermanos, bueno, ni a las cartas ni a casi nada. Y nunca me ha importado, pero ver la mirada de Alex, que es la de siempre, pero que detrás, en el fondo... hay orgullo, orgullo y felicidad —porque no ha podido ocultármelo, no esta vez—, me colma el pecho y el corazón de algo muy tibio.

Así que disfrazo mi felicidad por esa mirada a través del subidón por haber ganado la partida. Subo los seis escalones que me llevan a la popa, me acerco al borde y sigo gritando como una loca.

—¡He ganado! ¡He ganado! ¡Alicia, he ganado! —le grito a mi amiga que está justo al lado tomando el sol.

—¡Que alguien la tire al agua para que se calle! —Escucho a lo lejos.

No me da tiempo a girarme para ver quién ha sido porque, en ese mismo instante, me lanzan al agua. Tardo un segundo en colisionar con el mar y en

sentir su frescor por todo mi cuerpo. Mmm, está buenísima.

Cuando salgo, con un simple golpe de vista, descubro que ha sido Alex el que me ha tirado —más que nada, porque está chocando la mano en señal de victoria con su supercolega Marc—, pero me hago la despistada. Un segundo después, nado deprisa de nuevo a la embarcación, me subo y llego a popa simulando que no busco venganza; actúo como si no me hubiera dado cuenta de que ha sido él. Sin embargo, voy en su busca.

Lo encuentro hablando tan tranquilo con mi hermano y lo empujo para tirarlo al agua, pero en el último momento me agarra del brazo y caemos los dos sin remedio.

Al sumergirme, dado que estoy en el agua, decido quedarme, y como tengo las gafas de nadar colgadas en el cuello, me las pongo y me dispongo a bucear, pero, de repente, siento como alguien, Alex, se acerca a mí y me hace una aguadilla. Nos hundimos juntos y, cuando voy a soltarme de su agarre, veo algo que me llama la atención, algo que hay en la arena, en el fondo.

Parece una cuerda. En la playa principal del pueblo hay una cuerda que no sabemos ni dónde empieza ni dónde acaba; solo conocemos algunos trazos de ella. Alex y yo nos hemos pasado años buscando el origen y el final, pero nunca lo hemos encontrado.

En cuanto salgo a la superficie, le pregunto sobre ello.

—¿Has visto eso?

—No, ¿el qué?

Se acerca a mí, me quita las gafas de buceo con cuidado, se las pone y se sumerge en el agua. Cuando sale, poco después, nos quedamos mirándonos a los ojos.

—La has visto —digo sin atisbo de duda.

—La he visto —afirma sin poder esconder su entusiasmo—. ¡Marc! —grita a continuación, devolviéndome mis gafas a la vez.

—¿Qué? —pregunta el aludido asomándose al borde.

—Lánzame unas aletas.

Marcos se aleja y vuelve con dos pares de aletas, unas para Alex y otras para mí. Me las lanza con suavidad y, antes de darse media vuelta, me guiña un ojo.

Nos ponemos las aletas como buenamente podemos y cuando Alex termina de colocarse bien las gafas se gira y me da la espalda. Permanezco a la espera, sin saber qué hacer, hasta que veo que voltea la cabeza para hablarme.

—¿Subes?

¡Sííí!

Me subo a su espalda, como tantas veces en el pasado, y bajamos buceando juntos hasta el fondo. Siempre lo hemos hecho así porque yo no aguanto la respiración tanto como él y no soy tan rápida con las aletas.

Y como si de una imagen del pasado se tratara, nos sumergimos juntos, llegamos hasta abajo, tocamos la cuerda y volvemos a subir.

—Llega hasta aquí —le digo al salir.

Es cierto que esta zona nunca la habíamos explorado, pero es que no podíamos imaginarnos que la cuerda llegara hasta tan lejos, estamos como a cinco millas de la playa principal del pueblo.

—Yo ya lo sabía —me dice Alex, pero es mentira. Lo sé por el brillo de su mirada, por la emoción que muestra por descubrir la cuerda, a pesar de que el flequillo mojado casi se la tapa por completo.

—Mentiroso.

Voy a darme media vuelta, pero Alex, una vez más, me hace una aguadilla y se hunde junto a mí en el agua, y sin planearlo, sin hablarlo ni pensarlo, comenzamos a bucear juntos. Nos alejamos del barco y, en cuanto vemos algo en la arena que nos llama la atención, me subo a la espalda de Alex y bajamos como si fuéramos uno. Buceamos como si no hubiera pasado el tiempo. Buceamos en tregua. Estamos en tregua. Por fin. Y mi único pensamiento es: «Ojalá durara para siempre».

Mucho tiempo después, cuando comenzamos a quedarnos fríos a causa de pasar tantas horas dentro del agua, regresamos al barco. Mi padre ha sacado las cañas de pescar y ha tomado posición. Me refugio en la cabina y me desprendo del bikini mojado, busco ropa seca en la pequeña mochila que he traído y, después de ponerme otro bikini, una camiseta y unos pantalones cortos, voy con papá. Me gusta pescar con mi padre, me gusta el silencio que nos envuelve, la espera, la expectación y estar los dos solos compartiendo esos momentos.

Alex enseguida se nos une, no sabía que le gustara pescar, pero no voy a quejarme, y pasamos, los tres, con mi progenitor en medio, otra hora más en silencio hasta que papá Cabana se marcha con una sonrisa en la boca, a pesar de que no ha picado ni un pez, y nos deja solos.

Alex, yo y de fondo: el sonido del mar.

Es verdad que el agua no tiene sabor ni color, pero, sin duda, tiene sonido. La suave brisa nos viene de costado; la escucho en los oídos y me mueve la melena y la camiseta. Miro a Alex y veo como se le revuelve el cabello

también, se le despeja la frente y disfruta del momento. Y lo único que siento es no poder ver cómo le brillan los ojos porque los tiene tapados por las gafas de sol.

Alex se sitúa en el lugar donde estaba mi padre y nos quedamos los dos sentados uno al lado del otro. Coloca los pies en alto en el borde del navío y cruza los tobillos, imitando mi postura. Continuamos en silencio, mirando las cañas de pescar y observándonos de reojo; primero me mira él, y, cuando lo pilló, retira la mirada y se concentra en el mar como si no hubiera pasado nada; luego lo miro yo hasta que imito su gesto y aparto la mirada. Cruzamos miraditas durante no sé, minutos y minutos, hasta que la suya baja a mi camiseta, al corazón rosa en relieve gigante que la adorna.

—Lo haces a propósito —me dice.

—¿El qué? —pregunto, escondiendo una sonrisa.

—Ponerte los lazos más grandes.

—¡Qué va! Tú que te fijas. Y no es un lazo, es un corazón.

—Priscila, que te conozco.

—¿Me conoces? —le pregunto, recordando una conversación de no hace tanto tiempo donde me decía que no sabía quién era yo.

—A veces —contesta tras cavilarlo un instante.

Seguimos un rato más en silencio hasta que veo a Alex cerrar los ojos y cabecear. Se lo ve cansado, pero se resiste a dormir.

—Puedes dormir, si quieres. Yo vigilo las cañas.

—No, gracias. No quiero quedarme dormido, no vaya a ser que me dejes tirado otra vez.

—¿A qué viene eso?

—A nada.

—Tú no hablas si no te estás refiriendo a algo. Al menos no en los últimos tiempos.

—Puede que esté recordando el día que me dejaste tirado en la cama, enfermo y medicado, después de satisfacer tus necesidades sexuales.

—No estabas medicado.

—Me había tomado la pastilla para el dolor de la rodilla y me quedé frito del esfuerzo.

—Pues no entiendo el motivo, no creo que fuera a causa del ejercicio físico. Todo el trabajo lo hice yo.

Disimulo una carcajada fingiendo un ataque de tos ante la expresión de su rostro.

—¿¿Perdona??

—Estás perdonado —bromeo.

—¡No me refería a eso! Tú no hiciste todo el trabajo.

—Hummm...

—Si lo que estás buscando es otro polvo de demostración, no lo vas a conseguir. Aquel fue el último. Ese era el trato.

—Yo no busco nada, solo constato un hecho.

—Un hecho incierto.

—¿No me puse yo encima?

Me arrepiento al instante de formularle esa pregunta. Me arrepiento porque el recuerdo del momento es demasiado fuerte y demasiado intenso. Y no es lo que más necesito.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que apenas tuviste ni que moverte.

—Tócate los cojones...

—Eso también hice.

Sí, me arrepiento, pero no puedo parar.

—Eso haces cada puto día, Priscila.

—Pero ahora estamos en tregua.

—¿Ahora? *Hoy* —recalca— estamos en tregua.

El movimiento de una de las cañas no nos permite seguir con la maravillosa discusión.

—¡Ha picado uno! —exclamo entusiasmada a la vez que me levanto y sujeto la caña con fuerza.

—¡Espera, espera!

Alex sujeta la caña desde mi espalda y entre los dos sacamos el pez. Lo miramos con orgullo durante un par de segundos y lo devolvemos al mar sin ni siquiera plantearnos otra posibilidad.

Escuchamos el chapoteo del pez al caer de nuevo al mar justo cuando mi padre viene corriendo, alertado por los gritos.

—¿Habéis cogido uno?

—No —contesto yo.

—Falsa alarma —me apoya Alex.

Nos sentamos de nuevo y pienso, mientras el yate se pone en marcha y avanza a gran velocidad hacia el puerto, que, tal vez, si las cosas entre Alex y yo fueran así de ligeras como hoy, todo nos iría bien de ahora en adelante. Luego volveré a Boston a mi vida y...

—Gracias por lo de la luz —me susurra entonces Alex muy bajito. Casi como si no deseara que se lo escuchara decir.
... eso. Luego volveré a Boston a mi vida.

«Priscila, a ver, has mejorado a las cartas, sí, hay que reconocerlo, pero no todo el mérito de haber ganado es tuyo y de Jaime.

Hugo y Adrián se echaban los trastos a la cabeza, solo ellos saben el motivo. Marcos no daba una y ha hecho que Alex se despistara, más alerta en él que en las cartas.

Tus padres siempre simulan jugar peor de lo que en realidad lo hacen.
Tus suegros siempre simulan jugar peor de lo que en realidad lo hacen.
Si te soy sincera, vuestros únicos rivales eran River y Catalina, que tienen una compenetración casi perfecta, y les habéis ganado por los pelos».

Pristy, la ardilla. En una partida de cartas.

Verano de 2011

El año 2011 fue complicado para la familia Cabana, no para los integrantes del clan individualmente hablando, pero sí para el grupo de siete cuando tres de ellos decidieron, a la vez, compartir buenas nuevas de última hora, en plenas navidades, que no fueron bien recibidas. No dos de ellas, al menos.

Corría el verano de 2011 y Alex y Priscila eran una pareja consagrada. Los inviernos se volvían ásperos porque Alex seguía viviendo en Madrid y, a pesar de que viajaba al pueblo siempre que podía (incluyendo casi la totalidad de los fines de semana del año), las relaciones a distancia no son fáciles. Se echaban de menos. Compartir el día a día en persona. Abrazarse. Besarse. Tocarse. Pero ellos lo llevaban con tesón. Vivían pegados al teléfono (tanto les daba el fijo o el móvil) y de esa manera resultaba algo más fácil mantener la entereza.

A la distancia había que incluir las habituales discusiones que la pareja había comenzado a tener a causa de la pelirroja novia de John. A causa de que cada vez que veía a Alex se le lanzara a los brazos, a que no dejara de manosearlo y a que siempre que él y Priscila estaban juntos lo llamara por teléfono y lo tuviera una hora en línea contándole sus problemas con John y con la vida en general. El chico intentaba explicarle que Carolina, así se llamaba la pelirroja, llevaba muchos años saliendo con John y que a él mismo lo quería como a un hermano, que eran abrazos y tocamientos fraternales; él así los sentía, y lo que más deseaba, e intentaba, era que su novia lo viera igual. Pero Priscila sabía lo que eran los «abrazos y tocamientos fraternales» y aquellos desde luego que no lo eran. No se ponían de acuerdo, pero Priscila acababa cediendo porque no le gustaba pelearse con Alex y porque, todavía menos, le gustaba mostrarse y sentirse insegura.

Alex se encontraba en el mejor momento de su vida. Le encantaba nadar y lo hacía bien. Acojonantemente bien. Respondía a los entrenamientos cada vez mejor y su nombre sonaba por toda Europa como uno de los favoritos para los próximos Juegos del año 2012, que serían en Londres. Se celebraban tan cerquita de casa que, en esa ocasión, su novia no estaba dispuesta a perderselos.

Priscila contaba con veintidós años, casi veintitrés, y en un par de meses más, en septiembre, comenzaría su último curso de Periodismo en la universidad.

Pasaron el verano juntos, paseando, comiendo, bebiendo, bañándose y esquivando medusas en Cala Medusa. Tomando el sol encima de la tabla de surf del hermano de Alex, Priscila acompañando a Alex a hacerse un tatuaje y también escuchando música: *Bailando por ahí*, de Juan Magan, *The Time*, de Black Eyed Peas o *Blanco y negro*, de Malú. Y cómo le gustaba a Priscila cantarle esa canción a su novio. Fue un verano redondo.

Y lo que sucedió a finales de ese mes de agosto de 2011 fue un cúmulo de muchas circunstancias. Demasiadas, quizá.

Alex estaba exultante de felicidad. Pletórico. En los últimos tiempos, todo le salía bien. Y estaba loco por su novia.

Priscila siempre estaba contenta, si descontamos los encuentros con la pelirroja. Y enamorada de Alex hasta decir basta.

El reencuentro a principios de verano entre los dos vecinos fue especialmente bonito. Alex apareció por el pueblo una semana antes de lo esperado y el subidón les duró varios días.

Y lo último, aquella noche. Aquella noche del veintiocho de agosto, que los marcaría para siempre. O al menos lo haría con su futuro.

Los padres de Alex se encontraban, como de costumbre, fuera de casa, concretamente en París, en un evento relacionado con el periódico. Su hermano mayor no vivía en el nido familiar, tenía treinta y cuatro años y acababa de independizarse. Así que tenían la casa para ellos solos. Toda la casa. Sobra decir que la estancia que más usaron fue la habitación de Alex. Vieron una película, tumbados en la cama con el ordenador portátil en los pies y, después, hicieron el amor una vez más en aquel día.

Se quedaron acostados sobre el colchón, en silencio, abrazándose y medio dormitando hasta que anocheció y la habitación se llenó de oscuridad. Fue en ese momento cuando Alex se levantó y salió al pasillo a encender una de las luces del baño. Priscila estaba más que acostumbrada a esa rutina, pero, esa vez, lo acompañó: tenía un propósito.

Lo alcanzó a medio camino y le cogió la mano.

—Espera —le dijo.

—¿Qué sucede?

—Quiero que hagas algo.

—¿El qué?

—Espera —Priscila se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer— y confía en mí.

La segunda planta de la residencia de los St. Claire se componía de un

cuadrado enorme en el medio de la estancia que hacía las veces de pasillo, comunicaba directamente con las escaleras y estaba rodeado de cinco habitaciones y tres cuartos de baño, dos de ellos dentro de los dormitorios, y uno, fuera.

Priscila entró en cada una de las habitaciones y bajó las persianas; no dejó ni una sola rendija abierta, sumiendo de esa manera el pasillo en la más absoluta oscuridad.

Alex comenzó a acojonarse enseguida; no entendía el propósito de todo aquello, de hecho, en la penúltima habitación no pudo aguantarse más —se encontraba solo en medio del pasillo cada vez más negro—, y acompañó a su vecina mientras bajaba las últimas persianas. Cuando Priscila terminó, cogió de nuevo a Alex la mano y lo llevó hacia el centro del cuadrado.

—Ven, siéntate.

Lo ayudó a sentarse en el suelo, encima de la alfombra persa blanca y granate, y lo acompañó. Se sentó detrás de él.

—¿Qué hacemos aquí?

—Mis padres y mis hermanos siempre me han enseñado a dominar mis miedos. Cuando tenía cuatro años, a Adrián y a mí nos bañaban juntos en la bañera. Él casi siempre activaba la función de hidromasaje y yo me ponía a llorar porque me asustaban las burbujas; me daba la sensación de que iban a comerme. —Alex sonrió—. Un día, Marcos y Hugo se metieron conmigo en la bañera, me rodearon y activaron el mecanismo. Me dijeron que confiara en ellos; que me protegerían. Pasé unos primeros minutos horribles, pero ¿sabes lo que pasó poco después?

—¿Qué?

—Nada. Absolutamente nada. Las burbujas no se dieron ningún festín conmigo. Seguían sin gustarme, pero ya no me aterrorizaban. En otra ocasión te contaré cómo perdí el miedo a los patines, aunque me temo que no salí tan indemne. No te voy a prometer que tu fobia va a desaparecer, pero, con el tiempo, quizá puedas controlarla. Quiero que compruebes por ti mismo que no hay nada en la oscuridad, que no tienes que temerla. Yo no voy a separarme de ti, pero tienes que hacerlo solo.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Alex, con voz temblorosa.

—Nada. Quiero que te quedes ahí sentado. Sin moverte. Y que esperes.

—Esperar ¿qué?

—Ah, pero es que ese es el asunto. Yo me muevo ahora, pero no iré lejos. Si me necesitas, llámame, estaré aquí en un segundo.

—Vale.

Alex se quedó solo. A oscuras. Sentado en medio del pasillo. Sentía que en cualquier momento algo, o alguien, lo agarraría por detrás. Veía sombras. Intuía movimientos. Escuchaba ruidos. Y se asustó. Se aterrorizó. Pero aguantó.

A medida que pasaban los minutos, el terror menguaba para luego atenazarlo de nuevo. Por momentos volvía con más fuerza para desinflarse poco después. Hasta que no aguantó más.

—Pris.

Ella apareció al momento a su lado. Se agachó y, antes de abrazarlo por detrás, habló:

—Estoy aquí. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Eso es. Nada. Y aunque no te lo creas, te ha infundido seguridad. No hay nada como abrir la puerta del armario para ver que no hay ningún monstruo dentro.

Priscila hizo el amago de levantarse, pero él la detuvo.

—Gracias. Te quiero, joder, cómo te quiero. Cásate conmigo.

Los dos se quedaron en silencio. Sorprendidos. Priscila por lo que acababa de escuchar y Alex porque no podía creerse que esas palabras salieran de sus labios, pero lo cierto es que lo habían hecho. Y lo más alucinante era que no se arrepentía. Fue la única manera que encontró para expresar lo mucho que la amaba, la única manera que encontró para darle las gracias por lo que había hecho por él: «Esta chica es la hostia y es mía», pensó.

—Cásate conmigo —dijo de nuevo.

—Sí. ¡Por supuesto que sí! Te quiero, Alex —contestó su Reina del Desierto.

Transcurrieron los meses y el hecho de que Alex le hubiera pedido matrimonio a su vecina se hacía cada vez más real, aunque ni ellos se lo creían. Eso sí, estaban convencidos de que no era un error. Se querían. ¿Qué había de malo en ello? Era una locura, sí, pero una locura de las buenas. Lo tenían todo planeado, ahora solo faltaba comunicárselo a sus familias; hasta el momento no lo sabía nadie. Solo Dark. Y querían hacer partícipes del evento al resto, querían compartirlo con ellos.

Y no eligieron un mejor momento que el día de Navidad. Los padres de la chica invitaron al vecino a tomar el café y los postres. Alex apareció por la casa con una tarta de calabaza enorme en las manos; era la favorita de su futura suegra.

—¡Alex ha llegado! —anunció Priscila en cuanto cerró la puerta principal. No era más que un mensaje velado para avisar a los miembros de su familia de que se comportaran.

—¡Bienvenido, Alex! ¡Feliz Navidad! —dijeron todos en alto con las voces perfectamente sincronizadas. Lo habían hecho a propósito para molestar a la princesa de la casa.

—¡Hola! —saludó Alex al entrar.

Alex y Priscila se sentaron a la mesa y simularon escuchar las conversaciones de los demás mientras se miraban a los ojos con confianza hasta que Alex le hizo la señal.

—Tenemos algo que contaros —dijo la pequeña de los Cabana.

—Ay, Dios —exclamó Adrián.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó su hermana.

—Me ha sonado fatal.

—Es una buena noticia.

—No estoy seguro de que esa afirmación sea positiva o negativa si la niña está embarazada...

—¡Marcos! —gritaron todos.

—No estoy embarazada, idiota —le dijo su hermana.

—Bien —añadió el padre.

—¡Papá! —exclamó ella.

—Sería la hostia que te quedaras embarazada con la cantidad de sermones que te hemos dado —dijo River.

Y era cierto. Vergonzoso, según su parecer, pero cierto. Primero habló su padre con ella, era el más preocupado por la seguridad sexual de su hija; luego fueron Marcos, Adrián, Hugo y River, por ese orden. Por último, llegó la única charla buena y útil de verdad: la de su madre.

—Tranquilos —dijo Alex, poniendo las manos en alto—, siempre usamos protección.

La cuchara del padre cayó al plato.

La cuchara de la madre, a su regazo.

La de River se quedó a medio camino entre el plato y la boca.

La de Marcos, a medio salir de la boca.

La de Hugo salió estrepitosamente de la boca junto con la tarta de calabaza.

Adrián no había llegado a cogerla, gracias a Dios.

Priscila no sabía ni dónde estaba la suya, y Alex solo quería meterse debajo de la mesa, pero decidió salir del apuro soltando la noticia, así, a lo loco.

—¡Nos casamos!

—¿Quién? —preguntaron al unísono cuatro de ellos.

—Nosotros —dijo Priscila con unos ojos en los que no cabía más brillo.

—¡No puede ser! —gritó River—. ¿Cuándo? Porque yo me caso dentro de tres meses.

—Joder...

Por suerte, las cucharas estaban encima de la mesa. Pasaron pocos segundos hasta que se montó una pequeña guerra civil en el salón de los Cabana. Los ataques llegaban por doquier, tanto para el primogénito como para la pequeña de la familia.

Al primero lo acusaban de precipitado; tenía veintinueve años, acababa de abandonar las pruebas para la Policía Nacional en plenos exámenes y nadie lo entendía. Y otro aspecto para tener en cuenta: apenas llevaba un mes saliendo con la chica en cuestión. Era una locura.

A la segunda la tildaban de precipitada, irresponsable, insensata, inmadura... y unas cuantas perlititas más. Cada acusación iba en la misma dirección: era demasiado joven y aún no había terminado los estudios. Ella se defendía con uñas y dientes, respaldada por el vecino de la casa de enfrente, alegando, entre otras cosas, que se casarían un año más tarde, cuando Priscila acabara la universidad, pero nadie lo entendía.

No obstante, daba todo igual, tanto el mayor como la pequeña eran mayores de edad y podían tomar sus propias decisiones. Por muy alocadas que fueran.

Cuando los padres se fueron a la cama, con la esperanza de que el día siguiente fuera mejor y se vieran las cosas de otra manera, los hermanos Cabana y Alex siguieron discutiendo. Los ataques se centraron en los más pequeños. Al mayor lo habían dejado por imposible.

—¡No lo entiendo! ¡Tienes veintiún años! —le repetía Adrián una y otra vez. Una y otra vez. Y otra vez. Y siempre mirando al vecino de la casa de enfrente con inquina y censura.

—¡Veintidós en seis días! —respondía ella una y otra vez. Una y otra vez.

Y otra vez.

—Joder... —Hacía tiempo que esa era la única palabra que pronunciaba Marcos.

—¡No hay necesidad! —insistía Adrián.

—No lo hacemos por necesidad.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque nos queremos.

—Joder...

—Eso no es motivo para casarse.

—Chicos, tengo que deciros algo —dijo Hugo en medio de aquella situación catastrófica.

Pero nadie le hacía caso. Estaban ocupados en su lucha contra Alex y Priscila.

—Chicos —repitió.

Nada.

—Chicos.

Seguían ignorándolo, y se le acabó la paciencia.

—¡Silencio, joder! —Ahora sí obtuvo toda la atención; Hugo no era muy de palabrotas—. Tengo que deciros algo.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —le preguntó River.

—Coño ninguno. Soy homosexual.

—Hala, el otro, a tomar por culo...

—¡Marcos! —gritaron todos en señal de reprobación.

—Joder...

—¿Es en serio? ¿No es una estratagema para desviar la movida de estos dos? —le preguntó Adrián.

—¿Tú qué crees?

—Vale. ¿Alguien más tiene algo que confesar?

Fue el turno de Alex. El último turno.

—Estoy enamorado de Priscila. Quiero compartir mi vida con ella. Queremos vivir juntos, con Dark. En una casa que sea solo nuestra. Y quiero que sea mi esposa. ¿Qué problema hay en ello?

—Todo eso podéis hacerlo sin casaros —le respondió Adrián.

—Pero nos apetece hacerlo.

Era un callejón sin salida.

Priscila se despidió de su novio y continuó discutiendo con sus hermanos hasta casi el amanecer. No con todos, Hugo estaba fuera de juego. No se

arrepentía de haber confesado su gran secreto a sus hermanos, sabía que lo apoyarían en todo, pero empezó a sentirse culpable por no hacer lo mismo por Priscila.

Antes de acostarse, Priscila miró a su alma gemela, a su hermano Adrián, con decepción.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué necesitas que te diga? —le preguntó él a su hermana.

—Necesito que me digas que te gusta Alex. Solo eso: «Me gusta Alex». Y necesito que lo sientas de verdad.

Era una locura, sí, hasta ellos lo sabían. Él tenía veinticuatro años y ella, veintiuno, casi veintidós. No eran más que unos niños, unos niños que se dejaron llevar por el momento y por las emociones.

¿Quién no lo ha hecho a esa edad?

¿Quién no ha cometido locuras?

Puede que para algunos «locura» sea tirarse en paracaídas, o cruzar medio país en autobús sin permiso de sus padres para ver al chico o chica que le gusta; ellos decidieron casarse porque les pudo el amor que sentían en ese momento y la posibilidad de poder hacerlo; eso también cuenta, claro.

Alex era independiente económicamente y Priscila estaba a punto de terminar la universidad. Alex se creía el rey del mundo en ese momento, podía tomar lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera, con tan solo chasquear los dedos, o, como en aquella ocasión, hacer una pedida de matrimonio. Tenía su propio dinero, el que ganaba con la natación, ¿por qué no podían casarse?, pensaba él. ¿Por qué no pasar todo el día juntos, toda la vida juntos? La quería, y la quería ya. Había conocido a millones de chicas y cada año en las competiciones conocía a dos millones más y ninguna le decía nada, ninguna lo hacía reír como ella ni lo hacía sentir como ella.

Para Priscila, aquel verano, fue el verano rosa, porque ella lo veía todo de ese color. Le parecía el color de la felicidad.

Para el resto, aquellas serían las navidades de 2011, las navidades que no olvidarían. Las navidades que fueron de todo menos tranquilas.

La hermana de la pelirroja, que también es pelirroja

Me despierto por el ruido de la televisión de mi dormitorio. Primero abro los ojos, me encuentro boca abajo, con el rostro escondido entre la almohada y el colchón. Me incorporo lo justo, giro la cabeza y descubro a mi hermano Adrián sentado en mi cama junto a mí con la espalda apoyada en el cabecero y un café en las manos.

—Buenos días —me saluda.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto, desperezándome y frotándome los ojos por el sueño—. ¿Qué hora es?

—Un par de horas y... —levanta la muñeca donde lleva el reloj— las ocho de la mañana, más o menos. Bueno, ¿quién comienza?

Adrián siempre entra a matar. Sin medias tintas. Sin preliminares. Ya me avisó ayer de que teníamos que hablar y de que debía contarme algo. Estaba claro que no iba a dejarlo pasar durante más tiempo.

—Yo —le digo respondiendo a su pregunta—. Las tiritas mejor sacarlas a la fuerza, ¿no?

—Vale —acepta—. Empieza.

Me incorporo del todo y me siento en el colchón junto a él. Estoy a punto de comenzar a hablar cuando se abre la puerta de mi habitación y aparece Jaime por el umbral.

—Vaya. ¿Reunión familiar, Cabanas?

A veces creo que Jaime simplemente me huele. Sin preguntarnos, se acerca a la cama, se sube en ella y se sienta con las piernas cruzadas enfrente de nosotros. Yo no tengo ningún problema en contar lo que ha sucedido con Alex delante de mi mejor amigo; de hecho, creo que él también tiene algo que decir. Y no se me escapa la mirada de reojo que se echan entre los dos. Yo voy a hablar, sí, pero después voy a exigir sus explicaciones sobre lo que sucedió ayer en el baño del barco.

—Has llegado en el momento exacto —lo informo—, justo iba a contarle a Adrián mi historia con Alex.

—¿Pasado o presente?

—Presente.

—Así que ¿hay una historia? —nos dice mi hermano.

—Pues claro que hay una historia, rubito —le responde Jaime como si fuera lo más obvio del mundo y él no se enterara de nada, a lo que Adrián contesta rodando los ojos y soltando un pequeño bufido.

—Si lo miras con perspectiva, todo empezó porque tú —señalo a Jaime con el dedo— me azuzaste para que me acostara con Alex.

—Cierto —me responde mi amigo.

—¿Qué? Explícame eso —pregunta Adrián con sorpresa.

Cojo carrerilla y lo vomito todo. Sin respirar.

—El día de la inauguración del chiringuito de la playa, Alex se acercó a mí en modo beligerante, como viene siendo habitual desde que he regresado —añado a modo de información, aunque creo que no hacía falta—. Entonces Jaime me dijo que el problema era que la historia de Alex y mía se había quedado inacabada, que habíamos pasado de estar superenamorado y querernos...

—Y follar —me interrumpe mi amigo, pero lo ignoro.

—... a de la noche a la mañana odiarnos, no vernos y tener que olvidarnos. Me aseguró que había demasiada tensión sexual porque aún no habíamos puesto fin a nuestra historia y que eso se resolvía con un polvo.

—¿En serio le dijiste eso? —le pregunta mi hermano a Jaime sin acabar de creérselo.

—Sí —respondo yo a la vez que Jaime asiente varias veces con la cabeza, orgulloso —, y que conste en acta que no lo estoy haciendo responsable de lo que sucedió después, ni muchísimo menos. Pero ¿sabéis una cosa? Creo que tenía razón, Alex y yo no habíamos terminado, lo habíamos dejado todo en el aire. Como si fuéramos un globo que se ha quedado atrapado en un árbol. Y habían transcurrido demasiados años como para permanecer más tiempo contenido. Teníamos que auxiliarlo para que volara de una vez por todas o... solo explotarlo. Me quedé pensando en ello y Alex apareció de nuevo, no me preguntéis cómo ni por qué, pero se lo solté así sin más, que Jaime pensaba que debíamos acostarnos. Comenzamos a discutir y yo me marché a casa, enfadada, asqueada de todo, él me siguió y discutimos más. De repente, perdió la cordura y me besó en la boca, sacó las llaves de casa y entramos a trompicones. Comenzamos a subir por las escaleras con un único objetivo y yo no podía dejar de pensar que llevaba cuatro años sin sentirme así. Que lo había anhelado infinitamente más de lo que pensaba y que mi vida se había convertido en una sucesión de diapositivas en blanco y negro y de improvisado esas diapositivas comenzaban a adoptar un montón de colores: rosa, amarillo,

azul, magenta, cian, verde, naranja, morado...

—¡Alto, alto, alto! ¡Para! —me grita mi hermano poniendo las manos en alto.

—¿Cian? ¿Eso es un color? —me pregunta Jaime con la frente arrugada.

—¿Alex empezó? —continúa Adrián.

—Sí, pero ¿acaso importa quién fue el que dio el primer paso? Quizás incluso lo hice yo al regresar al pueblo. El problema ha sido que, al final, resulta que Jaime estaba equivocado. —Le echo una mirada de reojo a mi amigo—. No fue un broche a nuestra historia, más bien fue el comienzo de algo, de un «algo» que tengo aquí dentro —me señalo el corazón— y que sé que no se va a ir. Ya no. El otro día, Alex estaba de reposo en su casa y yo fui a acercarle a Dark, que se había escapado —lanzo otra mirada, en esta ocasión, a mi hermano para que sepa que ese fue el momento exacto en que nos pilló con las manos en la masa—; volvimos a acostarnos con la premisa de que iba a ser la última vez, pero si hoy, mañana o la semana que viene él volviera a proponérmelo, yo aceptaría sin dudarlo. ¿Dónde nos deja eso, eh? ¿Dónde?

Expulso el aire que estaba reteniendo y respiro de nuevo; llevaba tiempo sin hacerlo.

—Joder, Pris, esto es una locura —afirma Adrián sin poder decir más.

—Es perfecto. Y justo lo que esperaba —añade Jaime.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto sin entender a qué se refiere.

—¿Me vas a dejar que te diga de verdad lo que pienso de todo esto o vamos a seguir fingiendo que es cosa del pasado?

—¿Qué?

—Priscila —me dice con un tono voz cariñoso. Con ese tono que solo usa cuando me dice que me quiere—, estás loca por él. No tengo ni puta idea de qué fue lo que os sucedió hace cuatro años, pero te aseguro que casi desde el primer momento, incluso desde antes de saber que erais marido y mujer, supe que algo muy fuerte había ocurrido entre vosotros, y que no lo habíais superado. Joder, es que salta tanto a la vista que me parece la hostia que nadie más se haya dado cuenta. ¿Aquello que te dije el día de la inauguración de que te acostaras con él para darle una despedida a vuestra relación? Era una chorrada como el jodido Empire State Building de grande; lo único que quería era daros el empujón que creí que necesitabais.

—No, eso no es así —niego con vehemencia—. Yo no estoy loca por él. Ya no.

—Un poco arriesgado, ¿no crees? —le señala mi hermano con severidad—. ¿Sueles meterte así en la vida de la gente? ¿Sin medir las consecuencias? ¿Sin saber lo que sucedió y la gravedad del asunto?

—En la vida de la gente no, en la vida de mi mejor amiga. Y no, no creo que fuera arriesgado. Tuve una corazonada y fui a por ella. Y si echar un polvo podía suponer la solución a algo que ocurrió hace mucho tiempo, bienvenido sea.

—No estoy enamorada de Alex —insisto—. Y no hay nada que solucionar.

—Por supuesto que no lo estás —corroborra mi hermano—. Solo es atracción. Alex y tú sentíais una atracción de la hostia el uno por el otro en el pasado. Era de idiotas pensar que no lo seguiríais sintiendo ahora.

—¿Atracción? —repite Jaime—. No estoy de acuerdo, pero, venga, finjamos que me lo creo por ahora. —Sí, finjamos que yo también me lo creo del todo—. Y ahora sí que sí, necesito que me cuentes qué fue lo que pasó entre Alex y tú hace cuatro años. El cartucho de «me duele demasiado como para hablar de ello» se te ha acabado, Priscila.

Chasqueo la lengua por toda esta situación nuestra que se complica a cada segundo que pasa. También porque Jaime tiene razón.

—Está bien —acepto—. Te lo voy a contar todo. Desde el principio. ¿Cuentas con un par de horas por delante?

—Cuento con todo el tiempo del mundo.

Y yo necesito sacarlo de dentro de una vez. Se me ha enquistado demasiado. Se lo cuento sin censuras. Sin perder detalle. Sin dejarme nada. O casi nada.

Le hablo de cuando vi por primera vez al vecino de la casa de enfrente.

De aquel bum que sentí.

Le hablo de las primeras veces que interactuamos ese vecino y yo.

De nuestro primer beso.

Le hablo de cómo me enamoré de él sin darme cuenta.

De mis veranos de colores.

Le hablo de la proposición loca de matrimonio de Alex.

De que acepté.

Le hablo de lo felices que fuimos durante los primeros meses de casados.

Y de lo que vino después.

Le hablo de lo que sucedió aquel día de finales de septiembre en el jardín de nuestra casa.

Aquel maldito día.

—Joder, Pris —Es la única respuesta que obtengo dos horas después—. Joder.

—¿Y ahora qué hago? ¿Qué demonios hago? —les pregunto a ambos con la voz estrangulada a causa de las emociones que han aflorado en mí por recordarlo todo.

Adrián abre la boca para hablar por primera vez en dos horas, pero se ve interrumpido por el sonido de la puerta de mi dormitorio, que se abre con estrépito.

—¡Chicos, todavía en la cama! ¡Hay carrera de motos de agua en la playa! ¡Acabo de apuntarme! ¿Os venís? —nos pregunta Marcos asomando la cabeza y emocionado como un niño.

Las carreras de motos en este pueblo son como los cierres y aperturas del chiringuito de la playa: frecuentes y en abundancia. Y hoy coincide con el inicio de las fiestas del pueblo, que comienzan al mediodía con una verbena en la playa, unos altavoces y música a todo volumen. Más tarde, en el paseo, colocan una hilera larguísima de mesas llenas de comida y bebida para que la gente compre lo que le apetezca. En definitiva, que hoy salimos a la calle temprano y volvemos a casa temprano también, pero del día siguiente. Va a ser un fin de semana movidito.

Adrián, Jaime y yo cruzamos una mirada, esta conversación no ha terminado del todo, pero necesito un descanso. Acepto la propuesta de Marcos por los tres.

Nos vestimos y bajamos los cuatro a la playa, no sin que antes advierta a Jaime y Adrián de que no van a escabullirse eternamente sin contarme lo del baño. Quiero saber qué fue lo que sucedió allí.

Vamos directos al lugar de la playa donde se encuentra el pequeño puesto de madera de alquiler de motos de agua y nos encontramos allí con Hugo y River, que están en medio de toda la marabunta de gente que va a participar. Echo un vistazo por cada rostro para ver si veo a mis padres, pero no han llegado todavía; estarán organizando todo en la tienda. Al que sí veo es a Alex, con el pelo mojado, el bañador amarillo que le marca el paquete y un chaleco salvavidas verde. Mi corazón hace bum, cómo no. No sé si por haber estado horas hablando de él y recordando nuestro pasado o porque sin más es algo que va a suceder siempre que lo vea.

—¿Alex va a participar? —le pregunto a Marcos, que está a mi lado firmando unos papeles y recogiendo su chaleco y alguna cosa más.

—Pues claro que va a participar. Alex es el dios del mar. Es como

Poseidón. Y no podemos hacer una carrera de motos de agua sin Poseidón. Es sumar dos y dos, hermanita.

—Poseidón tiene una lesión de rodilla —le digo con mala leche.

De verdad, no me parece nada bien. Hace poco más de una semana se encontraba fatal por la rodilla y ahora ¿quiere hacer una carrera? Giro sobre mis talones, ignorando las llamadas de mi hermano, y voy directa a su posición. Me pregunto, de camino, si todavía estará vigente nuestra tregua...

—¿Vas a participar en la carrera? —le digo en cuanto lo alcanzo.

—¿Es a mí? —me pregunta Alex, arrugando la frente.

—Sí, es a ti. —Lo cojo del brazo desnudo y lo separo del grupo de personas que se preparan para la carrera—. No puedes meterte en una carrera tan agresiva.

—¿Que no puedo...? ¿Qué? —pregunta, sin acabar de creérselo—. Tú y yo no somos nada, Reina del Desierto, así que no me digas lo que puedo o no puedo hacer porque me lo voy a pasar por el forro de los cojones.

Ahí tengo la respuesta a mi pregunta: sí, se acabó la tregua. Al menos por su parte.

Se da media vuelta, muy digno, y se dirige a una de las motos que reposa preparada en el agua. Lo sigo con la mirada y cuento treinta motos, todas ellas moviéndose despacio hasta el punto donde se encuentra el moderador de la carrera, a pocos metros de la orilla. Distingo a Adrián, Marcos, River y Hugo subidos en cuatro de ellas.

Jaime se acerca a mí y comienza a gritar:

—¡Vamos, rubio, demuéstales lo que vales! Venga, Pris —me dice entonces mi amigo cogiéndome la mano—, vamos a acercarnos más para animarlos. ¿Tú con quién vas?

¿Yo con quién voy? En el último momento, el último segundo, decido hacer una locura. Me suelto la mano de Jaime y me quito las chancletas con dos golpes secos en el suelo. Me desprendo también de la camiseta y los pantalones cortos. Saco el móvil de la bolsa de tela que llevaba a la espalda y se lo doy a Jaime. Lo dejo todo sobre la arena, menos la bolsa de tela que la llevo conmigo, y cojo un chaleco del montón que hay encima de una mesa; me lo pongo de camino a la moto en la que Alex está montado y, cuando está a punto arrancar, me subo detrás de él.

—¿Qué coño haces? ¡Baja ahora mismo! —me grita Alex en cuanto nota mi presencia.

Pero en ese instante el moderador indica con la mano el comienzo de la

competición y, aunque Alex insiste en que me baje de la moto, ya no da tiempo. Es demasiado tarde y supondría demasiada desventaja para él, así que nos ponemos en marcha, yo con el corazón a mil por hora a causa de la emoción y Alex gruñendo por lo bajo.

Acelera con fuerza y nos metemos de lleno en la carrera: siento las olas bajo nuestros pies y escucho como la moto golpea contra el agua. Muevo el trasero para ponerme cómoda y me abrazo a la cintura de Alex por debajo de su chaleco.

Pero vamos muy lentos.

—Más rápido, Alex —le grito al oído.

—¡Voy todo lo rápido que puedo! —me responde sin girarse.

—¡No es verdad y lo sabes!

Me abrazo con más fuerza a él con uno de mis brazos y el otro lo apoyo en su bíceps salpicado por el agua, instándolo a que vaya más rápido.

—¡Dale caña de verdad, Alex! Es posible que incluso consigas tirarme al agua y deshacerte de mí, sería un golpe de suerte.

—Deja de decir chorradas, Reina del Desierto.

—Pues deja de tener miedo por mí y acelera.

—¡Joder, Pris!

Protesta una y otra vez, pero a pesar de las quejas me hace caso y acelera.

Y una vez que Alex pierde el miedo y comenzamos a coger velocidad, ya no hay quien nos pare. Las olas cada vez son más grandes, son gigantes, sin embargo, Alex las atraviesa sin problema; damos tantos botes en la moto que incluso me suspendo en el aire durante milésimas de segundo, pero me encuentro bien sujeta.

—¡Agárrate fuerte! Y no aflojes para nada —me grita Alex mientras adelantamos a mi hermano Adrián. Lo saludo con la cabeza, con una sonrisa, y Alex y yo continuamos ganando posiciones.

No tardamos mucho más en sobrepasar a River, Marcos y, en último lugar, en el momento de dar la vuelta, a Hugo. Alex lo ha hecho de una manera tan perfecta que conseguimos ponernos a la cabeza de la carrera.

—¡Alex, somos los primeros! ¡Vamos a ganar!

—¡Y eso que llevo paquete!

Me río en su oído y apoyo la cabeza en su espalda. No puedo evitar pensar que es verdad que Alex es como Poseidón. En el agua no tiene rival. Nunca lo ha tenido. Como cada vez estamos más mojados a causa de las gotas de agua que nos salpican, refugio mi rostro en su cuerpo. Permanezco en esa postura

increíblemente cómoda hasta que Alex me habla:

—Pris, llegamos ya, no te lo pierdas.

Levanto la cabeza y miro hacia atrás para ver si vamos con ventaja respecto al resto de participantes o si alguien nos pisa los talones, y, efectivamente, mi hermano Hugo se encuentra a poca distancia de nosotros, pero estamos tan cerca de la meta —no es otra que el grupo de personas que nos espera con más motos de agua en medio del mar— que es casi imposible que nos alcance.

Segundos después... ¡Ganamos!

—¡Yuhuuu! —gritamos Alex y yo al unísono al sabernos vencedores.

Poco a poco, vamos perdiendo velocidad y giramos de nuevo en la moto para reunirnos con los demás. El resto de los participantes van llegando y nos vamos colocando formando un círculo muy irregular. La mayoría de ellos, antes de detenerse del todo, se acercan a nosotros para felicitarnos.

Me entran unas ganas casi irrefrenables de lanzarme al agua y disfrutar del momento, pero ni me lo planteo, teniendo en cuenta que una vez me baje de la moto, con lo complicado que es coger impulso desde dentro del agua, va a ser imposible volver a subirme.

Después de los vítores y las felicitaciones, cuando nos disponemos a regresar a la playa para seguir celebrándolo en la verbena, me doy cuenta de que no quiero que se acabe, me apetece disfrutar más tiempo de este Alex y no quiero dejar de abrazarlo, algo que, a pesar de estar la moto en reposo, no he hecho. Tampoco él se ha quejado..., al menos de momento. Pero toca regresar. Lo hacemos en silencio, pero no en un silencio incómodo, y disfrutando del paseo. Ambos. Porque Alex podría negarlo, pero no colaría. Su cuerpo está relajado junto al mío y lleva la moto bastante lenta, si tuviera alguna prisa por deshacerse de mí, aceleraría, ¿no?

Cuando llegamos a la playa y nos bajamos de la moto, nos dirigimos a la caseta de madera, donde se encuentra mi hermano Marcos con Alicia y River. Íbamos tan despacio que todos nos han adelantado.

—Chicos, os estaba esperando —nos dice Marcos a Alex y a mí en cuanto llegamos.

—¿Y eso? —le pregunta Alex mientras nos quitamos los chalecos.

Dejo el mío encima del mostrador y localizo con los ojos mi montón de ropa en un rincón.

—Quería proponeros algo. ¿Os apetece comer en los puestos del paseo con nosotros? —nos pregunta, señalándolos.

—Por mí bien —contesto. Tampoco manejaba otra opción—. ¿Y los demás?

—Acaban de irse —me responde Alicia—. Yo acabo de llegar. No he podido venir antes, mi madre me ha entretenido con un tema de la boda. Por cierto, toma tu móvil, me lo ha dado Jaime antes de marcharse con tus hermanos.

—¿Y Catalina? —le pregunto a River mientras cojo el aparato que Alicia me tiende. No es que la eche en falta, pero River y ella siempre andan juntos. Peleados pero juntos. Mi cuñada no trabaja, es una rica heredera y considera que trabajar está sobrevalorado. Me extraña que no haya venido a la carrera.

—Por ahí —me responde mi hermano distraído.

Acepto el poco interés que muestra con el asunto y me dispongo a vestirme sin más dilación. Me pongo la camiseta y los pantalones encima del bikini mojado y cuando voy a calzarme me doy cuenta de que las chancletas no están en su sitio.

—Marcos, ¿has visto mis chanclas? No las veo con el resto de mis cosas —le pregunto señalando el lugar donde acabo de recoger mi ropa.

—¿Tus chanclas? No, ni idea.

—Estoy segura de que las he dejado aquí.

—Yo te ayudo a buscarlas —se ofrece Alicia.

Las buscamos por los alrededores entre todos, excepto Alex, que se está vistiendo a lo suyo, pero no aparecen por ningún lado.

—¡Me las han robado! —exclamo.

—Eso es el karma —me dice Alex con desinterés, terminando de vestirse.

¿El karma? ¿Qué quiere decir con eso?

—Oh, vamos —exclama al ver mi cara de pena—, estaba de broma. Lo más probable es que haya algún loco por ahí al que le gustan las chanclas con rosetones gigantes y se las ha llevado, porque mira que es difícil encontrar algo así.

—¿Se supone que tiene que hacerme gracia?

—Claro —me responde con la sonrisa más bonita del mundo.

—Pues mira, me alegra que estés de buen humor, porque ahora tengo que ir a casa por algo para calzarme y estoy pensando que podrías acompañarme.

—¿Quién? ¿Yo? —me pregunta Alex al percatarse de que me refiero a él—. No. Ni de coña. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque tengo que subir en coche. Estoy descalza y he venido andando, necesito que alguien me acerque a casa y tú siempre vas en coche a todas

partes.

—Pídeselo a alguno del montón de hermanos que tienes. Aquí mismo tienes dos al alcance —me dice, señalando a Marcos y River.

—Es que hemos bajado todos andando y, además, no quiero que se pierdan la fiesta por mi culpa.

—¿Y yo sí?

—A ti no te gusta tanto la fiesta. No te importa perdértela.

—Me da igual. Llama a tus padres. Yo no pienso subirte.

—Venga, Alex, colega, sería todo un detalle —interviene Marcos—. Y ya que vas, necesito que me cojas unas zapatillas deportivas, estas me hacen daño, creo que son de papá, pero son las primeras que he pillado —explica, señalándose los pies—. Tiene los pies más pequeños que cualquiera de nosotros.

—Joder..., qué pesaditos sois los Cabana. No os salváis ni uno. Está bien, voy, pero me debes una —le dice a mi hermano.

—De puta madre, están en la cocina, son verdes y amarillas. —Alex lo mira con resquemor—. Las zapatillas —aclara mi hermano.

Evito hacer el salto de la victoria y me despido de mis hermanos y Alicia con una sonrisa. Siguiendo la línea de bipolaridad que nos caracteriza a Alex y a mí en lo que se refiere a nosotros, me subo a su espalda para no pisar el suelo y vamos así hasta el coche, que está aparcado cerca de la playa. Una vez dentro, no hablamos demasiado y enseguida llegamos a la urbanización de mis padres.

Estacionamos enfrente y entramos en casa, dejando la puerta abierta; va a ser cuestión de segundos que volvamos a salir. La vivienda está sumida en un silencio profundo, toda mi familia se encuentra en las fiestas del pueblo.

Mientras Alex va directo a la cocina a por el calzado de mi hermano, yo subo a mi habitación. Cojo unas sandalias de verano del armario y voy a buscar a Alex, que justo sube por las escaleras.

—¿Dónde coño están las zapatillas de tu hermano? Ha dicho que estaban en la cocina, pero ahí no hay nada.

—Seguro que las ha cogido Adrián confundidas y las lleva puestas, siempre están igual. Voy a su cuarto a buscar otras. Tiene tropecientas.

Adrián se pasa media vida comprando zapatillas. Me atrevo a decir que incluso tiene más zapatillas que ropa interior. Avanzo por el pasillo seguida de Alex y, al llegar a la puerta del dormitorio de Adrián, la abro con fuerza, segura de que no hay nadie dentro, dado que están todos en la fiesta, pero...

sorpresa. Sí hay alguien dentro.

Uno es Adrián.

La otra: ella.

Alex reacciona un segundo después:

—¡Oh, joder! ¡Perdón! Ya nos íbamos. —Yo tardo siete segundos en reaccionar. Siete. A pesar de que Alex me ha agarrado el brazo e intenta moverme del lugar—. ¿Pris?

—Oh, no. Por favor, no. Con ella, no —exclamo, desolada.

Ni siquiera me fijo en que están desnudos y teniendo sexo en la cama de mi hermano, porque solo la veo a ella. Está de espaldas, encima de él, pero la reconozco. ¿Cómo no hacerlo?

Hay momentos en la vida que se quedan grabados para siempre en nuestra retina. Algunos son buenos. Otros no. Este es uno más de los no buenos para acumular: mi hermano Adrián montándose con la hermana de la pelirroja, que también es pelirroja.

Me doy media vuelta y salgo corriendo de allí.

—¡Pris, espera!

«Mierda».

Pristy, la ardilla. Después de pasar un buen día.

Verano de 2012

Alex y Priscila se casaron el verano de 2012.

Dieciséis años después de que se vieran por primera vez a través de unos tablones de madera de la valla que circundaba la piscina comunitaria de su urbanización.

Dieciséis años después de aquel primer bum del corazón de Priscila y de aquel primer gesto desdeñoso de Alex. Al parecer, las primeras impresiones no siempre son las correctas...

Y justo después de que Alex consiguiera su segunda medalla olímpica. Los Juegos de 2012 fueron todo un éxito para el deportista.

La noche antes del evento, que se celebraría el día siguiente con una ceremonia sencilla en la iglesia del pueblo y una comida en la famosa piscina comunitaria por deseos de la novia, Alex y Priscila se encontraban sentados, relajados y nerviosos a la vez, en la orilla de la mentada piscina con los pantalones vaqueros remangados y los pies metidos en el agua.

Acababan de llegar del *pub* del pueblo de brindar con familiares y amigos —preboda, lo llamaban—, y de hartarse de sonreír a los que acudían a saludarlos con las felicitaciones de rigor. También de escuchar las canciones del momento: *Yo te esperaré*, de Cali y el Dandee o *Titanium*, de David Guetta. Es cierto que habían invitado a muy pocas personas, las imprescindibles, pero el pueblo entero lo sabía, y, como la taberna irlandesa era un lugar público..., se llenó de curiosos igual que aquel verano de 2004 en su día de inauguración.

Una vez solos, en el vacío y el silencio de la urbanización a esas horas de la noche, Alex y Priscila celebraron su último día de solteros como deseaban hacerlo en realidad: besándose como chiquillos y cruzando miradas confidentes en la que sería, ellos así lo pensaban, su última noche separados. Alex sujetó a su futura esposa por la barbilla y acercó su rostro al suyo para besarla. La tumbó de espaldas en las baldosas rosadas y la ropa fue desapareciendo hasta que no quedó nada sobre sus pieles. Solo el uno contra el otro. Y el manto de estrellas que los cubría y que Priscila vislumbraba entre besos y gemidos.

Pernoctó cada uno en su casa, como dictaba la tradición. Aunque no lo hicieron por eso, sino porque Priscila quería pasar esas últimas horas con sus hermanos. Hermanos que, por cierto, llevaban meses desaparecidos en

combate. Priscila no tenía ni idea de dónde se metían, pero en algo andaban. Ya se lo sonsacaría. A nada que insistiera, Marcos cantaba seguro. Durmieron todos en la habitación de Priscila como pudieron, incluso River, que era un hombre casado, pero que ese día lo dedicó en exclusiva a su hermana pequeña.

Cuando esta llegó a su dormitorio, después de despedirse de Alex, sus cuatro hermanos la esperaban sentados en la cama, jugando a la videoconsola. Se sentó con ellos y, a pesar de los dinosaurios que volaban a sus anchas en su estómago, se quedó dormida enseguida.

La ceremonia fue bonita y emotiva, aunque hacía un calor de mil demonios. Eran las seis de la tarde y el sol aún calentaba con fuerza. Alex apareció, por sorpresa, con pajarita en lugar de con corbata; sabía que eso, y los tirantes, volvían loca a su chica favorita del mundo.

Priscila entró en la iglesia ataviada con un vestido de noche blanco sencillo, de tirantes y que caía hasta los tobillos, pero que hizo que el vello de Alex se electrizará. Llevaba el pelo suelto y ondulado. Su inminente esposo pensó que era la novia más guapa que se vería jamás en el universo.

—Te has puesto pajarita. —Fue lo primero que Priscila le dijo a su vecino, con los ojos enrojecidos a causa de las lágrimas de emoción y de felicidad que luchaban por asomarse, en cuanto lo vio y se soltó del brazo de su padre.

—Nos hemos puesto pajarita —le dijo él, recalcando el «nos».

Priscila miró a cada lado hasta que descubrió a Dark en brazos de su hermano Hugo, vestido con una pajarita que le rodeaba el cuello igual que la de Alex y con la cola en pleno movimiento.

Se casaron entre votos, besos, miradas, lágrimas, sonrisas y abrazos.

Llegaron a la urbanización en un Seiscientos amarillo con globos atados a la defensa y alucinaron por lo que sus familias habían montado en la piscina comunitaria. El agua de la piscina estaba plagada de pétalos de rosa de cada color sobre hojas de roble; había luces colgadas de lado a lado, atadas a la derecha con las farolas y a la izquierda, con las ramas de las palmeras que daban sombra al lugar cuando apretaba el calor. Las hamacas no estaban y, alrededor de la piscina, sus padres habían dispuesto mesas redondas con manteles blancos y centros de flores rojas y rosas y velas aromáticas. Estaba precioso.

En cuanto los invitados vieron entrar a los recién casados, comenzó a sonar a todo volumen, desde los dos altavoces que habían colocado en el lugar, *Chas y aparezco a tu lado*, cómo no.

Alex, sin cortarse un pelo y sin que desapareciera la sonrisa de su boca, cogió a su mujer de la mano y comenzó a moverse al ritmo de la canción. Dieron vueltas y vueltas por entre las mesas y eran todos tan felices que nadie diría que aquella boda había causado tantas discusiones y quebraderos de cabeza en el pasado. Porque si el momento confesión en casa de Priscila fue tenso, el de casa de Alex no se quedó atrás.

Se sentaron a cenar y Alex y Priscila no comieron absolutamente nada; estaban demasiado extasiados mirándose el uno al otro y haciendo manitas por debajo de la mesa.

Cuando trajeron la tarta, Alex se rio a carcajadas al ver que se trataba de una piscina olímpica, cortesía de su mujer. La cortaron, brindaron y salieron a bailar de nuevo; a través de los altavoces, casualidad, sonaba otra canción de Alex y Cristina.

Fue una gran velada, y lo que quedaba todavía...

Priscila no sabía dónde iban a pasar la noche de bodas, era una sorpresa de Alex. Se despidieron de todo el mundo, allí los dejaron en plena fiesta brindando y bailando, se subieron al Seiscientos y se encaminaron hacia... misterio.

Alex, mientras conducía, no podía dejar de mirar a su mujer. También estaba nervioso a causa de la sorpresa que tenía preparada para ella. ¿Y si pensaba que se había precipitado?

Subieron otra de las cuestas del pueblo y se alejaron de la civilización. Priscila no entendía nada, en aquella zona no había más que viviendas familiares. Llegaron a una gran verja metálica, alta como dos personas puestas una encima de la otra, y Alex detuvo el vehículo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Priscila con la frente arrugada.

—Espera.

Alex sacó un pequeño mando de la guantera y pulsó el botón. La verja se abrió ante la mirada de incompreensión de Priscila y entraron en la vivienda directos a una cochera que había al fondo a la derecha. Tan anonadada estaba la recién casada que no se dio cuenta de que Alex había salido del coche y le abría su puerta para que se apeara. Dark se le adelantó y fue el segundo en salir.

—¿Vamos? —le preguntó Alex.

—¿Dónde estamos?

—En nuestra casa. Tuya y mía. Ven.

Priscila abrió la boca a la vez que Alex la cogía del codo y le mostraba el

camino hasta la entrada de la casa. Pasaron por un estrecho caminito de piedras y por una piscina vacía y con la pintura destartada. La hierba de alrededor lucía alta, desordenada y descuidada. La casa se veía a colores y se notaba que tanto las ventanas como las puertas eran nuevas por las marcas de pintura de alrededor. Era tan... perfecta. ¿Era suya? No acababa de creérselo.

Alex no había levantado la vista de su mujer, no quería perderse ni un ápice de su reacción. La casa estaba destartada, aunque no tanto como unos meses atrás cuando había decidido comprarla. Lo había hecho gastando la mayoría de sus ahorros. Sus nuevos cuñados lo habían ayudado a cambiar las puertas y ventanas, la valla de la entrada y algún arreglo que otro para que la estancia fuera habitable, dado que, a partir de ese momento, ambos vivirían allí como marido y mujer.

Sus cuñados eran más simpáticos de lo que pensaba. Con Marcos conectó enseguida, al segundo; con Hugo y River un poco después y con Adrián... empezaba a encajar. Y su preciosa mujer no tenía ni idea de nada, era su secreto.

A Priscila le había dicho que, cuando estuvieran casados, irían a vivir de alquiler a un apartamento al que había echado el ojo. Era una estratagema de distracción —no tenía ninguna intención, ni deseo, de adquirirlo—, que funcionó, porque la cara de sorpresa que puso no se podía pagar con dinero. Ese brillo en sus ojos solo lo había visto en la cama, cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, así que fue una reacción orgásmica.

—Aún le queda mucha reforma por delante —le explicó Alex, feliz—, pero es nuestra.

—Me encanta. ¿Cómo lo has hecho?

—He tenido ayuda. Entremos.

Era tanta la desesperación por tenerse el uno al otro que apenas vieron el interior y se fueron directos a subir las escaleras de madera para llegar al dormitorio, que era, junto con el baño y la cocina, lo único decente y habitable de la casa.

La habitación estaba al fondo y era abuhardillada, sobre uno de los techos había un ventanal enorme y otra pequeña ventana en la pared de ladrillos del otro lado. En medio de la estancia, una cama enorme, blanca, en la que cayeron desnudos cinco minutos después y en la que pasaron la noche más perfecta e increíble de entre cada una que habían vivido juntos hasta el momento.

Al despertar al día siguiente, Priscila se puso la camisa blanca de Alex y

fue al baño, donde aún permanecía la luz encendida. Cuando regresó, despertó a su marido dando saltos en la cama, como si fuera una niña, irradiando felicidad y desparpajo. Alex despertó y se subió en la cama a saltar junto a ella. A vivir ese momento. Ese verano que fue blanco, como el vestido de novia de Priscila, como las sábanas de la cama de matrimonio y como la camisa de Alex.

Sexo sin compromiso y sexo con compromiso

Salgo corriendo sin rumbo, sin apenas ver lo que me rodea y oyendo palabras inconexas de fondo que soy incapaz de escuchar.

—*¡Alex, deténla!*

—*Pero ¿qué coño pasa?*

—*¡Tú deténla!*

Bajo las escaleras a tanta velocidad que no sé ni cómo no me descalabro. Oigo más voces que me llaman, voces diferentes; una sé que es de Alex y otra, de Adrián... y la última, la tercera..., tiene que ser de ella. La había olvidado. Pero es la misma voz que me dijo aquellas palabras dañinas tantos años atrás. Y que marcaron un antes y un después en mi vida.

«Necesito esconderme», pienso cuando salgo por la puerta de mi casa y siento los pasos apresurados de alguien que viene detrás de mí. Lo primero que veo es la cuerda que cuelga de la ventana de Alex; miro hacia atrás y compruebo que aún no hay ni rastro de Alex, o de Adrián.

Cruzo la carretera que separa nuestras casas y me escondo detrás de un árbol que hay justo enfrente de su puerta. En ese momento, Alex sale a la calle, lo sé porque puedo discernir su voz llamándome más de cerca y, al instante, también como se aleja, con toda probabilidad, a buscarme en los lugares por los que suelo moverme. Adrián sale casi detrás y desaparece por el lado contrario. No pienso quedarme a ver salir a la otra.

Necesito moverme al último lugar en el que me buscarían... pero ¿a dónde? La cuerda de la habitación de Alex me mira desde su posición: es perfecta. Nadie va a buscarme en el dormitorio de Alex de cuando aún vivía con sus padres.

Subo por la cuerda, afortunadamente la ventana está abierta, y entro con rapidez. Me tumbo en la cama y me encojo contra la pared, dejando salir los sollozos que llevaban tanto tiempo esperando su desahogo.

Los recuerdos del pasado pesan sobre mí como si me cayera encima toda el agua de una gran cascada. Y la incompreensión, el no entender los actos que mi hermano ha llevado a cabo, pesa muchísimo más.

Esa chica me hizo mucho daño. Mucho. Fue cruel conmigo. Inhumana. Es algo sobre lo que he meditado durante estos cuatro años. El paso del tiempo y

el proceso de madurez natural de las personas hacen que veamos las acciones humanas de diferente manera. Acciones que en un momento dado no entendemos, ya sea porque somos aún muy aprendices en el juego de la vida o porque estamos pasados de vueltas, de repente cobran todo el sentido. De repente somos capaces de ver la maldad implícita en ellas. Y que me tilden de simple, pero alguien que hace maldades, alguien que abusa de la vulnerabilidad de otro alguien, no es buena persona. No necesito saber más.

Y ahora Adrián se ha acostado con ella. De entre todas las mujeres del mundo, ha tenido que elegirla a ella.

¿Por qué los recuerdos tienen que hacer tanto daño? ¿Por qué me persiguen? ¿Por qué la línea que separa el pasado del presente se desdibuja? Cierro los ojos con fuerza y me encojo un poco más.

No sé cuánto tiempo después, escucho un carraspeo a mi espalda. Sobresaltada, levanto la cabeza y me encuentro con Alex, apoyado con los brazos y las piernas cruzadas en el marco de su habitación, observándome minuciosamente. Lo conozco bien, está intentando meterse en mi mente, intentando entender qué es lo que me sucede. Debatiéndose entre la preocupación y la curiosidad.

—¿Qué es lo que ha pasado? —me pregunta sin más dilación.

Giro de nuevo la cabeza, me paso la mano por el rostro, empapado de lágrimas, y sigo contemplando la pared. En el tiempo que llevo aquí, he contado hasta doscientas gotas en forma de relieve que forman parte del gotelé de las paredes.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —le susurro con la voz aún algo estrangulada por el llanto.

—Bastante.

—No te he sentido —reconozco más para mí que para él.

—Ya me he dado cuenta. Llevo más o menos veinte minutos observándote, esperando a que te dieras la vuelta y me vieses. Pero no lo has hecho. Tampoco has sentido a mi madre cuando ha subido a verte ni a Remedios, que, por cierto, estaba pasando la aspiradora cuando te has colado por la ventana y se ha dado un susto de muerte al verte llorando tumbada en mi cama.

—Lo siento. No os he oído.

—¿Por qué estás llorando, Priscila?

—Por nada.

—Inténtalo otra vez. Eso no me lo creo. Jamás te había visto llorar. No de tristeza.

—Eso no significa que no haya llorado —le digo a la defensiva.

—No estoy diciendo eso, solo he dicho que yo nunca te había visto.

—Inmortaliza el momento, así ya tienes otra cosa más para recordar cuando necesites saciarte a costa de mi sufrimiento.

Alex suspira exasperado y se acerca a la cama. Se sienta junto a mí, pero yo sigo tumbada de cara a la pared.

—Pris, ¿qué coño es lo que ha pasado? Te juro que intento comprenderlo, pero no encuentro explicación a que te pusieras así porque tu hermano se estuviera follando a una tía. Vale que no tiene que ser agradable ver en esa tesitura a un hermano, pero, joder, de ahí a salir corriendo hay un mundo.

No contesto. En su lugar, me incorporo lo justo para agarrar el edredón por la parte trasera de la cama y taparme con él. Me ha entrado frío de repente.

—Pris. Pris, mírame. —Alex me sujeta por el hombro e intenta darme la vuelta—. Oye, a no ser que de repente te hayas dado cuenta de que eres homosexual y estés colada por esa tía no entiendo por qué te has puesto así.

Me giro para mirarlo con mala cara. ¿En serio esa es la única explicación plausible?

—No me mires de esa manera —me dice al momento—, es que ¡ya no sé qué pensar! Adrián se estaba tirando a una tía, sí, ¿y qué pasa con eso? Lo conozco lo suficiente como para saber que lo hace a menudo y es algo normal. No está comprometido con nadie, tiene derecho a liarse con quien quiera y cuando quiera.

—No —me incorporo al instante y me siento en la cama enfrentándome a él por primera vez. Eso sí que no—, Adrián no tiene derecho a liarse con quien quiera. Y te equivocas en una cosa, porque sí está comprometido con alguien: conmigo. En este mundo vivimos casi cuatro mil millones de mujeres y hay dos, solo dos —puntualizo con los dedos de mi mano derecha— que tiene vetadas, y esa chica es una de ellas.

—¿Vetada? ¿Vetada por qué?

—Eso es algo que solo nos concierne a Adrián y a mí. Y Adrián lo sabe.

—Dejando de lado el hecho de que no tienes ningún derecho a vetarle nada a tu hermano, y menos todavía a una mujer, ¿me estás diciendo que Adrián sabía que esa chica estaba prohibida para él?

—Ni te imaginas hasta qué punto lo sabía.

—Me extraña bastante que Adrián, conociéndolo lo que lo conozco, haya consentido que tú, su hermana pequeña, le vetes a una mujer, por mucho que os queráis y por muy bien que os llevéis. Pero en el caso de haberlo aceptado, me

resulta aún más extraño, me atrevería a decir que insólito, que te haya traicionado.

—No tienes ni idea de qué tipo de relación tengo yo con Adrián, Alex, ni idea, pero te daré una pista para que acabes de comprenderlo y aceptarlo. Adrián sabía que estaba haciendo algo que iba a dañarme o ¿acaso no recuerdas aquella confesión que me hizo en tu coche el día de la entrega de las invitaciones de Marcos y Alicia, cuando me dijo que había hecho algo muy malo que no iba a gustarme?

Ha sido tan fácil y rápido darme cuenta de ello. Por supuesto que era esto lo que le pasaba.

—Vale, acepto eso, lo recuerdo. Pero no digas que no tengo ni idea de la relación que mantienes con tu hermano porque te equivocas. Sé perfectamente quiénes sois Adrián Cabana y tú. Lo he visto durante toda mi vida.

—Adrián estaba raro —reconozco en voz alta—, taciturno. Me ha estado evitando durante las últimas semanas, ha estado evitando quedarse a solas conmigo. Hacer planes juntos los dos solos. Y eso no es normal. Sabía que pasaba algo. Y era esto —ríe sin ganas—. Se ha metido en la cama con mi peor enemiga.

—Joder, Pris, pero ¿qué coño estás diciendo? Esa chica y tú jamás habéis tenido ningún tipo de roce, ni siquiera erais amigas en el pasado y tú jamás has tenido enemigas, te llevas bien con todo el mundo. —Alex se masajea los lagrimales de los ojos de pura frustración—. No entiendo nada.

—Y como no necesitas entenderlo, yo no pienso explicártelo.

Hacerlo supondría abrir la caja de Pandora. Desentrañar el pasado. Nuestro pasado. Y realmente traería consecuencias desastrosas para los dos. Para los dos que somos en este momento de nuestra vida. Ya tengo suficientes frentes abiertos ahora mismo.

—Es que —insiste—, ¿qué cojones puedes tener tú en contra de la hermana de Carolina?

—Ni se te ocurra nombrarla delante de mí —lo advierto. Me levanto de la cama y me alejo de él lo máximo posible. Me acerco a la ventana.

—¿Nombrar a quién? —me pregunta, confundido, situándose detrás de mí.

—A tu *amiga* la pelirroja —le digo dándome la vuelta y enfrentándolo.

La pelirroja que elegiste para acabar con la primera parte de mi vida. Con la parte antes de Boston. La que acabó con nosotros.

—¿A mi *amiga* la pelirroja? —repite—. Sí, es mi amiga. ¿Tienes algún problema con eso?

Un problema, no. Un mundo entero contra ello.

—No, no tengo ningún problema, Alex —le digo con cansancio—. Y no pienso continuar con esto. Me marcho.

Intento pasar por su lado, pero me detiene con el brazo.

—No, espera, ¿a dónde vas?

—No lo sé, ya lo pensaré por el camino. Me da lo mismo un lugar que otro. Solo necesito alejarme de todo esto.

—Tiene que ser una broma. No puedes volver a largarte sin dar explicaciones, no cuando tu hermano se casa en dos putos meses. Y por descontado que no puedes dejar así a Adrián. Ya no eres una niña, Priscila. Deja de comportarte como tal. Sé adulta de una vez por todas. Ya es hora, ¿no crees?

—No me machaques tanto, ¿vale? No voy a huir del país, Alex, solo quiero estar apartada un día o dos, tengo que lidiar con esto y lo último que necesito es ver a Adrián. No quiero decirle algo de lo que más tarde me pueda arrepentir. A él no.

—Vale, eso lo entiendo. Vamos a hacer una cosa, vente a mi casa —me ofrece.

—¿A tu casa?

La idea me pilla totalmente desprevenida. ¿A su casa? ¿Y qué demonios pinto yo en su casa?

—Sí, a mi casa.

—¿Por qué?

Por qué a su casa no es la pregunta que me hago en estos momentos. Es por qué me ayuda. Y él lo sabe.

—Porque como ya te he dicho, sé lo que sois Adrián y tú el uno para el otro. No te voy a juzgar, Priscila, no con esto. No necesito entender el motivo por el que tu hermano siamés y tú os vetáis personas. —Sonrío con debilidad aunque no quiera, por la manera en que Alex se refiere a nosotros: siameses. Es lo que somos. Él también sonrío—. Eso queda entre vosotros dos. Solo quiero que lo arregléis lo antes posible.

—Gracias. Gracias de corazón, Alex —le digo con sinceridad. Y es curioso que sobre la misma persona, sobre su persona, recaiga la salida a este conflicto y a la vez sea el origen de todo.

—¿Eso es un sí?

—Depende. ¿Estás dispuesto a no decirle a nadie dónde estoy?

Lo que menos necesito es que el resto de mis hermanos venga a husmear en

el asunto.

—Me estás pidiendo que mienta a tus hermanos. No sé si aún no te has dado cuenta, pero ellos son importantes para mí.

—Sí, lo sé. —Lo supe desde el primer día, y lo he aceptado. Increíble, pero lo he aceptado. Y no solo eso. Creo que... creo que me gusta que sean tan cercanos—. Por eso he dicho «depende». Lo último que quiero es enfrentarte a ellos.

—¿Y a dónde vas a ir si te digo que no?

—No lo sé. Qué triste, ¿verdad? —reconozco—. Toda mi realidad gira entorno a los Cabana. No tengo a nadie ajeno a ellos. Ni siquiera a Jaime.

—No es triste, Priscila. Tiendes a incluir en tu familia a todo aquel que te viene de fuera. Es bonito. Y, ahora, vámonos.

—¿A tu casa?

—A mi casa.

Asiento con la cabeza y me muevo hacia la ventana, dispuesta a volver a bajar por la cuerda por la que he subido, pero Alex enseguida me intercepta, me coge del brazo y niega con la cabeza.

—Por enésima vez, no bajas por ahí.

—Pero... —Estoy dispuesta a defender a ultranza esa escalera que tantas veces me ha llevado a su habitación, pero Alex me interrumpe y me lo impide.

—Pris, por las escaleras. —Me coge la mano y bajamos.

—No quiero cruzarme con tu madre, habrá pensado que estoy pirada.

—Pues te equivocas, está preocupada. Te ha llamado, Pris. Cuando ha venido a mi cuarto y ha descubierto que era cierto que estabas ahí, ha intentado llamar tu atención, pero ni la has escuchado, solo llorabas. Me ha llamado al momento. Y he venido.

Asiento una vez más con la cabeza y bajamos a la planta baja sin soltarnos la mano. Veo por el rabillo del ojo a mi suegra en la cocina, pero no nos dice nada al advertirnos y nos permite salir sin dar explicaciones. Salimos de la vivienda sin despedirnos de ella.

Nos subimos en el coche de Alex, que está aparcado en la puerta de su casa, y arrancamos sin demora. Bajamos la cuesta y pasamos cerca de la playa, no hay otro camino; la música se escucha desde la carretera, los altavoces están a todo volumen y retumba por cada rincón del pueblo *All That She Wants*, de Ace of Base. Cómo le gusta a la gente poner en las verbenas música del siglo pasado.

Las ventanas del coche están bajadas y la música de la fiesta resuena en el

interior, a Alex siempre le ha gustado conducir con las ventanas así porque no le gusta el aire acondicionado.

Contemplo el paisaje, perdida en mi mundo, hasta que veo como Alex trastea en la guantera enfrente de mí buscando algo. Poco después, encuentra un CD y lo mete en el reproductor de música del coche. Enseguida comienza a sonar *En algún lugar*, de Duncan Dhu. Puede que Alex me haya decepcionado en el pasado, puede que incluso dejara de amarme en algún momento durante nuestro matrimonio, pero lo que no puedo negar es que me conoce bien, que sabe justo lo que tiene que darme.

En algún lugar de un gran país.

Olvidaron construir.

Un hogar donde no quemé el sol.

Y al nacer no haya que morir.

Llegamos a su casa en pocos minutos, la verja se abre y entramos directos a la pequeña cochera. Cuando Alex gira la llave para apagar el motor, la voz de Mikel Erentxun continúa reproduciéndose.

—¿Puedo quedarme a escuchar la canción? —le pregunto sin apartar el rostro de la ventana.

—Claro, voy abriendo la casa. Coge las llaves y cierra el coche cuando termine.

—Vale.

Tras escuchar la última frase: «La tristeza aquí no tiene lugar, cuando lo triste es vivir», saco las llaves del cilindro de encendido y me bajo del coche. Entro en la casa con Dark en brazos (me estaba esperando a la salida del coche) y me detengo en medio del enorme salón sin saber qué hacer. A pesar de haber vivido aquí años atrás, siento extraña la casa. Está tan cambiada... Recuerdo comenzar a decorarla y ver mi toque por toda la vivienda, pero ya no queda nada de mí. Absolutamente nada.

¿Cómo es posible que siendo el mobiliario el mismo, el sofá gigantesco de cuero color perla, los muebles blancos minimalistas, la estantería que llega casi hasta el techo y que montamos mano a mano Alex y yo, la chimenea..., se vea todo tan diferente?

Mis libros han desaparecido de la estantería. Los cojines que hice a mano, del sofá. Mis fotos ya no reposan encima de la repisa de la chimenea. Mis mandalas no se ven esparcidos por cada rincón de la casa. Cómo me gustaba

pintarlos. Dejé de hacerlo.

—Si quieres ponerte cómoda —me dice Alex, mirando mi atuendo de pantalones cortos y camiseta—, creo que tienes algo de ropa debajo de la cama.

—¿Debajo de qué cama? —pregunto extrañada.

—De la nuestra.

Subo al piso de arriba, con curiosidad y con Dark pisándome los talones y moviendo la cola de pura felicidad, y entro en la habitación de Alex. O en «la nuestra». Me acerco a la cama y me arrodillo. Permanezco unos segundos en esa postura porque no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar ahí debajo. Cuando por fin me decido, levanto la colcha color aguamarina y miro.

No queda ni un espacio libre en toda la superficie: está repleta de cajas. Comienzo a sacarlas una a una y a abrirlas, son todas... mías, están llenas de cosas mías. Mi ropa, mis zapatos, mis mandalas, mis cojines, mi música, mis bikinis, mis libros, mis fotos... está todo aquí.

—Has encontrado el tesoro escondido —me dice una voz desde el umbral.

—Aquí hay bastante más que «algo de ropa» mía —repito sus palabras sin apartar la mirada de las cajas.

—Sí, son todas tus cosas. Las dejé ahí por si algún día venías a buscarlas.

Cojo una camiseta y me la acerco a la nariz. Aspiro su aroma.

—Huele un poco mal.

Lo miro, aún con la camiseta en la mano, y nos reímos al unísono.

—Siempre puedes sacarla toda y meterla en la lavadora.

—Esta ropa está pasada de moda.

—Priscila, para ti la ropa no pasa de moda, lo mismo te da plantarte un lazo gigante en los noventa, en el 2016 o en el 2040.

Algo de razón tiene, no puedo negárselo.

Alex entra en la habitación, abre su armario, me lo señala con el brazo, queriendo decir: «Todo tuyo» y vuelve a marcharse sin decirme una palabra más. Me quito la mochila de tela que aún llevo a la espalda y el resto de mi ropa, me pongo un bóxer y una camiseta negra por encima y bajo al piso de abajo; voy directa al porche, sin buscarlo a él, y me siento en la mecedora que hay en uno de los extremos, subo las rodillas y me acurruco mirando el mar y escuchando la música de fondo que viene de la playa.

Este rincón sigue siendo el mismo de antaño. Creo que es lo único que se mantiene inalterable de aquella época.

—Priscila, te está sonando el teléfono.

Alex se sitúa enfrente de mí, tapándome las vistas, y me tiende el aparato.

—Déjalo por ahí —le digo sin tener ninguna intención de cogerlo.

—Tus hermanos te estarán buscando, tienes que decirles al menos que estás bien.

Otra vez, tiene toda la razón. Cojo el teléfono que me ofrece, y que ha dejado de sonar, y llamo a Hugo. Lo elijo a él porque es el más... propenso al dialogo sosegado. Hugo no es muy de explotar, no tanto al menos como Marcos o Adrián, que son como dos granadas a punto de estallar.

—*¿Dónde coño estás, Priscila?* —me dice sin darme opción ni a saludar. Menos mal que he elegido al Cabana sosegado.

—Escúchame, ha pasado algo y...

—*Ya sé que ha pasado algo. Adrián te está buscando como un loco por todo el maldito pueblo. En pocos minutos nos hemos enterado de que tiene novia y de que tú estás enfadada por algo relacionado con eso. ¿Qué ha pasado?*

¿Novia?

—Ahora no puedo hablar, Hugo, necesito alejarme durante un par de días y...

—*Joder, Priscila, ¿otra vez vas a ...* —Ahora lo interrumpo yo.

—No voy a huir, solo necesito tranquilizarme porque no quiero pelearme con Adrián de la manera en que lo haría ahora si me lo encuentro de frente.

—*Está bien, pero no entiendo nada.*

Siento la mirada de Alex, levanto la vista y veo como emite un gesto de aceptación con la cabeza ante lo que ha dicho Hugo, lo ha escuchado a través del teléfono. Nadie entiende nada, lo sé. Pero yo sí.

—Hugo...

—*¿Dónde estás?*

—Estoy en casa de un amigo.

—*¿Un amigo? Pris, tú no tienes amigos, tienes a tus hermanos, a Alex y a Jaime.*

Mierda.

—Pues resulta que te equivocas. Avisa a papá y mamá de que voy a pasar la noche fuera.

—*Bien, pero llama a Jaime, está preocupado.*

—¿Estás con él?

—*Sí, estamos todos juntos, menos Adrián, que te está buscando.*

—¿Saben mamá y papá que nos hemos peleado?

—*No. Estamos disimulando.*

Uff. Qué peligro.

—Bien —le digo. Por decir algo—. Dile a Jaime que se ponga.

—*Voy. Y Priscila...*

—Mañana iré a casa, Hugo.

—*Más te vale. Te paso con tu amigo.*

—*¿Dónde estás?* —me pregunta una segunda voz pocos segundos después.

—Estoy en casa de Alex.

—*Me estás vacilando.*

—No, pero no digas nada, por favor.

—*Está bien. Pero vas a tener que contarme en algún momento qué cojones ha pasado.*

—Mañana, te lo prometo. —Sí, mañana. Ahora solo deseo desconectar de todo. Olvidarme, aunque solo sea durante unas pocas horas, del desastre que es mi cabeza—. Oye, tengo que colgar —lo apremio.

—*Pris* —me dice antes de que finalice la llamada.

«Te quiero y todo va a salir bien» es el mensaje oculto detrás de ese *Pris*.

—Lo sé.

Cuelgo el teléfono y lo dejo en el suelo de madera. Subo las rodillas a la mecedora y comienzo a moverme despacio.

—Siempre te ha gustado este rincón —me dice Alex, observando mi movimiento.

—Era mi rincón.

—¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

—No has comido nada en todo el día.

—Quizá luego.

Alex sigue en la misma posición desde que ha llegado, apoyado contra la barandilla del porche y con los brazos cruzados. Ha escuchado toda la conversación en silencio. Y así deseo que continúe, en silencio, sin que me pregunte más sobre Adrián y sobre lo que ha pasado.

Levanto las piernas y las apoyo en la barandilla; cruzo los tobillos, descanso la espalda en el respaldo de la mecedora y cierro los ojos. Me quedo escuchando el murmullo del mar, el sonido de la brisa, los ladridos felices de Dark y el cántico de algún grillo que habita en el jardín.

Alex me levanta las piernas con suavidad y las apoya en el suelo. A continuación, me separa las rodillas y se sienta entre ellas, dándome la

espalda, apoyando su cabeza en mi pecho y su cuerpo en el mío. La mecedora es lo suficientemente grande como para que entremos los dos, si yo muevo el trasero para atrás. Levanto los brazos de los reposabrazos y le rodeo la cintura con ellos, nos mecemos en un agradable balanceo durante un buen rato, sin decirnos nada, hasta que comienza a acariciarme la piel de los muslos con la yema de sus dedos; entonces, el movimiento de la silla se detiene. Mi corazón también.

Mientras él explora mis piernas a placer, yo meto los dedos en su pelo, le acaricio el cuero cabelludo, le hago un breve masaje y disfruto de la sensación. Es la primera vez que nos tocamos con este cariño, con esta paciencia y sin haber cruzado palabras hirientes segundos antes.

Cuando una de sus manos se cuela por debajo de mi (su) camiseta y llega hasta la ropa interior, nuestras respiraciones se agitan, se escuchan y se sienten. Mis manos pasan de su cabello a su pecho, a acariciarle los pectorales, pero poco duran ahí, porque Alex se levanta de la mecedora, se da la vuelta, me mira de frente, se agacha y se lanza a mis labios a besarlos.

Los besos de Alex siempre han sido especiales. Siempre me han hecho sentir mil emociones. Solía pensar que era porque sabía besar. Pero ahora creo que somos nosotros. Que nuestros labios están hechos para besarse entre ellos. Para expresar lo que somos incapaces de hacer con palabras. Así ha sido durante toda nuestra vida. Así nos hemos comunicado siempre. Besándonos.

Alex me incorpora y se desprende de mi camiseta, dejándome completamente desnuda de cintura para arriba. Me besa de nuevo mientras me aprisiona los pechos a la vez que yo comienzo a bajarle el bañador por las piernas y a quitarle el resto de la ropa. Él se levanta para despojarse del bañador y yo aprovecho para incorporarme, ponerme en pie y empujarlo con suavidad para sentarlo de nuevo en la silla.

Me quito el bóxer ante su atenta mirada y me siento a horcajadas sobre sus piernas. Cuando estoy a punto de introducirme su sexo, me detiene y me habla.

—El preservativo.

—Tomo la píldora.

—No, no, yo...

—Tomo la píldora, Alex —le digo, mirándolo a los ojos. Necesito que confíe en mí, aunque solo sea en esto.

Acepta con un movimiento de cabeza y me penetra con un único impulso. Comienzo a moverme arriba y abajo sin darnos tregua. Le agarro el pelo y tiro

de él hasta escuchar sus gemidos cerca de mi oído. Los necesito. Necesito comprobar que no soy la única que está sintiendo esto. Lo beso en la boca y ralentizo nuestros movimientos. Hacemos el amor hasta que culminamos una vez más a la vez con gemidos unísonos de satisfacción.

Dejo caer la cabeza sobre su pecho y cierro los ojos. Alex tiene el corazón acelerado. Me acurruco para sentirlo mejor y siento que sus brazos me rodean con más fuerza. Sonríó porque creo que piensa que tengo frío.

—Priscila, esto es sexo sin compromiso, ¿de acuerdo? —me dice entonces.

Esa afirmación, en realidad, es una pregunta y un arreglo, lo conozco bien. Es un «vamos a seguir manteniendo relaciones sexuales bajo este acuerdo tácito y dejaremos de tenerlas una vez regreses a Estados Unidos».

No le contesto; no estoy segura de aceptarlo. ¿Acostarme con Alex durante las próximas... diez semanas? ¿Hacerlo sin involucrarnos emocionalmente y marcharme después como si no hubiera pasado nada? ¿Eso puede hacerse?

La imagen de Adrián con la hermana de la pelirroja viene a mi cabeza.

—¿Y lo de ellos?

—¿Lo de quiénes? —me pregunta Alex, confundido.

—Lo de mi hermano y la hermana de la pelirroja, ¿es sexo con compromiso?

Alex suspira y me levanta la cabeza. Me mira sopesando si decirme lo que piensa de verdad o no. Gana la primera opción.

—Tienes cuatro hermanos y Adrián es el único al que no conozco como la palma de mi mano, por lo que no puedo estar seguro, pero por la cara de disculpa que le ha puesto a la chica cuando se ha levantado a toda hostia para ponerse la ropa interior e ir detrás de ti... entiendo que es con compromiso.

—Genial —le digo mientras me levanto con cuidado y saco su sexo de mi interior.

Entro desnuda en la casa y subo las escaleras directa a la habitación, al baño a asearme. Cuando termino, abro el primer cajón del armario de Alex y cojo ropa interior limpia, me la pongo junto con una camiseta que está tirada sobre la cama y me tumbo en posición fetal a pensar en lo que ha pasado... y en lo que va a pasar. Dark se tumba a mis pies con naturalidad, y estoy segura de que ese es el lugar donde duerme cada noche.

Al escuchar el ruido de unos pasos que se acercan haciendo crujir la madera, me doy la vuelta y me quedo mirando a Alex, que está en el umbral y que me observa con intensidad, pero que no se atreve a cruzar.

Pasan los minutos y continuamos contemplándonos sin que él entre en la habitación, parecemos una gacela asustada y un león hambriento. Yo soy el león. Intento romper el hielo de alguna manera:

—Dejas dormir al perro en la cama.

—No es verdad.

—Pues parece que tiene su sitio. ¿Alex te deja dormir aquí? —le pregunto con cariño al animal.

—¡*Guau!* —ladra Dark en respuesta.

Para mí, eso es un clarísimo «sí».

—El perro me dice que duerme aquí —le digo a Alex.

—Lo dudo.

—¿No vas a entrar?

—No lo sé.

—¿Quieres que me vaya?

—No lo sé.

Me levanto y voy hacia la puerta, y, justo cuando voy a cruzar el umbral, él pone el brazo y no me permite pasar. No lo dice en voz alta, pero es su respuesta a mi pregunta sobre si quiere que me vaya o no. Es un «no». Lo acaricio, lo cojo de la mano y lo llevo hasta la cama.

Sin hablar, nos metemos dentro y apagamos la luz. Nos tumbamos uno enfrente del otro, mirándonos, pero sin tocarnos. De hecho, en el espacio que hemos dejado entre los dos, entrarían casi dos personas más. Los Alex y Priscila del pasado no lo habrían permitido. Los Alex y Priscila del pasado acabarían con el espacio entre ellos y se tocarían y abrazarían. Pero nosotros no somos los Alex y Priscila del pasado. Y no volveremos a serlo. Y yo siento mucho frío, a pesar de la alta temperatura del exterior, pero no creo que ponerme una manta por encima me lo quite.

Solo es media tarde, pero los párpados me pesan sobre los ojos y comienzo a cerrarlos. La imagen de Alex se desdibuja poco a poco. Me quedo dormida. La última vez que soy consciente de nosotros, seguimos tumbados cada uno en un extremo sin tocarnos ni rozarnos. Pero, a medianoche, me despierto y siento una respiración a mi lado. Me doy la vuelta y veo a Alex, con mis ojos entrecerrados por el sueño, muy cerca de mí. Me percató de que la luz del cuarto de baño está encendida y ese detalle hace que me sienta más cerca de mi Alex, pero también que se me rompa el alma porque aún tenga que encender la maldita luz para poder dormir tranquilo.

Es tan fuerte la necesidad que tengo de acercarme, de mandarlo todo a la

mierda y de abrazarlo muy fuerte y cobijarme en su calor... que es lo que hago. Lo abrazo por la cintura y coloco una de mis piernas encima de la suya. Suspiro de puro placer y vuelvo a dormirme. Esta vez, sin sentir una gota de frío.



Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, no soy yo sola quien está apoyada en su regazo. Somos los dos. Estamos el uno encima del otro, totalmente enroscados con las piernas y los brazos. Con la cabeza de Alex escondida en mi cuello como si fuera el mejor lugar del mundo, el más calentito y el más placentero, y con mi barbilla apoyada en su cabello.

Lo abrazo con fuerza y disfruto del momento de tenerlo así para mí hasta que se despierta y su cuerpo se tensa. Al segundo, levanta la vista, me mira y, sin que pueda darme tiempo a registrar sus movimientos, ya está en la otra punta de la cama con cara de asustado.

Ya estamos otra vez en el punto de partida.

—¿Qué haces, Alex? —le digo, levantándome de la cama. Ya no estoy tan a gusto. Y encima tengo unas agujetas tremendas en los muslos y los brazos por culpa de la moto de agua—. No soy la peste. ¿Quieres que te recuerde lo que pasó ayer? Porque me propusiste una tregua de sexo sin compromiso y me invitaste a dormir aquí. No en ese orden, pero viene a ser lo mismo. Y, sorpresa, no podemos tener sexo juntos y dormir en la misma cama sin tocarnos.

—Sí me acuerdo, y ya sé que no...

—Genial —lo interrumpo—, porque eres un idiota.

Cojo la almohada, se la lanzo con fuerza y veo como cae al lado de su cuerpo. No le ha rozado.

—Joder, qué mala puntería tienes —me dice riéndose.

—Ha sido a propósito, tonto del culo. No quería darte.

—No me llames tonto del culo, tonta del culo.

Entonces él hace lo mismo que yo segundos antes, coge su almohada, me la lanza y cae con un golpe seco en el suelo, cerca de mí.

La recojo y vuelvo a lanzársela con suavidad, en esta ocasión, dándole en el costado. Se ríe y hace lo mismo, de nuevo. Me golpea en la pierna derecha.

Comenzamos a pelearnos con las almohadas, subidos en la cama, hasta que comienzan a salir plumas. No es como en las películas, que vuelan por toda la habitación; aquí son cuatro plumas que van cayendo en la cama hasta que en una de las almohadas —la mía— se hace una raja gigante y caen todas sin remedio, y sin volar.

Alex se desternilla tanto de la risa que ahora sí que voy a darle en la cara, pero dado que ya no quedan plumas, le lanzo un trozo de sábana que no llega ni a acercarse a él. Pero él sí se acerca a mí. Me tumba sobre el colchón, se arrastra por mi cuerpo y me da un beso en la boca, que yo le devuelvo. Para cuando me quiero dar cuenta, estamos desnudos, rodeados de plumas, y ambos gimiendo con él dentro de mí.

Y como yo soy así de oportuna, necesito saber, en este momento, si se está acostando con la pelirroja, además de conmigo.

—¿Te acuestas con alguien más? —le pregunto, despegándome de sus labios.

—Joder, ¿y me lo preguntas ahora? —me devuelve la pregunta con la voz entrecortada.

—Sí.

—¿Importaría?

—Sí, importaría. Si vamos a tener sexo sin compromiso quiero que sea exclusivo.

Y por descontado que no voy a compartirlo con la pelirroja.

—Acepto —me dice resolutivo sin dejar de moverse en mi interior.

Segundos después, escuchamos el timbre de la puerta de casa, pero no hacemos ni caso. Nos importa bien poco quién sea. Pero después de llamar en repetidas ocasiones, oímos gritar el nombre de Alex desde la calle.

—¡Alex! ¡Alex!

—Mierda —exclama Alex, deteniéndose en seco—, es tu hermano.

—¿Mi hermano? ¿Cuál de ellos? ¡Oh! —grito por la embestida especialmente profunda con la que Alex ha iniciado el movimiento.

—Shh —me pone la mano en la boca para amortiguar mis gemidos—, ¿no los reconoces por la voz?

—Ahora mismo estoy liada con algo, solo atiendo a tus gemidos.

—Y yo a los tuyos, pero también sé que ese es Marc.

—¿Y cómo ha entrado en el jardín?

—Se sabe el código de la verja, pero no tiene llaves de casa. Esperaremos a que se aburra de esperar y se marche.

—Me parece bien.

No quiero seguir hablando de mi hermano, o, mejor, no quiero seguir hablando. Estamos a punto de llegar al orgasmo y, de hecho, segundos después, lo hacemos. Expulsamos un último suspiro de nuestras bocas y dejamos los cuerpos laxos, uno encima del otro.

—*¡Alex, sé que estás en casa! Has dejado dentro a Dark y nunca lo haces cuando te vas. Siempre dejas la puerta abierta para que salga al jardín.*

¿Todavía sigue Marcos ahí?

Alex me da un beso en la nariz, sale de mi interior y se levanta en toda su desnudez para dirigirse a la ventana; por suerte desde la calle solo se le ve de cintura para arriba.

—¿Qué quieres? —le grita tras abrir el cristal.

—*¡Por fin! ¿Estás con mi hermana?*

¡Mierda! ¡Qué intuitivo puede llegar a ser mi hermano! Me cubro entera con las sábanas, cabeza incluida, como si eso me hiciera desaparecer.

—¿A ti te parece que estoy con tu hermana?

—*¿Eso es un sí o es un no?*

—Es un no.

—*Vale. ¿Te vienes a desayunar conmigo? Venga, te invito.*

—¿Otra vez a desayunar juntos? No, gracias, estoy liado.

—*¿Con qué?*

—Con algo.

—*Con algo, ¿con qué?*

—Joder, Marc, que no puedo. Vete a desayunar con tu futura mujer y déjame en paz.

—*Vaya puto humor que te gastas por las mañanas. Me piro.*

—Sí, sí. Adiós.

—*¡Priscila!* —grita Marcos cuando Alex está a punto de cerrar la ventana —. *¡Te quiero en casa en una hora!*

Me destapo y miro a Alex alucinada de que mi hermano sepa que estoy aquí.

—¿Cómo demonios lo ha sabido? —le pregunto a Alex cuando se mete de nuevo en la cama junto a mí.

—*¡Una hora, Priscila!*

—Puto Marc —me dice Alex sonriendo.

«Estos dos chicos juntos me parecen adorables, Pris. Se nota que se quieren. Deberías sentirte orgullosa, a pesar de todo».

Pristy, la ardilla. Sobre Alex y Marc.

Verano de 2012 (segunda parte)

Continuamos en el verano de 2012. Pasaron muchas cosas. Una boda es un gran acontecimiento

Aquel verano, y los meses que lo siguieron, fueron de color de rosa, perfectos y únicos. Los recién casados pasaron la luna de miel en Estados Unidos y disfrutaron de veinte días de ensueño.

Las semanas que continuaron al viaje las pasaron eligiendo pintura para las paredes, parqué para los suelos, azulejos para el otro cuarto de baño y muebles y pequeños detalles para transformar su recién estrenada casa en un hogar... Se puede decir que estuvieron entretenidos, porque Alex quería hacerlo todo él; construir su morada piedra a piedra, a pesar de que las piedras eran prácticamente lo único que habían salvado de la estructura.

También hubo broncas. Más broncas. Y todas por lo mismo: la pelirroja. Al estar casados y compartir casa, Priscila fue más consciente que nunca de que Carolina estaba enamorada de su marido. Ya no solo eran las miradas, los abrazos; también estaban las continuas llamadas telefónicas y los mensajes de móvil. Aquello era una persecución en toda regla.

A Alex el tema lo cansaba sobremanera porque no sabía cómo hacer entender a su mujer que no estaba en lo cierto. ¿Y en qué derivaba la situación? En broncas.

—Priscila, joder, por enésima vez, Carolina no está enamorada de mí —le decía él.

—Puedes negarlo las veces que quieras, Alex, pero lo está.

—No, no lo está, pero, aunque lo estuviera, ¿qué más daría? Eso a ti y a mí no nos influye.

—¡Claro que nos influye!

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo cojones nos influye?

Ahí era cuando Priscila se quedaba callada. Lo hacía porque no quería admitir que se sentía inestable, que la pelirroja era tan guapa, tan alta, tan estilosa y tan sensual que se sentía celosa e insegura, aunque Alex nunca le hubiera dado motivos ni para lo uno ni para lo otro. Los celos eran inevitables, estaba tan loca por su marido que tan solo el hecho de imaginárselo con otra persona le provocaba que se le encogiera el corazón.

Las inseguridades provenían de causas más profundas. Priscila se había criado en un ambiente demasiado perfecto y protector. Un ambiente que, en aquel momento, jugó en su contra. Si nunca has tenido que enfrentarte a nada malo, no aprendes a hacerlo. Si no caes, no aprendes a levantarte. ¿Y qué sucede entonces cuando tropiezas con la primera piedra del camino?

Por otro lado, las noches se tornaron interesantes. Alex comenzó a coger confianza y solía sentarse a oscuras en el suelo del salón. Priscila lo observaba apoyada en la jamba de la puerta, y él lo sabía, la intuía. Y se sentía seguro.

Para mediados de septiembre, el final del verano, apenas habían avanzado con la planta de abajo de la casa, la segunda planta y el jardín estaban inhabitables (excepto por su dormitorio). Acababan de recomponer la chimenea del salón, chimenea que Priscila quería eliminar, dado que en el pueblo la temperatura mínima en invierno era de once grados, grado arriba, grado abajo, pero que Alex se empeñó en mantener; lo entusiasmaba esa chimenea. A Priscila lo que le daba miedo era que, además de gustarle cómo quedaba a modo de efecto decorativo, también le gustara encenderla... Se apuntó mentalmente no comprar pijamas de invierno. Claro que quizá era eso lo que Alex buscaba... «no ponernos pijama», caviló.

Hubo un día que fue especialmente trabajoso. Habían comenzado a pintar las paredes del salón y no quisieron detenerse hasta que terminaron nueve horas después. Les dieron las seis de la tarde y acabaron exhaustos, además de llenos de pintura.

Se dieron una ducha, pero no sirvió de mucho. Era un día demasiado caluroso y Priscila propuso a Alex ir a Cala Medusa a darse un remojón y quitarse el sopor de encima. Como el lugar estaba cerca fueron andando, Alex solo con el bañador puesto y ella en bikini y con una camiseta de manga corta por encima.

Llegaron al lugar con un sol de escándalo, a pesar de la hora, y con un cielo azul hasta el infinito. Se quitaron la ropa y se metieron en la cala; estaban solos y les gustaba bañarse desnudos. ¿A quién no? El agua estaba más fresca de lo habitual y ambos lo agradecieron. Hasta que se calentaron entre besos y arrumacos. Los dos estaban eufóricos, la vida de casados era fantástica, mucho mejor de lo que se habían imaginado. Y sus familias diciendo que era una locura... no lo entendían, era lo más.

Priscila rodeó con las piernas la cintura de Alex, y este, ayudándose de la mano, la penetró con suavidad. Priscila lo agarró del cuello, para sujetarse, y

se movió lento al principio y con más ímpetu al final. Final que fue casi interrumpido por un cielo que, en cuestión de minutos, se volvió gris, negro, y que poco tardó en soltar una gran tromba de agua.

Alex y Priscila dejaron de comerse los labios con la boca para mirar hacia el cielo durante un par de segundos, tiempo que tardaron en reaccionar y seguir con su cometido; el inminente orgasmo de ambos no iba a frenarse a causa de unas débiles gotas de agua. Bueno, de débiles tenían poco, en realidad, era una tormenta en toda regla, truenos y todo había, pero como si lo fueran.

Después de culminar, se quedaron en el agua disfrutando del momento. El calor sofocante se había esfumado y el viento había refrescado el ambiente, por lo que se estaba mejor dentro que fuera, más calentitos.

Cuando se decidieron a salir, lo hicieron a toda prisa y se vistieron cruzando el bosque. Llegaron a casa tan empapados, perro incluido, que fueron dejando charcos de agua a su paso en el parque nuevo.

Priscila subió al dormitorio a buscar un par de pijamas mientras Alex entraba en la cocina a preparar algo caliente para tomar. Cuando regresó al salón, se encontró con Alex desnudo, y temblando, cerca de la chimenea encendida. Le indicó con la mano que lo acompañara y juntos se pusieron el pijama. Priscila había elegido dos pijamas largos, los dos eran a cuadros; el de ella, azules y rojos y el de él, azules y blancos.

Se los pusieron y se tumbaron en el suelo cerca de la chimenea para entrar en calor. El ambiente olía a pintura.

—¿Ves como la chimenea era una buena idea?

—Tienes toda la razón. Jamás volveré a cuestionarte nada —le dijo con recochineo.

—Así me gusta, mujer.

Priscila lo miró con la ceja arqueada y Alex... se desternilló de la risa mientras se acercaba a su rostro para besarla.

Pasaron lo que quedaba de tarde, que era poca, en esa posición, hablando, riendo y disfrutando el uno del otro. También escuchando música; canciones como *Born This Way*, de Lady Gaga, *Solamente tú*, de Pablo Alborán, *Rolling In The Deep*, de Adele o *Rehab*, de Amy Winehouse.

Cuando anocheció, Alex ayudó a Priscila a llegar al dormitorio; se habían quedado traspuestos entre el calor, el cansancio y el olor a pintura.

La metió en la cama y le dio un beso en los labios antes de apoyar la cabeza en la almohada para dormirse, pensando que aquella era una manera

maravillosa de acabar la jornada. Pensando que aquella era una manera maravillosa de acabar la jornada durante el resto de su vida.

¿Con él? ¿CON ÉL?

Cuando poco más de una hora después entro en casa de mis padres, a la primera persona que veo es a Adrián. Ha salido a mi encuentro en cuanto ha escuchado la puerta de la calle.

—Priscila.

Es lo único que me dice mientras sube las escaleras detrás de mí. Dejo la puerta de mi habitación abierta y él la cierra con cuidado cuando entra. No sé qué hacer en mi propio dormitorio, así que me quedo en medio de la estancia, dándole la espalda a mi hermano y mirando por la ventana sin ver nada en realidad. Ni siquiera la ventana de la casa de enfrente.

—Aquí estoy, Priscila. Explícame qué cojones fue lo que sucedió ayer. Porque me esperaba una reacción algo negativa por tu parte, no te lo voy a negar, pero lo que hiciste sobrepasó la línea de la cordura. Se te fue la olla y mucho.

Me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos; está cansado, ojeroso, no ha debido de dormir bien esta noche. Me siento culpable al momento, pero eso no quita para que hablemos de lo que tenemos que hablar. No quita para que sigamos con nuestras vidas como si nada hubiera sucedido. Como si no me sintiera... traicionada.

—Necesito saber una cosa, Adrián —le indico.

—¿El qué?

—¿Desde cuándo está pasando todo esto? ¿Desde cuándo te estás acostando con ella?

Ni siquiera se piensa la respuesta, me contesta al instante.

—Desde pocas horas después de que tú llegaras al pueblo, sucedió en las hogueras la noche de San Juan sin pretenderlo, sin buscarlo. No lo vi venir, Pris.

—¿No lo viste venir? ¿Y eso qué significa? ¿Que es amor lo que sientes por ella?

—No lo sé, joder, no lo sé. Creo que todavía no, pero estamos bien juntos y me gusta estar con ella. Lo que empezó siendo una tontería, un rollo inesperado de una noche, se ha convertido en algo más y...

No consiento que continúe.

—Con todas las mujeres que hay en este pueblo, en este mundo, y tenías que elegirla a ella. A ella. No te imaginas lo que me hubiera gustado poder

compartir este momento contigo, compartirlo bien, compartirlo bonito. Reírme de ti por ello, porque te conquistara una chica, y colarme en vuestra vida para conocerla mejor. Conocer a esa persona que ha sido capaz de robarte el corazón. Pero eso no va a pasar. Porque eligiéndola a ella lo has convertido todo en una pesadilla. En una opresión para mí.

—No fue premeditado, ya te lo he dicho —me explica, acercándose más a mí—. Y una vez ocurrió, me arrepentí al instante, pero al día siguiente volvimos a vernos y... sucedió de nuevo. Estaba seguro de que no iba a gustarte una mierda, pero jamás se me pasó por la cabeza que pudieras llegar a ese nivel de intolerancia. Porque... —se detiene para coger aire y respirar— porque pensé que, después de meditarlo bien, llegarías a la misma conclusión que yo y que no es otra que... ella no tiene la culpa de nada. Ella no es culpable de ser hermana de quien es. Carmen no debería sufrir las consecuencias de los actos que provocó Carolina en el pasado. Son dos personas diferentes, Pris.

Carmen. Así que ese es su nombre. No lo sabía. La verdad es que nuestras vidas nunca se han cruzado. Jamás hemos andado por los mismos ambientes. Exceptuando aquel día.

—Sí, tienes razón. Son dos personas diferentes. Y estoy de acuerdo contigo en una cosa, si solo fuera su hermana, lo más probable es que yo también habría llegado a esa conclusión de la que hablas. Pero el hecho es que no es solo su hermana. Es una mala persona, Adrián.

—¿Carmen? ¿Mala? ¿Por qué dices eso? Ella nunca te ha hecho nada.

—Oh, ya lo creo que me lo ha hecho.

—Jamás has tenido contacto con ella.

—Sí que lo tuve.

—¿Cuándo?

—Eso no importa.

—Ya lo creo que importa. ¿Cuándo? —me exige.

—¿No te basta solo con mi palabra? ¿No es suficiente con que te diga que esa chica no es trigo limpio?

—¡No, Pris, no es suficiente! —grita, haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Claro que no es suficiente! ¿Y sabes por qué? Porque no te creo. Porque tu único problema es su jodida hermana —me acusa, apuntándome con el dedo—. ¡No atiendes a razones cuando se trata de ella!

—Mira, eso no te lo voy a discutir. ¡No atiendo a razones, no! ¡No atiendo a razones cuando se trata de la persona que más daño me ha hecho en la vida!

—No, Priscila, la persona que más daño te ha hecho en la vida es Alex. No lo olvides. Fueron los dos juntos. Y te diré aun más. Tu marido era él. Era él el que te debía fidelidad, no ella, que no era ni tu amiga ni tu prima ni nadie que te debiera respeto.

—No hay que ser cercanos para respetar el matrimonio ajeno, Adrián.

—Lo que sucedió fue culpa de Alex —insiste, sin escucharme—, él solito decidió meterse en la cama con otra, el mismo Alex al que ahora te estás tirando. Sin embargo, a ella no la toleras, a ella la culpas de todo y extiendes tu animadversión hacia toda su familia, que no ha hecho nada. ¡Absolutamente nada! ¡Es del todo incoherente, Priscila!

—¡Sí, lo es! ¡Es incoherente! ¿Y qué? ¿No se me permite ser incoherente? ¿No? —insisto cuando veo que no me responde—. ¡Pues me da igual! ¡Me da exactamente igual! ¡Espósame si quieres! ¡Quémame en la hoguera! ¡Encárcelame! ¡Pero nada va a poder evitar que rechace para siempre a la mujer que se acostó con mi marido cuando yo ya estaba casada con él! ¡Nada!

—¿Y por qué no lo rechazas a él? ¿Por qué coño no lo haces? ¿Ya no recuerdas cómo te sentiste el día que lo descubriste? ¿No te acuerdas de lo que te destrozó aquello? Porque yo sí lo hago. Más que nada porque esa misma noche cogiste un avión a Boston sin billete de vuelta.

—¡Claro que me acuerdo!

—¿Y entonces? ¿Qué pasa con él?

—¡Han pasado cuatro puñeteros años!

—¡No, Pris! No es una cuestión de tiempo. Acabas de decirme que a ella la aborrecerás hasta la eternidad. ¿Quieres que te lo recuerde?

—Sé lo que he dicho, no necesito que me lo recuerdes.

—Porque yo te he dicho que no atiendes a razones cuando se trata de ella y tú me has respondido que no, que no lo haces y que nada va a poder evitar que la rechaces para siempre. Y luego...

—¡He dicho que no necesito que me lo recuerdes!

—¿Y entonces por qué cojones haces la diferencia?! ¿Por qué no odias a Alex?

—Porque no es lo mismo.

—¡Por supuesto que no es lo mismo! ¡Es todavía peor!

—¡No! ¡No lo es! ¡NO LO ES!

—¿¿Por qué?? ¿¿¿POR QUÉ???

—¡¡¡PORQUE A ÉL LO QUIERO!!!

Me tapo la boca en cuanto esas cinco palabras salen de ella. En cuanto esa

verdad se me escapa de las entrañas. Adrián se sobresalta y todo, incluso echa un paso hacia atrás a causa de la impresión.

—Joder —exclama.

Me froto la cara con las manos y dejo que todo salga.

—Estoy enamorada de él, Adrián. Creo que en realidad nunca he dejado de estarlo. Es una estupidez que siga negándomelo. Yo no siento solo atracción por Alex. Siento amor. Y volver a estar con él significa... significa... —suspiro—. Tengo la sensación de estar traicionándome a mí misma por hacerlo, a mi yo del pasado, pero el amor que siento por él es más fuerte que eso. Y sé que lo más probable es que todo esto acabe por destruirme, pero... no he podido evitarlo. No he querido evitarlo. Lo quiero. ¿Crees que de no hacerlo dormiría con él? Sabes de sobra la respuesta.

—Joder, Priscila.

Mi hermano se revuelve el cabello y se sienta en mi cama. Apoya la frente en las palmas de las manos y suspira en repetidas ocasiones. Me acerco y me siento junto a él.

—Ahí está la diferencia que estabas buscando. La diferencia entre Alex y Carolina.

Es muy fácil mantenerte en un propósito si nada de fuera te afecta, si permaneces inmutable, pero, ay, cuando tu corazón hace bum de nuevo, cuando tu cuerpo despierta después de tanto tiempo dormido, cuando te grita tras tantos años en silencio... Es imposible pasarlo por alto.

Creo que todo esto empezó por una sonrisa. Una de Alex en la playa después de aquel salvamento. Una sonrisa que me dio mucho en lo que pensar.

¿Y si creí ser feliz, pero no lo era? ¿Y si me convencí de que existían muchos tipos de vida, muchos tipos de felicidad, pero me estaba engañando porque no tiene nada que ver una vida con la otra? ¿Y si solo me estaba conformando?

—Lo has perdonado —me dice como si fuera la mayor derrota de nuestra vida. Y, en verdad, él cree que lo es.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Estoy actuando más por impulsos que con la cabeza. Pero sí me he dado cuenta de que es más fácil perdonar cuando han pasado años en lugar de días. Supongo que el paso del tiempo te hace ver las cosas desde otro prisma.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—¿Qué va a pasar con qué?

—Contigo. Con Alex. Conmigo. Con Carmen. Con toda esta mierda de

situación.

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero tengo la sensación de que he dejado de ser tu mitad.

—Siempre seré tu hermana, Adrián.

Me levanto de la cama y me acerco al armario. Adrián viene detrás de mí.

—¿Sirve de algo que te diga que te lo iba a contar todo ayer por la mañana cuando Marcos nos interrumpió con el asunto de la carrera?

—Creo que, si hubieras querido contármelo, lo habrías hecho hace tiempo, lo habrías hecho en el mismo momento en que te liaste con ella.

—Que no lo hiciera en ese momento no significa que no fuera a hacerlo.

—Ya qué más da. Ya está hecho.

—Sí, está hecho. Y no es malo, Pris. Haberme liado con ella no ha sido un ataque contra ti. Y lo último que quiero es hacerte daño.

—Ya lo sé. Sé que no me harías daño a propósito, pero la fidelidad que siento hacia ti me dice que yo le negaría la palabra a cualquier persona que te hiciera el mínimo daño. Y me da igual sonar incoherente.

—Te aseguro que si hubiera tenido la certeza de que Carmen pudiera hacerte daño, no me habría liado con ella.

—Me hace daño que formalices tu relación con ella y pases tiempo en su casa con su hermana. Ella entraría a formar parte de tu familia. De tu familia, Adrián. ¿De eso no te has dado cuenta?

—Pris... No es justo.

—No, no lo es —reconozco—. Claro que no lo es. Voy a darme una ducha.

Cojo ropa limpia para cambiarme y salgo de la habitación para dirigirme al cuarto de baño, a pesar de que me he duchado en casa de Alex.

—Pris. ¡Pris!

Escucho la llamada de mi hermano, pero la ignoro. Estoy empachada. Emocionalmente empachada. No puedo más. Cierro el baño con pestillo y me apoyo en la puerta. ¿De verdad llegué a pensar alguna vez que regresar a mi pueblo no tenía por qué suponer el gran drama?

Cuando media hora más tarde vuelvo a mi dormitorio, Jaime me espera sentado en la cama.

—Pris, ¿qué coño ha pasado con tu hermano? —me pregunta en cuanto me ve entrar.

—¿Has hablado con él?

—No, pero lo he visto.

—No te imaginas la manera en que se han enredado las cosas.

—No te lo imaginas tú tampoco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo... tengo que contarte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Hoy no. Hoy eres tú. Mañana seré yo. Te lo prometo. Ahora ven aquí y cuéntame qué es lo que ha pasado.

Me acerco a la cama y me siento a su lado; necesito contárselo a alguien, necesito compartir esto que siento, y que pienso, y ver que no estoy loca. Así que, una vez más, lo vomito todo. En esta ocasión, sin dejarme nada.



Dos horas después, me encuentro en el *pub* del pueblo sentada en una silla alrededor de una mesa, compartiendo una cerveza con mis cuatro hermanos y con Jaime. En la comida de hoy con mi familia, a Marcos se le ha ocurrido que nos viniéramos los hermanos Cabana al completo a tomar algo, en plan familiar. Ha sido una estrategia clara para intentar solucionar el problema que tenemos Adrián y yo y del que mis padres no tienen ni idea. Y, como encerrona en toda regla, he tenido que aceptar con una sonrisa en la boca. Y sé que lo ha hecho con la mejor intención del mundo, es solo que... no entiende lo que está pasando.

Y aquí estamos los seis. Tan incómodos como si estuviéramos sentados en sillas fabricadas a base de pinchos muy puntiagudos y sin apenas emitir palabras. Solo bebemos y nos miramos de vez en cuando. Por momentos, tengo la sensación de que en las cabezas de mis hermanos hay más tempestades que en la mía, lo que me confunde. ¿Les pasa algo a ellos?

En una de tantas miradas mal disimuladas, una voz conocida, demasiado conocida, nos saluda por la izquierda.

—Vaya, vaya, mirad lo que tenemos aquí, los Cabana al completo un domingo como hoy bebiendo cerveza. Hacía tiempo que no veía un espectáculo así.

—Parece que solo faltabas tú. —Hugo se levanta a coger otra silla y le hace un hueco a Alex para que se siente entre él y River.

Le echo una mirada rápida a Adrián, justo para ver la cara de desagrado que muestra sin un ápice de vergüenza. No soporta a Alex. Creo que después de mi confesión incluso menos de lo que lo hacía antes. Luego miro a Alex, al que no se le escapa la tensión que nos rodea, y que choca su pie con el mío por debajo de la mesa.

Ay, jolín, esta situación es surrealista. Y la tensión a cada minuto es más fuerte. La única manera de acabar con ella creo que es levantándonos y yéndonos cada uno a una esquina diferente del pueblo. O, al menos, separarnos en varios grupos.

Yo estoy dolida con Adrián y con la mierda de situación que nos envuelve, Adrián está dolido conmigo porque no acepto a su novia; yo estoy confundida con Alex, Adrián está enfadado con Alex y Alex está enfadado con el mundo en general y conmigo en particular, aunque también quiere que nos acostemos sin compromiso; River está más taciturno de lo habitual y Marcos está muy callado. Demasiado para tratarse de él. Marcos nunca está callado. Hugo y Jaime no hacen más que cruzar miradas entre ellos. Miradas extrañas.

—¿Y Catalina dónde está? —le pregunta Alex a River.

Mmm, cierto. Últimamente no veo demasiado a mi cuñada y es muy extraño.

—¿Y a quién le importa? —le contesta mi hermano con desdén. Desdén fingido. Está bastante claro. Me doy cuenta entonces de que eso precisamente es lo que le pasa: su mujer.

—¿Estáis bien? —insiste Alex.

—De puta madre. ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Qué tal va la boda, Marcos? —le pregunta River a Marcos inmediatamente después.

—De puta madre. ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Qué tal el trabajo, Hugo? ¿Hay algún problema? Te veo algo descentrado.

¿Descentrado Hugo? No me había percatado. ¿Desde cuándo? Hugo es la persona más centrada del universo. Incluso más que la línea imaginaria alrededor de la cual gira la Tierra en su movimiento de rotación.

—Eh, no, el trabajo bien. Ningún problema.

—¿Sí? ¿Y entonces? —insiste Marcos.

—¿Entonces qué?

—¿Por qué estás descentrado?

—Yo no estoy descentrado. No intentes tapar tu extraño comportamiento conmigo.

—Yo no tengo un extraño comportamiento.

—Ya lo creo que lo tienes.

—¿Y tú qué? —Como en el juego de la oca, Marcos pasa de Hugo a Adrián.

—¿Yo qué de qué?

—¿Tú no tienes nada que contarnos?

—No.

—Qué curioso. Porque creo que eres, de lejos, el que más tiene que decir aquí.

—Chúpame un cojón.

Y cuando pienso que las cosas no pueden ir a peor:

—Oye, ¿habéis escuchado el último cotilleo que corre por el pueblo? —nos pregunta Alex. Creo que el pobre intenta salir del apocalipsis que su *inocente* pregunta sobre Catalina ha provocado.

Por un momento, pienso que va a soltar nuestro bombazo, y me tenso, pero enseguida desecho la idea.

—¿Qué cotilleo? —pregunta River contento de encontrar por fin un tema que nos saque del agujero negro en que estamos metidos.

—Pedro y Mónica están liados.

Pedro y Mónica son mejores amigos desde tiempos prehistóricos. Pedro lleva la taberna y Mónica suele ayudarlo trabajando como camarera cada verano cuando llegan los veraneantes y el pueblo se llena de gente.

—Bah, yo ya lo sabía desde hace tiempo —nos dice Marcos aburrido.

—Pues yo no. Están locos —añade River.

—Ni yo, pero ellos sabrán lo que hacen. —Hugo.

—Yo tampoco lo sabía. Y no sé qué decir, la verdad. Pero supongo que si se quieren... —Esa es mi aportación. ¿Por qué tengo la sensación de que cada uno de nosotros nos lo estamos llevando a lo personal?

—¿Y cuál es el problema de que esos dos estén liados? ¿Por qué es un cotilleo y por qué nos tiene que parecer de una manera u otra? —nos pregunta Jaime sin entender el alboroto.

—Porque son mejores amigos desde la infancia. Mejores. Amigos —enfatisa River.

—¿Y qué pasa con eso? —insiste Jaime, arrugando la frente.

—Que ahora se están acostando juntos y eso podría joderlo todo.

—Qué va. Eso no son más que estupideces. Los amigos pueden mantener relaciones sexuales y no pasa nada. Como Priscila y yo, por ejemplo.

No puedo decir exactamente quién se atraganta con la cerveza primero

porque son tantos a la vez que es imposible distinguirlos. Mi mirada se dirige a Alex en primer lugar, que pasa de mirarme con estupefacción a hacerlo con la mayor decepción que puede existir en esta vida.

—De puta madre —exclama. A continuación, se levanta y se marcha del local. Estoy por salir detrás de él, pero Marcos me lo impide sujetándome del brazo.

—¿¿Te has acostado con él?? —me pregunta, señalando a Jaime—. Y entiendo que hablamos en pasado, no como Poseidón, que ahora mismo se estará subiendo por las paredes sin motivo.

—Sí, me he acostado con él. Gracias, Jaime.

—De nada.

—Pero... ¿No es... no eres homosexual? —nos pregunta River a los dos.

—No, no lo soy —responde el aludido sin dar más explicaciones.

—Cree en el amor hacia la persona por encima de todo —explico yo—, no importa que sea hombre o mujer.

—Ya, pero, vamos, que te lo has tirado —continúa Marcos.

—Solo sucedió una vez.

—Dos —me corrige mi amigo.

—Así no ayudas —le recrimino.

—¿Dos? —me pregunta River.

Es genial esto de hablar de tu vida sexual con tus hermanos. De verdad. Genial. Le lanzo una mirada aguda a mi queridísimo mejor amigo para agradecerse. Después, paso a las explicaciones. Eso sí, escuetas.

—La primera vez fue para demostrarme que no era nada malo tener sexo sin amor; yo no conocía otra cosa. La segunda, para que no nos sintiéramos raros por lo que habíamos hecho la noche anterior.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta Marcos a Adrián, que hasta el momento se mantenía callado, siguiendo nuestra conversación con interés.

—Te aseguro que no —responde.

—Qué raro. Tú siempre lo sabes todo.

—Chúpame un cojón.

—No tengo por costumbre hablar de mi vida sexual con mis hermanos —aclaro yo.

—¿¿Te estás acostando con Alex?? —me pregunta entonces River.

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—Esa reacción no es normal —me explica señalando la puerta por donde acaba de marcharse Alex—, ni siquiera para vosotros dos. Os estáis

acostando, fijo.

—Pues sí —admito con cansancio.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche de la inauguración del chiringuito.

—¿Y nos lo dices ahora? Después de no sé cuántas semanas en las que... Esperad —nos pide River, interrumpiendo su discurso—, vosotros dos no parecéis sorprendidos. —Se refiere a Marcos y Adrián—. ¿Lo sabíais?

—Si te sirve de consuelo, a mí Pris no me lo contó —expone Marcos—. Tampoco Alex, por cierto. Me di cuenta yo solito.

—Qué perspicaz eres —señala Adrián con recochineo—. Mi enhorabuena.

—Ya ves. Soy GEO.

—¿Ves? Es GEO —me dice entonces Jaime a mí entre susurros.

—¡Es poli! —insisto, una vez más.

—Pues eso he dicho.

—Vale, hay algo que se me escapa —nos dice River cortando por lo sano el debate que estaba a punto de iniciarse—. Ahora entiendo, más o menos, la estampida y el portazo de Alex, pero ¿el de Hugo?

¿Hugo? ¿Hugo se ha largado? Todos miramos hacia el hueco vacío al lado de River, donde Hugo estaba sentado hasta hace unos momentos. ¿Por qué se ha marchado? ¿Qué es lo que...?

—Hace un minuto estaba aquí —dice Adrián con confusión.

—¡Joder! ¡Mierda puta! —exclama Jaime levantándose sin previo aviso para dirigirse escopetado hacia la salida. De hecho, creo que nunca lo he visto correr tan veloz.

No me cuesta demasiado entender el motivo. Ay, mi madre, no me lo puedo creer.

—¡Jaime! ¿¿Te has acostado con mi hermano Hugo?? —le grito, girando la cabeza hacia la salida, antes de que cruce el umbral.

—¿Te acuerdas de cuando te he prometido que mañana iba a contarte lo que me rondaba últimamente la cabeza? —me grita de vuelta sin darse la vuelta—. ¡Pues era tu hermano Hugo!

A continuación, desaparece por la puerta.

—Esto es la hostia. ¿Jaime y Hugo? Pensé que te lo estabas tirando tú —le dice Marcos a Adrián.

—¿¿Qué?? —pregunta el otro con los ojos desorbitados.

—No ha hecho más que meterte fichas desde que ha llegado y tú de repente empezaste a seguirle el rollo —le explica Marcos.

—Le seguí el rollo porque me di cuenta de que en verdad andaba detrás de Hugo. Y Hugo detrás de él. Quería llevarlo al límite para que se dejara de gilipollices. La estaba jodiendo del todo.

—¿Y por qué os metisteis en el baño el día del cumpleaños de papá? —le pregunta River.

—¿Tú también pensabas que me lo estaba follando? —le responde el otro.

—Si te tengo que ser sincero, todavía no había llegado a un veredicto.

—De puta madre. ¿Tengo que recordaros el pequeño detalle de que soy heterosexual? HE-TE-RO-SE-XU-AL.

—El baño, Adrián —insisto yo.

—Ese fue el límite —nos explica—. Le dije que dejara de hacer el gilipollas conmigo si Hugo le interesaba de verdad.

—Por eso Hugo tenía un cabreo de la hostia contigo en la partida de cartas —señala River, recordándolo—. No estabais compenetrados y se notaba a leguas.

—Se pensó que me había metido en el baño para liarme con él. Me pareció increíble, pero ya veo que no fue solo cosa suya. En serio, ¿en qué estabais pensando?

—En que tonteabais el uno con el otro —le dice Marcos.

—¡Yo no tonteaba! —se defiende Adrián.

—Pues haberlo dicho, joder —contraataca Marcos.

—¿Y lo has hablado con Hugo? ¿Lo habéis aclarado? —le pregunta River.

—Pues claro —responde Adrián.

—¿Y qué pasó? —pregunta River por todos.

—Pasó que horas después se acostó con Jaime.

—¿Qué dices? —exclama Marcos, incorporándose del todo de la silla—. ¿Te lo ha contado Hugo?

—No ha sido necesario. Dos no reaccionan como lo han hecho ellos si no ha pasado nada. Joder, ¿dónde coño tenéis todos la cabeza este verano?

Eso digo yo. Adrián me ha robado la frase. En fin. Ya no pinto nada aquí y tengo algo importante que hacer. Ha llegado el momento de la retirada.

—Me voy —les indico a todos a la vez que me levanto de la silla.

—¿A dónde? —me pregunta River.

No contesto. Me doy media vuelta y me dirijo a la salida.

—¿A dónde va a ser? A donde siempre —le dice Adrián.

—A donde el vecino de la casa de enfrente —aclara Marcos.

Pues sí.

De camino a casa de Alex, pienso que no tiene derecho a enfadarse. En primer lugar, porque, cuando me acosté con Jaime, él y yo ya no estábamos juntos y, en segundo lugar, porque él se ha acostado con cientos de mujeres durante estos años. Qué digo cientos, ¡miles!, estoy segura de ello, y yo no le he dicho nada. No me siento con derecho. Aunque pensarlo me mate por dentro. ¿Cómo no va a hacerlo si... lo quiero?

También me percaté del motivo real por el que Hugo pasaba tantas horas en casa de mis padres... Para ver a Jaime. ¡Y yo pensando que era por mí!

Cuando llego a la vivienda, la verja de la entrada está abierta. Paso y me encamino hecha una furia hacia la piscina donde veo que Alex está nadando. Permanezco de pie en el borde esperando a que llegue hasta mi posición con los brazos en jarras. Ha debido de verme mientras nadaba porque en cuanto toca el bordillo, se detiene y me mira.

—No tienes ningún derecho a sentirte celoso, Alex —le digo, apuntándolo con el dedo—. Ninguno.

—¿Celoso? No estoy celoso —de un impulso, sale de la piscina y me enfrenta—, estoy cabreado porque me has vuelto a engañar. Esta mañana me has exigido que no me acostara con nadie mientras lo hacía contigo y resulta que tú lo haces con tu mejor amigo, del que, por cierto, me hiciste creer que era homosexual.

—Yo no te hice creer que Jaime era homosexual, tú solito te has hecho esa idea. Jaime es bisexual. Y no me estoy acostando con él, lo hicimos dos veces hace más de tres años. Y no intentes convencerme de que tú no has estado con otras mujeres en todo este tiempo porque no me lo creo. ¿Quieres saber con cuántos he estado yo? —No permito que me responda—. Con tres, incluyéndolo a él.

—¿Tu amigo es bisexual? —me pregunta mientras se sacude el pelo. Parece que solo se ha quedado con eso. Se lo ve más animado. No parece tan enfadado.

—Sí, y después de que te fueras dando un portazo, nos hemos enterado de que se ha acostado con mi hermano Hugo. ¡Con Hugo, Alex!

—¡No me jodas!

Alex coge una toalla de encima de una hamaca y se seca con ella.

—Pues sí. Que no con Adrián, ya que estamos.

—¿Con Adrián? —me pregunta confundido.

—Jaime y él han estado tonteando durante semanas.

—No. Tu amiguito ha estado tonteando con tu hermano durante semanas.

—Pero Adrián le seguía el rollo.

—Ah, ¿sí?

—Se metieron juntos en el baño del barco. ¿Eso no te dijo nada?

—Pues no. Nunca me paro a intentar entender a Adrián. Prefiero pasar de él. No me cae demasiado bien, ¿sabes?

—¿Y Hugo?

—Hugo sí me cae bien.

—Ya lo sé. Me refiero a que no me puedo creer que se hayan liado y no me hayan dicho nada. Debe de encontrarse fatal, ya sabes cómo es Hugo, estará pensando que Jaime se acuesta con los dos y...

—No te preocupes por él —me interrumpe Alex—, mañana iré a buscarlo a la salida de la clínica veterinaria y me lo llevaré a tomar unas cervezas, hablaré con él y pondremos a parir al *simpático* de tu amiguito. Todo va a estar bien.

Puede que Alex se haya tranquilizado con mi confesión de que entre Jaime y yo no hay nada, y que nunca ha habido nada serio, pero está claro que algo de resquemor le queda.

—¿Y si se han enamorado?

—¿Quién de los dos?

—Ambos.

—Priscila, no todo el mundo que tiene sexo se enamora. ¿Tú te enamoraste de esos tíos con los que te acostaste? —me pregunta, acercándose mucho a mí.

—Claro que no —¿Cómo iba a hacerlo, si nunca he dejado de quererlo a él?—. ¿Y tú?

—Yo ¿qué? —me dice, agarrándome de la camiseta y tirando de mí hacia él.

—¿Te has enamorado de alguna chica con la que te hayas acostado estos años?

«¿Te has enamorado de la pelirroja?», estoy a punto de preguntarle. «¿Qué fue lo que os pasó a vosotros dos?».

Su respuesta tarda en llegar, y yo me muero de la anticipación.

—No —dice, por fin.

Entonces, ¿por qué dejaste de quererme a mí?

Estamos muy muy cerca, nuestros labios no se tocan por poco, y yo me muero por que lo hagan, pero, cuando voy a besarlo, él se aparta.

—Espera —me dice—. Me estoy acordando de cuando me encontré con tu hermano Hugo en la puerta de tu casa a las tantas de la mañana. No entendía

qué hacía allí, pero ahora estoy seguro de que ¡iba al cuarto de tu amigo! Habrían quedado allí o querría esperarlo.

—¿Te refieres al día que me llevaste a la cama por una apuesta con tus amigos?

Alex abre los ojos a causa de la sorpresa, pero enseguida pone cara de impasible.

—Mmm... sí, justo ese día.

—¿Existió esa apuesta de verdad?

—Puede que no...

—¡Eres un idiota!

—No sabes hasta qué punto.

—Sí que lo sé y, ahora, dame un beso —le digo con una sonrisa débil. No quiero recordar más ese día.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Pues te lo doy yo.

Uno nuestros labios y Alex me abraza con fuerza a propósito, rozando su cuerpo empapado por el baño en la piscina, con el mío.

—¡Ah! —grito—. ¡Estás helado!

—Ven, Reina del Desierto, y caliéntame.

Nos calentamos el uno al otro entre risas, gemidos y sexo del bueno en el jardín.

«No sabría decirte cuál de tus hermanos me gusta más porque me gustan todos. Mucho. Y creo que, efectivamente, este verano, cada uno lleva su propia tempestad en su interior».

*Pristy, la ardilla. Después del momento pub con los Cabana al completo. Más Alex.
Más Jaime.*

Septiembre de 2012

El verano terminó, y lo que se llevó por delante fue... demasiado.

Alex tuvo que regresar a su piso alquilado de Madrid y vivir allí durante los días laborables de la semana; su trabajo así lo requería, pero no dejaba pasar ni un solo fin de semana sin ir al pueblo con su mujer.

Tampoco hicieron demasiado drama en el momento de la separación; ambos estaban acostumbrados, habían pasado años en tales circunstancias, no era nada nuevo. Aunque sí había un factor nuevo en la situación. Priscila hacía un tiempo que venía pensando que Alex era un adulto con una carrera profesional y miles de fans —fans rubias, morenas, a cada cual más guapa— y que ella no era más que una cría que apenas acababa de terminar de estudiar. Cada vez que llamaba a Alex por teléfono y él respondía con aquel ruido de fondo de fiesta y diversión algo le palpitaba en el pecho. Eran celos. Empezaron con la pelirroja y ya fue imparable.

Alex le propuso a Priscila que lo acompañara, puesto que ella aún no tenía trabajo, pero Priscila lo rechazó; estaba metida de lleno en hallar algo que hacer. Y para ella era muy importante encontrarlo y sentirse adulta. No sabía si prefería ponerse a buscar trabajo enseguida o hacer alguna especialización, porque le gustaba mucho estudiar. Preparó su currículum a conciencia y comenzó a analizar el mercado, a ver cuáles eran sus posibilidades. Era momento de pensar en su futuro y no quería distracciones, y sabía que, si iba a la capital con Alex, no avanzaría en sus investigaciones entre ver la ciudad, salir con su marido por ahí o acompañarlo a los entrenamientos (le encantaba verlo nadar), por lo que se quedó en el pueblo. Por el momento.

El último fin de semana de septiembre, Alex y Priscila se levantaron excesivamente tarde de la cama. Es cierto que apenas habían dormido, es lo que tienen los reencuentros, pero despertaron casi al mediodía. Hecho con el que no contaba Alex y que trastocaba todos sus planes. Acababa de llegar la segadora que había comprado por internet y quería darle un repaso, por fin, a todo el jardín. Los manojos y arbustos muertos eran tan altos que incluso llegaban a los ventanales del salón, impidiéndoles ver con claridad lo que había en el exterior.

Priscila había quedado con sus padres para comer y estaría toda la familia. Cuando se dio cuenta de la hora que era y de que iban a llegar tardísimo, apremió a Alex para que se diera prisa mientras recogía los mandalas que

había tirados por la mesa del salón de la tarde anterior. A Priscila le encantaba pintar mandalas. La relajaba mucho. Y era divertido. Había pasado tantas horas pintando con su hermano Adrián que ya era parte de su vida. Ahora su nuevo hogar estaba lleno de ellos. Había por todas partes: en la habitación, en la cocina, en el salón, en el porche, lugar favorito de la chica; se le pasaban las horas sentada en la vieja mecedora con las rodillas subidas y los mandalas apoyados en ellas.

—Lo siento, no puedo ir —se disculpó Alex.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tengo cosas que hacer.

Que no era más que arreglar el jardín de una vez para siempre. Quería montar un espacio especial reservado para Priscila y sus mandalas; nada serio, una mesa y un par de bancos que pondría en el porche y de esa manera Pris no se dejaría la espalda pintando en el suelo o en la mecedora. Lo tenía todo preparado, solo faltaba que ella se fuera durante unas horas.

—Puedes hacerlas luego, o mañana.

—No, no puedo —negó él—. Pero vete tú, te espero aquí.

—¡Alex!

—¿Qué?

—¿En serio no vienes? Será solo un momento, prometo no entretenerme.

—Es tu familia, ve tú. —Quizá fue algo brusco, pero es que estas cosas se le daban fatal.

—Ya sé que es mi familia, pero a ti también te aprecian.

Contra todo pronóstico.

—Pris, deja de dar la paliza, ¿de acuerdo? Ve a comer con tus padres y tus hermanos y déjame tranquilo.

Priscila se lo quedó mirando.

—Muy bien, como quieras. Tal vez me quede a dormir allí, ya veré.

Alex la siguió hasta el jardín.

—¡Pris!

—Nos vemos mañana.

Se subió en la bicicleta.

—Has dicho «tal vez».

—Pues ahora te confirmo que duermo allí. ¡Hasta mañana!

—¡Pris! ¡Mañana me voy! —le gritó él, mosqueado, mientras veía como se alejaba su mujer. La discusión se le había ido de las manos. Y por una tontería. Por querer darle una sorpresa. Habían discutido antes, pero le daba rabia que

fuera por eso.

—¡Intentaré llegar por la mañana antes de que tengas que irte, Alejandro! Adiós —le devolvió voz en grito también.

Priscila llegó a la casa familiar de los Cabana con el rictus serio; se notaba a leguas que algo le había pasado.

—¿St. Claire ya pasa de las reuniones familiares? Pronto empieza —comentó Adrián al ver que su hermana llegaba sola.

—¿Dónde está Alex, cariño? —le preguntó su madre.

—En casa. Tenía cosas importantes que hacer.

—¿Más importantes que pasar el rato con su mujer, a la que no ve durante toda la semana?

Su cuñada, Catalina, lo dijo con inocencia fingida, muy mal fingida, en opinión de Priscila. También en opinión de Marcos, Hugo y Adrián. River no se pronunciaba ni mentalmente.

—Eso parece... —le dijo, fingiendo otra sonrisa, pero preocupada por dentro. No le gustaba discutir con Alex, y menos todavía en esa época del año en que tan poco tiempo se veían.

Transcurrió la velada y Priscila la pasó en su mundo, en su cabeza, en sus preocupaciones. Por supuesto que no era su intención quedarse a dormir en casa de sus padres, aquello solo lo había dicho para dañar a Alex, hecho por el cual todavía se sentía peor. Así que, sin apenas tocar el postre, se despidió de su familia y de la sobremesa que tanto le gustaba —donde las batallas verbales con y entre sus hermanos eran dignas de presenciar— para darle una sorpresa a su marido.

—Llévale el flan gigante y asunto arreglado —le aconsejó Hugo, señalando el apetitoso postre cuando ella se levantó de la mesa; no le había pasado inadvertida la preocupación que cargaba su hermana pequeña a cuenta de su marido.

—¿Qué? —le preguntó ella, confundida, después de darle un beso de despedida a su padre en la mejilla.

—Siempre se zampa los flanes gigantes que hace mamá —le explicó su hermano—. Con eso te lo tienes ganado.

—Pues tienes razón, Hugo —reconoció su madre, que también estaba pendiente de su hija pequeña—. Voy a preparártelo para que te lo llesves.

—¿Y qué pasa con el resto? ¿Nos quedamos sin postre? —preguntó la cuñada.

—Dile a River que te lleve a comer un helado —le contestó Marcos.

—O a tu madre que te haga un flan —añadió Adrián a la vez que se levantaba a ayudar a su madre con el postre.

La relación de los Cabana con su cuñada no cuajó desde el primer momento. Era una chica que no pegaba nada con la personalidad de su hermano mayor. Era pija, altiva, envidiosa... y la mayor incertidumbre de la familia. Los motivos que tuvo River para casarse con ella solo los sabía él, pero los Cabana tenían algo claro: no había sido por amor. Esperaron la noticia del embarazo días después de la boda, pero no llegó. Y ya habían pasado seis meses. Los Cabana hijos, que no los padres, porque estos, sorprendentemente, se llevaban muy bien con ella.

Priscila se despidió de toda su familia con besos y abrazos y se acercó a la entrada a coger su cazadora vaquera del perchero. No advirtió que Catalina se le acercaba por detrás hasta que escuchó su voz.

—Espero que la discusión con Alex no sea importante. Yo desde luego, si estuviera casada con él, no le tocaría mucho las narices. Ya me entiendes.

—La verdad es que no —le dijo Priscila.

—Oh, vamos, Pris. —Cómo odiaba que la llamara así, no sonaba como en la boca de su familia y amigos—. Alex es el mejor partido, no solo de todo el pueblo, sino casi del país entero; es un campeón olímpico, por Dios, y está bueno. Dudo de que no seas consciente de la cantidad de mujeres que andan detrás de él, esperando la más mínima oportunidad, esperando a que la... fastidies.

Priscila estuvo a punto de preguntarle si ella se incluía entre esas mujeres, pero se calló, por su hermano.

—Imagínate lo que harán si ven a su objetivo triste y alejado de su mujer... Ten cuidado —la advirtió.

Priscila estaba segura de que su cuñada habría seguido martirizándola con sus palabras de no ser porque Adrián apareció y las interrumpió.

—Toma, Pris. Llévate mi coche, no vas a ir en la bici con esto.

Cogió con mucho cuidado el plato envuelto con el flan, las llaves que le tendía su hermano y le dio un beso muy fuerte antes de salir por la puerta.

Colocó el plato en el asiento del copiloto y arrancó rumbo a casa con la ilusión de sorprender a Alex tanto por su regalo como por su llegada a casa antes de tiempo. Apareció por la calle donde vivían en un tiempo récord; apenas había tráfico. Durante la época estival en la que el pueblo se llenaba de gente era un poco caótico andar con el coche, pero a finales de septiembre la cosa empezaba a mejorar.

Aparcó cerca de casa y fue caminando hasta la entrada. Cuando llegó, la verja se encontraba entreabierta, pero no le dio la más mínima importancia; se la habría dejado Alex así, quizá había salido a la calle a hacer algún recado.

Tal vez fue la sorpresa de no esperárselo lo que provocó el suceso posterior, aunque, a decir verdad, lo que vio la habría sorprendido igual, hubiera estado la puerta abierta o cerrada.

No se acercó a la casa; no llegó a hacerlo, porque, desde su posición, podía ver lo que pasaba en el interior. También porque estaba paralizada. Alex no estaba solo. Había una mujer en su casa y estaban abrazándose; se los veía a través de los ventanales del salón. No era un abrazo inocente, casual, o a ella no se lo pareció: era algo mucho más íntimo. Reconoció a la chica al instante. El pelo largo, pelirrojo y rizado la delataba: era Carolina, la causante de casi la totalidad de las discusiones de la pareja.

Tardó unos segundos en reaccionar, hasta que se movió. La cabeza de la chica estaba escondida en el cuello de Alex y lo único en lo que podía pensar Priscila era en las últimas palabras que le había dedicado su cuñada y en que tenía razón: esa chica quería a Alex para ella. Ya no había lugar alguno para la duda.

Hizo acopio de voluntad y se acercó a la vivienda; ya temblaba, no entendía lo que estaba pasando, lo que significaba ese abrazo, pero... ya temblaba.

La imaginación es un arma de doble filo. Priscila, contemplando la imagen de su marido abrazado a otra mujer, a esa mujer, esa que lo sujetaba como si fuera su pilar, fue capaz incluso de imaginarse la conversación que estaban manteniendo:

«Entonces, ¿hoy tu mujer no viene a dormir?».

«No. Se queda en casa de sus padres».

«Gracias a Dios. Tenía que verte, Alex, tenía que verte. No aguantaba más».

Una vibración la sacó de aquel lugar tan horrible. Un zumbido que venía de cerca. Giró la cabeza hacia el sonido y vio un bolso de mujer y un móvil encima de una mesa. Una mesa que antes no estaba ahí, pero no reparó demasiado en ella. Tampoco se dio cuenta de que el césped estaba cortado, arreglado, perfecto, tanto que incluso se veía a través de los ventanales; unas horas antes, con los hierbajos y los matorrales, no habría sido posible. Pero sí reparo en el teléfono. No era el de Alex. Era el de ella. El de Carolina.

Dio unos cuantos pasos hasta que llegó a él. Dejó el flan en la mesa y lo

cogió y, a pesar de no ser de su misma marca, no le costó demasiado desbloquearlo; no tenía contraseña, tan solo había que seguir la dirección de unas flechas. No supo bien qué buscaba, pero un impulso la obligó a hacerlo.

Antes de acceder a cualquier aplicación, echó una mirada a la parejita, que seguía en la misma posición. Como activada por un resorte, abrió las fotos. Paseó el dedo, nervioso, por todas ellas hasta que la vio: una fotografía de una pareja haciendo el amor. Era la habitación de Alex; la reconoció al instante, a pesar de las lágrimas. Y el chico era Alex. La chica, por supuesto, era la pelirroja. Ellos dos estaban juntos, no sabía desde cuándo, y la habían engañado. Recordó cada ocasión en que Alex le decía que estaba paranoica. Recordó y cerró los ojos con dolor. Con el dolor que se siente cuando todo tu mundo se desploma.

Sin pensarlo y en un estado de nerviosismo extremo, cogió su móvil e hizo una foto a la pantalla del otro. Lo veía todo borroso. No sabía por qué lo hizo, no necesitaba verla más, o quizá sí, quizá era para convencerse de que aquello era real..., el caso es que lo hizo. Sacó la instantánea y se guardó el móvil en el bolso. Después, recogió el postre. Tardó en darse la vuelta e irse, claro que tardó, las piernas no le respondían, el cuerpo entero no lo hacía. Tuvo que obligarlo.

Salió corriendo mientras escuchaba los ladridos de Dark. Echó una última mirada antes de pasar por la verja y vio al perro ladrando contra la ventana. Alex movió la cabeza para ver lo que sucedía, pero no la vio a ella, solo miraba al perro con la chica aún en sus brazos.

Entró en el coche y arrancó quemando rueda.

Priscila deseó en ese momento no haberse criado en un seno familiar de color de rosa. Se sentía tan impotente. Tan vulnerable. Y no sabía qué hacer. No era capaz de reaccionar. Era la primera vez que sufría de verdad. En casa jamás había tenido ningún conflicto real ni con sus hermanos, que la adoraban y malcriaban, ni con sus padres. Y en el colegio estaba demasiado protegida. Si su infancia no hubiera sido tan idílica, estaba segura de que habría aprendido a gestionar ese tipo de conflictos. Pero no era el caso.

Sin saber a dónde dirigirse, salió del pueblo. Cogió la autopista y siguió conduciendo. Y siguió y siguió hasta que tres horas después llegó a Madrid. La mente no le daba para demasiado, solo para una cosa: huir. Ni siquiera había puesto música en el coche, solo había silencio y sollozos. De la misma manera que había aparecido en la ciudad, llegó al aeropuerto y aparcó el coche.

Se quedó ahí quieta unos segundos, recapacitando sobre lo que estaba

haciendo. No podía escapar de esa manera y por descontado que no podía hacerlo porque no llevaba el pasaporte encima. Pero entonces recordó que desde que había vuelto de la luna de miel no lo había sacado del compartimento interno del bolso que utilizó en ese viaje. Y era justo el bolso que descansaba en el asiento del copiloto.

Pensó que aquello era una señal del destino y salió del coche con decisión. Fue derecha a «salidas» y se detuvo en el primer mostrador que encontró.

—Hola, quiero comprar un billete.

—¿A dónde?

—A... —Priscila miró la pantalla, vio Los Ángeles y no lo dudó. Era lejos, justo lo que necesitaba. Y además podía viajar a Estados Unidos dado que había conseguido el visado, el ESTA, para su luna de miel— Los Ángeles.

—Lo siento, pero está completo.

—Vale. Vale. A ver, ¿cuál es el siguiente vuelo hacia Estados Unidos?

—A Boston. En cuatro horas. Y queda un asiento libre. El último.

—Vale. Bien. —En ese momento, tomó la decisión sin meditarla, sin saber lo que estaba haciendo—. Dámelo.

Abrió el bolso y cogió la tarjeta de crédito para pagar. Sus padres, varios años atrás, le habían dado una para emergencias. Al sacarla de la cartera, también vio la que le dio Alex poco después de casarse. Ella no quería aceptarla, no le parecía justo gastarse su dinero, ya encontraría trabajo, pero él insistió. Ahora le entraban ganas de quemarla.

Pagó el billete con la imagen de su marido y la pelirroja en la cabeza y le dio las gracias a la azafata por su atención.

De camino al control de seguridad, vio en el móvil que tenía varias llamadas perdidas y algún mensaje, pero lo ignoró todo. Todo excepto un nombre. Llamó a su hermano Adrián sin dudar.

—¿Pris? ¿Dónde estás? Alex ha venido a buscarte para ver si se te había pasado el cabreo y si ibas a ir a casa y...

—Adri... —Se echó a llorar.

—¿Pris? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No...

—¿Dónde estás?

—En Madrid.

—¿Qué? ¿En Madrid? ¿Y qué coño haces ahí?

—Estoy en el aeropuerto.

—¿Y qué cojones haces en el aeropuerto?

—Voy a coger un avión.

—*¿Un avión? Pris, no entiendo una mierda de nada de lo que está pasando. Cuéntame ahora mismo qué haces en el aeropuerto de Madrid y por qué quieres coger un avión.*

—No quiero coger un avión, voy a coger un avión. He comprado un billete y estoy a punto de pasar por el control de seguridad...

—*¿Qué? No, espera. Pris, ¿qué ha pasado? No hagas nada, por favor. Dime qué ha sucedido.*

—Algo muy feo, Adri. Tengo ganas de morirme y necesito irme lejos. Por eso voy a pasar por el control y...

—*¡No pases! ¡No pases, por favor, Pris! Espérame. Voy para allá.*

—No, Adri...

—*¡No pases!*

A pesar de las súplicas de su hermano, Priscila pasó. Dejó el móvil (aún con su hermano al otro lado) y el bolso en una bandeja y la colocó en la cinta corredera mientras ella pasaba por el detector de metales. Cuando cogió el móvil de nuevo, su hermano seguía en línea, gritando su nombre.

—He pasado.

—*¡Joder! No te muevas de ahí, quédate en la barrera, por favor, Pris.*

Priscila se quedó de pie, parada en medio de la estancia, sin saber qué hacer. Escuchó como Adrián hablaba con su hermano Marcos:

—*Dame las llaves de tu coche.*

—*¿Por qué? ¿Has encontrado a Pris?*

—*Sí. Y necesito el puto coche. ¡Dame las llaves!*

—*¡Joder! Toma, pero dime qué coño pasa. ¿Dónde está?*

—Adri, tengo que colgar —le dijo Priscila a su hermano. No aguantaba más. Si seguía al teléfono, escuchando cómo interactuaban sus hermanos, se desmoronaría y regresaría corriendo a casa para cobijarse en sus abrazos, y no era eso lo que quería.

—*¡Espera!*

Pero no esperó. Tiró a la basura la tarjeta de crédito de Alex y el teléfono móvil también, no sin antes mandarse la foto a su propia dirección de correo electrónico. Luego se acercó a una cristalera que separaba la zona de seguridad del resto de la terminal de salidas y se sentó en el suelo a esperar... A esperar a su hermano.

Tres horas después, llegaba Adrián al aeropuerto. Dejó el coche mal aparcado, lo mismo le daba, y entró corriendo. Se llevó las manos a la cabeza

cuando recordó que había cuatro terminales. Intentó llamar a su hermana por enésima vez, pero desde que le había colgado el teléfono no había conseguido contactar con ella. Recorrer las cuatro terminales le llevaría demasiado tiempo, tiempo del que no disponía, pero no tenía más opciones. Tardó varios minutos en decidir por cuál de ellas empezaría y dio las gracias al cosmos entero cuando la encontró. Había acertado a la primera.

Priscila lo esperaba sentada en el suelo, justo en el linde, en una cristalera.

—¡Priscila!

—¡Adrián!

Se levantó y puso las manos en el cristal, él hizo lo mismo, como si así pudieran tocarse.

—Pris, sal de ahí. Vámonos a casa, por favor. Cuéntame lo que ha pasado y te prometo que encontraremos una solución, sea lo que sea.

—No. Esta vez no puedes ayudarme. Me han roto por dentro, Adri. Siento que voy a desplomarme en cualquier momento y que no podré levantarme. Nunca me había sentido así. Es horrible.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora no puedo contártelo. Me mataría hacerlo.

—¿A dónde pretendes ir?

—A Boston.

—¿Qué? ¿Boston, Estados Unidos? ¿Estás loca?

Priscila lloraba desconsolada.

—Adri, necesito irme. Alejarme de lo que he visto. Ya te lo explicaré.

—No, explícamelo ahora.

—Ahora no, por favor, no me obligues. Confía en mí. Déjame hacer esto.

—Joder, ¡mierda! Llámame en cuanto llegues, ¿vale?

—He tirado el teléfono a la basura.

—Toma el mío. —Adrián sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y fue a pasárselo a Priscila por encima del cristal.

—No. Él tiene el número.

—¿Él? ¿Alex? ¿Todo esto es por Alex? ¿Qué te ha hecho? ¡Voy a matarlo!

—No, por favor. Adrián, por favor, no quiero que...

—¡Joder, no hacen más que llamarme! —dijo Adrián, interrumpiendo a su hermana y observando la pantalla iluminada de su móvil.

—Adrián, vete ya, por favor.

—Ni de coña. Voy a comprar un billete para acompañarte a Boston.

—No queda ningún asiento libre. He comprado el último.

—¡Joder! —exclamó, sobrepasado por la situación—. Está bien. ¿Tienes dinero?

—Creo que sí, aunque no sé cuánto quedará en la tarjeta de mamá y papá después de pagar el billete.

—No te preocupes por eso, cuando llegues a Boston, busca un hotel en el centro y coge una habitación. Yo me reuniré contigo en cuanto pueda.

—Tengo que irme.

—Pris...

—No le digas nada, por favor.

—Pris...

—Te quiero.

—Nos vemos enseguida, Pris. Llámame desde el hotel. ¿Te sabes mi número?

—Sí.

—Dímelo.

Priscila se lo recitó de memoria.

—Bien.

—Adri, tengo miedo.

—Haz lo que te digo, Pris. Tú haz lo que te digo y todo va a salir bien. Vas directa al hotel y me esperas allí. Solo van a ser unas horas, te lo prometo. No me voy a mover de aquí, del aeropuerto, voy a comprar un billete para el próximo vuelo a Boston. Si es necesario que flete un puto avión, lo haré, haré lo que sea, pero voy a reunirme contigo en unas horas.

—Vale.

—Te quiero, Pris.

—Yo también.

Priscila apoyó la frente en el cristal y su hermano hizo lo mismo, y, a pesar del vidrio que los separaba, ellos se sintieron. Las lágrimas de Priscila mancharon el cristal y se fue separando con el corazón roto en mil pedazos. Miró la hora.

—De verdad que tengo que irme.

Adrián asintió con la cabeza.

—Adiós.

Priscila enfiló rumbo a su vuelo. Y como ya apenas era verano, no hubo ni canciones ni colores. Solo un recuerdo de Priscila con la imagen del cielo de aquel día en que dejó su tierra, un cielo azul precioso, despejado, pero que ella veía oscuro, negro, como su corazón, como su estado de ánimo y como su

alma.

¿Nos lo jugamos... a los dardos?

Abro la verja de casa de Alex y salgo a la carretera. Me he despertado y él no estaba a mi lado en la cama, pero me conozco tanto sus rutinas que sé dónde está. Cruzo la calzada con tan solo una de sus camisetas por encima, miro hacia ambos lados: no hay nadie. Esta zona es tranquila y residencial, apenas transita gente por aquí.

Llego al pequeño muro al otro lado de la calle y me asomo para comprobar que, tal y como sospechaba, Alex está entrenando en la playa.

Me siento a observarlo mientras me tomo mi café y pienso en lo que ha sucedido durante las últimas dos semanas, en el tiempo que hemos pasado juntos y en las escasas veces que he dormido en mi casa, a pesar de que esto que tengo con Alex no es más que sexo sin compromiso. Ni siquiera me he detenido a pensarlo, acepté su propuesta y no he vuelto a planteármelo, no he discutido con mi cabeza sobre si la decisión ha sido acertada o no, teniendo en cuenta lo que siento por él. Solo estoy disfrutando el momento. Me estoy dejando llevar por el corazón. Y cuando se acabe... No. No me permito pensar en eso. Porque no sé si voy a ser capaz de permitir que se acabe. Creo que la vida nos está dando una segunda oportunidad, y no pienso darle la espalda.

Cuando veo que se levanta de la arena una vez ha hecho treinta abdominales (sí, las he contado) y que toma las escaleras que lo traerán de regreso a casa, levanto el trasero del muro y me muevo hacia la entrada a esperarlo.

Pongo los pies en la hierba del jardín, pero está tan corta que me pica y hace cosquillas en las plantas. Me muevo hasta posicionarme en el camino de piedra que llega hasta la puerta de la vivienda, que aún está fresco, pero que comienza a calentarse por la fuerza del sol. Lo espero apoyada en la verja, con la espalda contra ella, las piernas cruzadas y el café en las manos.

—¿Aún sigues aquí? —me pregunta al pasar por mi lado.

Alex duerme abrazado a mi cuerpo cada noche tras hacer el amor, pero horas después le gusta fingir que no ha sido así. Le gusta hacerse el despegado. De momento, le sigo la corriente.

—No —le contesto, siguiéndolo por el sendero hasta la piscina y cerrando la verja detrás de mí—, he ido a casa y he vuelto para desayunar contigo.

Gira la cabeza y rueda los ojos mientras niega con la cabeza. Pero qué

tontito puede llegar a ponerse, sobre todo por las mañanas, y qué bueno está ya desde estas horas. Camina por delante de mí y yo me fijo en cómo contonea el trasero. Y me apuesto mis zapatos de pompones con brillantina favoritos a que no lleva ropa interior debajo del pantalón de chándal gris. Lo intuyo por cómo le cae en las caderas.

Siete segundos tarda en quitarse el pantalón y lanzarse al agua, siete segundos en quedarse en pelotas y enseñarme ese trasero que tanto me gusta. Hubiera ganado la apuesta. Comienza a hacer largos, a pesar de que la piscina no es demasiado grande, y yo me siento en el bordillo con los pies en el agua. Como en tantas ocasiones en el pasado, lo veo ir de un lado para otro una vez, otra vez y así durante incontables veces.

Nada durante cincuenta minutos sin descanso y sin dirigirme ni una sola mirada; eso sí, cada largo se ha ido acercando más y más a mi posición, hasta que me roza los pies al pasar, una y otra vez.

Cuando hace el último largo, Alex sacude la cabeza y se pasa las manos por el flequillo, despejándose la frente. Le noto la respiración alterada y el pecho que le sube y baja al compás de esta. Tiene que estar cansado.

Le indico con la mano, palmeándome el muslo derecho, que venga a mi lado.

Sale de un impulso y yo abro más las piernas para que pueda acomodarse entre ellas. Descansa su espalda en mi pecho, mojándome la camiseta por completo, y coloca las palmas en mis piernas. Le paso las manos por los hombros y comienzo a hacerle un masaje cariñoso. No soy ninguna experta en masajes, así que supongo que, más que un masaje, lo que hago es acariciarlo, pero parece que le gusta porque enseguida escucho como comienza a gemir de placer y a acomodarse mejor.

Tengo la cara tan cerca de su cuello que es inevitable que me llegue a las fosas nasales el olor a cloro que emite su piel; el olor al Alex de la primera parte de mi vida. Comienza a acariciarme las piernas mientras yo acerco mi boca a su piel húmeda, hasta que no lo resisto más y bajo la cabeza para besarle la comisura de la boca. Un besito inocente que se convierte en beso con lengua en cuanto Alex reacciona.

Mientras nos besamos, Alex levanta su brazo derecho, me sujeta la nuca y me arrastra hacia delante, hacia el agua.

—¡Ahh! —grito.

Le rodeo la cintura con las piernas para no caerme, pero cuando Alex baja el cuerpo para sumergirse, ambos nos hundimos en la piscina. A pesar de estar

medio mojada por haber tenido su cuerpo pegado al mío, me entra un escalofrío por el contacto con el agua. Una vez salgo a la superficie, y sin que me dé tiempo a reaccionar, Alex pasa su cabeza por debajo de mis piernas y me levanta hasta sentarme en sus hombros.

Jugamos y hacemos el ganso hasta que caemos de nuevo y quedamos uno enfrente del otro; yo, con la camiseta mojada por completo y el cuerpo al descubierto y él, con la mirada invadida por el deseo. Se desprende de mi camiseta y me besa el pecho con un hambre que no le había visto en estas semanas.

Nos movemos hasta el bordillo, sin que él deje de besarme el cuerpo, y me sube a pulso hasta dejarme sentada.

—Túmbate.

Lo hago. Apoyo la espalda en la baldosa, que ahora sí está caliente a causa del sol y, más que ver, siento como Alex me quita la ropa interior empapada, esconde la cabeza entre mis piernas y comienza a besarme. La excitación me llega como un latigazo y no puedo evitar removerme entre jadeos hasta que me llega el orgasmo pocos segundos después: creo que ha sido el más rápido de mi vida.

Me quedo desmadejada en el suelo, pero Alex sale y me ayuda a incorporarme, me coge en brazos y le rodeo la cintura con las piernas una vez más; entramos en casa besándonos en la boca y Alex me tumba sobre la primera superficie que encuentra a su paso: la mesa de comedor. Me sujeta de los tobillos, acerca mi trasero al borde de la mesa, me coloca las piernas sobre sus hombros y me penetra de una estocada.

Tenemos sexo del guarro.

Alex y yo mantenemos muchos tipos de sexo durante estas dos semanas, de casi cada tipo que existe, y hoy toca del guarro. Del que hace que gritemos los dos como posesos, del que provoca que nos digamos palabras obscenas al oído y del que causa que mi cuerpo se mueva con violencia sobre la mesa arriba y abajo. También del que acaba con los dos exhaustos y sudados, uno sobre el otro, y con sonrisa de idiotas.

Guau.

Más tarde, cuando salimos de la ducha, como Alex hoy libra en el trabajo, me propone ir al *pub* a desayunar. Acepto de buena gana.

—Pero si están aquí Alex y Priscila —nos saluda Pedro al entrar.

Alex y Priscila. Me gusta cómo suena. Siempre lo ha hecho. Porque suena bien.

Nos sentamos uno enfrente del otro en una mesa a tomarnos un café y una tostada gigante con aceite y hablamos de todo un poco. A pesar de disfrutar de la conversación con Alex, me apetece hacer algo diferente; me apetece jugar.

—¿Quieres que echemos una partida de dardos? —le propongo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece.

Qué borde puede llegar a ser.

—¿Y si te convenzo para que aceptes?

—Créeme, Priscila, no hay nada que puedas hacer para convencerme. Quiero quedarme aquí sentado, tranquilo, y tomarme mi café mientras veo la carrera que están emitiendo por la tele.

Dirijo la mirada a la televisión de plasma gigante que cuelga de una de las paredes, justo al lado de los dardos. Me incorporo y acerco mi cabeza a su oído. Me mira de reojo, pero no aparta los ojos de la pantalla.

—Si me ganas —le susurro—, dejaré que me hagas lo que querías hacerme antes encima de la mesa.

Para ser sincera, creo que tengo tantas ganas de hacerlo como él. O más.

—¿En serio? —me pregunta, mirándome a los ojos y prestándome ahora toda la atención.

—Ajá —le digo coqueta.

—Acepto. ¡Pedro! Pásame los dardos.

Nos levantamos para acercarnos a la barra, donde Pedro nos espera con la caja de los dardos preparada. Después, vamos directos a la diana y establecemos las reglas.

—Bien —me dice Alex—, nos lo jugamos al mejor del 501. El que antes llegue a cero gana. ¿Lo pillas?

No.

—Sí, claro —respondo convencida.

Me mira entrecerrando los ojos, pero acepta mi respuesta afirmativa sin rechistar.

—Bien. Comencemos.

Vale. Entiendo que se trata de dar en la diana, no es demasiado complicado. No hemos empezado a jugar y ya está sonando *Chas y aparezco a tu lado*. Tanto Alex como yo ponemos los ojos en blanco y dirigimos la vista a Pedro, que nos mira sonriente.

—Te dejo empezar —me dice Alex.

—Qué amable —le respondo con duda en la voz.

—Solo quiero darte ventaja, Reina del Desierto.

¡Será creído! Cojo uno de los dardos con la mano derecha y me lo acerco al ojo derecho, cierro el ojo izquierdo y apunto a la diana; muevo el dardo adelante y atrás para calcular bien la trayectoria y... ¡lo lanzo! Lo lanzo provocando que apenas dé un golpecito en el panel y caiga al suelo, ¡sin ni siquiera quedarse enganchado en ningún agujerito! ¡Y así hasta tres veces! Es más complicado de lo que parece a primera vista.

—Aparta, principiante.

Alex apunta con uno de sus dardos a la diana y lo lanza en pocos segundos, le da a algo importante porque su 501 de la pantalla baja sesenta puntos ¡de una sola tirada!

—¿Sabes dónde tienes que darle para conseguir más puntos? —me pregunta Alex una vez ha lanzado sus tres dardos y conseguido puntuaciones bastante buenas.

—Pues al centro —afirmo con seguridad.

—Pues no, lista.

¿En serio?

—Tú lo que quieres es confundirme para ganarme.

—Creo que no me va a hacer falta.

A pesar de que le gruño, me señala las zonas de la diana que más puntos llevan asociadas, que no es el centro, sino los dobles y los triples. De fondo, sigue sonando Álex y Cristina.

—¡Pedro! ¿Es que acaso vas a poner el puto CD completo? —pregunta Alex con voz en grito.

—¡Afirmativo! —le responde el otro con una sonrisa de oreja a oreja.

—La madre que lo parió.

—Venga, me toca.

Ahora que sé dónde tengo que darle, me parece menos complicado. Esta vez cojo el dardo con la mano izquierda y cierro el ojo derecho. No, así no. Mejor cierro el izquierdo, como siempre.

—Pero ¿qué haces?

—Intentarlo con la izquierda —le digo a Alex muy convencida.

—Pero si tú no eres zurda.

—Ya, pero tendré que intentarlo, puede que sea mi mano buena para los dardos.

—Joder, vaya paliza te voy a dar, prepárate para esta noche.

—Oye —le doy un golpe en el brazo en señal de protesta—, que yo como con la mano izquierda.

—No, Pris, tú sujetas el tenedor con la mano izquierda cuando estás cortando carne o pescado, como todo el mundo.

—Pues eso. Quita —le digo mientras lo aparto con un golpe de trasero en su cadera.

Sigo con mi cometido y... ¡toooma! ¡He acertado! ¡He acertado en algo, aunque no sé muy bien en qué!

—¿Qué he hecho?

—Un doble.

—Bien, y allá van dos más... —digo, porque todavía me quedan dos tiros.

Unas cuantas rondas después, no voy mal del todo, definitivamente mi mano buena para los dardos es la izquierda (o es la suerte del principiante), pero, aun así, Alex va ganando. Es muy bueno. Y eso que he hecho alguna trampa que otra, como ponerme a dos centímetros de la diana y pinchar los tres dardos en las puntuaciones más altas cuando se ha acercado a la barra a pedir un vaso de agua. Para casos desesperados, medidas desesperadas.

Cuando le toca tirar a él, me coloco detrás y le levanto la camiseta para colar mi mano dentro. Él se sobresalta por el contacto, pero no me dice nada. Finge que no le afecta, pero no me pasa inadvertido que está tardando más de lo normal en lanzar el dardo.

—¿Te distraigo? —le pregunto con inocencia.

—¿Pretendes distraerme? —me devuelve.

—Para nada. Solo me apetece acariciarte. ¿No puedo?

—Puedes.

—Bien.

Lanza y acierta, pero no con tanta buena puntuación como ha obtenido en tiradas anteriores. ¡Bravo! Después de lanzar mis tres dardos, necesito algo más fuerte, dado que mis caricias no parecen afectarle. Acercó mi boca a su rostro y me quedo muy cerca; enseguida siento como se le acelera la respiración. Saco la lengua y le chupo la comisura de los labios. Mmm... qué rico está. Alex sabe bien. Él sonrío bajo mi lengua y aprovecho esa apertura de boca para meterle la lengua dentro.

—¿No vas a lanzar? —le pregunto sobre sus labios.

—Justo iba a hacerlo, pero me has interrumpido.

—Lo siento, continúa —le digo sin apartar la lengua de su rostro.

Lanza, pero en esta ocasión... falla. El dardo cae al suelo. ¡Victoria!

—¡Vaya! —exclamo con fingido pesar—. No te preocupes, suele pasar.

—Acabas de robarme un beso por todo el morro —me dice, mirándome a los ojos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Recuperarlo.

Me sujeta de la nuca y me besa con suavidad, riendo y respirándonos el uno al otro. Cuando nos separamos, me doy la vuelta, porque siento unos ojos clavados en nosotros, y entonces las veo: las *Brave* están aquí y ninguna me quita la vista de encima, y no es que me miren con amor precisamente, pero no pienso permitir que me fastidien este momento con Alex. Las ignoro y sigo disfrutando de la partida, pero dos rondas más y la pareja de pelirrojas se acerca a nosotros o, más bien, a Alex.

Me pregunto si a Adrián le va bien con la pequeña de las dos, la pequeña que me saca por lo menos una cabeza. Aunque supongo que sí. Hace dos semanas que mi hermano y yo no hablamos para más que lo imprescindible: «pásame el pan», «pásame la sal», «buenos días», «buenas noches». Nunca nos habíamos visto en una situación así, y mentiría si dijera que no pienso en ello cada día, pero es tanto el dolor que aún siento por lo que me hicieron las hermanas que me veo incapaz de aceptar a esa chica como la novia de mi hermano. Y somos Adrián y yo los que estamos sufriendo las consecuencias. Es nuestra relación la que ha cambiado. A veces pienso: «Pris, por favor, se trata de Adrián. ¡Adrián! Vete y solucióvalo de una vez». Pero entonces me acerco a él y las palabras se me atascan en la garganta. Y a él también. Por primera vez en la vida, no sabemos cómo solucionarlo. Cómo volver a ser nosotros.

—Alex, que sepas que Priscila te lleva haciendo trampas desde que habéis empezado a jugar —le dice la mayor de ellas, sin apenas mirarme.

Estoy a punto de lanzarle una réplica de las mías, pero Alex se me adelanta.

—No me hace trampa —le contesta sin inmutarse—. Son las reglas del juego, ella puede hacer lo que quiera para ganar. Así es mucho más interesante. —Me guiña un ojo y lanza su primer dardo de esa ronda.

—Ah, tú mismo. Yo solo venía a avisarte por si acaso. Como sé que no te gustan las trampas...

Las dos hermanas del Inframundo regresan a la mesa donde estaban sentadas. Y yo estoy en la gloria. Porque que Alex me defienda es un subidón, pero que, además, lo haga enfrente de ella es como tener veinte orgasmos

como los dos de esta mañana a la vez. La verdad es que no me lo esperaba, y no llego a entender del todo por qué lo ha hecho, pero supongo que no quiere que nos peleemos. Alex nunca ha sido amigo de los dramas y los espectáculos en público. Como es habitual en mí, no puedo callarme, y conste que con Alex lo hago a diario, pero hoy no; esta vez, no.

—¿Por qué me has defendido?

—Porque no me gustan las chivatas, y muchísimo menos que se metan con mi...

—¿Con tu qué?

—Con mi pareja de dardos.

—No ibas a decir eso.

Lo sé. Le ha salido demasiado espontáneo y se ha frenado al instante.

—¿Qué sabrás tú lo que iba a decir?

Mi cabeza se hace una ligera idea; no obstante, no sé si es lo que ella quiere pensar que iba a decir Alex o lo que en realidad iba a decir. No me da tiempo a darle más rienda suelta a mi imaginación porque en ese momento se abre la puerta del *pub* y veo entrar a Marcos. Echa una mirada por el local y enseguida me localiza. Como Alex no puede verlo porque está de espaldas, le indico con la mano que no diga nada. Marcos lo entiende a la primera, se pone en modo silencioso (en modo GEO total) y cuando se encuentra a tan solo un paso de Alex le da un buen susto, provocando que falle el tiro.

—¡Joder, Marc! —se queja el otro—. ¡Me has hecho fallar!

—Perdón —se disculpa mi hermano, aguantándose la risa—. Vengo a tomar un café rápido antes de entrar a currar, tengo que ir a Madrid un par de días, pero ya veo que estás ocupado. ¿A qué jugáis?

—Al 501.

—Qué serio estás, ¿estáis apostando algo?

—Sí.

—¿El qué?

—Créeme, es mejor que no lo sepas.

Definitivamente.

—Vale, no quiero saber más. ¿Qué me dices de ese café? —insiste Marcos.

—Ahora no puedo —responde Alex—, tengo que ganar la partida y no puedo desconcentrarme. Tómatelo con tu hermana.

—¡Ey! —me quejo—. ¿Y si me desconcentro yo?

Alex solo aparta la mirada de la diana lo justo para mirarme de reojo con

la ceja levantada.

—Debería resultarte bastante fácil ganar —comenta Marcos con naturalidad.

—No te creas, está teniendo bastante suerte.

—Ahora lo llaman suerte —me defiende.

—Voy por ese café y me ponéis al día, ¿vale?

—O tú a nosotros —le digo.

—Acepto siempre que no salga el tema de la boda. Últimamente no hablo de otra cosa, joder.

—Vale, pues entonces cuéntame historias truculentas de tu trabajo.

—Ya sabes que es confidencial, Pris.

—Oh, vamos. Cambia los nombres e invéntate partes como haces siempre.

—Hecho.

El café rápido de mi hermano se transforma en más de media hora de relatos apocalípticos. Marcos es muy bueno inventando historias. Se marcha a toda prisa justo después de ver mi derrota, porque, por muchas trampas que le haya hecho, incluso con la ayuda de mi hermano, Alex acaba ganando la partida.

—Prepárate para esta noche. —Es lo último que me dice mi marido antes de que Jaime aparezca en la cervecería y se sienta en nuestra mesa. Hace apenas un día que ha regresado de visitar a su familia en Valladolid. Necesitaba algo de espacio después de lo ocurrido con mi hermano y llevaba semanas queriendo ir a visitar a sus padres.

—Un tequila —pide, dirigiéndose a Alex—. Doble.

—¿Me has visto pinta de camarero?

—Tu marido es un puto borde, Pris. Un tequila —me pide a mí—. Doble.

—No sé si aquí tendrán tequila.

—Joder, ¿no es un puto bar?

—Es una cervecería, pero voy a intentarlo —añado, viendo la cara de mala leche que me ha puesto.

Me levanto, reconozco que con un poco de miedo a dejarlos solos, y voy a la barra a pedirle un tequila a Pedro, que resulta que sí tiene.

Jaime lleva las últimas semanas bastante afectado. Tuvo una bronca morrocotuda con mi hermano Hugo después de salir corriendo detrás de él y desde ese día no se hablan. Solo se miran. Mucho.

Regreso a la mesa con dos chupitos de tequila. Dobles. Los dos.

—Joder, cómo pica —exclama mi amigo al tragarse el primero—. ¿No me

vas a acompañar?

—¿Para quién crees que he traído este? —le digo, señalando el otro vaso de chupito. A Jaime no le gusta beber solo. Bueno, supongo que a nadie.

—Tú sí que me entiendes, Cabana.

—¿Novedades? —le pregunto refiriéndome a mi hermano.

No me gusta que estén enfadados. Me da mucha pena. A Hugo lo veo afectado y Jaime vaga por la casa y la calle como un zombi confuso. Creo que se gustan de verdad. Reconozco que me llevé impresión cuando supe que se habían liado, pero ambos son adultos y están solteros, pueden hacer lo que les dé la gana.

—Hugo está muy cabreado, Pris. No quiere que me vuelva a acercarme a él. Primero porque dice que en realidad estoy colado por su hermano pequeño y que él es solo «lo único que me quedaba», cosa que no es cierta, por mucho que quiera echarme en cara que ligué con él estando borracho. Y segundo...

—Espera, espera —lo interrumpo—. ¿Cuándo fue eso?

—El día de los martinis, tú estabas entretenida tirando piedras a la ventana de tu marido y yo, al parecer, debí meterle fichas a tope a tu hermano. Sí que recuerdo preguntarle por las navidades de 2011, tenía muchísima curiosidad por saber lo que había pasado, pero a partir de ahí... tengo como una nebulosa muy densa en mi cabeza.

—Vale, ¿y qué es lo segundo?

—Lo segundo es porque me he acostado con su hermana pequeña. No entiende que solo fue un experimento. La cosa pinta muy mal. No presagia nada bueno, ¿verdad?

—Pues no. Yo que tú, me volvía a Boston con efecto inmediato —responde Alex sin dejar de mirar la tele.

Jaime lo mira con mala cara, pero Alex lo ignora. Yo lo ignoro a él. Qué mala leche tiene a veces.

—Si te hago una pregunta —le digo a Jaime—, ¿me vas a contestar con la verdad?

—Inténtalo y veremos lo que pasa.

—Si Adrián no fuera hetero y tú le gustaras, ¿qué habría pasado?

—Joder, Pris.

—Eso digo yo —añade Alex—. La carrera no está lo suficientemente alta.

—Contéstame.

—No lo sé.

—Pues me parece importante que lo sepas.

—Mierda. Estoy hecho un lío. Oye, St. Claire, ¿tú te sentirías raro si te acostaras con Marcos? —le pregunta mi amigo a Alex.

—Sin el menor atisbo de duda —le responde este, sin pensárselo ni medio segundo.

—Joder, ya me entiendes.

—La verdad es que no.

—Imagínate que Marcos es una tía, y que te acuestas con ella y con Priscila, ¿te sentirías mal con esa situación porque son hermanos? ¿Alex? —lo llama cuando ve que no le hace ni caso.

—Ah, pero ¿sigues hablando conmigo? —le responde el *simpático* de mi marido, que seguía con la vista puesta en la tele.

—Sí, capullo. —La última palabra, la fea, la dice muy bajito, pero no lo suficiente como para que no lo escuchemos.

Alex gira de nuevo la cabeza y se dirige a mi amigo.

—¿No has pensado que lo que ocurre en realidad es que a Hugo no le gustas?

Le lanzo una mala mirada a Alex y una negación de cabeza, pero él me pone cara de inocente. Ya le vale.

—Así no ayudas demasiado —le recrimina mi amigo.

—Tampoco era mi intención.

—Puto borde —me dice, de nuevo, por lo bajini.

Nos levantamos para ir a la barra y pedimos otra ronda de chupitos. En realidad, pedimos tres rondas más mientras seguimos intentando buscar una posible solución a la metedura (doble) de pata de Jaime. Y, a todo esto, Alex permanece en nuestra mesa viendo la televisión, sin entrar para nada en la conversación, pero sin marcharse. Aprovecho uno de los silencios de la conversación para preguntarle a Jaime sobre los dibujos de las últimas tiras cómicas que le envié y que tenemos que mandarle ya a nuestro jefe.

—¿Has podido mirar las tiras que te mandé?

—¿Me estás hablando de trabajo, Cabana?

—Mmm... es que vamos algo retrasados.

—No me jodas, ahora en lo último que pienso es en curro.

—Vale. Ya tocaremos el tema cuando nos toque trasladarnos a vivir debajo de un puente.

—Pero ¡mira que eres dramática! Mañana sin falta envío a Boston los dibujos —me promete a regañadientes.

—Genial.

Después de las tres rondas, Alex tiene que ayudarme a levantarme porque voy bastante perjudicada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Los amigos están para esto, no iba a permitir que Jaime se emborrachara solo.

—«Ale, Alejandro», «Ale, Alejandro»... —canto de camino a la urbanización de mis padres, imitando a Lady Gaga. O, bueno, intentándolo.

—Vaya pedal llevas, Pris —me dice Jaime, desternillándose de la risa—. «Ale, Alejandro», «Ale, Alejandro»...

Creo que escucho a Alex bufar. Y murmurar algo.

Llegamos a la puerta de mi casa y Alex llama al timbre para inmediatamente después sacar las llaves de su bolsillo y abrir la puerta. Dice hola en voz alta para comprobar si hay alguien en casa y mi madre le devuelve el saludo desde la cocina.

—¿Te quedas a comer?! —le pregunta mi madre o, más bien, le grita.

—¡Sí, voy a meter a Priscila en la cama!

—¿Qué le pasa?!

Siguen comunicándose a grito pelado. Mi madre estará liada con algo porque no ha venido ni a vernos.

—¡Le ha sentado mal el desayuno! Vamos, te llevo a la cama —me dice, acompañándome a las escaleras.

—¿Y a mí?

Alex no se molesta ni en contestar a mi amigo.

Llegamos a mi cama y me ayuda a meterme dentro; me da vueltas toda la habitación. No soy muy consciente ni de desnudarme ni de nada. Solo de mis últimos pensamientos antes de caer dormida:

«Ale, Alejandro. Ale, Alejandro».

«Ale, Alejandro. Ale, Alejandro»...

Pristy, la ardilla. En una partida de dardos.

Diciembre de 2012

Para el mes de diciembre, Priscila estaba asentada en Boston. No se puede decir que felizmente asentada; solo asentada, que no era poco.

Adrián llegó a la ciudad de Massachusetts poco después que Priscila, tal y como le prometió aquel veintiocho de septiembre en el aeropuerto, aunque no fue necesario que fletara un avión, por suerte para la economía familiar.

Una vez los dos estuvieron en el hotel del centro de la ciudad, frente a frente, tocándose entre ellos para asegurarse de que el otro estuviera bien, Priscila se desahogó: lo soltó todo. Ambos hermanos se sentaron en la cama con las piernas a lo indio y Priscila habló de carrerilla y sin dejar de llorar; dolía demasiado. Dolía como cuando se cayó de bruces del columpio y se machacó las rodillas; como cuando aquel perro la empujó para protegerla de un coche y acabó con la cara en el asfalto y dos dientes menos, las dos paletas; como cuando tuvieron que hacerle aquel arreglo en la muela sin anestesia porque estaba demasiado inflamada.

Adrián no podía creérselo, le costaba sobremanera; él había visto cómo Alexander St. Claire miraba a su hermana, cómo la trataba, cómo la besó aquel verano en el juego de la botella cuando tenían trece años, cómo besaba el suelo que ella pisaba..., en definitiva, cómo la quería. Hasta lo había ayudado a adecentar la casa de la montaña los meses anteriores a la boda por petición de él —los hermanos Cabana al completo lo hicieron—; el vecino quería tenerla lo más perfecta posible para cuando se mudara Priscila. Algo no le cuadraba.

—No puede ser, Pris, has tenido que malinterpretarlo. Un abrazo es tan solo eso... un abrazo, no tiene que haber más, nada sexual o sucio. Esa chica es la novia de su hermano, llevan como mil años juntos, habrá pasado algo y la estaría consolando... Yo qué sé, pero tiene que haber alguna explicación.

—Bien. —Priscila se estiró, cogió el móvil que su hermano había dejado en la mesita al lado de la cama y entró en su cuenta de correo. El corazón le dio un palpito al ver en la bandeja de entrada varios mensajes de Alex. Lo ignoró todo, apenas vio algunas palabras, y abrió el mensaje de la foto y, como no quería verla de nuevo, se la tendió a su hermano sin mirar—. ¿También he malinterpretado esto?

Adrián enseguida reconoció la habitación de su cuñado de la casa de sus padres, había estado allí en un par de ocasiones.

—Dime, Adrián. ¡Dime! Dime que lo he malinterpretado. —El llanto regresó con más fuerza mientras se levantaba de la cama; no podía estarse quieta—. Dímelo, por favor. Por favor —terminó suplicando entre susurros.

—Joder, no puede ser.

Durante una fracción de segundo, Priscila había mantenido la esperanza, la ilusión, de que todo tuviera una explicación, pero esas cuatro palabras la devolvieron de nuevo a la realidad de golpe. Y se le vino el mundo encima otra vez. Porque aquello era real; no cabía espacio para la duda ni para la mala interpretación. Se sentó en el suelo y lloró. Lloró mucho más.

Transcurrieron unos días y ambos intentaban asimilarlo todo. Mientras Priscila lloraba, Adrián se encargó de comprar algo de ropa para ambos, unas mudas, un par de pantalones, unos jerséis, artículos de higiene personal, un par de mochilas y un abrigo para cada uno. Los otoños en Boston son duros y fríos; hay viento, humedad y lluvia, y ellos andaban en camiseta de manga larga. Habían llegado a la ciudad con lo puesto, con lo puesto y procedentes de una localidad de clima cálido.

Adrián habló con los miembros de su familia, con cada uno de ellos. Con su madre cuatro veces, y todas ellas para contarle lo mismo: que Priscila necesitaba tiempo para pensar y que no podía hacerlo en el pueblo, una verdad a medias que no convenció a nadie: que algo había sucedido con Alex era un hecho comprobado. Sin embargo, en cuanto alguno de ellos intentaba mencionarlo, Adrián se cerraba en banda. No quería saber nada, y Priscila menos aún. Dejaron de insistir. Por el momento.

Adrián también se comunicó con Marcos para que se metiera en la cuenta de Priscila de Google Drive (los cinco hermanos conocían la contraseña de la pequeña de los Cabana, que utilizaba para todo) y se descargara el currículum que con tanto esmero había preparado durante los meses posteriores a la boda. Le dio instrucciones a su hermano para que lo revisara, lo tradujera y lo mandara a cada periódico y revista de Boston. A cada una sin excepción. Si tenía que mandar doscientos correos, que así fuera.

Marcos, a regañadientes, porque no entendía qué coño hacían esos dos en Boston y menos todavía por qué razón su hermana necesitaba «desconectar» y encontrar trabajo allí, hizo lo que le pidió Adrián sin demora. A pesar de no estar de acuerdo, a pesar de que nadie le dijera qué estaba ocurriendo en realidad, la lealtad hacia ellos ganó la partida. Entre los hermanos existían ocasiones en que no había lugar para las preguntas. Esa fue una de ellas. La más relevante de sus vidas hasta el momento, con toda probabilidad.

Dos semanas más tarde, llamaron a Priscila del periódico *The Boston Globe* para tantear si estaría interesada en entrar en el proyecto de prácticas del siguiente año. No era un golpe de suerte, la verdad es que Priscila Cabana tenía un expediente académico excelente, además de un inglés perfecto, amaba el periodismo y disfrutó estudiando la carrera día tras día. Era una gran oportunidad y no podía desaprovecharla. Salió de la cama, se adecéntó y se preparó para la entrevista que tendría una semana más tarde.

Los días pasaron rápido y la entrevista llegó. Fue bastante bien, la entrevistó uno de los editores más veteranos y hubo bastante buena química. Priscila siempre había contado con buen don de gentes y tenía esperanzas.

Cuando terminó la entrevista, al salir, vio en una de las paredes de la redacción varios anuncios de «se busca compañera de piso». Adrián y ella llevaban unos días buscando apartamento, no podían quedarse en el hotel para siempre, tendría que mandarles a sus padres el sueldo íntegro de un año, si conseguía el trabajo, para devolverles el dinero, así que arrancó uno de los papeles y se lo enseñó a su hermano después de contarle su percepción de la entrevista.

El solicitante era un chico, se llamaba Jamie y trabajaba en el periódico. Priscila supuso que serían compañeros. No le hizo demasiada gracia emparejar trabajo con vivienda, pero no había encontrado nada que la convenciera.

Priscila contactó con el tal Jamie y quedó con él esa misma tarde para visitar el apartamento. Vio el piso, hablaron de un par de cosas, entre ellas de la posibilidad de que ella entrara en el periódico, y Priscila le hizo saber que por ella se mudaba en ese instante, tenía algo de urgencia, pero el chico le dijo que la llamaría en un par de días.

Lo hizo al día siguiente.

Y allí que acudieron los dos hermanos Cabana para hacer la mudanza. Bueno, mudanza...

Cuando Jamie abrió la puerta y se encontró a los dos chicos con una mochila cada uno en la espalda, algo no le cuadró.

—¿Y las maletas? —les preguntó.

—Esto es todo lo que tengo —dijo ella, señalando el pequeño bulto que le colgaba de un asa de la espalda y que era idéntico al del chico, pero de distinto color.

Jamie pensó que ambos eran muy monos; unos indigentes, sí, pero muy monos.

—Joder, ¿no seréis unos sintecho? Si te cogen en el *Global*, ¿tengo que hablar con el departamento de contabilidad para que me ingresen a mí tu nómina?

—Pagará, no te preocupes por eso. ¿Podemos pasar? —Adrián se abrió camino y entró en la vivienda sin esperar a que le dieran permiso.

—Adelante... —dijo el otro, sin perderlo de vista—, rubito. ¿Es tu novio? —le preguntó a la chica cuando cerró la puerta principal—. Porque aquí está prohibido follar.

—Es mi hermano.

—¿En serio? Genial, porque era broma lo de antes, en esta casa puedes follar todo lo que quieras y más.

—Vale. —A Priscila no se le ocurrió otra cosa que decir.

Aunque Priscila ya lo había visto, Jamie les enseñó el piso (salón-cocina-comedor, dos habitaciones y un baño a compartir) y ayudó a su nueva inquilina a instalar su... mochila en la habitación. Cuanto más hablaba el chico, demasiado en la opinión de Adrián, más le notaron los hermanos que no era americano. Su acento lo delataba. Ellos habían estudiado en el Colegio Inglés desde el aula de dos años y tenían buen oído.

—¿Eres español? —le preguntó Adrián en su idioma natal mientras inspeccionaba el baño.

—¡Hostias! —exclamó el interpelado, también en castellano—. Vaya oído.

—¿Te llamas Jamie?

—Es Jaime, en realidad.

—Bien, voy a quedarme unos días aquí con vosotros —le explicó Adrián—, una semana como mucho, dormiré en la cama con mi hermana.

A Jaime le quedó claro que no había lugar a réplica. Menuda mala hostia se gastaba el rubiales.

La semana pasó rápida, a Priscila la habían llamado del periódico para comunicarle que la habían aceptado en el programa de prácticas y que empezaba el día ocho de enero y Adrián había comprado el billete de vuelta. La despedida fue dura.

—Pris, puedo quedarme un mes más, si lo necesitas.

—No, vete, vuelve a casa. Yo estaré bien. Tienes que seguir con tu vida, con tus pinturas.

—Yo la cuidaré —aseguró el nuevo compañero de piso de la chica.

A Adrián aquello no lo convencía para nada, pero se dijo que, al mínimo problema que detectara entre esos dos, regresaría. Los dos hermanos se dieron

tal abrazo que hasta enterneció a Jaime.

Priscila parecía fuerte, pero cuando se cerró la puerta, rompió a llorar.

—Ey, tranquila. Vas a estar bien —la consoló Jaime, abrazándola—. No soy tonto, me he dado cuenta de que no sois unos sintecho, algo ha debido de pasarte. Solo te puedo decir que el tiempo lo cura todo. Eso y una sesión de peluquería.

Y así llegaron a diciembre. Conociéndose el uno al otro y Priscila con el pelo rubio. Jaime estaba fascinado por la chica, a pesar de la tristeza que arrastraba, era simpática y ocurrente, daban ganas de achucharla. También era contradictoria, y eso era lo que más le había llamado la atención. Se dio cuenta de ello una noche, una de tantas, mientras la observaba de madrugada sentada en el suelo del salón. Lo hacía muchas noches, la descubrió un día que se desveló y fue por un vaso de agua a la cocina, y desde ese momento siempre la notaba.

Priscila se levantaba sobre las cuatro de la mañana, se sentaba en el suelo, en la parte por donde pasaba la tubería de la calefacción y, por ende, por donde estaba más caliente, y colocaba los pies a lo indio. Se quedaba allí durante minutos y minutos. Sentada, sola, en la oscuridad. En ocasiones se sujetaba las rodillas y lloraba.

Lo que nadie sabía era que Alex St. Claire, al otro lado del mundo, hacía lo mismo.

Jaime se apoyaba en el umbral del salón y la observaba: Priscila Cabana era físicamente una muñequita, una princesa de cuento preciosa y pequeña. Su carácter también lo era; suave, delicado, bonito. Pero solo era una imagen, porque la verdadera Priscila tenía más de tío malote que de princesa. Conducía muy macarra (lo había comprobado un día que lo llevó al supermercado en su propio coche porque le apetecía conducir), pensaba como un hombre, o al menos como él consideraba que pensaban los hombres, simple, directo, sin medias tintas, y actuaba de una manera muy directa, el sí era sí y el no era no.

Las navidades fueron duras. Eran las primeras que pasaba sin su familia, pero ella había insistido en que fuera así. Jaime se iba a España y se quedaba sola. Y sola pasó el día de su cumpleaños, el último día del año. Quizás fue ese el motivo, la soledad, la añoranza, lo que le hizo coger el móvil y entrar en su bandeja de entrada. Llevaba desde que se había marchado recibiendo correos electrónicos de Alex, pero los eliminaba todos. Si no lo hacía, temía leerlos, y eso era lo último que quería. Lo echaba tanto de menos. Le iba bien

en Boston, pero añoraba tantísimo a Alex, a su amigo, a su amor, a su compañero de vida, que temía flaquear.

Había un mensaje nuevo. Era del día anterior. No pensaba leerlo, pero entonces vio el asunto del mensaje: «Creo que te odio».

A Priscila se le paralizó el corazón. Dejó de respirar y no pudo evitar entrar en el mensaje y leerlo entero. Tres veces.

De: St. Claire, Alexander astclaire@gmail.com

Asunto: Creo que te odio

Fecha: 30 de diciembre de 2012, 18:08

Para: priscilacabana@gmail.com

Supongo que no estás leyendo mis mensajes, de haberlo hecho, ya habrías vuelto, o habrías dado señales de vida. O puede que no. Qué más da, que lo hayas hecho o no, mi conclusión es la misma. Creo que te odio. Creo que eres una niña inmadura, una decepción y el mayor error que he cometido en la vida. Ahora entiendo tantas cosas. Entiendo por qué nuestras familias no querían que nos casáramos, entiendo su reticencia. El matrimonio te ha venido grande, Reina del Desierto. Y la vida también. Como me pillas de buen humor (atenta a la ironía), te voy a dar un consejo para el futuro: huir no es la solución. Nunca.

Iba a leerlo por cuarta vez, aunque las lágrimas apenas le dejaran distinguir la pantalla, cuando sonó el teléfono. Había estado hablando durante todo el día con su familia, por eso le extrañó tanto aquella llamada. Era Adrián. Otra vez. Dudó antes de contestar. Sintió miedo. Su hermano jamás la llamaba a esas horas. Marcos y River, sí, formaba parte de su *insuperable* sentido del humor, pero Adrián y Hugo, no. Contestó entre titubeos y temblores, aún lloraba.

—Adrián..., ¿es... estás bien?

—Priscila, tienes que venir a España. Ya.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Es Alex...

—¿Qué... qué le pasa?

—Ha tenido un accidente.

—No.

—Pris, parece grave. Muy grave. Ven ya.

Un te quiero

Un mes después

No entiendo en qué momento ha sucedido, pero se me ha ido el verano.

En dos semanas y dos días, mi hermano Marcos se casa con Alicia. Mi casa es un hervidero de nervios, preparativos, vestidos, zapatos y recados. Alicia está histérica, pero de una manera bonita, y Marcos ha trabajado muchísimo durante estas últimas semanas. Cada emergencia le ha tocado a él.

Y tres días después de la boda, el veintiocho de septiembre, yo regreso a Estados Unidos. Me parece que fue ayer cuando me repetía el mantra aquel de «me quedan trece semanas y media aquí y luego vuelvo a Boston». Y ahora solo quedan dos... Y se me ha pasado la ocasión de decir «nueve semanas y media» como en la película.

No lo llevo bien. No lo llevo nada bien.

Este último mes ha sido demasiado bonito. Demasiado intenso. Demasiado perfecto para lo que me tenía acostumbrada la vida. Se me había olvidado lo que era sentirse así de bien. Lo que era despertarse entusiasmada por saber lo que me depararía el nuevo día. Lo que era abrir los ojos por la mañana y sentir en el rostro una sonrisa de oreja a oreja sin que hubiera un motivo en especial y, entonces, mirar hacia mi izquierda y verlo a él. A veces dormido, otras veces no. Se me había olvidado lo que era ser Alex y Priscila:

Atiborrarse a helado en nuestra heladería favorita hasta que atardecía.

Disfrutar de los últimos rayos de sol, despatarrados en las sillas blancas de mimbre que adornan esa terraza frente a la playa.

Amarnos a través del sexo, de caricias y de besos. De palabras bonitas. De miradas especiales, diciéndonos lo que no expresamos con palabras.

Comer paella, recorrer los pueblos de alrededor bañados por mi querido mar Mediterráneo y nadar juntos en nuestra cala cogidos de la mano.

Jugar entre nosotros. Jugar con las palabras y jugar como niños, como antes.

Recorrer el pueblo en bicicleta.

—*Vamos, Reina del Desierto, ¿has perdido fuerza o qué?*

—*Para nada.*

—*Entonces es que has echado culo.*

—*¿Qué? ¡Eso es mentira! No he echado culo* —negué a la vez que miraba mi retaguardia para comprobarlo.

—*Pues has perdido resistencia.*

—*Ahora verás.*

Lo adelanté y pataleé lo más fuerte que pude hasta llegar al final de la cuesta. Hasta llegar la primera.

—*Me has dejado ganar* —le dije.

—*No.*

—*Entonces es que has echado culo* —lo imité.

—*Ah, ¿sí?* —me preguntó juguetón.

—*La verdad es que sí.*

—*Te voy a dar yo a ti.*

—*¡Eso será si me coges!* —lo provoqué, posicionándome de nuevo en la bicicleta.

—*Priscila, no soy un crío, no pienso ir detrás de ti.*

—*¡Tú mismo!*

Al final, vino detrás de mí.

Crear nuevas experiencias. Nuevos recuerdos que atesorar para la posteridad.

Esperar cada día a que Alex acabara su turno en la playa tumbada en mi toalla junto a su torreta para irnos después los dos solos a cualquier lugar. Al que fuera.

Soltarnos, coger confianza de nuevo el uno en el otro y recuperar poco a poco lo que teníamos hace cuatro años.

Aún no nos hemos curado de nuestro pasado; creo que, con todo lo que hemos hecho, tan solo hemos rescatado la mitad de él, la mitad sencilla, porque la otra mitad, la parte que nos queda por recuperar supone regresar a aquello que pasó, que lo hablemos y que lo enfrentemos. Y tengo la sensación de que ya es demasiado tarde, de que teníamos que haberlo hecho tiempo atrás. Aunque en otros momentos pienso: ¿qué más da lo que pasó? Yo ya lo he perdonado. Ahora lo sé.

Lo sé porque soy feliz cuando estoy con él. Y ser feliz es una emoción que puede con todo. Lucha contra todo... y gana.

Lo sé porque lo quiero con toda mi alma. No estoy segura de si he comenzado a quererlo de nuevo en estos últimos meses o si nunca dejé de

hacerlo, me inclino más por la segunda opción, pero ¿acaso importa?

Pero hay un inconveniente, uno que me quita el sueño por las noches cuando no estoy con él. Y es que toda la felicidad que siento se va a ir a la mierda cuando dentro de escasas semanas tengamos que separarnos.

Asusta saber lo que una persona puede influir en tu estado de ánimo, me asusta darme cuenta de que parte de mi felicidad, de esa felicidad extrema, depende de Alex, de compartir instantes con él. De compartir la vida.

¿Por qué tengo que marcharme? ¿Por qué tengo que regresar a Boston? ¿Tanta locura sería no hacerlo? ¿O la locura es abandonar esto que tenemos? Abandonar Alex y Priscila. Sé que él está afectado por mi marcha. No pretende dejármelo ver, pero a mí no puede engañarme, ya no, porque hace tiempo que este chico sentado en el sofá, relajado y con los pies encima de mi regazo, es el Alex del pasado, el Alex del que me enamoré.

—¿En qué piensas? —me pregunta de repente.

Salgo de mi burbuja y regreso al momento que estoy viviendo ahora con él: a comer un cuenco gigante de palomitas y un montón de paquetes de patatas fritas mientras vemos una película, a la que, por cierto, no estoy prestando nada de atención. Lo miro a los ojos, me cruzo con su mirada y me quedo ahí enganchada.

—¿Qué me miras? —interpela de nuevo.

—Lo guapo que eres.

Y lo mucho que te quiero. ¿Y si se lo digo? Hay palabras veladas en el ambiente que no nos atrevemos a decir. ¿Qué va a pasar una vez transcurra el tiempo que nos queda? ¿Nos decimos «adiós» y no volvemos a vernos? ¿Nos mensajamos en navidades y en los cumpleaños como viejos amigos? ¿Nos... divorciamos? He sentido el impulso de expresar todas estas preguntas en voz alta en varias ocasiones, pero nunca parece ser el momento indicado. Y el tiempo corre en mi contra. Tic, tac.

—Ven aquí —me dice, levantando los pies de encima de mis piernas y mostrándome su regazo a la vez que se sienta bien erguido en el sofá—. No estás haciendo caso a la película.

—Es que no me dejas oír con el ruido que haces con las bolsas de patatas —le digo sentándome frente a él, pasándole los brazos por el cuello y aferrándome más a su cuerpo.

Alex suelta una carcajada para después abrazarme con fuerza la cintura y recolocarme en su pelvis. Introduce las manos por debajo de mi minifalda y comienza a acariciarme. Me excito al instante. Y él. Noto el pequeño bulto de

su pantalón y me muevo con suavidad sobre él.

—Qué cara más dura tienes, sabes que es justo al revés.

Es cierto. Es una pelea que hemos tenido siempre, él se queja porque no le dejo escuchar la televisión y yo hago más ruido con las patatas.

—¿Te quedas a dormir? —me propone entonces sin esperármelo. Tiene la voz algo ronca. Y el bulto de su pantalón cada vez es más grande.

—¿Aquí?

—Sí, justo aquí —me dice en broma—, te presto mi sofá.

—Tengo que pensármelo.

—¿Te estoy ofreciendo mi sofá y te lo vas a pensar?

—Ajá... Mi cama es más cómoda.

—¿Más cómoda que mi sofá y que yo? —me pregunta, dándome besos cortos y suaves en la nariz y en los pómulos.

—Bueno, si te metes tú en el lote, tal vez haya un empate.

—¿Tal vez?

—Ajá.

—Déjame convencerte.

Sin preaviso y sin más precalentamientos, con un movimiento rápido, se baja el pantalón de chándal hasta por debajo del culo y me aparta las braguitas a un lado, penetrándome de golpe.

Al principio, de fondo, se escuchan los ecos de los créditos de la película que estábamos viendo, pero, con el transcurso de los segundos, a pesar de estar teniendo sexo muy tranquilo y muy pausado, nuestros gemidos solapan cualquier otro ruido de la habitación.

Nos movemos muy despacio y nos miramos a la cara, a los ojos, sin besarnos, y me fijo en sus dos cicatrices encima de la ceja derecha, la que se hizo en el colegio cuando éramos pequeños y la otra, la que no conozco.

—¿Qué te pasó aquí? —le pregunto mientras rozo suavemente la segunda cicatriz con las yemas de los dedos.

—Nada. —Me aparta la mano con brusquedad y gira la cabeza. Me sorprende su reacción, pero no digo nada, solo hago una mueca.

Las embestidas de pronto se tornan más rápidas, más violentas, como si quisiera terminar enseguida cuando hasta ahora era todo lo contrario; parecía que quería alargarlo por el resto de nuestras vidas.

Claro que para nosotros quizás no exista ese «por el resto de nuestras vidas». A no ser que yo haga algo para remediarlo. En ocasiones, planeas, planificas, buscas el momento indicado para hacer algo, pero luego todo se va

al traste por un motivo u otro. Por motivos que escapan a tu control. Y en otras ocasiones, como en esta, simplemente sale.

—Alex.

—¿Qué?

—Necesito decirte algo.

—Joder, ¿ahora? —me dice sin dejar de moverse.

—Sí.

—No, ahora no.

—Sí, ahora sí.

Me besa en la boca para que me calle. Y funciona. Al menos lo hace hasta que los dos alcanzamos el orgasmo poco después, bebiéndonos el uno al otro. Porque una vez hemos terminado, sudorosos y exhaustos como estamos, enmarco su rostro con mis manos, le doy un beso corto en los labios y se lo digo:

—Te quiero, Alex.

Se deja caer en el respaldo del sofá, todavía abrazándome, pero solo durante un segundo, porque enseguida aparta sus brazos de mi cuerpo como si le quemara, como si le doliera mi contacto o le produjera rechazo.

—No me importa que tú no me lo digas —le susurro—. Esperaré a que lo sientas de nuevo. Creo que... creo que no voy a regresar a Boston.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —me pregunta con la mirada negra, feroz.

—No puedo volver, Alex, soy incapaz de hacerlo. No puedo dejarte.

Alex ríe, pero no ríe bien. Ríe feo. Denigrante. Siempre he pensado que pocas cosas existen en la vida que dejen una sensación mejor que reír, pero estaba equivocada. Nunca me había sentido tan miserable por una sonrisa.

—No me hagas reír, Priscila. Por supuesto que vas a volver —me dice mientras me aparta de su regazo y se levanta del sofá, subiéndose a la vez el pantalón de chándal.

Siento mucho frío, un frío glaciador al notar el vacío con el que me he quedado cuando se ha apartado de mí, y creo que lo peor está por venir. Se lo he visto en los ojos. El odio de los primeros días tras mi regreso. El resentimiento. El desprecio. ¿Qué acaba de pasar entre nosotros? Hace cinco minutos estábamos realizando el acto más íntimo que existe entre dos personas, y ahora... Acabamos de regresar al principio. A aquel primer encuentro en Cala Medusa.

¿Es posible que me lo haya imaginado todo? ¿Que no me quiera en

absoluto? ¿Que esto que tenemos de verdad solo sea sexo? ¿Tan equivocada estaba o tan mal leo los sentimientos de Alex? ¿Tan poco lo conozco? ¿Solo he sentido yo lo que acabamos de hacer? No, eso es imposible. Yo lo he visto. Lo he sentido. Alex me quiere. Ha vuelto a hacerlo.

—No, no lo voy a hacer —me afianzo en mi decisión.

—Oh, ya lo creo que lo vas a hacer.

Yo también me levanto y me coloco bien la ropa interior. Me sitúo enfrente de él y lo sujeto del brazo.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que regrese?

—Porque yo jamás te voy a dar lo que quieres, jamás te voy a decir que te quiero porque jamás voy a volver a sentirlo.

—No —me niego a creerme sus palabras—, eso no es verdad. Yo sé lo que he sentido estas últimas semanas y lo que has sentido tú. Necesitamos... necesitamos darle nombre a esto y decidir juntos qué es lo que va a pasar a partir de ahora.

—¿Lo que va a pasar a partir de ahora? ¿Qué mierda crees que va a pasar? ¡Despierta, Priscila! Esto no es un puto cuento de hadas. ¡Es sexo! ¡Solo puto sexo!

—No. No me lo creo. No ha sido solo sexo. El sexo sin amor no es así. No se siente así. Alex, tú me quieres.

—No. Te quería, Priscila. Te quería como a nadie. Pero ya no. ¿Crees que no te habría pedido explicaciones por tu abandono si siguiera haciéndolo? ¿De verdad crees que habría aceptado esto? —me pregunta, señalándonos—. Yo te digo la respuesta: no. Si te quisiera, no habría permitido esto sabiendo que después te largarías de nuevo.

—No hemos hablado de lo que pasó porque teníamos miedo. Miedo a recordar, revivirlo y...

—No, Priscila. Yo no tenía miedo a recordar. Me destrozaste, me destrozaste tanto que estoy incapacitado para volver a amar, y muchísimo menos a ti.

—¿Que yo te destrocé? —le digo alucinada—. Y tú a mí ¿qué?

—¿Yo a ti? Joder, qué puto valor tienes.

—¡Sí, tú a mí! Pero todo eso ya no importa, si yo he podido olvidarlo, tú...

—¿Olvidarlo? ¿Tú ya has podido olvidarlo? —Alex se ríe de incredulidad, una vez más, y yo comienzo a asustarme—. ¡Yo no! ¡Yo no lo he olvidado! ¡Y jamás lo haré!

—No... no entiendo nada —le digo entre titubeos—. Esto es surrealista.

¿Tú no vas a poder olvidarlo? ¿En serio? ¿Yo puedo hacerlo y tú no? Me parece que vas a tener que explicármelo.

—¿De verdad tienes el valor de decirme lo que me estás diciendo? Acabaste con mi vida, Priscila. No puedo nadar de manera profesional por tu jodida culpa. Acabaste conmigo. Y ni siquiera sé el motivo, porque no te dignaste ni a decírmelo.

Espera. ¿Que yo tengo la culpa de que no pueda nadar? Pero ¿qué está diciendo?

—¿De qué estás hablando? Yo no tengo la culpa de que no puedas nadar. Fue un accidente, tuviste un accidente mientras esquiabas. ¿Qué tengo que ver yo con eso?

—¡Tú tienes todo que ver con eso! ¡TODO!

—Yo me encontraba a miles de kilómetros de distancia de aquí, ¿cómo es posible que tenga algo que ver con aquello?

—Exacto, tú te encontrabas a miles de kilómetros de distancia de aquí, a miles de kilómetros de distancia de tu marido. De un marido que no tenía ni puta idea de por qué lo habías abandonado. De un marido que te necesitó como nunca, tanto que incluso te habría perdonado que todo fuera por tu culpa. Pero ni te dignaste a aparecer. Aunque ¿por qué ibas a aparecer si tampoco te despediste? Ni siquiera eso, y siempre me he preguntado el motivo. ¿Qué te pasó? ¿Qué te llevó a abandonarme de la noche a la mañana sin decirme ni adiós? Podías tener muchos motivos, podías haberme dicho: «Alex, no te quiero»; «Alex, no quiero vivir contigo porque somos muy jóvenes»; «Alex, no quiero una relación contigo porque creo que me he equivocado». Pero no hubo nada. Ya no una explicación, ni siquiera una despedida. Lo hiciste de la manera más cruel posible.

—Alex...

—Ni te imaginas por lo que tuve que pasar cuando me abandonaste. No entendía nada. ¡No entendía una mierda de lo que había pasado contigo! ¿Por qué cojones no hablaste conmigo? ¿¿Por qué??

—Las cosas no sucedieron así... yo...

Quiero explicarme, necesito explicarme, pero Alex no me escucha. Tiene demasiada cólera dentro. Siento que me asfixio y que el pecho me va a explotar.

—¡No te dignaste a venir a verme! ¿Por qué, Priscila? No importa lo que hubiera pasado entre nosotros, había tenido un accidente y no viniste junto a mí, no estuviste a mi lado. Yo jamás te hubiera dejado sola. Te necesitaba. ¡TE

NECESITABA A TI POR ENCIMA DE CUALQUIER COSA!

—Sí fui a verte, Alex. Claro que fui a verte.

—¿Qué?

Enero de 2013

Priscila tardó casi una semana en llegar a su pueblo natal; conseguir un billete de avión en plenas navidades no fue tarea fácil. El vuelo apenas lo sintió, le duró cinco minutos, apoyó la cabeza en el cristal de la pequeña ventana y cuando se quiso dar cuenta había llegado. No comió. No durmió. No descansó.

Durante toda esa semana de espera, Priscila pudo enterarse bien de lo que había sucedido: Alex quiso pasar la Nochevieja con sus amigos en la nieve, en Formigal, y había tenido un accidente mientras esquiaba fuera de pista, en las zonas de la estación que no son pisadas por las máquinas.

No quiso saber los detalles escabrosos, cuantas menos imágenes se proyectaran en su cabeza sobre el accidente mejor. Dolía demasiado. A pesar de todo lo que había ocurrido, imaginarse a Alex bajando a toda velocidad e impactando contra unas rocas semiocultas que no debió de ver dolía demasiado.

Lo que más le extrañaba a Priscila era que Alex hubiera asumido ese tipo de riesgo; le encantaban los deportes extremos, eso era cierto, pero jamás los practicaba, no podía permitirse el lujo de lesionarse por su trabajo, por su carrera como nadador, por lo que siempre era muy precavido. Y meterse de esa manera en la alta montaña era de todo menos precavido... No alcanzaba a entenderlo. Por lo menos llevaba casco..., probablemente eso le había salvado la vida.

Bajó del avión y fue directa al hospital; ni siquiera avisó a su familia de que había llegado. Otra vez, iba con lo puesto; apenas una mochila con algo de muda. En dos días, debería estar de vuelta en Boston para su primera jornada laboral en el periódico, pero era oficial que no iba a llegar, dado que el billete de vuelta era justo para dos días después, ni yendo de empalmada desde el avión llegaría, así que avisó al *Global* (así es como lo llamaba Jaime) y explicó la situación a su supervisor. No pusieron problemas; se suponía que solo iba a faltar uno o dos días, pero lo cierto es que Priscila no estaba segura de si iba a ser capaz de coger el avión de regreso a Boston.

Tenía tantos sentimientos encontrados. Saber que la vida de Alex corría peligro le había dado una nueva perspectiva. Le había hecho darse cuenta de que no podía vivir en un mundo sin él. Necesitaba ver a Alex como el aire para respirar y sería capaz de perdonárselo todo con tal de que la muerte no se lo llevara. La vida acababa de darles una oportunidad más. Así que la

posibilidad de no regresar a Boston era fuerte. No creía que pudiera abandonar a su marido después de lo que había pasado. Él iba a necesitarla como nunca. Lo demás quedaba atrás.

Llegó al hospital y sabía a dónde tenía que ir, Adrián se lo había dicho, por lo que fue directa a la tercera planta, habitación 308.

Cuando llegó, vio que la puerta estaba semiabierta. El corazón llevaba palpitándole a toda velocidad desde el ascensor, le temblaban las piernas, las manos e incluso la voz cuando tuvo que decirle al señor que se montó antes que ella a qué piso iba.

No había nadie en el pasillo, no obstante, tampoco le importaba quién estuviera dentro o fuera de la habitación. El que estaba postrado en una cama era su Alex, su marido, y tenía todo el derecho del mundo a verlo. O eso pensaba ella, porque cuando se asomó... cuando se asomó, el impacto de la imagen que vio la retrotrajo a unos meses atrás. A aquella tarde de septiembre en el jardín de su antigua casa. La situación era casi la misma, parecía un sueño, solo que en lugar de estar su marido y la pelirroja abrazándose, Alex estaba tumbado en la cama y ella, agachada, lo rodeaba con sus brazos. No podía verles la cara. La chica estaba de espaldas y a la vez tapaba con su cuerpo el rostro de Alex.

Retrocedió y se apoyó en la pared mientras cerraba los ojos con fuerza y se los cubría con las manos, miles de sensaciones contrapuestas le recorrían el cuerpo. Se sentía feliz de ver que Alex estaba vivo, pero necesitaba que la imagen de ellos dos juntos desapareciera.

—Disculpe, ¿tiene algún problema? —No se percató de que se dirigían a ella hasta que le tocaron el brazo con suavidad.

—¿Cómo dices? —respondió Priscila, todavía conmocionada.

Y, entonces, la vio. La reconoció. A la persona que le hablaba. En realidad, ambas se reconocieron. Era la hermana pequeña de la pelirroja, la enfermera, aquel era un pueblo pequeño y todos se conocían, aunque solo fuera de vista, lo que conllevaba sus ventajas y sus desventajas.

—Ah, tú. ¿Qué haces aquí? —le preguntó la de la bata blanca con mal tono.

—He venido a ver a Alex. No sabía si... —Casi se echó a llorar como una niña allí mismo solo de pensar que podía haberle pasado algo—. ¿Cómo está? ¿Se va a poner bien?

La chica suspiró y se asomó a la habitación, cerró la puerta y se giró de nuevo hacia Priscila.

—Está bien, lo peor ha pasado. Se recuperará. Solo necesita algo de tiempo para que todo vuelva a la normalidad. Y como habrás visto... está bien acompañado. Es mejor que te vayas.

—No. No voy a irme —negó ella con seguridad con la cabeza—, tengo todo el derecho del mundo a verlo y es lo que voy a hacer.

—¿De verdad vas a interrumpir ese momento de descanso que Alex tanto necesita ahora mismo por tus caprichos?

—No voy a interrumpir nada, solo quiero verlo. Necesito verlo. Hablar con él.

—Pero él a ti no quiere verte. Y dada la situación no creo que sea lo mejor para su salud. Mira, escucha —la cogió del brazo y la apartó unos metros de la habitación—, Alex está luchando por superar esto que le ha pasado y no creo que...

—Pero yo no quiero hacerle nada malo. Solo quiero cuidarlo.

—Carolina lo está cuidando. Está en buenas manos. Si eso es lo que te preocupaba, puedes irte tranquila.

—¿Están juntos? ¿Ellos —señaló la habitación cerrada con la cabeza— están juntos? ¿Alex y... Carolina?

A Priscila, esos dos nombres juntos en la misma frase le produjeron rechazo al instante. Y dolor. La pelirroja dudó qué contestar durante unos segundos. Solo durante unos segundos.

—¿No acabas de verlos? No hagas esto.

—No estoy haciendo nada, solo...

—Priscila —la interrumpió—, te llamas Priscila, ¿verdad? —Ella asintió—. Es mejor que te vayas, Alex aún está algo descolocado por todo lo que ha pasado y no creo que tu presencia le venga bien. Está intentando superar el fracaso de su matrimonio y tú deberías hacer lo mismo. No remuevas más el asunto, vuelve a donde quiera que hayas ido y deja que se recupere de sus heridas.

—Es mi marido, tengo derecho a...

—Aquí no se trata de derechos, se trata de lo que es mejor para él. Y como enfermera que soy, te estoy diciendo que no deberías alterarlo.

—No voy a hacer eso.

—Ya, bueno, eso no lo sabemos. Es mejor que te vayas. Gracias por interesarte por él, a pesar de estar separados, es un detalle por tu parte, pero Alex está bien, se pondrá bien. No ha sido más que un susto muy fuerte y va a poder hacer vida normal en breve.

No iba a aceptar, esa chica podía decir lo que quisiera que ella no se iría, pero entonces la puerta de la habitación se abrió y salió la pelirroja.

—¿Priscila? —Mostró su sorpresa y parpadeó en varias ocasiones para asegurarse de que era ella la que estaba allí. Cruzó una mirada con su hermana—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

El impacto de tenerla de frente tan cerca fue fuerte. El impacto de los recuerdos y de la certeza de que Alex estaba rehaciendo su vida con ella. Por un momento, había olvidado que regresar con su marido no era una decisión que dependiera solo de ella, dependía de los dos. Y Alex no estaba por la labor. Porque no era la infidelidad lo que los había separado, era el hecho de que él había escogido a otra compañera de vida.

Negó con la cabeza y se dio media vuelta. Bajó los tres pisos por las escaleras de emergencia y salió a la calle a respirar aire puro. Sin embargo, no abandonó el hospital, no del todo. Se negaba a hacerlo. Entraría a verlo. Lo haría por última vez. Necesitaba ver por sus propios ojos que estaba bien.

Y eso hizo.

En cuanto vio que salía la pelirroja a la calle, volvió a enfilear las escaleras de emergencia y subió hasta el tercer piso. Cuando llegó a la habitación, la puerta estaba cerrada. Puso la mano en la manilla, cogió aire y la abrió.

Alex estaba solo y dormido. Profundamente dormido. La sábana del hospital lo cubría hasta el pecho y parecía estar bien. Algún moratón que otro, pero nada que ver con las imágenes rocambolescas que se había imaginado de huesos fuera de su sitio.

Se acercó a la cama y le pasó la mano por el cabello, por ese pelo que tanto le gustaba de él, y que ahora estaba rapado casi al cero. Cerró los ojos a la vez que dejaba escapar las lágrimas. Lo amaba desde lo más profundo de su corazón.

De ese corazón que hizo bum la primera vez que lo vio de niño, el mismo niño que le hizo sentir otro bum un año más tarde cuando se hizo aquella brecha en la ceja, el mismo niño que convertido en adolescente le provocó un bum bum con su primer beso y otros tantos con la primera vez que hicieron el amor. De ese corazón que en ese momento hacía bum bum bum bum ante el hombre que era.

Le dio un beso en los labios y se marchó al aeropuerto. Se quedaría allí hasta que su vuelo saliera. Habló con su familia y les mintió, les dijo que al final no había sido capaz de coger el avión a España. Ignoró sus múltiples

protestas y colgó. Al final, resultó que sí iba a regresar a Boston.

Llegó un día tarde a su primer día de trabajo. Era consciente de que no había empezado con buen pie y de que tendría que hacer méritos desde ese mismo momento, pero, en ocasiones, la propia vida no nos deja.

Todo iba bien hasta que uno de los redactores dio la noticia. Estaban los becarios al completo reunidos en una de las salas cuando interrumpió la reunión para dar la exclusiva:

—¿Os habéis enterado de la rueda de prensa que han dado los padres del nadador olímpico español? ¿El que se ha lesionado?

Priscila levantó la cabeza de la libreta de anotaciones al instante.

—Lo deja.

—¿El qué? —Tuvo que preguntarlo.

—La competición. En realidad, la natación. A causa de la lesión sufrida en el accidente no va a poder volver a nadar.

—Disculpadme.

Priscila salió de la reunión a toda velocidad y llegó de puro milagro a los servicios para vomitar. Vomitaba y lloraba a la vez.

Cuando el estómago se calmó, se apoyó en la pared, todavía sentada en el suelo, y sacó el móvil del bolsillo. Marcó el número de teléfono de Alex de memoria, pero no se atrevió a darle al botón de llamada. Lo intentó durante horas, días, meses, pero no lo consiguió. No lo consiguió por tantas cosas... Y aunque su corazón le decía una y otra vez que regresara junto a él, su cuerpo no obedeció, en ningún sentido.

Toda la verdad y nada más que la verdad

—¿Cómo has dicho?

—Yo... sí fui a verte.

Revivo aquellos momentos en ese hospital una vez más. Aquellos terribles momentos. ¿Cuántas veces los he evocado en estos cuatro años? ¿Cien? ¿Mil? ¿Millones de veces? Cada vez que lo hago, yo actúo de una manera diferente, sin embargo, todas tienen el mismo desenlace. Y todas duelen como si me estrellara contra el suelo desde un noveno piso.

—No. No lo hiciste.

—Claro que lo hice. Solo que tú no me viste.

—Ni yo ni nadie. Créeme, de haberlo hecho, Marcos, Hugo o River me lo habrían dicho. No creo que se lo guardaran después de verme llorar como un puto crío en su regazo por no entender por qué no habías venido a verme.

¿Llorando en su regazo? No lo entiendo. Si tanto me quería, si de verdad me quería y no se había cansado de mí, ¿por qué estaba metido de lleno en una relación con Carolina?

—¿Por qué llorabas?

Alex vuelve a reír de incredulidad; también me mira con desprecio.

—Eres increíble, Priscila. Es posible que tú no tengas ni puta idea de lo que es el amor, de lo que es querer a alguien de verdad, dices «te quiero» como si fuera un «buenos días» y ahora me doy cuenta de que pronuncias esas palabras vacías de contenido, porque tú no sabes lo que es amar. Pero yo a ti sí te quería, lo hacía con todo mi corazón. Y por eso lloraba. Porque tú no me querías a mí, y darte cuenta de eso es una auténtica mierda. Y ahora, volviendo a lo de antes, porque este tema está bastante superado por mi parte y no me apetece una mierda hablarlo contigo, te aseguro que, si hubieras venido a verme, cualquiera de tus hermanos, excepto quizás Adrián, me lo habrían contado.

—Ellos tampoco me vieron.

—Vaya, qué conveniente, ¿no?

—Estabas en la tercera planta, habitación 308.

—Eso te lo pudo decir cualquiera.

—Te habrían rapado el pelo y tenías menos moratones de los que me había imaginado en el avión. Al menos por la parte que se te veía, estabas tapado casi al completo por una sábana.

¿Cómo es posible que recuerde ese momento de una manera tan nítida?

—¡Eso también te lo pudo decir cualquiera!

Me sobresalto a causa de su grito. Y comienzo a comprenderlo todo. ¿De ahí venía su odio? ¿De esa visita que él ignora que hice y que esperaba? Me hago una pregunta: ¿puede acusarme, o incluso aborrecerme, por no acudir en su ayuda poco después de que me fuera infiel con otra persona?

La respuesta me llega demasiado rápido: sí, sí puede hacerlo. Porque tiene razón en lo que ha dicho, porque no hay excusas ni motivos para justificar que no fuera a verlo; no importaba nada, nuestros problemas de pareja quedaron en un segundo plano, tenía que haber ido. Y por eso lo hice. Lo hice incluso con la intención de quedarme con él para siempre, a su lado. Pero las cosas se torcieron. Él tenía una vida incipiente con Carolina y yo hui. Él comenzó a odiarme y yo seguí *odiándolo*. Fin de la historia.

—Solo te voy a pedir una cosa, Priscila —continúa—, una última cosa. Dime por qué te fuiste. Llevo cuatro años rompiéndome la cabeza por ello, odiándote por no entenderlo, odiándote por haber dejado de quererme. No hay manera de solucionar lo nuestro, pero necesito que me digas por qué lo hiciste.

—¿Quieres saber por qué me marché?

¿Es posible que no lo sospechara? ¿Que no cayera en la cuenta de que me había enterado de su historia con Carolina? ¿De su vida paralela? Yo creo que si cometo un delito y la policía viene a verme a mi casa, lo primero que hago es sospechar que lo saben. Pero supongo que no todos somos iguales.

—Por supuesto que quiero saberlo —insiste.

—¿Ni siquiera te lo imaginas?

—No, joder.

—¿No te haces una idea de qué fue lo que descubrí de ti?

—¿Lo que descubriste de mí? Pero ¿de qué coño estás hablando?

—Creo que, si me pasara ahora, si volviera a vivir ese momento — prosigo, ignorando su pregunta—, no actuaría de la misma manera. No, definitivamente no lo haría. Estoy segura de que te enfrentaría. Pero es que no era más que una cría.

—Yo también era un crío, Priscila, y jamás me habría ido de la manera en que tú lo hiciste. Ningún motivo sería lo suficientemente fuerte como para abandonarte sin una explicación.

—No, tú hacías otras cosas.

—¿Qué cosas? Suéltalo de una puta vez. ¿Qué fue eso tan terrible que hice?

—Yo te vi —le digo sin pensarlo más.

—¿Perdona?

—Aquel día, el día que me marché. Te vi.

—¿Qué viste? —Coloca los brazos en la cadera y me exige una respuesta.

—A ti, con Carolina.

—¿Qué viste? —insiste sin inmutarse.

—A ti con ella. ¿Eres sordo?

—Te he oído y te repito, ¿qué viste?

—Os estabais abrazando.

—Ajá. Sí. Lo recuerdo. Recuerdo ese día cada puto día de mi vida. Mi hermano acababa de dejarla y vino a que la consolara.

—Y bien que la consolaste.

—Pues supongo que sí.

—¿Y lo dices así?

—¿Qué cojones quieres que te diga?

—Podrías explicarme una cosa, aunque si es tu manera de consolar, me callo. Culpa mía por ser tan sumamente estúpida y pensar que éramos exclusivos en cuanto al sexo se refería.

—¿Qué cosa? ¿De qué hablas?

Sin mirarlo, me acerco a la mesa del salón y saco mi móvil de dentro del bolso.

—Todavía guardo la foto. Dios, todavía lo hago. No he sido capaz de borrar ese correo —explico en alto mientras la busco.

—¿Qué foto? —pregunta, acercándose a mí por detrás.

—Esta foto. —Se la muestro sin mirarla.

—¿Qué coño es esto? —me pregunta, arrebatándome el teléfono de la mano.

—Mírala bien.

Se queda observándola con detenimiento, alternando miradas entre la imagen y mis ojos. Hasta que habla.

—Joder.

—Sí. Joder —lo imito.

—Oh, joder. Joder, joder, joder. —Alex se lleva las manos a la cabeza y da vueltas por la estancia sin dejar de jurar—. ¿De dónde la has sacado? —me pregunta, reparando de nuevo en mí.

—Del móvil de ella.

—¿Del móvil de Carolina?

—Sí.

—¿Cómo?

—Estaba en la mesa del jardín aquel día, junto a su bolso. Vosotros estabais dentro, en el salón, cerca de la ventana.

Alex me devuelve el teléfono y se queda perdido en sus pensamientos.

—¿No tienes nada que decir? —le pregunto. Me extraña mucho su actitud. Está raro, como fuera de combate, como... ido. Debe de haber flipado con la foto. No se lo esperaba. Quizás pensó que no había pruebas, pero la vida siempre te sorprende.

—Sí, una cosa. Solo por confirmar. ¿Te largaste porque me viste follando en la cama con Carolina?

—Pasé un rato horrible con mi familia, me sentía fatal por haber discutido contigo. Por supuesto que no iba a quedarme a dormir allí, así que regresé a casa antes incluso de que acabara la comida porque no quería seguir enfadada contigo. A Hugo se le ocurrió que te trajera el flan de mamá, que te gustaba mucho y que...

—Puedes ahorrarte esa parte. No me interesa. ¿Te largaste porque me viste follando en la cama con Carolina?!

—Entré al jardín y os vi abrazándoos a través del cristal del salón.

—Claro —me dice pensativo—. Ya no había hierbajos.

—¿Qué?

—El jardín, estaba despejado porque me había encargado de ello, ¿eso no viste?

—N... No —contesto confundida.

—¿Y solo nos viste abrazándonos?

—Sí. ¿Os hubiera encontrado en pleno acto sexual de haber aparecido cinco minutos antes o habíais acabado?

—Mmm... no lo recuerdo. Imposible saberlo. Continúa. ¿Te diste cuenta en ese momento, por un abrazo, de que te era infiel con la novia de mi hermano? Aunque, atendiendo a la verdad, en ese momento ya no lo era.

—No. Solo me impactó.

—Ah, pero ¿me concediste el beneficio de la duda?

—Recuerdo que justo sonó un teléfono. Me acerqué a la mesa y vi que era su móvil. Lo cogí y...

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué cogiste su móvil? ¿Qué buscabas?

—No lo sé, fue por instinto.

—Buscabas pruebas.

—¿Qué?

—Buscabas pruebas de mi infidelidad. No me concediste el beneficio de la duda. Por un abrazo, Priscila. Por un puto abrazo —me dice. Y creo que la desolación con que lo hace me impacta más que cualquier otra cosa. No sé el motivo, pero prefiero el enfado. Y, además, ¿por qué me siento como en un interrogatorio? ¿Por qué siento que soy yo a la que se está juzgando? ¡Fue él quien cometió el delito! ¡No yo!

—¿Y qué? ¡Me da igual lo que te concedí o no! —grito, sin poder contenerme—. ¡Te estabas follando a la novia de tu hermano! Me parece que te estás olvidando de ese detalle.

—¡No me olvido de ese puto detalle, créeme! —me grita Alex de vuelta—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estaba conmocionada. Me di media vuelta y me subí al coche de nuevo. Arranqué y aparecí en Madrid. Ni siquiera lo hice a propósito. No sé ni cómo llegué allí.

—¡No me jodas, Priscila! ¿Cogiste un avión a Boston sin darte cuenta?

—Pues sí. Así fue. Actuaba en automático, no era consciente de lo que hacía.

—No me lo creo. Adrián estaba allí contigo.

—Me da igual que no me creas, es la verdad. Adrián vino después, cuando estaba todo hecho. Intentó detenerme, pero no pudo.

—Adrián se fue contigo.

—No, no en ese momento. No había sitio en el avión. Cogió un vuelo posterior y nos reunimos allí. Se lo conté todo, le enseñé la foto y...

—¿Le enseñaste la puta foto? ¿Con qué derecho, Priscila? ¡Ni siquiera tenías que tenerla tú!

—La guardé en mi móvil... por instinto también.

—Ya, de puta madre, ¿y qué dijo el gilipollas de tu hermano?

—¡No lo insultes! ¡Él no tiene la culpa! Y ¿qué iba a decir? Que me apoyaría en cualquier decisión.

—La unión hace la fuerza. Qué unidos habéis estado siempre Adrián y tú.

«Hasta ahora», pienso, teniendo en cuenta que apenas nos hablamos. Y la raíz de todo el problema empezó aquella tarde de finales de septiembre.

—Os lo callasteis, no se lo contasteis a nadie. ¿Por qué?

—No me sentía capaz de decírselo a mi familia. Era demasiado... era

demasiado.

—Pobre Priscila Cabana. Su marido se folla a otra y ella huye despavorida porque no es capaz de aceptar un golpe así. No te creía tan inmadura. Reconozco que eso me pilló de improviso. Te creía más capaz de afrontar la vida. Y desde luego que te creía más valiente. Qué engañado me tenías.

—Tiene gracia que tú me hables a mí de engañar.

—Sí, tiene una gracia de la hostia —ríe sin ganas—. Ya ves, todo se pega.

—Alex... —me acerco a él y coloco mi mano en su pecho. Quiero acabar ya con esta pesadilla. Necesitamos encontrar la manera de reconciliarnos por lo que pasó. Los dos lo hicimos mal. No tiene ningún sentido que nos volvamos a odiar por algo que ocurrió hace cuatro años. Hemos crecido, hemos madurado y ahora somos otras personas. Dos personas que se quieren y que pueden rehacer su vida.

—No me toques —me dice, apartando mi mano de su cuerpo con brusquedad—. Y no solo eso, no me hables, no me mires y no te vuelvas a acercar a mí a menos de cincuenta metros de distancia. No quiero saber nada de ti durante el resto de mi vida. No quiero ni verte.

—Pero...

—Y una última cosa —me dice, señalando el móvil con el dedo—. Ese de la foto no soy yo.

—¿Qué? —No sé qué me impacta más, si lo que significa la frase en sí o la tranquilidad con la que lo ha dicho—. Claro que eres tú.

—Verás, yo, a diferencia de ti, conozco mi cuerpo.

—Conozco cada palmo de tu cuerpo desde los diecisiete años —le aseguro. Hay pocas cosas que conozca mejor que eso.

—Se ve que no. —Frunce el ceño—. Eso me da que pensar, ¿sabes?

—¿Pensar qué?

—¿Con quién coño te acostabas cuando teníamos diecisiete años aparte de conmigo?

—¿Qué quieres decir?

—Solo hay una explicación a que no me reconocieras y es que...

—¡Sí te reconocí! —El de la foto es él. Por supuesto que es él.

—... te habías follado a tantos tíos —continúa— que tenías un poco de cacao en la cabeza. Porque es imposible que, si solo estabas conmigo, tal como me hacías creer, pensaras que ese de la foto era yo.

—¡Eres tú! —repito.

—¿Sabes lo que he pensado cuando he visto la foto? ¿Cuál ha sido mi

primer pensamiento? —No me permite contestar—. Que no tenía ni puta idea de por qué tenías tú una foto de mi hermano follando con la que era su novia en ese momento, pero que tampoco me importaba. Era raro incluso para ti, pero es que tú eres así. Rarita. No ha sido hasta segundos después que he comprendido que pensabas que el chico de la foto era yo.

—¿Tu hermano? Ese no es tu hermano. Eres tú.

Miro la pantalla del móvil para reafirmarme, pero Alex me lo impide arrebatándomelo de las manos.

—*Este* —acentúa la palabra, y toda la tranquilidad que mantenía hasta el momento está a punto de desaparecer. Puedo sentirlo— no soy yo. ¡No soy yo! ¡¡No soy yo, joder!! ¡Me cago en la puta! Es que todavía no me lo puedo creer. ¡PENSABAS QUE ERA YO Y SIGUES PENSÁNDOLO!

—Eres... eres tú.

Por supuesto que es él. No he podido cometer un error así. No, no, es imposible que me equivocara. Comienzo a temblar y a sentir el pulso retumbarme en los oídos.

—¡No lo soy! Míralo. ¡MÍRALO, JODER!

Reconozco que no he vuelto a ver esa imagen desde aquel día. Saqué la foto y se la mostré a Adrián, pero yo no la vi. Y no he vuelto a hacerlo. Contemplo con miedo el móvil que Alex me tiende en la mano; me siento incapaz de cogerlo. Me siento incapaz porque un presentimiento muy grande se está adueñando de mí. Un presentimiento de que...

—Pero...

—¡Mira el puto tatuaje!

—¿Qué tatuaje? —susurro, asustada por lo que empiezo a sospechar que se me viene encima. Sin embargo, no paro de repetirme que no puede ser..., no puede ser.

—¡Bingo! Acabas de llevarte el premio gordo.

A pesar de no querer hacerlo, cojo el móvil y miro la foto. Cierro los ojos durante unos segundos. Muchos menos de lo que he tardado en reconocer de verdad a la persona de la foto, o en no reconocerlo, porque ese chico puede ser cualquiera excepto Alex. Los abro. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas. No hay tatuaje. No hay tatuaje encima del codo. Alex se lo hizo un par de años antes de que nos casáramos. Pero es que no es solo el tatuaje, porque, aunque este no existiera..., ese cuerpo no es el de mi marido. No lo es en absoluto.

—No eres tú —susurro—. Oh, madre mía. —Necesito sentarme. Lo hago

en el sofá, sintiendo las gotas de agua que caen de mis ojos por todo el rostro —. Madre mía. No eres tú. Alex...

—No. No soy yo. Gracias por destrozarme la vida por nada.

No puedo apartar los ojos de la pantalla de mi teléfono. Creo que estoy en estado de *shock*. Estoy consciente, pero no lo estoy.

—Si no hubieras actuado como una puta niñata y hubieras preguntado... Si hubieras entrado en casa, aunque fuera cabreada porque otra mujer estaba abrazando a tu marido, te lo habría explicado, después de tener una bronca de la hostia por no confiar en mí, te lo habría explicado y te habría perdonado. Pero no lo hiciste. Te largaste a Boston y yo me quedé destrozado. Preguntándome día tras día por qué puto motivo me habías abandonado. Por qué habías dejado de quererme de la noche a la mañana. Echándome la culpa por aquella mierda de discusión que tuvimos porque yo no fuera a casa de tus padres a comer. Meses después seguía sin saber nada de ti y acepté ir a esquiar para despejarme, acepté meterme fuera de pistas porque quería olvidarme un puto minuto de ti y tuve un accidente.

—Alex...

—Y ahí se acabó la natación para mí.

—Oh, madre mía. —Me llevo las manos a la cara y niego con la cabeza.

—Te veo algo desorientada, Priscila. ¿Necesitas un resumen de lo que he dicho? No tengo inconveniente en hacerlo: por tu culpa no puedo nadar.

—Nunca has sido tú...

—Y no contenta con eso, ni siquiera fuiste a verme cuando estuve en el hospital; claro, estabas tan afectada porque tu marido te había sido infiel que no fuiste ni capaz de ir a verlo a pesar de que había tenido un accidente, esa es Priscila Cabana.

—¿Por qué estaban en tu habitación?

Salgo de mi trance y reparo en ese detalle.

—¿Qué?

—En la foto. Tu hermano y Carolina están en tu habitación. ¿Por qué?

—¡Yo qué pelotas sé! ¡No tengo ni puta idea, pero me da exactamente igual! ¡Les gustaría follar en las habitaciones de otros, a mí qué cojones me estás contando! ¡No intentes justificarte!

—No, no es eso, de verdad que no lo es. Es solo que... no lo entiendo.

—¿Sabes lo que no entiendo yo? ¿Cómo pudiste pensar que me acosté con mi cuñada? ¿¿CÓMO??

—No lo sé —niego de nuevo con la cabeza sin dejar de llorar—, la foto...

—¡No hay ninguna puta foto! ¡NINGUNA PUTA FOTO! ¡Tú me abandonaste sin motivo! ¡Y cada vez que veo esta cicatriz —se señala con el dedo la segunda cicatriz que yo no conocía, aquella por la que antes le he preguntado— me acuerdo de todo esto, de que tú y solo tú eres la culpable de que yo no pueda nadar!

—Alex...

—No confiaste en mí. Me juzgaste y me condenaste sin dudarlo. ¿Por qué? Acaso ¿alguna vez te di motivos para desconfiar de mí?

—No, nunca —susurro.

—¿Y entonces?

Algo se desploma en mi interior. Algo grande. Y una certeza. La certeza de que yo le he destrozado la vida. Yo sola. Yo nos he destrozado. No existía la pelirroja en la vida de Alex. No fue ese nuestro problema. Fui yo. Yo. Ni siquiera tengo el valor de pedirle perdón. Algo así no se puede perdonar. Es una palabra que ni de lejos tiene la fuerza para luchar contra esto. No hay nada que pueda hacerlo.

—Cada vez que miro el mar, te veo a ti, te veo como el monstruo que me lo arrebató todo. —Cierro los ojos y asiento con la cabeza—. Casarnos fue un error, tú no estabas preparada, vivías en un mundo de color de rosa y no sabías lo que era el compromiso... y sigues sin saberlo, porque no está en tu naturaleza. Y ahora es cuando el que se larga soy yo.

Antes de que le dé tiempo a abandonar el salón, me levanto del sofá y me aferro a su antebrazo como si se me fuera la vida en ello.

—¡Alex! Alex... espera, por favor.

—Vete a la mierda, Priscila.

Se desembaraza de mí y se marcha dando un portazo. Me sostengo sobre mis pies en medio del salón hasta que me desplomo y caigo al suelo desolada. Rota.

Aquel último verano

Y los meses fueron mudando; se sucedieron los unos a los otros y el verano llegó. El verano de 2013. El verano que no tuvo color. Ni canciones.

Lo único que marchaba bien en la vida de Priscila Cabana era el trabajo, que, a pesar del comienzo desastroso, mejoró con rapidez.

Estuvo seis meses trabajando como becaria y realizando mil tareas diferentes. Sin pretenderlo, creó en su imaginación una ardilla imaginaria que la ayudaba a superar su día a día, emocionalmente hablando. Pristy era solo un juego para ella, pero en ocasiones la dejaba ver entre sus compañeros y su supervisor intuyó su potencial desde el primer momento. Un día de julio, cuando finalizaron las prácticas, le ofrecieron un contrato temporal por un año como columnista del periódico. Le darían un espacio muy muy pequeño y de pocas palabras para que expresara con la ayuda de su amiga ficticia las realidades de la vida.

Poder esconderse del mundo a través del humor, del ingenio y de la risa fácil le había salvado la mitad de la vida. Y lo había hecho en más de un sentido, no solo en el laboral.

Celebró su nuevo contrato con Jaime, con el que había entablado una buena amistad, una amistad que cada día se tornaba más sólida. Una amistad que le había salvado la otra mitad de su vida.

Y así había sobrevivido.

Es cierto que la mente de Priscila se derrumbaba cada vez que recordaba aquello que sucedió, las manos de ella rodeando lo que creía que era suyo, y lo que vino después... El accidente y todo lo demás. Y ella de nuevo. La pelirroja. Por eso dejó de recordar. Dejó de recordar aquel último verano.

En el otro lado del océano, en el pueblo alicantino, Alexander St. Claire vivía el verano de otra manera. Se encontraba sentado, vestido con un bañador de rayas blanco y azul y una camiseta blanca, en unos maderos que se levantaban desde el agua en los muelles, a la orilla del mar; con la vista dirigida a la masa de agua salada mientras la rabia y el odio lo dominaban y se lo llevaban todo: el sentido común, la tranquilidad, el amor y los buenos recuerdos.

Los recuerdos de aquellos veranos que habían decidido su destino. Los enterró, los ahogó en el agua, junto con la medalla olímpica dorada y junto a la imagen de ella. A ella, a la que odiaba por encima de todo. A Priscila.

La odiaba por aquella tarde de septiembre en que lo había abandonado sin ninguna explicación, aquella tarde que pasó arreglando el jardín para ella hasta que se vio interrumpido por la visita inesperada de la novia de su hermano, que ya no era su novia, porque lo habían dejado. Intentó despacharla pronto porque, como había terminado antes de lo previsto, quería ir a buscar a su mujer, a su niña bonita, a casa de sus padres. Pero no estaba allí. Nunca más lo estuvo.

La odiaba por lo que le hizo pasar esos primeros meses en su ausencia, por la preocupación, la intranquilidad, la desazón. Por aquello que lo alentó a aceptar aquel viaje a esquiar con sus amigos en navidades.

La odiaba por estar intentando dejar de pensar en ella cuando se internó fuera de pista y colisionó con aquellas rocas.

La odiaba porque nunca fue a verlo, a curarlo.

La odiaba porque no podría nadar nunca más, no a nivel profesional, por aquella razón.

La odiaba por lo que le había arrebatado. Por no dejarle nada.

Los buenos momentos, los felices, se borraron de su mente. Y se juró que la odiaría durante el resto de su vida.

Y aquello sería todo lo que recordaría. Solo lo malo, solo aquel último verano.

Divorcio

Alex

Aquel día, aquel maldito día de finales de septiembre de hace cuatro años, me quedé en casa preparando un espacio de trabajo para Priscila en el jardín, para sus pinturas y sus cosas.

Reconozco que perdí un poco los papeles en la discusión, joder, es que no sabía cómo mentirle, no sabía cómo hacer para que se fuera a casa de sus padres sin que me preguntara más sobre mis planes, pero nunca pensé que se lo tomaría tan mal.

No me preocupé en exceso, sabía que regresaría pronto a casa —a pesar de que me amenazó con no hacerlo—, y que iba a llevarse una sorpresa de la hostia cuando viera lo que había hecho por ella.

Esa tarde, cuando acabé el trabajo, apareció la novia de mi hermano llorando. Llevaban bastantes años juntos y ella y yo teníamos muy buena relación, a pesar de que yo no lo entendía, porque no sería más que un puto crío para ella, pero era bastante simpática conmigo, siempre lo había sido. Y eso a Priscila la volvía loca. Yo ya no sabía cómo explicarle que ella y yo éramos casi como hermanos.

Mi hermano la había dejado y Carolina vino destrozada a mi casa, a mi casa y la de Priscila, tiró el bolso según entró al jardín y me dijo: «Alex, Alex..., me ha dejado». Se abrazó a mí y en un primer momento no supe qué hacer, yo no era muy de abrazos, solo sabía abrazar al agua y a Priscila, es lo que tiene la falta de ganas y de experiencia, así que tardé en reaccionar, pero al final pasé mis brazos por encima de su cuerpo, sintiéndome muy incómodo, sintiendo como que ese no era mi lugar, y la consolé.

La metí dentro de casa para intentar tranquilizarla y estuvimos hablando un rato. Me contó lo que había pasado y, cuando fuimos a despedirnos, me volvió a abrazar; tuve que rodearla de nuevo con mis brazos y decirle que todo iba a salir bien. Es lo que suele decirse, ¿no? No lo tengo muy claro, soy un puto antisocial.

Entonces Dark comenzó a ladrar, era algo que hacía muy a menudo, y aún hace. Lo miré, le ordené que callara y le hice saber que en breve saldríamos a dar una vuelta; era su hora del paseo, supuse que me reclamaba por ello.

Ahora empiezo a pensar que ladraba por Priscila, porque ella estaba en el jardín, observándonos, pero estaba tan acostumbrado a que a través de esa ventana solo se vieran arbustos que llegaban hasta el puto cielo que no esperaba encontrar nada al otro lado. Joder, si tan solo hubiera mirado en esa dirección...

Cuando Carolina se marchó, me di cuenta de lo tarde que era y llamé a casa de mis suegros para hablar con Priscila. Marcos me dijo que ya se había ido y que me traía un flan casero de mi suegra enterito para mí. Me planté en el jardín y preparé la mesa de madera recién montada con dos cucharas y un refresco para compartir.

Me empecé a impacientar según pasaban los minutos al ver que Priscila no llegaba y salí a la carretera; Marcos me había dicho que su hermana venía en el coche de Adrián, pero nada, no llegaba. Decidí coger mi coche y salir a buscarla por si le hubiera pasado algo. Quizá había tenido un golpe o se había quedado sin gasolina y necesitaba mi ayuda. La llamé por teléfono y no me cogía, lo que provocó que me preocupara todavía más.

Casi sin darme cuenta, llegué a casa de mis suegros, pero nadie sabía dónde estaba Priscila y ya tenía que haber llegado a nuestro hogar. Me subí de nuevo en el coche y regresé, pero seguía sin estar ahí.

Creí que me moriría, pensando que podría haberle pasado algo.

Recorrí el camino que había desde su casa hasta la nuestra cuarenta veces por lo menos, pero no había ni rastro de que hubiera habido algún golpe o accidente. Por si acaso, me pasé por el hospital más cercano y por la casa de salud del pueblo..., pero no sabían nada de ella.

Y no supe nada de ella durante siete horas, siete horas horribles volviéndome loco, llamando a los hospitales de la zona y comunicándome cada cinco minutos con mis suegros y mis cuñados; lo único que sabíamos era que Adrián también había desaparecido después de pedirle el coche a Marcos, por lo que dedujimos que estarían juntos.

Horas después, por fin Marcos me llamó para decirme que Adrián había llamado y que Priscila se había ido en un avión a vete a saber dónde. Yo no entendía nada, ¿en un avión?, ¿qué hacía mi mujer subida en un avión? ¿A dónde? Ni siquiera ellos lo sabían.

No entendía cómo era posible que le hubiera molestado tanto a Priscila la discusión que habíamos tenido como para que se largara en un avión. Era una puta locura.

Le mandé millones de mensajes al móvil e incluso le escribí un par de

correos electrónicos, tenía que intentarlo a través de toda red de comunicación posible.

De la preocupación, y por esperarla en casa para cuando regresara, ni siquiera me fui a Madrid a trabajar, perdí los entrenamientos, pero es que no podía concentrarme en nada, solo en ella. En que tal vez necesitaba un fin de semana largo para despejarse, en que tal vez había sido todo demasiado intenso, la boda, vivir juntos. Tal vez estaba agobiada por mi amor por ella.

Seguí llamándola por teléfono, pero el suyo estaba apagado desde hacía tiempo. No había manera de comunicarse con ella, por eso insistí con los correos electrónicos. En ellos no hacía otra cosa más que preguntarle dónde estaba. Solo quería eso, saber dónde estaba para ir a buscarla. Marcos me llamó un día para decirme que había conseguido contactar con Adrián y que estaban bien.

Sentí alegría.

Estaban todos preocupados y no sé por qué eso me alivió, el hecho de que no supieran nada de ella, por una parte, era una incertidumbre, pero, por otra, me inundaba de tranquilidad porque, si hubiera decidido dejarme, se lo habría dicho a sus padres. Y así me estuve engañando durante cuatro semanas... hasta que Adrián Cabana regresó.

Regresó y parte de mi mundo murió aquel día. Supe que pasaba algo en cuanto vi su rostro y su mirada.

Aquel día, en realidad, murieron muchas cosas: la relación incipiente que yo comenzaba a tener con Adrián, mis ilusiones y sueños y mi matrimonio. Cuando vi su mirada supe que aquel viaje de Priscila no era para despejarse, supe que había pasado algo grave. Adrián solo se dignó a decirme once palabras, las conté y las recuerdo cada cierto tiempo: «Está muy lejos y no va a regresar. Olvídate de ella». No me dijo más, no fue necesario, entendí que me había abandonado.

Durante las siguientes semanas, no hacía más que comerme la cabeza buscando una razón, dilucidando el porqué de su abandono; estábamos bien, más que bien, estábamos de puta madre, solo habíamos tenido esa pequeña bronca porque no quise ir a comer a casa de sus padres —de las discusiones a causa de sus celos por Carolina ni me acordé— y me negaba a pensar que por una puta tontería como esa hubiera tirado nuestro matrimonio por la borda, que hubiera terminado con toda nuestra historia.

Tenía que haber algo más.

Empecé a pensar que tal vez se agobió porque no me quería tanto como

creía, que se dio cuenta de que anhelaba otras cosas, aunque me costaba creerlo. Yo había vivido en primera persona su amor por mí, había visto cómo me miraba, cómo me comía con los ojos, con la boca, cómo me deseaba: estaba loca por mí. Me negaba a pensar que fuera simple atracción o que fuera un capricho.

Era amor.

No puedo contar las veces que intenté correr detrás de ella, plantarme en cada ciudad del puto mundo y buscarla casa por casa, pero no lo hice por razones obvias. Escribirle correos electrónicos se convirtió en una rutina para mí. Era mi manera de hablar con ella.

Recuerdo aquella conversación con Marc:

—*¿Qué ha pasado, Alex? ¿Qué le has hecho?*

—*Nada. Te lo juro. Absolutamente nada.*

—*No es normal que Priscila haga algo así. Y aún menos que Adrián la apoye.*

—*Adrián siempre la apoya.*

—*No. No si de verdad pensara que no está actuando de la manera correcta.*

—*Creo que se ha cansado de mí, que se ha agobiado por lo nuestro. Fui yo quien se volvió loco y le pidió que se casara conmigo, fui yo quien la sacó de su vida familiar tan pronto.*

—*No es eso. No puede ser eso.*

—*No hay otra explicación.*

—*Joder.*

Pasaron los meses y mis amigos, bueno, amigos, nunca llegué a establecer relaciones estrechas con nadie que no fuera un Cabana, me propusieron ir a esquiar.

Acepté; llevaba meses encerrado en mi casa, en nuestra casa, sin comunicarme prácticamente con nadie, el abandono de mi mujer había conseguido que dejara de hablar incluso con el agua, y creí que me despejaría. Una vez allí, en cuanto me acomodé en mi habitación de hotel, le escribí un último correo a Priscila. Le decía que creía que la odiaba. Fue una manera de desahogarme, de sacarlo todo de dentro, como otra cualquiera.

El último día del año, mientras esquiábamos, me pareció cojonuda la sugerencia de alguien, no recuerdo de quién, de internarnos fuera de pista. Necesitaba sentir algo, necesitaba sacarla de mi cabeza de alguna manera y no se me ocurrió otra que tirarme por una cuesta empinada. Y lo cierto es que lo

conseguí, durante unos segundos dejé de pensar en Priscila; fue justo cuando vi la roca y me estrellé contra ella.

No caí inconsciente y eso fue lo peor, me dolía horrores el alma y cada hueso de mi esqueleto, y sabía que algo grave le había pasado a mi cuerpo; que me lo había cargado. Los que estaban a mi alrededor vinieron a socorrerme y yo comencé a llorar. Comencé a llorar porque sabía que algo importante iba a pasar, y porque llevaba tantas semanas aguantándome las lágrimas por Priscila que en ese momento salieron todas mis emociones.

De los siguientes días no tengo demasiados recuerdos. Mientras estuve en el hospital, después de que me operaran, tuve un único pensamiento feliz, y es que Priscila vendría a verme, porque ella me quería, por mucho que estuviera enfadada o por mucho que se hubiera agobiado con lo nuestro, me quería y volvería porque sabía que la necesitaba más que nunca, y ella jamás me había fallado. Vendría y me ayudaría a superar aquel bache de mi vida, el peor bache que me podría encontrar, una rehabilitación dura y dolorosa, pero con ella todo pasaría mejor.

Adrián vino a visitarme y le pregunté a bocajarro: «¿Has hablado con ella?». Me dijo: «Sí». «¿Dónde está?», le insistí. «En Boston», me respondió. No me quiso dar más explicaciones, pero entendí en su mirada que Priscila estaba de camino; no fue así.

Ella no vino.

Las dos peores noticias de mi vida llegaron a un tiempo. El médico me dijo que no podría volver a nadar, no de manera profesional, me había cargado la ingle y la rodilla. Y Priscila no aparecería, había tenido ya tiempo de sobra y no había venido. No había corrido para estar a mi lado.

Regresé a mi casa y fui un despojo humano durante meses. Meses en los que mis cuñados me cuidaron, meses en los que lloré en los brazos de Marc, River o Hugo como si fuera un puto crío. Priscila no me quería, me engañó, me hizo creer que estaba enamorada de mí, pero resultó ser una mentira, fue la única persona con la que me di a conocer de verdad y fue un fracaso.

Jamás volvería a hacerlo, jamás daría ese poder a nadie.

Meses atrás habría dado la vida por conocer su paradero para ir a buscarla. Ahora que lo sabía, no podía importarme menos. Boston, China o Japón, lo mismo daba.

Ella tenía la culpa de todo, la culparía y odiaría durante el resto de mi vida porque había acabado con mis sueños, con la natación, con el amor y con la confianza. Lo había destrozado todo.

Fue ese odio el que me hizo sobrevivir.

Al principio buscaba venganza, quería hacerle daño, hacerle pagar lo que me había hecho, por haber provocado que me enamorara de ella sin remedio para luego abandonarme como a un perro, para abandonarnos a los dos, porque ni por Dark se preocupó.

Sobreviví gracias a esas ansias de venganza.

Estuve un año encerrado en casa, apenas comía, apenas me duchaba, apenas me afeitaba. Siempre había tenido los objetivos de mi vida muy marcados: nadar y ser feliz con ella, y ahora tenía veintiséis años y no sabía qué iba a ser de mí. Las dos únicas cosas que me habían hecho feliz estaban muertas.

No me apetecía hacer nada. Ni siquiera me relacionaba con la gente, solo con mis cuñados, que venían cada día a estar conmigo, a tocarme los cojones y a darme de beber. Me escuchaban despotricar sobre su hermana y me di cuenta de que ellos no tenían ni idea de lo que pasaba, de por qué Priscila se había ido, de si estaba o no enamorada de mí. Estaban igual de perdidos que yo, no me lo dijeron, pero lo supe por cómo me miraban, por cómo me hablaban, por lo confundidos que se los veía con respecto a su hermana.

Yo también creía conocerla, pero había resultado ser una jodida niñata, una niñata que había acabado con mi vida, con mi profesión, y que había acabado conmigo.

Estuve casi dos años sin follar con nadie. Ni eso quería hacer; estaba roto por dentro y por fuera y no sé qué era más feo, si las cicatrices internas o las externas. Hasta que un día empecé a hacerlo, dejé de beber en mi casa para beber en un bar de las afueras y conocí a una tía. Me la follé, me corrí y no dejé de pensar en Priscila ni en esos segundos de clímax. Una mierda, vamos. Para no repetir. Nunca había sido especialmente follador, y no iba a empezar a serlo entonces. Lo haría solo para cubrir mis necesidades físicas, para dejar de machacármela cuando el cuerpo me lo pedía. Ahí tenía otro motivo para odiarla: hasta el sexo me había quitado.

No sabía qué hacer con mi vida.

No tenía demasiado dinero ahorrado, la casa se lo había llevado todo, pero contaba con el dinero de mi familia y con los dividendos que me daban las acciones que poseo en el periódico. Podría vivir de la empresa de mi abuelo durante el resto de mi vida, pero estaba hasta los cojones de que la gente me insistiera en que tenía que buscar algo que hacer. Por eso me puse a pensar en qué cosas me gustaban, pero es que no había nada.

Solo éramos la natación y yo antes de Priscila. Ahora solo estaba yo.

Me pasaba el día viendo los dibujos de Priscila, no tuve el valor para tirarlos porque si desaparecía su presencia de mi casa, la borraría a ella, y no quería borrarla, quería odiarla. Los guardé en cajas, debajo de la cama. Guardé allí todo lo de ella.

Iba mucho a su dormitorio de casa de sus padres, necesitaba respirarla como si fuera un puto yonqui, porque su ausencia total me tenía muy jodido, el no tener noticias, el no haberle dado cierre a la historia. Sus padres, al principio, cuando abrían la puerta y me veían en el umbral, me preguntaban qué tal estaba, que si quería tomar café, un refresco... A las pocas semanas dejaron de preguntarme, me abrían la puerta y me dejaban pasar. De ahí a que tuviera llave no pasó demasiado tiempo, me dijeron que era para emergencias; claro, para emergencias de mi dosis de droga diaria.

La relación con Adrián también murió, sin embargo, a él no pude odiarlo como a ella. Adrián Cabana estuvo ahí conmigo en el hospital. Venía cada día, solo o con su familia. Nunca supe por qué lo hizo. Sospecho que el hecho de redimir los errores de su hermana tuvo algo que ver. Pero venía y para mí eso era suficiente, era mucho más de lo que Priscila había hecho, de lo que mi mujer había hecho.

Cuando River me propuso que trabajara como socorrista en la playa, me pareció una puta locura; llevaba años sin hablar con el agua, llevaba años enfadado, años sin bañarme en la playa o en una piscina.

¿Cómo iba a ser socorrista, si no me atrevía a tocar el agua ni con un dedo del pie?

Me pasaba horas en Cala Medusa, se veía una pequeña porción de la cala desde nuestra casa, pero al final dejé de ir, me hacía demasiado daño.

El primer baño que me di en la piscina de mi casa —porque tenía piscina en casa, paradojas de la vida— fue gracias a mis tres cuñados. Vinieron a casa a trabajar en ella, a ayudarme a terminar de reformarla y a insistirme para que los ayudara. Decían que así me entretendría, pero a mí no me apetecía una mierda.

Los veía trastear por todas partes y sobre todo en el hueco de la piscina. Una piscina resquebrajada, rota, sin color y sin vida, como yo, como mi relación con el agua. Hasta que un día me cogieron entre los tres, me levantaron del sofá a pulso y me sacaron al jardín. Me tiraron al agua sin más.

Entonces, escuché un susurro: «Hola, Alex».

Puede que esté loco, pero juro que fue el agua. A mi favor diré que no le

contesté, aunque solo porque no estaba preparado.

Salí de la piscina, me acerqué a Marc, cabreado, y lo empujé para lanzarlo al agua. No para jugar, solo para tirarlo por hijo de puta. Luego hice lo mismo con los otros dos, solo que, cuando estaba tirándolos, Marcos ya había salido de la piscina, es rápido el muy cabrón, y me volvió a lanzar abajo.

Esa segunda vez me mantuvieron entre los tres en el agua. Yo luchaba por salir, luchaba por zafarme de ellos, pero eran tres contra uno y yo llevaba tiempo sin hacer nada de ejercicio, o sin hacer nada, a secas. Como no tenía fuerzas, me tuvieron ahí agarrado.

¿Cuánto tiempo? Lo ignoro. Creo que horas, porque comenzamos a temblar los cuatro, a pesar de que hacía calor, y nuestras pieles se arrugaron, se pusieron moradas hasta que les dije: «Ya está, chicos, ya está».

Salimos y les comuniqué que iba a darme una ducha, pero no lo hice porque quería mantener el olor del cloro en mi piel. Me desnudé y me metí en la cama; me quedé dormido hasta el día siguiente, fue la primera noche que conseguí dormir de una vez y sin pensar en venganza, sin pensar en hacerle daño psicológico a Priscila de alguna manera.

Al día siguiente, cuando me desperté, mandé un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con mis cuñados, con tres de ellos: «Gracias». Solo puse eso, una palabra de siete letras, pero que significaba mucho.

Esa tarde, Hugo vino a verme y tan solo me hizo una pregunta: «¿Todavía tienes ganas de hacerle daño?». Sabía a lo que se refería, a hacer daño a su hermana. Hugo es el más empático de los hermanos. Le contesté «sí» y me respondió con un «Bien. ¿Te apetece un baño?». Y por primera vez en años me apetecía. Acepté, pero ese día no hablé con el agua, teníamos invitados y no era plan.

Se fue Hugo y volví a meterme en la cama con el olor a cloro, desnudo, pero, al verme solo, me levanté por la noche y me lancé al agua a nadar a braza. Siete largos después, me atreví a decirlo: «Hola».

Jamás nadaría de manera profesional, pero sí volvería a nadar. Aquello era algo que me había perdido por el camino: podía nadar y lo supe gracias a mis cuñados. Lo supe y una parte de mi vida se recuperó con esa certeza.

Dejamos de hablar de Priscila.

Dejé de buscar venganza.

Pero no dejé de odiarla.

Sopesé la idea de ser socorrista y acepté. Lo hice porque quería seguir hablando con el agua y la piscina de mi casa se me quedaba pequeña.

Durante el verano trabajaba como socorrista en la playa y metía más horas que cualquiera. Necesitaba recuperar los años que había estado separado del agua. El resto del día no hacía mucho más: estar con mis cuñados, tomar birras con los compañeros de curro o ir a comer a casa de mis padres.

Curiosamente, mi madre rebajó el ritmo de trabajo cuando me pasó aquello; no se lo pedí, pero lo hizo, lo que me dio que pensar. Tal vez, si le hubiera dicho en el pasado que la necesitaba, habría vuelto antes a casa. Ya era tarde. Me llevaba bien con mis padres, los quería, pero había aprendido a sobrevivir sin ellos y ese tipo de cosas no se recuperan. No se recupera una relación inexistente con tus padres a los veintiocho años por mucho que mi madre me abrazara, me dijera que me quería y que todo iba a salir bien. No me reconfortaban sus abrazos, estaba tan acostumbrado a vivir sin ellos que ya no los necesitaba. Solo quería los del agua, y tal vez los de Marc, con el que había una conexión especial. Aun así, mi relación con ellos era buena.

Con el resto del pueblo apenas me relacionaba. Al principio me preguntaban por Priscila, por su oportunidad laboral, y yo me retiraba con un asentimiento de cabeza; luego, una vez perdí la natación, lo único que me decían era que lo sentían. También me miraban con lástima. Y así pasaron los años.

Cuando Marcos me dijo que se casaba con Alicia, lo primero en lo que pensé fue en Priscila, en que no había sabido nada de ella en esos años más que lo que me contaban los periódicos: que le iba bien con sus tiras cómicas y con esa sonrisa que regalaba a todo el mundo.

No quise pensarlo, no quise pensar en cómo actuaría cuando me la encontrara de frente, porque no quería verla y sí quería a la vez. Ansiaba que se diera cuenta de en lo que me había convertido, que se diera cuenta de que era un hombre hecho y derecho, pero luego pensé que en realidad no lo era, que no tenía nada que demostrarle porque no era nadie. Y algo dentro de mí me decía que verla sería un error, porque las heridas se curan poniendo distancia entre ellas, y yo me había desenamorado de Priscila porque no la veía, pero si lo hacía de nuevo... No quería saber qué podía pasar.

Hay heridas que sanan y heridas que no. Heridas que dejan cicatriz, como la de la puta ceja, y otras que no. La que a mí me dejó Priscila nunca cicatrizó. No me dejó continuar con mi vida. Jamás podré perdonarle eso.

Y, ahora, quiero el divorcio.

La boda del año

El espejo del armario de mi habitación me devuelve mi propia imagen mientras me coloco los pendientes de perlas y brillantes en las orejas. Me devuelve la tristeza, la congoja y el desconsuelo. En pocas horas, mi hermano Marcos va a casarse con Alicia. Ha llegado el día. Esta boda es el motivo por el que regresé al pueblo, y ya estamos aquí.

Estas dos últimas semanas han sido atroces, dolorosas y punzantes como un hierro al rojo vivo clavado en tu corazón. Y lo peor es que me lo he empalado yo sola. Lo hice cuatro años atrás sin saberlo, y ahora quemaba como nunca.

El apretón en el hombro de mi madre evita que las lágrimas abandonen mis ojos. Me encuentro con su mirada a través del espejo, y con su sonrisa. No sé qué hubiera sido de mí sin el apoyo de mi familia. No quiero ni pensarlo.

Cuando salí de casa de Alex, hace exactamente dieciséis días, lloré durante el camino a la mía. Estaba desolada. Me encontré con Hugo en cuanto crucé la puerta y se lo conté todo, ahogándome en sollozos.

—*Hugo, Hugo ¿qué he hecho?*

—*Pris, ¿qué ha pasado?*

—*Alex, lo que le pasó a Alex fue mi culpa. Me marché sin motivo.*

—*Ya está, ya está. Sácalo todo.*

—*Él no me hizo nada, he sido yo. Todo este tiempo he sido yo la culpable.*

—*Shh, tranquila. Todo va a salir bien. Tranquila.*

Me apoyó y me infundió algo de fuerza incluso sin entender lo que estaba diciendo. Pasó un rato antes de que pudiera hablar de ello. A partir de ahí, se lo conté a toda mi familia. A mis padres, a River, Hugo y Marcos. Todos sentados en el sofá escuchándome. Adrián y Jaime también. No sé qué hubiera hecho estos días sin Jaime, la verdad. Nuestros fracasos amorosos nos han unido más que nunca.

Les relaté lo que ocurrió hace cuatro años y el tremendo error que cometí. A Adrián se lo veía bastante afectado, supongo que, en cierto modo, se culpa de no haber hecho mejor las cosas. De no haberme persuadido o de no investigar mejor lo ocurrido y creer en mi relato como si fuera ley.

Regreso al presente.

Mi madre me recoloca la trenza que me han hecho en la peluquería del pueblo y me ayuda con el maquillaje.

—Gracias, mamá.

—Estás preciosa, cariño —me dice, señalando mi vestido dorado drapeado con la espalda al aire por completo.

—Tú también. Vas a ser la madrina más guapa del mundo.

Mi madre me sonrío de nuevo y me obligo a devolverle la sonrisa, hoy es la boda de mi hermano y tengo que animarme por él. Ya lo hice unos días atrás en la despedida de soltera de Alicia y de nuevo, más tarde, cuando me encontré con mis hermanos entrando en casa a la vez que yo. Venían de la despedida de Marcos, y, aunque suene increíble, a pesar de celebrarse ambas despedidas a la vez, no nos encontramos en ningún momento.

—¿Dónde está Marcos? —pregunto en alto.

Me apetece darle un abrazo antes de que empiece todo el follón.

—Se ha ido hace un rato.

—¿A dónde?

—A la iglesia.

—¿Tan pronto?

—Sí, ha dicho que nos esperaba allí. Está nervioso.

El sonido del teléfono interrumpe nuestra conversación. Mi madre abandona la habitación y me quedo sola mirándome en el espejo una vez más.

—¡Priscila! —me grita segundos después.

Me asomo al pasillo y le grito de vuelta.

—¿Qué?

—¡Teléfono! Es para ti.

Me encamino a la habitación de mis padres con la duda asomando en mi rostro. ¿Quién será? Me doy cuenta en ese momento de que, durante todo el verano, Alex siempre me ha llamado al teléfono fijo cuando quería contactar conmigo. ¿Es posible que no tenga mi número de móvil? ¿No nos hemos mensajado? Y lo más increíble, ¿cómo no me he percatado antes? Por una parte, me alegro de que el teléfono móvil no domine mi vida. Por otra, tiemblo por la anticipación. ¿Será Alex?

—¿Quién es? —le pregunto a mi madre cuando me acerco al teléfono.

No contesta. Solo sonrío.

—¿Sí? —respondo con duda.

—Soy yo.

Alex. El corazón me da un vuelco a pesar de esperármelo y no sé cómo,

pero consigo responder.

—Dime.

No es mi mejor frase. Lo sé.

—¿Puedes venir a mi casa?

—¿Ahora?

—Sí.

—Pero... en veinte minutos salimos para la iglesia.

—Es importante. ¿Puedes venir?

—Sí, claro. Voy enseguida.

—Te espero.

Clic. Me cuelga.

Entro en la habitación de Adrián y veo que no está. Cojo las llaves de su coche del segundo cajón de su mesilla y salgo por la puerta. Regreso a mi dormitorio y meto en el bolso lo necesario, salgo y bajo las escaleras a toda prisa, intentando no matarme con los tacones.

—¡Nos vemos en la iglesia! —grito hacia la cocina. Hacia los ruidos de conversaciones de mis padres con mis hermanos y Jaime, que ya es uno más de la familia.

Cierro la puerta principal con fuerza, evitando así escuchar la réplica de mi familia. Si es que ha habido alguna.

La idea de que Alex quiera verme me perturba durante el trayecto. No sé qué quiere de mí y es muy poco tranquilizador, descorazonador. Porque no creo que sea nada bueno. ¿Tal vez los papeles del divorcio?

Justo cuando me bajo del coche y me dispongo a abrir la verja de casa de Alex, que está entreabierta, me suena el teléfono móvil. Lo miro y veo que River ha creado un grupo especial de «Marcos». Pero ¿qué...?

River ha creado este grupo

River te ha añadido

Priscila:

¿Qué significa esto?

Hugoeslaestrella:

Un grupo paralelo de hermanos para hablar de la boda de Marcos. No es tan difícil de entender, Pris.

Priscila:

Pero nosotros no hacemos eso, no creamos grupos paralelos para hablar de los demás.

Veo intentos de varios de mis hermanos de *escribiendo*, pero no llegan a nada. ¡No me lo puedo creer!

Priscila:

¿Cuándo demonios habéis creado un grupo para hablar de mí?

River Phoenix:

Cuando te separaste de Alex.

Priscila:

Genial.

Bloqueo el móvil y los ignoro porque me imagino que es por alguna broma que querrán gastarle a Marcos durante el día y porque me quedo paralizada al ver a Alex, vestido de traje y corbata, esperándome sentado en el escalón de la puerta principal con Dark a su lado. El perro viene en mi busca y nos acercamos juntos a mi todavía marido.

—Hola —le digo aún con el teléfono en la mano.

—Marcos no quiere casarse.

¿Qué? Perdona ¿qué?

—¿Qué? —expreso en voz alta—. ¿Cómo que no quiere casarse? ¿Es una especie de broma?

—No. Estuvo aquí ayer por la noche y lo supe. No quiere casarse.

—Espera. ¿Estuvo aquí ayer por la noche y lo supiste? ¡¿Y me lo dices ahora?! —Levanto la voz sin poder evitarlo.

—Te lo estoy diciendo ahora, sí.

—No me lo puedo creer. ¡No importa lo que pase entre tú y yo, Alex, se trata de Marcos! ¿Se supone que es tu mejor amigo y esperas hasta hoy para soltarme esta bomba?

Dios, esto no puede estar pasando. Madre mía. Ay, Dios. ¡Y el puñetero móvil no deja de vibrar en mis manos! Lo ignoro, una vez más.

—¿Me vas a escuchar?

Mierda, sí.

—Por favor, dime que lo has solucionado —le pido.

Alex no me responde. No necesito más pistas. Me siento en el bordillo junto a él con el corazón a mil por hora y la certeza de que hoy va a ser un día complicado.

—¿Qué te dijo? —le pregunto.

—Está acojonado.

—Es normal estar asustado por la boda —le rebato.

—No. Es normal estar acojonado para bien, créeme, sé lo que se siente, yo ya lo viví, pero él está acojonado para mal. Para mal porque no quiere casarse

con Alicia.

—No me lo puedo creer.

No me puedo creer que esto esté pasando a esta hora del día, a pocos minutos de la boda.

—Priscila...

—La boda está a punto de comenzar —lo interrumpo.

—Tu hermano lleva todo el verano muy raro. Pero jamás imaginé que se trataría de algo así. De haberlo sabido, habría actuado mucho antes.

¿Raro? ¿Marcos? No lo he notado. Mierda. ¡No lo he notado! He estado demasiado preocupada por mi propia vida como para darme cuenta de que mi hermano estaba pidiendo ayuda a gritos. Ni siquiera lo vi ayer, cuando nos quedamos los hermanos Cabana al completo pasando la última noche con él. Marcos parecía... normal.

—¿Y Alicia?

—No está enamorado de ella.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo puede darse cuenta ahora de que no la quiere?

—Sí la quiere, pero no como debería quererla. Cuando empezaron a salir juntos sentía una atracción de la hostia, y creo que llegó a enamorarse, pero el amor que pudo llegar a sentir en un primer momento se ha convertido en cariño con el transcurso de los años.

—¿Cómo sabe que es cariño?

—Marc lleva meses muy rayado con el tema. Cuando ayer vino aquí desesperado me lo confesó todo.

—¿Qué le dijiste?

—Le expliqué cómo yo te quería a ti, cómo te quise —se corrige—. Y no tuvo más dudas.

—Pero... —me cuesta hablar después de lo que acaba de decirme—, pero mi madre me ha dicho que Marcos ya estaba en la iglesia, antes de que tú me llamas.

—Porque tiene toda la intención de casarse. No hizo caso de nada de lo que le expliqué. Me dijo que por nada del mundo le iba a hacer una cosa así a Alicia, que no se lo perdonaría en la vida.

—Pero las cosas no se hacen así, tengo que...

—Oye —me interrumpe, mirando mi móvil—, eso no deja de parpadear.

—Son mis hermanos, no sé qué quieren.

Miro la pantalla y comienzo a leer los mensajes con la cabeza de Alex

pegada a la mía. También tengo varias llamadas perdidas de todos ellos, otras tantas de mis padres y un millón más de Jaime; supongo que querrán saber dónde estoy.

Adri:

Priscila, ¿has sido tú quien se ha llevado mi coche?

River Phoenix:

Chicos, Marcos no está bien.

Hugoeslaestrella:

Estoy de acuerdo. ¿Habéis visto su cara?

River Phoenix:

Sí.

Adri:

Está a punto de vomitar.

Hugoeslaestrella:

Está demasiado acojonado con la boda. No me gusta. No parece feliz.

Adri:

Está igual que River el día de su boda.

River Phoenix:

Ya tuvo que salir el temita de los cojones.

Hugoeslaestrella:

Debería de estar como Pris el día de su boda.

Adri:

Sí.

River Phoenix:

Sí, en eso estoy de acuerdo. O como Alex.

Hugoeslaestrella:

Sí.

River Phoenix:

¿Pris? ¿Sigues ahí?

Hugoeslaestrella:

¿Pris? ¿Dónde coño estás? La boda está a punto de comenzar.

Adri:

¡Priscila! Estamos entrando en la iglesia. ¡Ven ya! ¿Dónde coño estás?

River Phoenix:

Pris, ¿estás bien? Estoy empezando a preocuparme.

Este último mensaje es de hace dos minutos. Me levanto con determinación y me sacudo la falda del vestido.

—Priscila, ¿qué vas a hacer? —me pregunta Alex.

—¿Tú qué crees que voy a hacer? —le contesto, dirigiéndome a la salida a

toda prisa—. Tengo que detener esa boda.

—¿Qué? ¡Espera! Conduzco yo.

Le doy las llaves del coche de mi hermano y salimos de casa de Alex cerrando la verja tras nosotros. Nos metemos en el coche, arrancamos y nos ponemos en marcha a toda leche.

—Alex... —le digo, haciéndole entender la prisa que tenemos.

Asiente y lo pillá a la primera.

—Llegamos en cinco minutos.

El carraspeo en la gravilla del suelo no da lugar a dudas. Llegaremos a tiempo. Escribo un mensaje a mis hermanos para explicarles lo que sucede:

Priscila:

Tenemos un DEFCON 1 con Marcos.

DEFCON es el término que utilizamos mis hermanos y yo desde pequeños para medir el nivel de importancia de los problemas o las situaciones. Al igual que los estadounidenses, en función de la gravedad del asunto, utilizamos un número u otro. Jamás habíamos usado el uno.

River Phoenix:

¡Por fin apareces! ¿Dónde estás? Espera ¿DEFCON 1?

Priscila:

Voy de camino. Llego en cinco minutos.

Hugoeslaestrella:

No me jodas. Estamos todos en la jodida iglesia.

Adri:

¿DEFCON 1? ¿No te habrás confundido con la numeración? 1 es para lo más grave y 5 para lo menos grave.

Priscila:

Voy a detener esa boda porque Marcos no quiere casarse. ¿Cómo de grave te parece?

Hugoeslaestrella:

Joder. ¿Necesitas que hagamos algo?

Priscila:

Si llegan a la parte del «sí, quiero», detenedlo.

Adri:

Joder...

Hugoeslaestrella:

Joder...

River Phoenix:

Joder...

Llegamos a la iglesia y dejamos el coche mal aparcado al lado del de la novia. Entramos y somos víctimas de cada mirada en cuanto se escucha el ruido de mis tacones de aguja. Enseguida capto los rostros de mis hermanos. Nos posicionamos en la última fila y esperamos. Tengo que pensar.

Esperamos un poco más, pero no veo el momento de intervenir.

—¿No se supone que ahora es cuando dicen aquello de «si alguien tiene algún impedimento para que se celebre esta unión, que lo diga ahora o calle para siempre»? —le pregunto a Alex entre susurros.

—Pris, eso solo pasa en las películas.

—¿Tú crees? No recuerdo si lo dijeron o no en nuestra boda.

—Yo tampoco, estaba más pendiente de otras cosas, pero estoy casi seguro de que solo pasa en las películas.

—Alex, ese de allí es mi hermano, no puedo permitir que cometa un error así. Al menos debo concederle la oportunidad de remediarlo. Para llevar a cabo un compromiso de este calibre, hay que estar seguro. Y quererse. Nosotros cumplíamos con todo y aun así mira lo que nos pasó.

Necesito que mi hermano dé este paso tan importante en su vida con seguridad. Y necesito que Alex me confirme que estoy haciendo bien en avisarlo. Que me ayude con ese último empujón.

—Hazlo —me dice, cogiéndome la mano.

Bien. Pues allá voy. Madre mía.

—¡PROTESTO! —grito en voz alta a la vez que me levanto del asiento.

—Joder, Priscila, pero con un poco de tacto, coño —me dice, levantándose a mi lado.

—¿Cómo se tiene tacto cuando vas a impedir una boda?

—¡Yo qué sé! Desde luego gritando «protesto», no.

—¿Perdona? ¿Priscila?

Ay, que ese es el cura. El cura del pueblo, que me conoce desde que me meaba en los pañales. Y se dirige a mí.

—¿Priscila? —insiste el cura—. ¿Tienes algo que decir?

Cojo aire con fuerza antes de responder.

—Sí.

Salgo al pasillo y me acerco al altar. Veo la cara de mi hermano Marcos, que es un poema, y en los demás ni me fijo, no soy capaz. Escucho decenas de susurros a mi alrededor, miradas, preguntas. Y tengo que hacer un esfuerzo titánico para aislarme. El único movimiento que hago con los ojos es para hablar con mis hermanos —están los tres sentados en primera fila junto a

Jaime y mi padre— y pedirles que permanezcan alejados por el momento, no quiero agobiar a Marcos con todos nosotros rodeándolo. Es una decisión que tiene que tomar él solo y no va a ser fácil.

—*Pero ¿qué dice esta niña?*

—*Es la hermana pequeña. La que se marchó a Boston.*

—*La que se casó con el nadador.*

—*Sí, con St. Claire.*

—*¿No es el que camina a su lado?*

—*¿Qué pretende hacer?*

—*Con dos cojones, la tía.*

—Esta boda no se puede celebrar —anuncio cuando llego hasta los novios—. No sin que antes hable con mi hermano.

—Priscila, ¿qué haces? —me pregunta mi madre.

—Marcos... —le digo con la súplica en la voz.

—Pris, ¿qué coño estás haciendo? —me pregunta mi hermano horrorizado.

Creo que nunca lo había visto así.

—Priscila, me estás asustando —me dice Alicia a la vez—. ¿Qué es lo que te pasa?

Tengo que ignorarlos a todos, porque si no, no lo hago.

—Marcos, no tienes que hacerlo, no tienes que casarte hoy, puedes venirte conmigo y todo va a estar bien.

—Pris —escucho decir a Alicia—, Pris, no, por favor. No hagas esto.

—Lo siento —le susurro girando la cara hacia ella.

—No lo hagas, por favor.

—Marcos —continúo—, estaremos contigo, pase lo que pase, pero no hay nada malo en irse ahora. Toda tu familia te va a apoyar.

—Priscila, por favor, para —me sigue implorando Alicia.

—¿Qué está pasando aquí? —Los padres de Alicia se meten en la conversación. El padre me agarra del brazo de malas maneras—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

Mi padre se acerca para ayudarme y para apartar las manos del hombre de mi brazo. Comienzan a discutir entre ellos.

—Marcos, ignóralos —le sujeto el rostro con las manos y me cruzo con sus ojos—, mírame solo a mí. Mírame y dime que estás seguro de lo que vas a hacer y te dejaré en paz.

Comenzamos a hablarnos con la mirada, se crea un vacío a nuestro alrededor que media para que no oigamos absolutamente nada, solo a

nosotros. No sé cuánto tiempo permanecemos así, pero por fin respiro cuando veo la decisión de mi hermano en sus ojos. Le hago un asentimiento de cabeza.

—No puedo casarme —anuncia en alto—, lo siento mucho, Alicia. Perdóname —le pide con la voz destrozada y los ojos acuosos.

—¡No! Marcos, por favor, no me hagas esto. ¡No me hagáis esto!

En pocos segundos, los invitados se amontonan alrededor de nosotros y se organiza una de las buenas.



Horas después, nos encontramos los cinco hermanos Cabana con Jaime y Alex en el restaurante donde iba a celebrarse el convite del evento. Hemos venido a cancelarlo con mamá y papá y a pedir disculpas. La familia de Alicia se ha negado a dar la cara y por supuesto a pagar un solo euro. No los culpo.

Cuando nuestros padres se han marchado a casa, nos hemos dedicado a consumir parte de la bebida que hemos pagado con la indemnización. Ahora mismo estamos los siete sentados en sillas, formando un corro; yo, descalza y los chicos, con el nudo de la corbata deshecho, la chaqueta en el respaldo y la camisa remangada.

—Vaya la que hemos liado hoy, si ya éramos conocidos los Cabana... —apunta Hugo.

—Siempre en el ojo del huracán —responde Adrián.

—Tíos, me siento como una puta mierda —nos dice Marcos—. No debí llegar tan lejos. Se me fue de las manos por completo. Qué puto desastre soy. Alicia no me va a perdonar esto en la vida. Y os prometo que lo último que quería era hacerle daño.

—¿Queréis que os hable yo de desastres? —nos pregunta River.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunta Adrián.

—¿No os habéis dado cuenta de que Cata hace semanas que no está conmigo? ¿De que hoy no ha venido a la boda?

Mierda, no.

—Joder, es verdad —dice Hugo.

—Yo, obviamente, ni hoy ni las últimas semanas me he dado cuenta de nada —asegura Marcos.

—Creo que yo no me he dado cuenta de nada en todo el verano —asumo.

—Yo no tengo excusa —afirma Adrián—, jamás me fijo en lo que hace o no hace tu mujer, River.

—Pues yo sí que lo he pensado —añade Jaime—. Cata me cae bien. Tiene algo.

Alex se mantiene en silencio, mirándonos a todos.

—Cata quiere el divorcio —nos dice entonces River.

—¡Aleluya! —grita Adrián.

Censuro a mi hermano con la mirada. Sí, de acuerdo, Catalina nunca me ha gustado, pero es la mujer de River, y aunque nos burláramos de él hablándole de divorcio cada dos por tres, esto parece serio.

—No puedo divorciarme de ella, no lo entendéis —nos indica River—, no entendéis una puta mierda, joder.

—Pues explícanoslo —le dice Hugo.

—No puedo.

—¿Por qué? —pregunta Adrián.

—¿Qué pelotas pasa, River? —inquieta Marcos a la vez que Adrián.

—Joder.

—¿River?

Nunca había visto a mi hermano mayor así de afectado, así de preocupado. Aquí está pasando algo. Algo que no nos había contado.

—Tíos, tenéis que prometerme que esto no va a salir de aquí.

—Eso ni se dice —apunta Hugo.

—Mi matrimonio con Catalina... —se detiene para respirar— fue una farsa.

No emitimos palabra alguna, nos quedamos todos mudos. ¿Una farsa? ¿Qué demonios significa eso? A ver, sé que es una farsa, pero... ¿qué demonios significa eso? Necesitamos que se explique algo más.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Adrián por todos nosotros.

—Tuve que casarme con ella a causa de mi trabajo.

—¿De tu trabajo de informático? —añade Hugo.

—Yo no entiendo nada —dice Jaime.

—¿Creías que tenías un trabajo de mierda y necesitabas que una pija te mantuviera?

—Marcos —lo reprendemos Hugo y yo por el comentario. Se ha pasado. Otra vez.

Catalina es hija del alcalde del pueblo. Un alcalde que lleva toda la vida en ese puesto. Proviene de una familia —tanto por la parte materna como la

paterna— muy adinerada desde varias generaciones atrás.

—No, joder. No a todo. Me refiero a mi otro trabajo.

—¿Qué otro trabajo? —pregunto yo.

—Mi trabajo para el Gobierno.

Ay, mi madre.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Perdona?

—Joder, nunca dejaste la academia, ¿verdad?

Miro a Marcos, que es quien ha formulado la última pregunta y que parece ser el único que entiende algo de lo que está pasando. ¿La academia? ¿La academia de policía? River la dejó años atrás, cuando prácticamente había terminado la instrucción. Comenzó con ella después de terminar la carrera de Informática y la dejó de pronto y sin dar más explicaciones que «no era lo mío». Poco después encontró trabajo de informático en una empresa de Alicante y hasta hoy.

—No, no dejé la academia —acepta River con un suspiro.

—¿Qué academia? —me pregunta Jaime, más confundido que yo.

—River se estuvo preparando para las pruebas de policía —le explico—, pero las abandonó antes de terminar.

—Parece que no fue así —expone Marcos—. Te contactaron los del CNI, ¿verdad? Estás en el CNI —asegura Marcos sin asomo de duda.

—Sí —reconoce.

—¿Qué? —Hugo.

—¿Cómo? —Adrián.

—¿En serio? —Alex. Primera vez que se pronuncia.

—¿Perdona? —Yo.

—¡Joder! ¿Eres un espía? ¿Eres como James Bond? —Jaime—. ¿Estas cosas pasan en España?

—Te sorprenderías —le responde Marcos a Jaime.

—Con que solo es informático, ¿eh? —me dice entonces Jaime a mí, recordándome aquella conversación que tuvimos el día de la prueba de las tartas. Yo solo ruego los ojos.

—No soy como James Bond, o, bueno, un poco sí.

—¿Y por qué no nos lo habías dicho? —le pregunta Hugo.

—Porque es el CNI. ¿Hace falta que explique algo más?

—¡Pero somos tu familia!

—¿Y qué haces para ellos?

—Soy informático.

—¿Ves? —le digo yo a Jaime—. Informático. —Entonces es él el que me rueda los ojos a mí.

—¿Y qué tiene que ver Catalina en esto? —pregunta Hugo.

River deja salir otro suspiro antes de contestar. Pobre. Le está costando mucho hablarnos de todo esto.

—Es por su padre. Estamos vigilando a su padre, sus negocios. El CNI lleva haciéndolo desde años atrás. Me topé con Catalina de casualidad, os lo juro, pero entonces se me ocurrió que podía usar ese encuentro casual para acercarme más a ella y, por ende, a su padre, y una cosa llevó a la otra y al capullo de mi jefe se le ocurrió que, si me infiltraba en la familia, conseguiríamos avanzar en la investigación como nunca. El resto ya lo sabéis.

—Joder...

—¿Llevas todos estos años follándote a una tía por tu trabajo? —le pregunta Jaime todavía más alucinado que antes.

—¿Te obligaron a casarte con ella? —le pregunto yo. Comienzo a entender tantas cosas...

—No me obligaron, solo tenía que acercarme al objetivo y las cosas se liaron. Y no puedo hablar más de ello.

—¿Quién coño es el padre de Catalina para que el Gobierno ande detrás de él?

—El alcalde del pueblo —le respondo yo a Jaime.

—No puedo decirlos más, chicos. Bastante he hablado ya.

—Tú vas a tener que explicarme algo mejor el asunto —me dice Jaime a mí al oído.

¿Yo? Pero ¡si no sé nada!

—Bueno —anuncia entonces Marcos—, ¿alguien más tiene algo que confesar? Joder, esto se parece a las navidades de 2011.

—Yo me piro —nos dice Alex, levantándose de la silla y cogiendo la chaqueta del traje del respaldo—. Intuyo muchas conversaciones rodeados de jarras de cerveza, pero tendrá que ser a partir de mañana. Ha sido un día muy largo y quiero irme a casa.

La verdad es que Alex bastante ha aguantado. Con lo poco que quiere tenerme cerca, se ha portado como un verdadero miembro de la familia. No ha dejado a Marcos solo en ningún momento y ha sido el que más ha mediado con

la familia de Alicia. También les ha dado un abrazo a mis padres cuando se han marchado y ofrecido su ayuda para lo que necesiten.

—Adiós, tío —le dice Marcos, levantándose a su vez y dándole un abrazo muy fuerte—, y gracias por todo.

—No hay por qué darlas, tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Por supuesto.

—Ah, y una última cosa. ¿Me dejas tu móvil? —me pregunta Alex a mí antes de irse. Se acerca a mi posición y me tiende la mano.

—Sí, claro —le respondo con confusión. ¿Para qué quiere Alex mi móvil?

Abro el bolso y saco el teléfono. Se lo tiendo y lo coge; veo cómo le da al botón de inicio, se queda dos segundos pensativo, con la frente arrugada, intuyo que adivinando la contraseña de cuatro dígitos del aparato, y comienza a teclear. No tengo duda de que ha acertado a la primera. Me conoce demasiado bien.

Cuando encuentra lo que busca, se acerca a Adrián y de muy malas maneras estrella el móvil en su pecho.

—Este no soy yo, gilipollas.

Se da media vuelta, se coloca la chaqueta en el hombro y abandona la estancia sin decir más. Marcos se acerca a Adrián, le quita el móvil de las manos y mira la foto.

—Joder —exclama dos segundos después—, ¡¿cómo no viste que no era él?!

—¡No me fijé!, ¿vale? —se defiende Adrián—. Priscila me lo mostró, convencida de que era él y yo ni me lo cuestioné. Apenas reparé en la foto. ¡Se suponía que era mi cuñado follando con otra tía! Solo vi la habitación.

—Pues nos habiéramos ahorrado mucho si te hubieras fijado mejor —le dice River.

—No quiero parecer el abogado de las causas perdidas, y por supuesto que no voy en tu contra —me dice Jaime, mirándome con disculpa—, pero ¿por qué se lo reprocháis a Adrián y no a Priscila?

—Porque a Pris ya la hemos sermoneado bastante —afirma River.

—Y porque nos da la puta gana —sentencia Hugo—. Y no es necesario que te preocupes tanto por Adrián, sabe defenderse solo.

—Joder, ya estamos otra vez —se queja mi amigo.

La relación entre Hugo y Jaime está en un punto muerto. En el mismo punto muerto en que se quedó aquel día que se descubrió que él y yo nos habíamos acostado. Eso sí, cada vez que puede, mi hermano se reafirma en la idea de

que a Jaime quien de verdad le gusta es Adrián. Está a punto de comenzar una discusión entre ellos, pero Adrián los manda callar.

—¡Silencio! —grita—. Tengo algo que decir. —Entonces se acerca a mí y escucho de su boca aquello por lo que esperé en el pasado—. Me gusta Alex. Me gusta Alex para ti.

Cierro los ojos y me empapo de esas palabras. Lástima que ya sea demasiado tarde.

—Has llegado cinco años tarde.

—Lo sé, pero mejor tarde que nunca.

—Sí, el problema es que a Alex yo ya no le gusto, y creo que tú tampoco.

Adrián se ríe.

—Soy consciente de ello, pero veremos lo que pasa a partir de ahora. — Coge su chaqueta y se dispone a salir, pero no se lo permito.

—Espera.

—¿Qué?

Llevo semanas sopesando la posibilidad de sincerarme del todo con mi hermano sobre el asunto de la pelirroja y su hermana. Cuando hablé con mi familia, no quise descubrir a su novia delante de todos, por eso no hablé del hospital.

Durante mi estancia en Boston, según iban pasando los meses, me fui dando cuenta de que el proceder de esa chica no había sido bueno para conmigo. Podría decir que siempre hay un motivo para actuar de una manera u otra, pero no es verdad. No me importa qué fue lo que la llevó a hacer aquello, si tenía algo en contra de mí o si yo no le gustaba. No me dejó ver a Alex, y no solo eso, me mintió. Me mintió a la cara diciéndome que Alex estaba bien y que se recuperaría por completo con el tiempo. Quería quitarme del medio. Eso es una maldad. Y no hay motivo que lo justifique.

Y ahora, con todo lo que sé, estoy más segura que nunca de que Carolina andaba detrás de Alex y de que su hermana lo sabía. No me dijo que estaban juntos, eso es cierto, pero se quedó con la certeza de que era lo que yo pensaba y no me sacó de mi error. Yo cometí un error, sí, pero ella actuó mal.

—Carmen no es buena persona, Adrián —le suelto sin más preámbulos.

—Priscila, joder, no me machaques con eso otra vez. Hoy no.

—Yo sí fui al hospital, Adrián, fui a ver a Alex.

—¿Qué?

—¿Cuándo? —me pregunta Marcos, acercándose a nosotros.

—¿De qué estás hablando, Pris? —me dice River.

—Por una vez, soy el único que lo sabe todo —nos dice Jaime, sonriente, para aliviar la tensión. Mi hermano Hugo lo manda callar con la mirada y yo comienzo a explicarme.

—Llegué a coger aquel avión el día seis de enero. Me subí en un taxi a la salida del aeropuerto y fui directa al hospital a ver a Alex. No os dije nada porque era algo que quería hacer yo sola, necesitaba verlo y asegurarme de que estaba bien. Venía incluso con la intención de hablar las cosas e intentar arreglar nuestro matrimonio. Pero todo se torció, porque Carolina estaba en la habitación y eso me impactó. Aun así, os prometo que eso no me detuvo, estaba dispuesta a entrar, pero quien frenó mis intenciones fue tu novia, Adrián. Lo hizo con dos premisas. La primera, no sacándome de mi error al darse cuenta de que yo pensaba que Alex y su hermana estaban juntos. La segunda, la peor, convenciéndome de que Alex estaba bien físicamente, de que no había sido más que un susto del que se recuperaría pronto. Regresé a Boston, pensando que Alex estaba bien y que Carolina cuidaría de él, y fue allí, en mi trabajo, donde me enteré de que Alex dejaba la natación. Esa es tu novia. Ahora tú sabrás lo que tienes que hacer. —Cojo el bolso y me lo cuelgo al hombro—. Y yo también me voy a casa, estoy agotada y tengo que preparar las maletas.

«¿De verdad nos vamos?».

Pristy, la ardilla. Una llamada inesperada, una no boda y descubrimientos varios.

IB8391

Hoy vuelvo a Boston.

Ya me he despedido de toda mi familia y he venido a uno de mis rincones favoritos del pueblo, junto al mar, a despedirme también de mi queridísimo Mediterráneo.

He dicho adiós a mis padres y hermanos. He dicho adiós a Adrián. Nos hemos abrazado, nos hemos dicho lo mucho que nos queremos y nos hemos pedido perdón el uno al otro. Yo por haberle ocultado aquella parte de mi vida, la visita al hospital, y él por no haber confiado en mi palabra cuando le dije que Carmen no era buena persona. Después nos hemos separado. Justo un minuto después de reconciliarnos. ¿Tiene algún sentido arrepentirse ahora por el tiempo juntos que hemos perdido este verano y que jamás recuperaremos? Supongo que no.

He cogido la maleta y la he arrastrado hasta aquí bajo la atenta mirada de los veraneantes que han observado un tanto alucinados como una chica cargaba con una maleta rosa por toda la playa hasta llegar a la zona rocosa.

En cuanto a mi familia, una vez más, no quiero que me acompañen al aeropuerto, me da la sensación de que allí las despedidas son más duras. Prefiero hacerlas en nuestro hogar, así parece que solo me marchó unos días de vacaciones a no más de mil kilómetros de casa.

De Alex no sé nada... ni lo voy a saber. Han pasado tres días desde la boda y, aunque me muero por pedirle perdón de rodillas durante el resto de mi existencia, no se lo merece. No se merece que le haga eso. No se merece tener que decirme que no una y otra vez. No después de lo que le hice. Ahora me toca vivir con ello.

Estoy rodeada de rocas irregulares, que brillan por la fuerza del sol, pero las conozco todas como la palma de mi mano y me siento en una que es plana, la única que hay. El agua choca con todas ellas, salpicando todo a su paso y escurriéndose por los agujeros que se forman entre ellas. El agua siempre encuentra la salida. El sol me quema el brazo derecho, pero no me importa, va a pasar mucho tiempo hasta que mi sol mediterráneo vuelva a calentarme, lo quiero disfrutar.

Huele a mar; no a playa, a mar. Apenas hay brisa ni sonidos. Solo el ruido de las olas que llegan a la orilla que está más atrás y de las que mueren aquí, en las rocas. Está todo muy tranquilo y se ve la arena del fondo a través del

agua cristalina.

Levanto las rodillas y me abrazo a ellas. Observo los barcos que hay en el agua y miro la raya, tan fina como un alfiler, que separa el mar del cielo. Y las nubes, esparcidas por el firmamento, que tienen tantas formas diferentes como imaginación quienes las observamos.

—Hola, Cabana.

Sonríó ante su saludo. No me hace falta girarme para saber que es Jaime. Hoy no vuelve conmigo a Boston; antes de regresar al continente americano, va a pasar unos días en Valladolid con su familia. Lo único positivo de mi encarcelamiento en casa es que hemos adelantado un montón de trabajo y tenemos tiras cómicas preparadas para las próximas tres semanas.

—¿Cómo me has encontrado?

—He visto desde la orilla a alguien meditabundo, mirando el mar y escondiéndose del mundo, y he pensado: «Esa tiene que ser mi chica».

—¿Cómo me has encontrado? —repito, girando la cabeza y mirándolo a los ojos.

—Es posible que tu hermano River me haya dado alguna indicación que otra de tus lugares favoritos de los que tenías que despedirte. Te he encontrado a la cuarta.

Jaime se sienta junto a mí y ambos nos quedamos mirando la hilera de rocas resbaladizas cubiertas de verdín que cruzan el agua hasta llegar a un conjunto de piedras gigantes que hay en medio del mar.

—¿Alguna vez has cruzado por entre las rocas hasta allí? —me pregunta, señalando el islote rocoso.

—Sí.

—Guau. Tal vez podamos intentarlo en nuestra siguiente visita.

Le enseño la cicatriz en mi rodilla que corrobora mi cruce por el camino escabroso de rocas.

—Lo hice un verano con Adrián y Marcos. Llevábamos bastante tiempo planeándolo.

—¿Cuánto?

—Un par de días. Eso para unos críos era una eternidad.

Las carcajadas estruendosas de mi amigo rompen el silencio y la calma.

—Estoy de acuerdo.

—Nos caímos los tres a medio camino —continúo con mi pequeño relato—. Uno tropezó y arrastró a los otros dos. ¿Quién fue ese primero? No lo sabemos. Marcos dice que fue Adrián, Adrián, que fui yo y yo, que fue

Marcos.

—¿Fue a la ida?

—Sí.

—¿Y seguisteis?

—Por supuesto, con rodillas sangrantes y todo. Y cómo escocían, pero hace falta mucho más que una magulladura para detener a un Cabana.

—Excepto cuando se trata de Alex.

—Sí, excepto cuando se trata de Alex —reconozco.

—Entonces te bloqueas.

—Me bloqueé una vez.

—Y no luchas.

—No hay nada por lo que luchar, Jaime.

—¿Crees que Alex no te quiere?

—Creo que sí me quiere. Pero no me lo merezco. Por eso me marchó.

—Al menos lo haríais un día sin olas, ¿no? Cruzar por ahí, digo.

Le agradezco el cambio de tema con una sonrisa.

—¿Crees que pensábamos en eso con diez años?

—No. Estoy seguro de que ese día había más oleaje que cualquier otro día.

Nos reímos juntos, sintiendo la nostalgia del momento, de aquellos años en que las preocupaciones no existían, y nos quedamos en silencio un poco más, disfrutando del momento. Disfrutando de mis últimos minutos en el pueblo.

—Vamos, te acerco al aeropuerto.

—Iba a coger un taxi.

—Nada de taxi. Tu hermano me ha dejado su coche.

—¿Qué hermano?

—Hugo.

—Hugo, ¿eh?

—Nada de «eh», Pris. Hemos hablado, ahora que me marchó, y... estamos bien. O, al menos, eso creo.

—¿Qué significa que estáis bien?

—Significa que vamos a seguir siendo el mismo Jaime y el mismo Hugo de antes de este verano. Dos personas que comparten a una personita en sus vidas, esa eres tú —me aclara, aunque no era necesario—, pero nada más.

—¿Y tú estás de acuerdo con eso?

—Sí, Pris, estoy de acuerdo. ¿Sabes por qué?

—Porque no estás enamorado de él.

—Exacto —me dice, dándome un toque en la nariz—. He estado pensando,

poniendo en orden mis sentimientos y, no te voy a engañar, Hugo me gusta y tiene un polvazo...

—Gracias por la imagen que has creado en mi cabeza. Ya he visto a dos de mis hermanos manteniendo relaciones sexuales este verano.

—..., pero no hay nada más.

—¿Y Adrián?

—Joder —se queja—, Adrián nada, reconozco que me parece un tío guapísimo, pero solo era un juego que me traía con él. Me gusta Adrián, pero no de manera sexual. Y eso que estoy seguro de que fijo que también tiene un polvazo...

—¡Suficiente!

—Venga —me dice Jaime sonriendo—, te llevo al aeropuerto.

Alex

Hoy Priscila vuelve a Boston.

Y no sé cómo me siento al respecto. A veces pienso que lo que hemos vivido este verano no ha sido más que un sueño. Otras veces pienso que el sueño, lo irreal, es el hecho de que hoy vaya a desaparecer de mi vida una vez más.

He venido andando hasta el *pub* a tomar algo y dejar que pasen las horas, no puedo arriesgarme a tener un coche a mano por si se me ocurre correr detrás de ella. Porque... ¿he tenido el pensamiento de impedirle que coja ese maldito avión? Sí, ni puedo contar la cantidad de veces que lo he hecho. Tengo tantos motivos para hacerlo... tengo todos los motivos del mundo, empezando por el hecho de que Priscila Cabana consigue que alcance cotas de felicidad como nadie. Siempre ha sido así.

Y solo hay una razón para no correr detrás de ella. Una única jodida razón, pero que tiene demasiado peso: nuestro pasado. La manera en que ella se marchó sin mirar atrás.

Y yo tampoco soy un santo, lo reconozco. Llevo cuatro años culpando a Priscila por cada una de mis desgracias cuando no fue ella, por ejemplo, la que se metió fuera de pistas, fui yo solito. Y creo que, en algún momento, debería pedirle perdón. Quizás sea hoy ese momento. Antes de que se marche.

Me levanto del taburete, por quinta vez en la última hora, para ir pitando al aeropuerto.

—Hola, Alex.

Carolina y su hermana interrumpen mi marcha, se sientan en los taburetes junto al mío mientras yo permanezco de pie sin saber qué hacer. ¿Iba al aeropuerto? Joder, creo que sí. Estoy trastornado.

No sé cómo sentirme respecto a la mayor de las dos hermanas. He hablado con mi hermano John y se lo he contado todo. Le he hablado sobre el motivo de la huida de Pris, sobre la foto y sobre lo demás; también le he preguntado por qué cojones estaba follando con su novia en mi habitación y la respuesta me dejó flipado: a Carolina le gustaba hacerlo allí, le gustaba demasiado, tanto que incluso mi hermano me confesó que en más de una ocasión llegó a creer que su novia andaba enamorada de su hermano pequeño.

Si lo pienso ahora en frío, es cierto que, desde que Priscila se fue,

Carolina ha estado siempre cerca de mí, buscando el contacto entre nosotros, lo que yo asumí que se debía a la estrecha relación que teníamos por haber sido quién era, pero ahora empiezo a pensar que quizás su interés era otro.

Incluso llegamos a besarnos en una ocasión, unos meses después de que Priscila se fuera; yo la rechacé y le dije que jamás podría estar con ella de esa manera, y no solo porque era la exnovia de mi hermano, sino porque yo nunca me enamoraría de ella. Carolina lo aceptó y me pidió perdón, me dijo que no fue más que el momento y nuestras vidas continuaron como siempre, pero lo cierto es que nunca se ha separado de mí. Y lo que es todavía más cierto es que nunca entendí por qué la novia de mi hermano, diez años mayor que yo, estaba siempre tan pendiente de mí.

¿Estaría realmente enamorada? ¿Es posible? Estoy por preguntárselo, pero Adrián entra en el local y viene directo a nosotros. Directo a su novia.

—Hola, Adri...

—Hola —la interrumpe—. Llevo tres días intentando encontrar el momento de coincidir los cuatro juntos, y me lo acabáis de poner en bandeja.

—Pero qué mono eres —le dice su novia revolviéndole el cabello—, claro que hemos coincidido, tú nos has citado aquí a mi hermana y a mí.

Joder, yo no tengo tiempo para esto. Tengo que largarme al aeropuerto, necesito airearme y pasear y ese es un sitio como otro cualquiera.

«Claro, claro, tú sigue diciéndote eso, machote».

Mierda. Cuando las cervezas comienzan a hablarme ya es mala señal.

—Es cierto —responde el rubio—, estaba prácticamente seguro de que mi cuñado andaría por aquí, ahogando las penas en el alcohol, y no podía desaprovechar la oportunidad.

—Gilipollas —suelto de manera espontánea a la nada.

Oye, me ha salido del alma. Que vaya a ahogarse él de putos corazones con su novia pelirroja y me deje vivir en paz.

—¿Adrián? ¿Qué sucede? —le pregunta su novia.

—¿Fue mi hermana al hospital a ver a Alex cuando tuvo el accidente de esquí?

Hermana. Hospital. Alex. Se me paraliza el cuerpo ante la mención de esas tres simples palabras. ¿Qué cojones significa esto, Adrián?

—¿Qué? ¿De qué hablas? —le contesta la pelirroja. Joder, la pelirroja, digo, hasta la forma de hablar de Priscila se me ha pegado.

—Creo que mi pregunta es lo suficientemente clara, Carmen. Hace casi cuatro años, Alex tuvo un accidente esquiando. ¿De eso te acuerdas?

—Adrián, ¿a qué viene esto?

—Contéstame, por favor. ¿Te acuerdas del accidente que tuvo Alex? Tú trabajabas, y trabajas, en el hospital a donde lo llevaron.

Las dos pelirrojas cruzan una mirada y yo no entiendo una mierda de nada. Solo veo tres palabras que retumban en mi cabeza sin descanso: hermana. Hospital. Alex. El corazón comienza a bombearme con fuerza. Sé que Adrián quiere defender a su hermana, que es inútil que me haga ilusiones, pero... el corazón me bombea con fuerza.

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Y de que Priscila el seis de enero fuera a verlo al hospital?

—No, de eso no me acuerdo —afirma Carmen sin dudar.

—Es curioso, porque hablasteis y todo.

—Eso es lo que dice ella.

—¿Lo que dice ella? Tú no sabes de dónde estoy sacando yo esta información. No te lo he dicho.

—Lo he supuesto.

—Pues no supongas tanto. Aunque tienes razón, me lo ha dicho ella. ¿Y qué? ¿La viste o no? ¿Hablasteis? ¿Eres tú la única persona, además de Carolina, que sabía que mi hermana había ido al hospital a ver a su marido?

¿A dónde quieres llegar, Adrián? De repente, recuerdo una frase de Priscila, una frase que me dijo cuando sorprendió a su hermano predilecto, a su persona favorita del mundo, en la cama con una chica con el pelo de color naranja: «En este mundo vivimos casi cuatro mil millones de mujeres y solo hay dos, solo dos, que tiene vetadas, y esa chica es una de ellas».

No había vuelto a pensar en ello. Después de todo lo que ha salido a la luz, entiendo su odio hacia Carolina, Priscila pensaba que yo le había sido infiel con ella. Pero... ¿y la hermana? ¿Por qué no soportas a la hermana, Reina del Desierto? ¿Por qué, si ella no tenía nada que ver con el puto enredo de la foto?

Adrián y Priscila llevan muchas semanas sin hablarse bien, sin ser los hermanos que siempre han sido, solo por el hecho de que él salga con esa chica. Priscila ama a su hermano por encima de todo, debe de tener motivos muy fuertes para ello, como que esa chica le haya hecho algo. Algo grave. Y Adrián jamás le haría daño a su hermana a propósito. Adrián no tiene ni puta idea, o no la tenía, de los motivos por los que su hermana no soporta a su novia. ¡Joder! ¿Por qué cojones no incidí más en el tema? ¿Por qué lo dejé pasar?

—Pasó mucha gente por allí, Adrián, es imposible acordarse.

—Pero ella era su mujer, no una visita cualquiera, no creo que se te pasara inadvertida. De hecho, no es que no lo crea, es que no me lo creo.

Demasiadas cervezas para tanto trabalenguas. Permanezco en silencio, sin interrumpir, porque ahora mismo no me veo capaz de decir nada coherente. ¿De verdad existe la posibilidad de que Priscila fuera a verme?

—Bueno, Adrián, ¡qué más da si fue o si no fue! Han pasado como mil años, no veo el motivo de hablarlo ahora.

«No, por favor», le pido a mi cuñado con los ojos, «no lo dejes así, necesito saberlo».

—Carmen, no tengo ganas de jugar al gato y al ratón y no voy a andarme con rodeos. Viste a mi hermana, hablaste con ella y provocaste que abandonara a su marido. Solo quiero saber por qué.

—¡Yo no hice tal cosa!

—No es lo que dice Priscila.

—Es su palabra contra la mía.

—No, es su palabra. Punto. Mi hermana no miente, y muchísimo menos a mí. Jamás lo ha hecho.

—No te dijo que había estado en el hospital.

—Eso no es mentir, es ocultar información. Seguro que tuvo sus motivos.

—Estoy estupefacto, sigo sin poder razonar y las palabras no salen de mi boca —. Y tú acabas de reconocer que fue al hospital.

—¿Qué? —pregunta Carmen.

—Has dicho: «No te dijo que había estado en el hospital».

Busco los ojos de Carolina, porque llevamos demasiados años siendo amigos y creo que podría reconocer el engaño directo en su mirada. Está nerviosa y muy contrariada. Joder. ¿Qué cojones está pasando aquí?

—¿Y qué si fue?

—¡¿Y QUÉ SI FUE?! —grita mi cuñado con rabia—. ¿Eres consciente de que aquel día destruiste un matrimonio que podía haberse salvado?

—¿Qué? Yo no hice tal cosa. Ellos ya estaban separados.

—¡Mi hermana vino a ver a su marido dispuesta a hablar las cosas y tú dejaste que creyera que se había liado con tu hermana!

—Yo no...

—Y le dijiste que las lesiones de Alex eran superficiales, ¡que había sido un susto! Mi hermana se fue de aquí destrozada, pensando que su marido estaba feliz de iniciar una vida con su nueva pareja. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Por qué?

¿Qué? No puede ser. No, no puede ser.

—Si tu hermana quiere recuperar a su marido a base de mentiras, no es mi problema, Adrián. Me parece patético que me use de excusa para esconder lo cobarde que fue en su momento, ¡y me parece aún más patético que tú le sigas el juego a esa niña consentida!

Aprieto la mandíbula y hago mil juramentos para que las palabras no salgan de mi boca para defenderla. Priscila no es ninguna cobarde. Puede ser muchas cosas, pero eso no.

—La verdad es que ni siquiera es necesario que me contestes. Sé por qué lo hiciste. Tu hermana mayor lleva años obsesionada con Alex. ¿Cuándo comenzó, Carolina? —pregunta Adrián, dirigiéndose a ella—. ¿Mientras te tirabas a su hermano a diario o incluso antes de eso? Bah, no me respondas. No es necesario. Supongo que, al largarse mi hermana, viste la oportunidad de tu vida y no dudaste en pegarte a él como una puta lapa. Pero la llegada de Priscila suponía un revés, y tú —le dice entonces a su ¿novia?— te encargaste de ello. ¿A que fue así?

Ambas hermanas se miran con nerviosismo, no saben por dónde salir.

—Yo... yo...

—Ella fue a verme —consigo decir yo. Cuatro palabras que lo significan todo. Cuatro palabras que le dan sentido a mi vida. El resto del asunto me importa una mierda. Las explicaciones de Carolina, si es que iba a dármelas, me importan una mierda.

—Sí, lo hizo —me confirma mi cuñado—. ¿Has venido en coche?

—No, joder, no.

No he venido en coche, no, por un puto día no he venido en coche. Adrián me tiende las llaves del suyo y las tomo sin rechistar.

—Vuelo IB8391, embarque dentro —mira el reloj— de dos horas. Tienes tiempo de sobra, sobre todo teniendo en cuenta que Jaime la está llevando al aeropuerto en este instante.

Salgo corriendo hacia la puerta, rezando para llegar a tiempo.

—¡De nada! —Escucho gritar a Adrián.

—¡Sigues siendo el mayor gilipollas del planeta, Cabana!

Veo como sonrío por mi comentario. Supongo que en algún momento la relación entre Adrián y yo mejorará, incluso me atrevo decir que podremos llegar a convertirnos en amigos, pero ahora mismo no. Todavía me escuece que no frenara a su hermana ni que no fuera capaz de ver que yo no era el chico de la foto. Lo que ha sucedido en los últimos años ha sido demasiado

doloroso como para que se arreglen las cosas en cuatro días. Incluso mi relación con Priscila tardará en sanar del todo.

—¡Espera, espera! ¿Cuántas de esas te has tomado? —me pregunta, señalando la última jarra de cerveza que reposa en la barra.

Joder.

—No lo sé.

—Cuatro —le informa Pedro.

—Vale, conduzco yo.

«Me parece que vais a tener que iros sin mí, pareja de dos, porque yo me quedo. No. No me moveréis de aquí».

Pristy, la ardilla. La resistencia.

¿Otra vez pensabas largarte sin mí? ¿Eh?

Pago la botella de agua de la cafetería que se encuentra fuera del aeropuerto y me despido con un abrazo muy fuerte de Jaime. Me acompaña hasta las puertas giratorias que dan comienzo a este viaje y nos alejamos el uno del otro con la promesa, y la certeza, de vernos dentro de poco al otro lado del charco. No es una despedida dura.

Noto que me vibra el móvil mientras guardo el agua, después de darle un par de sorbos, en la pequeña mochila azul y rosa que llevo como equipaje de mano. Pienso, mientras recupero mi teléfono del fondo, que debería haber comprado algo de comida basura —chocolatinas y bolsas gigantes de patatas de cada color y sabor— para el avión, porque nunca me gusta la comida que sirven ahí arriba, pero es que tengo el estómago tan cerrado que no creo que pueda tomar bocado en todo el viaje.

Echo un vistazo a la pantalla del teléfono: son mis hermanos. Abro la conversación de WhatsApp y la leo mientras camino por el aeropuerto. Ya tengo la tarjeta de embarque, por lo que solo tengo que facturar la maleta y pasar el control de seguridad.

River Phoenix:

Que tengas un buen viaje, pequeña Cabana.

Hugoeslaestrella:

Te queremos. No tardes tanto en volver.

Marquitos:

Tenías que haberme llevado en la maleta.

River Phoenix:

¿Un mal día, Marc?

Marquitos:

Peor. Y presiento que solo es el principio. Alicia me odia y su familia me odia. No quieren verme ni en pintura.

Hugoeslaestrella:

Es normal, es la novedad. Enseguida te olvidarán y recuperarás tu vida y tu rutina. Tiempo al tiempo.

Marquitos:

Necesito que alguno de vosotros haga algo escandaloso. Muy escandaloso. Algo como que River confiese que es espía y que está liado con la Reina de Inglaterra o que Hugo tenga un romance muy sonado con algún famoso. Alguna estrella del rock o algo por el estilo.

River Phoenix:

Tío, que la Reina de Inglaterra tiene como cien años.

Marquitos:

Joder, y ahora se pone tiquismiquis el colega.

Hugoeslaestrella:

Claro, hombre, cada día me vienen roqueros famosos de todas partes del mundo a la clínica para que corte las uñas a sus gatos.

Marquitos:

¡Y ahora el otro! ¿Estáis conmigo o contra mí? ¿Tanto os costaría hacerme ese favor, capullos?

River Phoenix:

Hugo, te lo cambio. Yo me quedo con el roquero del gato con uñas largas.

Hugoeslaestrella:

¡Los cojones!

River Phoenix:

¿Cojones largos?

Marquitos:

Yo no veo a los roqueros muy de gatos, no sé, quizás con hurones... ¿Tú cómo vas con lo tuyo, River?

River Phoenix:

De puta madre.

Marquitos:

¿Eso es ironía? Porque no estoy yo para adivinanzas.

Hugoeslaestrella:

Pues claro que es ironía. Se está divorciando de su mujer.

Marquitos:

Tranquilo, River. Hoy en día los divorcios van a toda hostia. En poco tiempo, tu matrimonio quedará en el olvido. ¿En el trabajo todo bien?

River Phoenix:

De puta madre.

Esta conversación es del todo surrealista. ¿Qué se habrán tomado?

Priscila:

A ver, ¿dónde estáis? ¿En el pub?

Hugoeslaestrella:

En la clínica.

River Phoenix:

En el trabajo.

Marquitos:

En el bar de Narciso.

River Phoenix:

¿Es que tú nunca trabajas, Marcos?

Priscila:
¿Quién es Narciso?

Marquitos:

Un tío del pueblo que tiene un bar. Lleva aquí toda la vida.

Hugoeslaestrella:

¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿??????????

River Phoenix:

No me suena.

Priscila:
Ni a mí.

Marquitos:

Ni a Alicia ni a nadie que tenga que ver con ella.

Hugoeslaestrella:

Ah...

River Phoenix:

Oh...

Priscila:
Hummm...

Pobre Marcos. No debe de ser nada fácil para él pasar por todo lo que está pasando. El desenlace fatal de su boda con Alicia ha sido un verdadero traspie para la familia. Y Alicia. Ay, Alicia. He intentado hablar con ella, he intentado pedirle perdón y he intentado explicarle que era lo mejor para los dos, pero no quiere saber nada de mí. No quiere saber nada de ningún Cabana. No la culpo. Y lo siento en el alma, siento que todo haya acabado así, pero la felicidad de mi hermano Marcos está por encima de todo. Solo deseo que ambos puedan rehacer su vida cada uno por su lado, porque juntos no van a hacerlo. Y seguiré intentando...

Espera.

¿Dónde estoy?

Priscila:
Mierda. ¡Me he perdido!

Marquitos:

¿Dónde estás?

Hugoeslaestrella:

¿Cómo que te has perdido?

Priscila:

Me he liado a hablar con vosotros y no he mirado por dónde iba. Estoy en el aeropuerto.

Miro a mi alrededor, por si me suena algo, pero es que hace pocos años hicieron obras en este aeropuerto y no tengo ni idea de dónde estoy. Y, por si

fuera poco, no hay ni un alma. ¿Dónde está la gente?

Por suerte, enseguida veo los carteles que me indican la... ¿salida del aeropuerto? Mierda, pues sí que la he liado. ¡Ni siquiera estoy en la planta correcta! ¿En qué momento he subido hasta aquí?

Priscila:

Vale, he aparecido en «llegadas», en lugar de en «salidas».

River Phoenix:

Eso es imposible. Físicamente imposible.

Hugoeslaestrella:

Imposible, no. Es complicado de cojones, vamos, que ni a propósito lo consigues.

Marquitos:

Yo me parto el culo.

River Phoenix:

¿Cuántas cervezas lleva este encima? Mándanos ubicación, Marcos.

Enfilo dirección hacia la salida, buscando unas escaleras, un ascensor o algo que me lleve de nuevo a la planta de abajo, a la de «salidas», y escribo mis últimas palabras mientras me coloco los auriculares en las orejas, abro la aplicación musical en el móvil y *Forever Young*, de Alphaville, me inunda los oídos.

*Let's dance in style, let's dance for a while.
Heaven can wait, we're only watching the skies.
Hoping for the best but expecting the worst.
Are you gonna drop the bomb or not?*

Priscila:

No pienso hablar más con vosotros. ¡Mirad la que me habéis liado! ¡Al final pierdo el avión por vuestra culpa!

Adri:

Priscila, ¿dónde coño estás?

Marquitos:

En el aeropuerto.

River Phoenix:

En el aeropuerto.

Hugoeslaestrella:

En el aeropuerto.

Priscila:

En el aeropuerto.

Adri:

Vale, ¿en qué parte del aeropuerto?

Marquitos:

En llegadas.

River Phoenix:

En llegadas.

Hugoeslaestrella:

En llegadas.

Priscila:

En llegadas.

Adri:

Joder, ¿podéis callaros todos? Y ¿qué coño haces en llegadas, Priscila? No estás ni en la planta correcta. Tienes que bajar.

Marquitos:

Cuando Adri llama Pris a Priscila la cosa es seria.

River Phoenix:

Me has quitado las palabras de la boca.

Hugoeslaestrella:

Y a mí.

River Phoenix:

Pero es al revés. Cuando Adri llama Priscila a Pris la cosa es seria.

Hugoeslaestrella:

Sí. Eso.

Marquitos:

¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿??????????

Adri:

Joder.

Priscila:

Me he desorientado.

Adri:

¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿??????????

Priscila:

Pero ya voy rumbo a «salidas». Que no cunda el pánico. ¡Que no cunda, ¿vale?! Ay, no sé qué hago todavía escribiendo por el móvil. ¡Voy a perder el avión! ¿Dónde están las malditas escaleras mecánicas para bajar?

Adri:

¿Dónde estás exactamente?

Priscila:

Creo que cerca. Según los carteles, camino de la recogida de equipajes.

Adri:

Bien. Sigue hasta las mecánicas que te llevan directa a la primera planta. La de «salidas», por cierto.

River Phoenix:

Marcos, no te hagas el sordo. Mándanos la ubicación.

Marquitos:

Dirás que no me haga el ciego, esto es una conversación escrita, aunque la verdad es que un poco ciego sí voy, sí.

River Phoenix:

Joder.

Priscila:

Marcos, manda la ubicación.

*Forever young.
I want to be forever young.
Do you really want to live forever?
Forever, and ever.*

Vale, ¡por fin he llegado! Ya veo a lo lejos las escaleras de bajada.

Priscila:

¡Ya las he encontrado!

Adri:

O ellas a ti.

Alterno la mirada del teléfono móvil al suelo para mirar bien dónde pongo el pie y no matarme. En cuanto me coloco en el escalón y comienzo a bajar, me prometo que no voy a leer más mensajes, no hasta que esté en mi puerta de embarque. Al final pierdo el avión de verdad como vuelva a despistarme.

Adri está escribiendo...

Vale. El último.

Adri:

Pris, ¿puedes dejar el jodido teléfono y mirar hacia delante? Al final te vas a caer por las escaleras. Menos mal que estoy abajo para recogerte.

¿Qué?

Levanto la mirada al instante y lo veo. Los veo. A los tres. Me llevo la mano a la boca, por la impresión, mientras mi cuerpo comienza a temblar de la anticipación. Mi hermano Adrián está apoyado en el cristal de debajo del pasamano de goma negra de las escaleras, con los pies y los brazos cruzados y la vista fija en mí. Enfrente, Jaime, exactamente en la misma postura; y en el

medio de los dos: Alex. Y voy directa a él. Las escaleras me arrastran sin remedio.

*Forever young.
I want to be forever young.
Do you really want to live forever?
Forever, and ever.*

En los diez segundos que nos separan pasan tantas cosas por mi cabeza que, según me acerco, mi cuerpo se convierte en un flan. De esos con caramelo y todo. El caramelo es mi sudor. También me encuentro confundida, expectante..., emocionada, aunque no sepa bien por qué, aunque no tenga ni idea de qué significa la presencia de Alex en el aeropuerto.

Sus ojos negros, fijos en mí, cada vez están más cerca; su rostro, del que soy incapaz de descifrar nada, ya casi puedo tocarlo. Sus brazos, apostados a ambos lados de su cuerpo, los cogería y me rodearía el cuello con ellos, y su pecho, que sube y baja por la respiración agitada...

Ay, mierda.

Ya estoy abajo.

Me quito los auriculares y los mantengo en la mano.

—Hola —digo en cuanto llego a la última escalera y me quedo enfrente de él.

—Hola de nuevo, Cabana —me saluda Jaime.

—¿Qué hacéis aquí voso...?

—¿Otra vez pensabas largarte sin mí? ¿Eh? —me dice Alex sin permitirme acabar mi pregunta.

—Yo... yo...

—Dime que me quieres, Priscila. Y dime desde cuándo me quieres.

—Desde la primera vez que te vi —respondo sin titubear—. Mi corazón hizo bum. Es uno de los primeros recuerdos que tengo de mi vida, tú eres uno de mis primeros recuerdos.

—Y desde aquel bum, ¿alguna vez has dejado de quererme? ¿En algún momento en todos estos años dejaste de quererme?

—No. Nunca. Ni un solo minuto.

De nuevo, no dudo. Por fin, no dudo. Porque lo sé. Sé que lo he querido siempre.

—Y ¿qué cojones haces aquí?

—Yo... me voy a Boston.

A estas alturas, me pican los ojos a causa del esfuerzo que estoy haciendo para no llorar.

—Me parece que no, Reina del Desierto.

—No soy...

Me agarra del brazo y me acerca a su cuerpo de una vez. Siento esa respiración agitada que he notado desde lejos vibrar en mi pecho y mi corazón acelerarse para unirse al ritmo de sus latidos, que también puedo oír.

—Tú siempre serás mi Reina del Desierto.

—¿Puedes besarla ya para que podamos largarnos a casa? —pregunta mi hermano Adrián. Al menos creo que ha sido Adrián, no podría asegurarlo.

—¿Vas a besarme?

—Sí, voy a besarte, voy a sacarte de aquí y voy a llevarte a nuestra casa, de la que nunca debiste salir, y vamos a ser felices durante el resto de nuestras vidas.

—¿Y a comer perdices? —pregunto con el rostro lleno de lágrimas sin creerme que esto esté pasando.

—Comeremos lo que te dé la puta gana, pero dime que sí.

—Joder, qué romántico el chaval —exclama mi amigo.

—Priscila, por favor, no me abandones.

—No, ni loca, otra vez no.

Alex sonrío, sonrío con esa sonrisa que me da toda la vida, y me agarra de la nuca para juntar sus labios con los míos en un beso fuerte y lleno de palabras veladas y de promesas de futuro. Lo abrazo con fuerza y sé que, a partir de este momento, no volveremos a separarnos jamás. Enroscamos nuestras lenguas con ansias de reencuentro y el corazón, ante ese contacto, me hace... bum.

—Muy bonito todo, pero ¿qué coño hacías en llegadas, Pris? El rubito apenas nos ha dado explicaciones —me pregunta Jaime, refiriéndose a mi hermano.

—Me he desorientado —explico, separándome de la boca de mi marido a regañadientes. Mis brazos siguen alrededor de su cuello. Esos no los pienso soltar.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —le pregunto a Jaime.

—Me he encontrado con estos dos —me dice, señalando a Alex y a mi hermano— tres minutos después de dejarte en la entrada del aeropuerto. Te estaban buscando, aunque no me han dicho para qué. Son un amor. Ambos.

Hemos llegado hasta los mostradores de facturación, pero no estabas, y estos dos han comprado un vuelo cada uno para poder pasar el control de seguridad.

—¿Qué? ¿En serio habéis hecho eso?

No dicen nada y ambos ponen cara de circunstancia. Lo han hecho, sí.

—Sí. Y yo no paraba de repetirles que era imposible que estuvieras dentro, que acababa de dejarte, pero ni puto caso. Si es que... vaya pareja, joder. Ni entre los dos hacen uno.

—La hemos encontrado, ¿no? —apunta Adrián.

—Sí, igual que yo, pero vosotros con cuatrocientos euros menos en el bolsillo. Pringados. Me he quedado fuera esperando —me explica a mí—, empezaba a sospechar que te buscaban, y poco después han salido de nuevo.

—Tú es que eres muy listo —le dice Alex con sorna.

—¿Vamos a casa? —pregunta Adrián.

—Vamos a casa.

Alex y yo nos cogemos la mano y salimos del aeropuerto directos a nuestra nueva vida juntos.



Me despierto por la mañana y me siento más a gusto que nunca. Abro los ojos y me encuentro con el precioso rostro de Alexander St. Claire relajado, tranquilo. Dormido, después de tantas horas en vela. La de anoche fue una noche épica.

Disfruto de las vistas durante minutos y minutos, la verdad es que me quedaría a vivir aquí, en esta cama, a su lado, pero me obligo a levantarme porque me apetece prepararle el desayuno.

Estoy desnuda, así que, antes de abandonar la habitación con Dark pisándome los talones, me pongo la camiseta que Alex dejó ayer tirada en el suelo cuando llegamos al dormitorio desesperados por sentirnos de nuevo.

Tarareo una canción mientras saco los utensilios y los alimentos de los diferentes cajones y armarios de la cocina una vez he abierto la puerta de casa para que Dark pueda salir. No tiene que ser tan difícil convertir todo esto en algo comestible.

Ayer, lo primero que hice en cuanto llegamos a casa, bueno, lo segundo, fue mandarle un correo electrónico a mi jefe. Le expliqué la situación y le dije que

mi intención era la de no regresar a Estados Unidos. Hemos llegado a un trato. Llevaré mis tiras cómicas desde aquí con la condición de que viaje a Boston una vez al mes. De momento me vale. Y Alex me ha dicho que me acompañará en cada viaje. En el primero que hagamos, aprovecharé para recoger mis cosas de allí.

Comienzo a preparar —o intentar— el desayuno mientras recuerdo los acontecimientos de ayer, la historia que Alex y Adrián me contaron sobre las pelirrojas, sobre la obsesión de Carolina por mi marido (si ya sabía yo), la aventura por el aeropuerto hasta que me encontraron, la charla con mi familia, la conversación con Alex donde nos desnudamos emocionalmente, donde me pidió perdón por verme culpable de todos sus males, donde le pedí perdón por no saber gestionar aquello, los «te quiero»...

—Pellízcame, Alex, pellízcame porque no me creo que estemos aquí —le dije, tumbada en el sofá encima de su cuerpo.

—Yo tampoco acabo de creérmelo.

—Necesito contártelo todo, contártelo bien, pero no sé si quieres escucharlo.

—Siempre quiero escucharte, Pris, no lo dudes nunca.

—Cuando aquel día te dije que no iba a regresar a casa a dormir no era cierto, estaba enfadada porque no entendía por qué no querías acompañarme a casa de mis padres, pero se me pasó enseguida. Fue una tontería.

—A mí también se me fue de las manos, quería prepararte una sorpresa y no supe gestionarlo.

—Estuve toda la comida preocupada y decidí regresar antes del postre, Hugo me dijo que te llevara el flan de mamá y... —Sonreí. Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Por qué sonríes?

—Porque mi familia ya estaba loca por ti en aquel momento. Todos sabían que te encantaba el flan de mamá, se habían fijado, y todos estuvieron de acuerdo en que lo trajera a nuestra casa, enterito para ti.

Alex esbozó una sonrisa como la mía y me dio un beso en los labios.

—Continúa.

—Adrián me prestó su coche para que no tuviera que ir en la bici con el flan, me monté en él y... Ah, no, espera. Catalina se acercó a mí y me dijo que, y no intento justificarme con ello, solo te expongo lo que ella me dijo —le aclaré—, que no la cagara tanto contigo, que había una cola de mujeres esperando a que yo metiera la pata para quedarse contigo. Me dijo que eras el

mejor partido del pueblo.

—Qué simpática y oportuna la cuñadita de los cojones.

Totalmente de acuerdo.

—Después vine a casa y... os vi a través del cristal. El resto creo que ya lo sabes. Salí temblando de aquí, me subí al coche y comencé a conducir, lo único que quería era alejarme de ti, de esa imagen de vosotros. Llegué al aeropuerto y compré un billete para Boston. No fue por ninguna razón en especial, era el que había. Fui a pasar el control de seguridad y Adrián me llamó en ese momento. No le expliqué nada, solo le dije que tenía que irme y le di a entender que había pasado algo contigo. Me rogó que lo esperara sin pasar el control. Tiré mi móvil en la primera papelera que encontré y me senté a esperarlo. Llegó tres horas después. Me pidió una y otra vez que no me marchara y no le hice caso. Cuando vio que era inútil detenerme, me prometió que se reuniría conmigo. No regresó a casa. Compró el próximo vuelo a Boston y nos encontramos allí. Le enseñé la foto y... él asumió que también eras tú. Se quedó un mes allí conmigo ayudándome a instalarme y luego regresó a casa.

—Le pregunté dónde estabas. Estaba desesperado por encontrarte, Pris.

—Puedo imaginármelo.

—Al principio pensé que te habías enfadado a causa de la pelea y que necesitabas unos días para despejarte. Pero los días pasaban y no regresabas. Empecé a pensar que no me querías, que el problema era que te habías dado cuenta de que no estabas enamorada de mí y habías huido. Adrián regresó y solo me dijo que me olvidara de ti.

—Adrián no tiene la culpa, él pensaba que me estaba defendiendo.

—Lo sé. Te escribí un montón de correos electrónicos.

—No los leí.

—Me lo imaginaba. Y es mejor, créeme. Iban subiendo de tono con el paso de las semanas.

—Leí uno. Solo uno.

—¿Cuál?

—El del treinta de diciembre.

—Creo que te odio —recordó Alex en voz alta.

—Sí. Ese mismo. Lo leí unos minutos antes de que Adrián me llamara para decirme que habías tenido un accidente.

—¿Te avisó Adrián?

—Sí, me dijo que habías tenido un accidente grave y que tenía que

regresar. Fui al momento a comprar un vuelo, pero eran navidades y no encontré nada hasta una semana después. Me volví loca, necesitaba verte y asegurarme de que estabas bien y me di cuenta de que te quería tanto que intentaría arreglar las cosas contigo. Vine con la intención de no regresar a Boston, pero llegué al hospital y todo se torció. Carolina estaba en tu habitación.

—No porque yo lo buscara, Pris. Recuerdo que vino a verme en un par de ocasiones, pero apenas reparé en ella.

—Lo sé, ahora lo sé. Fue mala suerte, supongo. Y que Carmen estuviera allí y me dijera que todo había sido un susto...

—Sabes que no soy una persona violenta, pero cuando pienso en lo que hizo, se me revuelve todo por dentro, Pris, se me revuelve todo y me entran ganas de pararme frente a ella y llamarla de todo menos guapa. Tendrías que haber visto la cara que tenían las dos cuando Adrián las ha enfrentado...

—¿Adrián las ha enfrentado? ¡Eso no me lo habéis contado!

—Claro, si es que ha sido un puto día de locos. Yo estaba en el *pub*, bebiendo cerveza y debatiéndome entre ir o no al aeropuerto, cuando...

—¿Ibas a venir al aeropuerto?

—Creo que sí. Creo que hubiera ido a detenerte de todas maneras.

Lo interrumpí para besarlo en la boca. Madre mía, cómo me gusta y qué bien saben sus labios.

—Continúa.

—Entonces han aparecido las hermanas y Adrián casi al momento. Ha comenzado a interrogarlas sobre el día de tu visita al hospital y yo me he vuelto loco. Porque lo que más me costaba perdonarte era que no hubieras venido a verme.

—¿Cómo no iba a venir?

—Ya, ya, ahora es fácil decirlo.

—¿Y han confesado?

—A medias. La verdad es que no ha sido necesario, Adrián te creía a ti y solo ha expuesto los hechos. Por cierto, ¿sabes por qué mi hermano y Carolina estaban follando en mi dormitorio?

—¿Por qué?

—Se lo pregunté a mi hermano el otro día y me dijo que resulta que a ella le gustaba hacerlo en mi cama. John llegó a pensar que estaba colada por mí.

—¿Lo sabía!

—Sí. Recuerdo que solías decírmelo. Siento no haberte creído con eso,

Pris. Ni con lo de que viniste a verme. Y, sobre todo, siento haberte culpado de mi accidente y haberte tratado tan mal cuando regresaste.

Lo abracé con fuerza y le hice saber que no había nada que perdonar. Apoyé la cabeza en su pecho y me quedé ahí, enganchada.

—Dios, no te imaginas lo que sentí cuando escuché tu voz en Cala Medusa —confesé—. ¡Acababa de llegar y ya me encontraba contigo!

—Imagínate yo. Y, además, te veo prácticamente desnuda al lado de un tío en ropa interior que encima es un guapito de cara. No me extraña que haya tenido medio tonto a Hugo todo el verano. Y estabas tan guapa, Priscila, tan guapa.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—No habíamos dejado de querernos, por eso al final pasó lo inevitable. Somos demasiado débiles el uno con el otro. Y ahora es cuando tú me dices que no fue un picor.

—No fue un picor —reconoció—. Fue... humano.

—Humano. Sí. Creo que eso lo define bastante bien. ¿Por qué no hemos hablado antes de todo esto, Alex?

—Yo no podía. Sentía que... que...

—¿Que te estabas traicionando a ti mismo por acostarte conmigo, pero a la vez no podías dejar de hacerlo?

—Sí, exacto.

—Yo también lo sentía. Y me alegro de que nos dejáramos llevar por los corazones y no por la cabeza.

—Yo también.

—Y siento haber hecho tantas cosas mal, que no sé ni por dónde empezar a pedirte perdón.

—No me pidas perdón. Dime que me quieres. Sustituye cada «perdóname» por un «te quiero».

—Me temo que entonces voy a tener que decirte que te quiero de aquí a la eternidad.

—Pues será mejor que empieces ya.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Solo dejé de decírselo cuando Alex me calló con un beso. Y con otro. Y con otro.



—Buenos días —me saluda Alex mientras me abraza por detrás y me besa el cuello.

—¡Se supone que no tenías que levantarte tan temprano! Te iba a preparar un desayuno sorpresa.

—Ibas a intentarlo, querrás decir.

Hummm. Me conoce demasiado.

—Eso.

—¿Cuál es el plan para hoy? —me pregunta a la vez que se sitúa a mi lado para ayudarme.

—No lo sé. ¿Ser felices y comer perdices? Quedamos es eso, ¿no?

—Sí, ser felices —me dice, besándome y provocando que me olvide del desayuno y del resto del mundo.

Y sin duda lo lograremos. Alex me hace feliz. No su amor por mí. No nuestro romance. Él. Porque no se trata del concepto amoroso, no es el amor lo que nos hace más o menos felices. Es la persona: encontrar a esa persona que hace que tu vida sea bonita. Y Alex es mi persona.

Salimos al porche a tomarnos el café y nos quedamos apoyados en el marco de la puerta. Uno en cada lado, pero tocándonos los pies a propósito.

Llueve. Llueve a cántaros. El día que yo vine al mundo también llovía un montón; el cielo estaba nublado y no es algo normal en este pueblo, siempre hace bastante calor, incluso en invierno, pero el día que nací yo, llovía, al igual que cuando nacieron mis cuatro hermanos. Mi madre siempre dice que los cinco días que más ha llovido en toda la historia de nuestro pueblo son los cinco días en que sus cinco hijos nacieron.

Hoy debe de ser el sexto día.

Hoy he vuelto a nacer.

«Me encanta que las cosas salgan bien».

Pristy, la ardilla, con Alex y Priscila.

Epílogo

Doce años después

Esta historia comenzó con un acontecimiento importante, en aquella ocasión fue una mudanza desde Londres hasta un pueblo alicantino, provocado por la decisión de dos personas que poseían un periódico en la costa blanca.

Y termina de la misma manera: con otro acontecimiento que tiene que ver con ese periódico. En esta ocasión, una jubilación.

El padre de Alexander St. Claire acaba de jubilarse. Sí, es un hecho. Abandona el diario vespertino a sus setenta y dos años. Casi nada.

Deja la dirección del periódico en manos de sus dos únicos hijos, John y Alex; el mayor la llevará a cabo *in situ* y el pequeño lo hará a través de su mujer, Priscila Cabana, que años atrás había rescindido su colaboración con *The Boston Global* para unirse al diario familiar.

Priscila lo hizo bajo una condición de su marido, o, más bien, bajo un único deseo nacido de lo más profundo del alma del vecino de la casa de enfrente: que el diario no ocupara todo su tiempo, que supiera decir «hasta aquí», que trabajara con control y que saliera corriendo de las oficinas temprano por las tardes para pasar tiempo con él y sus hijos, sus tres amadísimos hijos, cuando aún brillara el maravilloso sol del Mediterráneo.

Priscila ni siquiera lo dudó. Conocía demasiado bien los anhelos que había sufrido Alex durante su infancia a causa de la ausencia de sus padres y no le haría pasar por lo mismo de nuevo. Y tampoco a sus hijos. Todo era cuestión de equilibrio, y ella lo encontraría.

Así fue. Y funcionó para los dos.

Varias noches a la semana, Priscila se sentaba en la cama, junto a su marido, con el ordenador portátil sobre las piernas y adelantaba trabajo o se ponía el día; Alex la observaba con adoración y le daba su opinión sobre las aventuras de Pristy antes de hacerle el amor.

Porque Pristy dejó Boston al igual que Priscila, la ardilla era propiedad intelectual de la chica y, a pesar de la reticencia inicial por parte de los americanos de dejarlas escapar a las dos, al final tuvieron que hacerlo; no les quedó más remedio, aunque solían hacer colaboraciones a menudo.

Y volviendo al tema de la jubilación, para celebrarlo, la familia al

completo se ha apelotonado en la vivienda de los St. Claire para comer y brindar por la buena nueva. Y la palabra «familia» hace muchos años que se había extendido hasta los escandalosos vecinos de la casa de enfrente: los Cabana al completo.

Acuden los padres Cabana, Francisco y María, con sus cinco hijos, River, Marcos, Hugo, Adrián y Priscila, de mayor a menor.

Comen todos juntos en el jardín de los padres de Alex —a pesar de estar en noviembre, el tiempo acompaña dada la ola de calor que azota la zona— en dos mesas grandes de madera con manteles amarillos de hilo fino, copas de cristal, tacitas de plástico rosas y azules y servilletas de papel caracterizadas con los dibujos animados favoritos de los más pequeños. Brindan, se carcajean de la risa, juegan a las cartas, corren por el jardín, disfrutan del día y pasan las horas los unos en compañía de los otros.

En realidad, es como si fuera domingo cualquiera. Un domingo en familia. Solo hay una diferencia, y es que, como buenos y orgullosos habitantes del pueblo alicantino que son, deciden finalizar la celebración subiendo todos, o casi todos, al Peñón. Es una idea de Marcos que todos secundan.

Los padres de Alex, los más longevos, se quedan cuidando de los más pequeños, de los que no pueden subir al Peñón debido a su edad temprana.

El resto se arma de ropa cómoda en la casa de enfrente, de zapatillas deportivas, de mochilas, de más comida y bebida, y se pone en marcha. Alex y Priscila lo hacen de la mano de su hijo mayor, Álvaro, de once años.

Hacen el recorrido entre risas y recuerdos y, una vez arriba, disfrutan de las vistas y de la sensación de libertad absoluta.

—Oye, enano —le pregunta Marcos a su sobrino—, ¿cuándo me vas a dejar ir a verte nadar al club?

Álvaro St. Claire, siguiendo los pasos de su padre, ya es un gran nadador, lo admitieron en el mismo club en el que había empezado Alex tanto tiempo atrás, el club de natación San Vicente, y estaban todos muy contentos, pero sin dejar de recordarle al niño que la natación era algo divertido para hacer, no una obligación ni un objetivo.

—Nunca, tío Marcos.

—¿Por qué?

—Porque sé que vas a avergonzarme.

—¿Quién? ¿Yo? No será verdad.

—Pero qué listo es mi niño mayor —lo anima su tío Adrián, palmeándole la espalda—. Dale duro a Marquitos, di que sí.

—Sí, tú, que nos conocemos, tío Marcos —le dice el niño—. No se me olvida lo que sucedió la noche de San Juan.

Esa noche, Álvaro estaba sentado en un corro en la playa con sus amigos —bajo la vigilancia constante de sus padres, todos sus tíos, y los abuelos maternos y paternos— cuando Marcos irrumpió en él e intentó hacerse el tío guay, mostrando camaradería con su sobrino por estar junto a la chica más guapa del pueblo. Fue un desastre para el niño, y muy vergonzoso.

—¿Qué te puedo decir? Te vi ahí, tan igualito a tu padre, metiéndole fichas a esa niña como él hizo con tu madre, y...

—¡No le estaba metiendo fichas! —se queja el niño.

—Vamos, Alvarito...

—¿Cómo va a meter fichas a nadie con once años? —pregunta su madre.

—Ay, Priscila, pero qué inocente eres. ¡Alex! ¿A que el niño metía fichas?

—Yo no digo nada... —le contesta el cuñado, conteniendo una sonrisa.

—Mamón...

—¡María! —Escuchan todos de repente.

Se giran hacia la voz y se encuentran con la tía de Priscila y toda su prole. Porque si el padre de Priscila había tenido cuatro hijos y una hija, su hermano pequeño había tenido cuatro hijas y un hijo: Paula, Eva, Carlota, Ariadna y Tomás, de mayor a menor. Treinta y tres años, treinta y uno, veintinueve, veintiocho y veinticinco años, respectivamente.

Los nuevos se acercan al grupo de los Cabana y comienzan a repartirse besos a diestro y siniestro entre las familias. Suelen verse a menudo, aunque no todos juntos, pero los besos nunca faltan.

Se mezclan entre ellos y comentan la casualidad de verse todos allí arriba. María le explica a la mujer de su cuñado que vienen de celebrar la jubilación del padre de Alex. La mujer del cuñado, a su vez, le señala que han aprovechado que Ariadna está de visita en el pueblo por su cumpleaños —vive en Edimburgo por trabajo— para realizar actividades en familia.

Y allí han coincidido todos.

Pero hay algo nuevo en ese grupo, en el de los primos o, más bien, alguien nuevo. Alguien que, a simple vista, llama la atención.

—¿Quién es el moreno con pinta de roquero perdonavidas que está con Ariadna? —pregunta Adrián a sus hermanos. Nunca le pasa nada desapercibido.

—Un «algo» de tu prima —responde su madre, que le ha dado tiempo hasta de cotillear un poco con la madre de su sobrina.

—¿Un «algo»? —pregunta Hugo.

—Sí, un «algo» escocés —añade.

—¿Un amiguito? —expresa River con guasa.

—¿Amiguito? —farfulla Priscila—. Ariadna tiene veintiocho años, creo que podemos llamarlo «ligue».

—¿Ariadna se ha liado con un roquero?

—Creo que es abogado.

—¿Abogado? ¿Ese? Ni de coña.

—Es lo que me ha dicho vuestra tía.

—Hasta con la ropa de deporte que lleva puesta tiene pinta de roquero.

El susodicho viste unas zapatillas deportivas negras, un pantalón de chándal negro y una camiseta negra de manga corta con letras blancas.

—Pues vamos a que nos lo presente —propone Marcos.

—Sí, vamos.

Marcos y River nunca pierden oportunidad de molestar a sus primas, antes lo hacían con su hermana, pero desde que es feliz con el vecino de la casa de enfrente nada es lo mismo.

—Hola, de nuevo, prima.

Se acercan a la susodicha y a su acompañante, «el roquero ese mojabragas perdonavidas».

—Hola, chicos.

—Hola... ¿mmm...?

El disimulo nunca ha sido una faceta destacada de Marcos Cabana. Y no iba a empezar a serlo ahora.

—Marcos, River —dice entonces su prima Ariadna en inglés—, él es Adam. Adam Wallace. Es... un amigo.

—Hola —dice el moreno de rizos, extendiendo el brazo con una firmeza y una seguridad envidiables. Como si fuera el rey del mundo.

Cuatro frases más y el rockero se come con patatas al GEO. Se separan de nuevo para comer algo y Francisco y María comienzan a sacar las bebidas y los bocadillos de las mochilas y miran a sus hijos con orgullo.

A River, que está levantado con los brazos cruzados y un pie encima de una roca, todavía riéndose de su hermano Marcos a causa del pulso perdido con el rockero.

A Marcos, sentado en el suelo, en el centro del corro, que se tapa los oídos con las manos en un intento de ignorar las pullas de sus hermanos.

A Hugo, sentado en la roca, con el pie de River al lado, que se descojona

de la risa y secunda todo lo que dicen sus hermanos en contra de Marcos.

A Adrián, sentado cerca de Marcos, intentando dar un sorbo a la botella de agua que tiene en las manos, cosa que no consigue porque no deja de reír y de hablar.

A Priscila, tumbada en la roca con los ojos cerrados, con su hijo mayor apoyado en ella, que no habla, pero que disfruta solo con escuchar las voces de su familia. Y con los colores. Los colores que hacía tiempo habían vuelto a su vida.

Y a Alexander St. Claire, el vecino de la casa de enfrente, que cierra el corro y toca con sus pies los de su mujer mientras mira a los Cabana con una sonrisa perenne en el rostro. Con una sonrisa que no ha desaparecido desde hace doce años. Y con un miedo a la oscuridad que sí ha desaparecido. Lo hizo un año después de volver a vivir con su mujer.

Después, Francisco y María se miran entre ellos, comunicándose en silencio.

«Lo hemos hecho bien».

«Sí. Lo hemos hecho muy bien».

Fin

Agradecimientos

Alex y Priscila no fueron fáciles. No sé si tuvo que ver con que ellos, como personajes, exigían más de mí de lo que ningún otro había hecho antes, o que yo, como escritora, me encontraba en pleno punto de inflexión. Pero lo cierto es que Alex y Priscila no fueron fáciles.

Tenía claro lo que quería contar y cómo lo quería contar, pero encontré baches en el camino. Y tropecé. Una y mil veces. No me importa tropezar, es parte del aprendizaje de la vida. Pero tropezar sola es duro. Yo he tenido la gran suerte de contar con alguien que me tendió la mano (las mil veces) y me ayudó a levantarme con energía, al igual que yo hice con mis hijos cuando caían una vez aprendieron a andar. Esa mano, para mí, ha sido vital. Esa mano ha sido la de Alejandra Beneyto.

Y no lo digo porque se haya leído el manuscrito completo tres veces (que lo ha hecho) ni por los consejos, los ánimos, ni por las conversaciones eternas mantenidas donde desmigábamos los comportamientos de Alex y Pris, donde los comprendíamos y aprendimos a quererlos y aceptarlos como son. Voy más allá.

Porque, Ale, eres lo mejor que me ha dado este mundo loco de la escritura. Siento que ya no podría hacerlo sin ti. Y decirte GRACIAS no alcanza a expresar ni una milésima parte lo que siento por ti, pero algo tengo que poner. El resto ya lo sabes.

Albert, esto se va a convertir en una costumbre que escribir aquí, pero es que es tan cierto como el aire que respiro: sin ti no soy nada. Sin ti y nuestros hijos. Sin vosotros no sería la misma escritora. Ni la misma persona. Gracias.

Gracias, Lore (Cherry Chic), porque tú eres mi otra pata en este mundo loco de la escritura. Mi otra persona imprescindible. Pocas personas me han apoyado tanto como tú con este manuscrito. Lo leíste, quisiste a Alex y Priscila desde el momento cero y me llenaste el corazón de cosas bonitas. Aunque no se trata de eso. Esto nunca se ha tratado solo de eso. Trata de que tú estés ahí siempre. Como amiga. Y eso es un regalo.

Gracias, Raquel y Vanessa, por estar en mi día a día. Por ser mi familia y por apoyarme en cada historia que os propongo, por loca que sea. Por recorrer conmigo las calles por las que Alex, Pris, Marcos y compañía transitan a diario. Por darme tanto. Os quiero.

Gracias, Audrey Ferrer, por enamorarte de Alex y Priscila a la primera.

Por llamarme por teléfono y estar ahí conmigo durante más de una hora hablándome de ellos. Recuerdo que fue un día de verano del año pasado. Yo aún me encontraba en ese punto de inflexión. No te haces idea de lo que significó aquella llamada telefónica para mí.

Gracias, Abril Camino, porque siempre estás ahí para mí. En todos los sentidos. Ya no me imagino una vida sin hablar contigo. Eres una de las escritoras que más admiro, lo hice desde el principio y mi admiración va creciendo contigo. Y junto a ti. Es un lujo poder estar a tu lado.

Gracias, May Boeken, por leer y acoger esta historia con tanto cariño y por todos tus consejos. Eres una gran escritora y hablar contigo de manuscritos siempre ha sido una de mis cosas favoritas de ti.

Gracias, Érika Gael, porque, de verdad, DE VERDAD, que este manuscrito no habría sido el mismo sin ti. Puede que la historia de Alex y Priscila, sí, pero todo lo que los rodea, lo que los envuelve (River y Catalina, Marcos y Alicia, la boda, Jaime y Hugo, Pristy), mucho es gracias a ti.

Y gracias a ti, lector, por darle la oportunidad a esta historia. Hoy termino por el principio: Alex y Priscila no fueron fáciles. No lo fueron, pero estoy tan orgullosa de ellos, de mis chicos mediterráneos... Ojalá los disfrutéis.

Susanna Herrero

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*, *Las caídas de Sara*, *Las decisiones de Sara* y *Simplemente Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir sus propias historias, pero no ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Sus últimas novelas: *En cada canción*, *No es amor, es diciembre* y *Aquel último verano*.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#), en Twitter como [@susanmelusi](#), en [Instagram](#) y en [Pinterest](#).